

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

✦ Mujer abrazada  
a un cuervo



EDICIÓN DE  
SALTO PÁGINA

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

✦ Mujer abrazada  
a un cuervo



Annotation

La joven Cruz siempre ha sabido, de una forma intuitiva y radical, que ha

heredado su extraordinario don de su padre, el insigne catedrático Gabino Montenegro, aunque él nunca

le explicó de dónde procedía ni cómo usarlo. Ahora, como obsequio por la brill ante licenciatura de su hija en Medicina, Gabino le ofrece la investigación de un insólito caso que podría

poner en cuestión toda la historia de la epidemiología europea: un bebé ha muerto con síntomas de peste bubónica en un pueblo del Pirineo, cuatrocientos años después del último

brote que asoló el val e.

# **MUJER ABRAZADA A UN CUERVO**

**Mujer abrazada a un cuervo**

**I**

**I**

**II**

**IV**

**V**

**VI**

**VI**

**VII**



**IX**

**X**

# **XI**

## **Nota del autor**

# MUJER ABRAZADA A UN CUERVO

La joven Cruz siempre ha sabido, de una forma intuitiva y radical, que ha heredado su extraordinario don de su padre, el insigne catedrático Gabino

Montenegro, aunque él nunca le explicó de dónde procedía ni cómo usarlo. Ahora, como obsequio por la brillante licenciatura de su hija en Medicina, Gabino

le ofrece la investigación de un insólito caso que podría poner en cuestión toda la historia de la epidemiología europea: un bebé ha muerto con síntomas de

peste bubónica en un pueblo del Pirineo, cuatrocientos años después del último brote que asoló el valle.

Autor: Martínez Biurrun, Ismael

©2010, Editorial Salto de Página

Colección: Colección Púrpura, 28

ISBN: 9788493718183

Generado con: QualityEbook v0.35

Mujer abrazada a un cuervo



Paul Fürst, Doctor Schnabel von Rom, 1656.

\*\*\*

Para Joel e Ivân

\*\*\*

El mal había desaparecido, y no fue porque se descubriera ninguna medicina nueva, ni porque se idease un nuevo método de curación, ni por la experiencia que la práctica

hubiera dado a médicos y cirujanos; sino que este cambio procedía evidentemente de la mano oculta e invisible de Dios, la misma que antes había enviado aquel mal como un

castigo sobre nosotros. Y que la parte atea de la humanidad califique mis palabras como mejor le plazca; esto no es fanatismo.

Daniel Defoe, Diario del año de la peste Ojalá yo fuera especial.

RADIOHEAD, Creep

\*\*\*

El a reconoce las figuras que se mueven al otro lado de la cortina. Hace tiempo que aprendió a entrever por la piel venosa del lino, la seda y el algodón tintado; por los colores, los

bordados de animales y las costuras que juntan los retales en geometrías caprichosas. Detrás de la cortina hay un extenso jardín anochecido, y a un lado una pérgola con mesa y sil as

donde su madre acaba de cenar en compañía de Víctor. El os no pueden verla porque Cruz no está al í, ni existe ninguna cortina, aunque el a aproveche el soplo de la brisa nocturna

para asomarse por debajo de la tela agitada y escudriñar las expresiones de los rostros. Su madre tiene los ojos perdidos en el cielo, Víctor aplasta mosquitos en sus pantorril as y

habla de Salman Rushdie. La casa que se levanta a sus espaldas es también la de Cruz, porque los recuerdos nunca hacen mudanza, pero ahora no hay luces en las ventanas y el

perfil se dibuja plano, como una fachada de atrezo. Huele a césped recién cortado; un trabajo de varias horas, tarea para el hombre de la casa, amante o

esposo. De pronto un perro

empieza a ladrar en la finca próxima. Los faros de un coche arrojan la sombra de la verja por el jardín y se apagan sobre los pies de Víctor y de mamá. El motor cala, suena un

portazo. El primero en levantarse es Víctor, porque Marian (mamá) se ha quedado hundida en su silla. Un hombre rolizo, de canas frondosas y americana con coderas atraviesa la

cancela de entrada dando tumbos. Es el padre de Cruz, y ella siente el deseo inmediato de volar hasta él, de olerlo, de arrojárselo con su mirada invisible como una sábana de fantasma, pero se ha prometido no salir de detrás de la cortina nunca más, no cruzar el umbral. Puede acercarse lo suficiente, sin embargo, para sentir el alcohol en el aliento de su

padre.

—Gabino. —Muy despacio, mamá junta sus manos detrás de la nuca y se tapa el rostro con los codos.— ¿Por qué tienes que hacer esto?

—Marian... —Papá ha cruzado los primeros metros del jardín, se detiene ante Víctor y le arroja una mirada inestable—: Quiero hablar con mi mujer. En privado.

—Estás borracho. —El amante señala la frontera que acaba de traspasar Gabino. Sus dientes resplandecen en la oscuridad.— Vuelve mañana.

Siguen más palabras, pero Cruz ya no llega a escucharlas porque un zumbido está expandiéndose dentro de sus oídos, sepultándolo todo. No es que importe demasiado; lo que

sucede a continuación es pura mímica. El padre intenta zafarse de Víctor con un empujón, pero pierde el equilibrio y cae al suelo. El amante lo ayuda a incorporarse, esquivo un

atolondrado puñetazo y después conduce a Gabino sujetándolo por detrás, como un policía, hasta el otro lado de la verja. Mamá sacude la cabeza, aún

sentada, acodada en sus

rodillas. ¿Llora, o sus lágrimas son una idea inventada por Cruz?

Papá lanza gritos quebrados tras los barrotes. Dice que la ama. Y otras cosas incomprensibles. ¿Ha mencionado el nombre de su hija, o es que se confunden palabras y deseos?

De pronto hace frío. Cruz se concentra en los labios de su padre pero es inútil, el zumbido aumenta, un remolino que la arrastra fuera de la escena. La noche se cierra, la cortina

se desvanece, y sólo quedan el frío y el rumor de diez mil avispas en su cabeza.

¿Avispas?

No. Voces.

# I

Voces...

¿A dónde va?

Se ha puesto amarillo de repente.

¿Habrán llamado a una ambulancia?

No hace falta ninguna ambulancia, sólo está borracho.

Dicen que estuvo en una clínica de rehabilitación en América.

¿Rehabilitación de qué?

A saber. Cualquier cosa.

Cruz parpadeó, volvió en sí y se quedó clavada en su butaca. Toda la audiencia de la sala había girado la cabeza para mirarla. Pero no, no a ella, suspiró, sino detrás de ella.

Hacia la puerta por donde acababa de salir corriendo el doctor Montenegro, dejando vacío el atril y huérfana de explicaciones a la multitud asistente al IV Congreso Internacional de

Virología y Biología Molecular Ciudad de Pamplona. Torsión de cuello, ojos sin párpados, crepitar de lenguas entre las superficies de madera y las hileras de asientos tapizados en rojo.

Se frotó la cara con las palmas de sus manos, que estaban calientes. Siempre le transpiraba la piel y se traía una leve embriaguez cuando regresaba de safari (porque ésta era la

palabra que ella había usado desde niña, safari, ¿cuál podría ser más apropiada?). Pero el vértigo se iba depositando en sus pulmones igual que un resabio de tabaco y pronto era



purgado en dos o tres exhalaciones largas. Tenía una consciencia vaga de lo que había sucedido ante sus ojos abiertos durante aquel breve lapso de ensoñación, aunque era una

información de segunda mano y fragmentada como notas adhesivas en la pantalla de un ordenador. Ahora esas notas estaban llenas de exclamaciones y subrayados que decían:

«¡¡¡La conferencia ha terminado!!! ¡¡¡Algo malo ha sucedido!!! ¡¡¡Tienes que salir DE inmediato!!!»

Los apuntes que descansaban sobre sus rodillas volaron al suelo cuando se puso de pie y sólo pudo atrapar su carpeta a tiempo. Alrededor todo eran hombres y ahora Cruz se

los imaginó esperando con avidez el momento en que ella se empujara el trasero para recuperar sus papeles. Siguen soñando, doctores. Se escabulló entre los asientos con movimientos rectos, asexuados.

En realidad no estaba gorda, era capaz de mostrarse científica también en sus observaciones ante el espejo y sabía que ningún parámetro de su volumetría se salía escandalosamente de la tabla. Pero incidían otros factores ambientales: el contoneo excesivo de sus caderas al andar (y no digamos al apresurarse por los pasillos de la Facultad

entre clase y clase), la nada erótica respuesta gravitatoria de sus pechos sobre el plano inclinado de unas escaleras, la forma en que sus ojos se abismaban bajo las mejillas al

sonreír... Ocasionales síntomas de carne mal gestionada.

Sin embargo nadie atendía a sus carnes ni a su torpeza en aquel preciso momento. El protagonista del solemne acto había hecho mutis en mitad de su discurso, casi precipitándose cabeza abajo por los escalones del proscenio, y ahora el resto de oradores cruzaba muecas de desconcierto en la mesa de la tribuna, bajo una pantalla gigante que

se había congelado sobre la imagen de la estructura molecular del VIH.

El primero en salir detrás del doctor Montenegro fue el doctor Nagore, colega de promoción y maestro de ceremonias, adelantando las palmas de las manos hacia el público en

señal de tranquilidad mientras desaparecía por la puerta lateral. Luego se levantó la doctora López-Cercedilla, cruzó y descruzó los brazos varias veces y finalmente optó por seguir el

mismo camino fuera del auditorio con la mirada fija en sus zapatos. El resto de ponentes no tardó en abandonar su lugar en la mesa, uno tras otro, haciendo bailar las tarjetas colgadas de sus blancos cuellos de catedráticos. Todos huyeron de la sala excepto el neoyorquino doctor Tolbert, quien relataba su vaso de Coca-Cola y sonreía concienzudamente

como si llegara un rato esperando que sucediera algo así.

La puerta aún no había terminado de cerrarse cuando Cruz la voleó tras la estela del último fugado. Él también llevaba un documento plastificado al cuello con una foto de carné

y gruesa tipografía: MONTENEGRO RUIZ, CRUZ MARÍA, ESTUDIANTE.

Junto a los doctores, varios bedeles de uniforme intensamente preocupados se apretujaban ya en el acceso a los servicios de caballerías. Cruz corrió hacia ellos. Una muchacha

con minifalda negra y línea de ojos violeta quiso detenerla.

—Soy su hija —proclamó Cruz.

—¿Eh?

—El doctor Montenegro es mi padre. ¡Papá!

Pudo abrirse paso con los codos hasta el interior, donde el doctor Nagore dejó de tocar en la puerta de una cabina.

—¡Papá! ¡Soy Cruz!

—No puede entrar aquí —Nagore negaba muy deprisa con su rostro largo y leguminoso, rechazando siquiera considerar las palabras de la intrusa—: esto es el servicio de

cabal eros.

Se oyó el rebufo de una cisterna, la cabina se abrió y apareció Gabino Montenegro, o una versión aproximada de él. Un mapamundi de humedad se dibujaba sobre su camisa

color salmón y las solapas de su americana (que definitivamente no tenía coderas, comprobó Cruz; aquel o había sido un toque de patetismo zurcido por su imaginación), y sus ojos

se asomaban sobre dos cornisas negras de resaca.

—Campanil a —dijo el eminente doctor, y aunque Cruz hubiera querido disolverse en el aire de pura vergüenza, no pudo resistir el impulso de abrazar a su padre, dejando escurrir nuevamente la carpeta de sus dedos—. Campanil a, no sabes cuánto te he echado de menos. Qué horror. Que nos volvamos a ver de esta forma.

—No pasa nada, papá.

Los dejaron solos al instante. Nadie soporta una escena así.

Gabino atajó el hipo de sus solozos y se escurrió de los brazos de su hija para enjuagarse la cara en el lavabo. El ambiente industrial era de lilas, inverosímil hasta la

obscenidad. Su olor y la luz monolítica de los fluorescentes anesthesiaban los sentidos de Cruz, apenas restaurados tras el safari.

—Iba a sentarme en las primeras filas —dijo a la curva de la espalda de su padre—. Pero no quería distraerte.

—Menuda actuación. Una clase magistral.

Consumida la emoción del reencuentro, la voz de Gabino Montenegro

recuperó su hechura sanguínea, aplomada. Otra cosa eran los ojos y las mejillas.

—Doy pena —miraba el efecto de la autocompasión en el espejo y no le reconfortaba—. Es hora de que alguien me lo diga a la cara.

—No das pena. Han venido más de dos mil personas a oírte, licenciados y catedráticos.

—Y casi les vomito encima.

—¿Estás mejor?

Gabino se remetió la falda de la camisa bajo el montículo de su tripa y repasó su cráneo desde la frente hasta la nuca, levantándose mechones como cuernos blancos. Miró con

atención a su hija, que se acuclilaba para recoger por segunda vez su carpeta del suelo.

—Estás guapísima —dijo con una sonrisa en forma de puente, valorativa—. Eres guapísima.

—Creo que todavía sigues mareado.

—Tu madre no me cuenta mucho de ti; si tienes novio y esas cosas. Sólo que eres una buena estudiante.

—Has... ¿Has hablado con el a?

Vio cómo se expandían las aletas de la nariz de su padre y se encogió como una alumna sorprendida copiando en un examen. Gabino inspiró una tonelada de aire y la devolvió

en palabras que no escondían mensajes crípticos, sólo un dolor emanado desde muy abajo, de las visceras.

—Anoche fui a casa pero no quiso hablar conmigo. No quiere verme.

Quedaron en silencio porque las explicaciones flotaban entre paréntesis, de sobra conocidas. Egoísmos. Separación. Víctor.

Cruz tomó la tarjeta identificativa de su padre entre los dedos y la estudió con una sonrisa. La fotografía mostraba a un tipo de pelo negro y boca carnosa, atractivo a grandes

rasgos.

—Jesús, ¿de cuándo es esta foto?

—Vale, vale. He engordado y me han salido canas, pero sigo siendo yo, ¿no?

—No soy quién para criticar.

—¿A qué viene eso? Supongo que no serás de las que se visten de negro para parecer más delgadas, ¿no?

—¡No! Visto de negro porque me gusta el negro.

—Pues haces mal. El mundo ya es un lugar bastante siniestro. A las chicas os sientan bien los colores. A todo el mundo le sientan bien los colores. Con la excepción de los

enterradores y los curas, que juegan en el mismo equipo.

El torso de Nagore asomó tentativamente por la puerta de los servicios. Dijo:

—¿Cómo estás, Gabino? ¿Crees que podrás continuar? La gente pregunta.

Montenegro suspiró una nube de vodka y jugos gástricos.

—Por lo menos tendré que salir a acabar mi discurso, o de lo contrario soy yo el que está acabado. Diles que ahora voy.

—No quiero meterte prisa, pero... ¿crees que tardarás mucho?

—¡Cinco minutos, coño, dejadnos cinco minutos! ¡Que hable Tolbert!

—Ya lo está haciendo.

Por el pasillo llegó el rumor de carcajadas; la audiencia completa del Congreso sacudía el abdomen. Nagore alzó los hombros y desapareció otra vez.

—¿Lo oyes? —Gabino se volvió hacia su hija, señalando el eco de las risas.  
— Lo que la gente quiere es reírse, no que le hablen de la muerte. Tu madre siempre dice que la

medicina no hace feliz a nadie, porque cura pero no salva. Lo único que nos salva es el sacrificio, dice.

—No es eso lo que enseñan en la facultad.

—Ah, sí. —Gabino cambió las lentes internas de su mirada. Asintió, con una mano en la cadera y la otra apoyada en el mostrador de mármol.—  
Epidemiología Genética.

Inteligente elección.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto. En realidad, he venido por eso.

—Pensaba que habías venido por el Congreso.

—Hay muchos congresos ahora mismo donde me pagarían mucho más, te lo aseguro. Pero tu madre me contó en qué tenías pensado especializarte.

—¿Y has venido para decirme que te parece una inteligente elección?

—No. He venido para hacerte un regalo. Un regalo anticipado de licenciatura, si quieres. Aunque es mucho más que eso.

El semblante de Gabino no admitía ahora redondeces sentimentales, se cuadraba en un gesto profesional. Cruz estaba fuera de juego.

—Un caso médico —dijo él—. Un caso médico muy particular que me contó

Juan Nagore —un ademán hacia la puerta—. La última vez que estuvo en mi casa de Vermont. Por

cierto, ya sabes que cuando quieras ir no tienes más que decírmelo, con tu novio o con quien quieras, yo te pago los billetes.

—No tengo novio, papá. —Pero el reproche era de papel transparente, y debajo se veía la culpa como un caramelo ácido atravesado en la garganta de Cruz: el a aún no había

visitado a su padre.

—Bien, escucha. —Gabino acometió por primera vez la verticalidad sin ningún apoyo; usaba sus manos para exponer el caso ante los ojos de Cruz.— Una mujer da a luz a un

bebé. El a está sana, pero el bebé tiene fiebre y se muere a los pocos minutos sin que los médicos puedan hacer nada. Hemorragia interna masiva. Las causas son desconocidas.

—¿En qué país ocurre?

—España. Navarra. Siglo veintiuno. Pero tu pregunta es pertinente, porque casualmente el doctor que atiende a la mujer ha estado en África y la muerte del niño le recuerda a otro

niño que vio morir por ébola en Gabón.

—¿Y la madre no estaba enferma?

—No. Ni era portadora ni había estado en Africa en toda su vida.

—Entonces... estamos hablando de una fiebre hemorrágica de origen desconocido.

Gabino estiró los dedos pulgar y meñique de su mano derecha y se los acercó a la oreja: un teléfono.

—El médico del hospital ama a Juan Nagore porque no sabe qué poner en el

parte, Juan le hace una visita, y luego Juan cruza el océano para llevarme la historia. Me dice lo que

te acabo de decir y algo más. La sorpresa. La razón por la que Juan sabía que me iba a interesar el caso y por la que yo te lo estoy regalando a ti, para que ganes el Premio Nobel de

Medicina.

Cruz río, pero notaba la espalda rígida como una tabla. Gabino se barrió la humedad de los labios con la palma de la mano y continuó:

—La madre y Juan mantienen una breve conversación, un par de semanas después de la muerte del niño. El a es reacia a hablar: lógico, quiere olvidarlo todo y no le gusta que le

hagan preguntas porque se siente culpable, aunque no sabe de qué.

—Sida —apostó Cruz. Una mueca apreciativa se ensanchó en la cara del padre.

—Bien visto, pero la madre también da negativo al VIH.

—¿Una mutación?

—Chst —Gabino levantó una mano—. Aguarda. Juan Nagore intenta ganarse la confianza de la madre; le dice que es importante averiguar de qué murió su bebé para garantizar

que pueda tener otros hijos sanos en el futuro, etcétera, etcétera. Pero el a le responde que da igual, que de todas formas no podrá tener hijos. Porque hay una maldición en su familia.

—Una maldición.

—Sí. Te estoy hablando de una mujer de veintitrés años, solo un año mayor que tú, con estudios, inteligente y normal.

—¿Y qué dice la maldición?



—Ni el a misma lo sabe, o no quiere contarlo. Pero a Juan le pica la curiosidad y busca antecedentes en su familia. Y los encuentra. En la década de los sesenta, dos tías de esta

mujer dieron a luz a bebés muertos, amoratados de sangre. También su propia abuela, en el año cuarenta y tantos, dio a luz a un bebé muerto sin causa específica. Y hay otros tres

registros de defunciones de neonatos a principios de siglo, dentro de la misma familia, uno de los cuales se describe algo así como «vino la criatura toda negra y ardiente igual que un

trozo de carbón». Tanto es así que el médico del pueblo deja un comentario, casi ilegible, en un margen del certificado —Gabino señaló un punto en el papel imaginario de su mano

extendida y abrió mucho los ojos—. Sólo una palabra, entre interrogantes: «¿Peste?»

Cruz echó el rostro hacia atrás; había algo de decepción en su compostura. Pero el doctor Montenegro no perdió el tono:

—Antes de que me digas que no puede ser peste, escucha. El pueblo en cuestión es Lortia, está en la parte más alta del val e del Roncal, a unos veinte kilómetros de Francia. Es

posible que hayas ido alguna vez de excursión por al í, al menos yo iba cuando tenía tus años.

—No soy lo que se dice una chica deportista.

—Oh. Pues resulta que Lortia es famoso, para cualquiera que se moleste en leer algo de historia, por haber sufrido uno de los últimos y más dramáticos episodios de peste en

Navarra, en el año mil seiscientos uno. Fue un brote tan virulento que en un solo verano murió la totalidad de los habitantes del pueblo, unos doscientos.

—¿Todos murieron?

—Tienes razón, no todos. Hubo quienes se fueron del pueblo a tiempo y salvaron la vida, entre ellos los tatarabuelos de nuestra mamá del siglo veintiuno, ¿verdad? Pero después

de aquel o Lortia se convirtió en un pueblo fantasma, un montón de casas deshabitadas al lado del río donde nadie quería poner el pie, así hasta casi dos siglos después, cuando se

re pobló con gente de otros pueblos y con los pocos descendientes de sus habitantes originales. Y a partir de entonces es cuando figuran en el registro municipal las extrañas muertes

infantiles. —Hizo una pausa para rebañar mentalmente el plato de su exposición, y alzó las cejas—: ¿A qué te suena todo esto, Cruz?

La estaba poniendo a prueba; de modo que no era su regalo de licenciatura, sino su examen final. Cruz sentía la rabia y la vergüenza montando un escándalo en sus mofletes.

—¿Crees que el niño ha muerto de peste? —quiso enraizarse en el sólido escepticismo, pero el poder del enigma la hacía flotar unos centímetros por encima del suelo—. ¿El

niño del siglo veintiuno?

—Dímelo tú: ¿cómo podría ser eso posible? O planteado de otra forma: ¿qué es la peste?

—Yersinia pestis.

—Una bacteria —asintió Gabino—. Y la habríamos encontrado en la sangre del niño muerto, ¿verdad? Pero no estaba. No era peste. Y no hay forma de hacer contraanálisis

porque el cuerpo ahora es un montón de cenizas guardadas en una urna.

—Volvemos al comienzo.

—No del todo. Atiende, la clave está en la pregunta: ¿cómo podría haber muerto de peste este niño, cuatrocientos años después de la última plaga de peste en su familia?

El a tardó apenas unos segundos en atrapar el hilo invisible tendido por su padre:

—¿Me estás hablando de genética?

—Bravo. —Gabino se irguió y cruzó los brazos, satisfecho como si mirase una compleja maqueta de trenes en funcionamiento.

—Pero la peste no es una enfermedad hereditaria. A no ser...

—Duncan y Scott.

—... que no estuviera causada por una bacteria sino por un virus. ¿Crees que...?

—Christopher Duncan y Susan Scott, Universidad de Liverpool —repitió él—. ¿Te suenan?

—Sí. Estudiaban el Sida, la causa por la que se da mayor inmunidad en la población europea que en ningún otro continente, y llegaron a la conclusión de que estaba relacionado

con las pestes medievales.

—¿De qué manera?

—Si aquellas epidemias fueron víricas, podrían haber provocado una mutación en el receptor CCR5, el que cierra el paso del VIH a las células.

—Un diez —Los ojos de Gabino habían recuperado su brillo; el entusiasmo científico fluía entre padre e hija como una corriente alterna.— Conclusión: ¿de qué estamos hablando?

El a demoró la respuesta unos instantes, paladeándola:

—De un virus dormido.

—Explícamelo como si yo fuera un estudiante de primero.

—El virus se pega a la pared de la bacteria y le inyecta su ADN, pero en lugar de comenzar a duplicarse se queda dormido, en estado latente. La bacteria se divide, propaga el

ADN del virus, lo transmite de generación en generación sin que pase nada, hasta que... por alguna razón el virus despierta, se comienza a reproducir a toda velocidad y destruye las

células. Teóricamente es posible.

—«Por alguna razón.» ¿Qué razón?

—Si pudiera responderte a eso ya me habrían dado el Premio Nobel.

—Exacto. Pero tenemos una pista.

—¿Cuál?

—Te la he dicho antes. Rebobina —Gabino hizo girar la punta de su dedo índice en el aire.

Cuando cayó en la cuenta, Cruz no pudo contener un respingo.

—La maldición —pronunció.

Respuesta correcta. Gabino le lanzó la más obtusa y desconcertante de sus miradas y se volvió a inclinar sobre un lavabo para humedecerse el rostro. Se frotó los ojos a conciencia. Luego el a le acercó papel para secarse y él lo tomó con una sonrisa cansada.

—Tu madre tiene razón. Eres mil veces más lista que yo.

—Quiero mucho a mamá, pero a veces se equivoca.

Las manos de Gabino se obsesionaron con el papel. Un movimiento

acompañado con sus dudas.

—¿Qué tal... —carraspeó—, qué tal con Víctor en casa?

Así que se trataba de escoger un bando, de posicionarse sobre el tablero. Cruz no vaciló:

—Si me preguntas lo que pienso, Víctor es uno de los errores de mamá. Pero no sé qué tal les va. Ya no vivo con el os.

—¿No? —La idea tenía un poderoso atractivo redentor para Gabino; ya no era el único que huía de casa.— ¿Con quién vives?

—Sola. Mamá me paga un estudio en el centro.

—¿Te lo paga? Bueno, ya sabes que... No quiero que parezca que me apropio de lo que no me corresponde, pero... Marian, tu madre, administra el dinero que yo envío para las

dos. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Pero ahora es diferente, si vivís separadas. Te enviaré el dinero que necesites directamente a ti, sólo dame un número de cuenta...

—¿Has vuelto por mamá? —las palabras cayeron por su propia gravedad, como pensamientos demasiado maduros para permanecer suspendidos en la sesera. El rubor cercó

de nuevo su rostro.

Su padre desplomó la cabeza muy despacio, se frotó las palmas de las manos ya secas y habló con los ojos cerrados:

—No se puede volver al pasado. Ya lo sé. Pero todos lo intentamos. En realidad no conocemos otra forma de vivir. El Gabino de hoy le pregunta al Gabino de ayer lo que debe

hacer, a cada momento. Por eso estamos perdidos, nos condenamos a repetir los primeros errores toda la vida. Y a eso lo llamamos personalidad, carácter. Alma. Nos empeñamos

en tener alma aunque sea para condenarnos.

Era lo más cerca que Gabino Montenegro podía arrimarse al abismo de responder que sí, que había vuelto por Marian; Cruz lo sintió y dejó que el silencio recolocara los ánimos

en su lugar. Después:

—No estoy preparada.

—¿Qué?

—Te has adelantado dos años, papá. Aún no tengo la base para ocuparme de ese caso.

—Sí que la tienes. Me lo acabas de demostrar.

Cruz resopló.

—Mírame; puedo ir haciendo preguntas por ahí, pero con esta cara de estudiante nadie me va a tomar en serio.

—Ojalá pudiéramos esperar dos años, Cruz. Pero me temo que esto es una contrarreloj.

Zambuló sus dedos en el interior de la americana como si de pronto hubiera recordado que traía un telegrama urgente. Y lo traía, aunque codificado dentro de una Blackberry.

—Hace dos semanas... —tecleó esforzadamente—. Nagore recibió un mensaje anónimo en su correo del hospital. —Leyó de la pantalla a—: «Nerea está embarazada. No se lo ha

dicho a nadie. Cada día está peor y temo que cometa una locura. Ayúdenla, por favor.»

—Embarazada —repitió el a. De pronto todos los matices y las connotaciones de la historia adquirirían un filo cortante. Un informe médico convertido en un grito de auxilio. El

pasado transformado en futuro. Y Cruz en medio, con los ojos muy abiertos—. Pero entonces...

—Podría ser mucho más fácil de lo que pensábamos.

—Si el niño viene enfermo.

—Exacto. Pero no puedes presentarte en su casa de buenas a primeras y decirle que vienes a sacarle sangre a su bebé. Se supone que ni siquiera lo sabemos.

—¿Quién es el anónimo?

—El marido. ¿Quién más iba a saber lo del embarazo?

—Su madre.

—Está muerta. Y su padre también.

—¿Cómo voy a ayudar a alguien que no se deja ayudar?

La expresión de su padre zozobró al borde de la decepción: no me pidas todas las respuestas, no me hagas hablar como un profesor.

—Podría conseguirte una beca —ofreció, con premeditada monotonía—; tendrías dinero y toda la ayuda de la Universidad, pero...

—Crees que lo debo hacer por mi cuenta. En secreto.

—Discretamente. Creo que debes ir al pueblo, inventarte que estás haciendo algún tipo de estudio, y aprovechar para acercarte a Nerea y su marido, sin que el a se asuste. ¿Lo

ves? Tu carita de estudiante buena te convierte en la persona ideal para este trabajo.

—Es lo que tenemos los gorditos. Parecemos de fiar.

—No me fastidies. Si tú estás gordita, ¿yo qué soy?

Cruz sonrió con el óvalo de sus ojos. Dijo:

—¿Un oso de peluche con resaca?

La garganta de Gabino se hinchó como un globo antes de romper a reír, rebosante de ganas. En ese instante se volvió a abrir la puerta de los servicios: Nagore introdujo su nariz

con forma de vaina sin sospechar que había jugado un papel protagonista en la reciente conversación.

—Gabino... —tanteó. Por detrás ya no se escuchaban carcajadas, sólo un murmul o efervescente.

—Ya estoy, Juan. —Puso sus manos sobre los hombros de Cruz. Eran prácticamente de la misma altura.—Ven a despedirte al aeropuerto, mañana. Podemos comer juntos.

—Está bien.

—¿A las doce y media?

—Sí.

Gabino Montenegro abrazó a su hija y la besó en la frente. Luego salió al encuentro de su colega y de su público, dejándola al í sola. Embriagada de luz y de lilas. Intoxicada de

emociones y cálculos complejos. Amenazada por una hilera de medias lunas de alabastro incrustadas en la pared, enjundiosas obras de arte destinadas a recoger la orina de los

varones.

Cruz se enfrentó al espejo. Su media melena era igual de negra que la de su



padre en la vieja fotografía. Igual de negra que su propia camisa y sus pantalones negros. Hasta su

carpeta clasificadora la había elegido de color negro. Arrugó el ceño como si mirase a través de los ojos de otra persona, espió el pliegue de la ropa sobre sus curvas y sacudió la

cabeza.

Sus labios la sorprendieron desde el espejo con una sonrisa levemente sádica.

—¿Lista para una contrarreloj, Campanil a?

Cruz siempre supo, de una forma intuitiva y radical, que el don de los safaris lo había heredado de su padre. Y eso a pesar de que nunca lo hablaron; Cruz jamás contó sus

excursiones mentales y Gabino no le hizo ninguna pregunta (quien sí las había hecho era mamá, cada vez que la encontraba inexplicablemente ausente o mareada, pero aquel o sólo

demostraba su ignorancia). Porque existían indicios, miradas, lugares en el mapa del

rostro de su padre a los que el a asignaba topónimos de complicidad: sé lo que te pasa, porque a mí también me pasa.

El silencio venía impuesto por la naturaleza del fenómeno. Era incomprensible, era imposible, era mágico. Tal vez fuera un poder diabólico. Pero había otra razón que lo hacía

intolerable de una manera insidiosa, como un picor inalcanzable a las uñas, algo que le hacía sentir a Cruz enferma en vez de privilegiada: eran las pequeñas imperfecciones, los

errores. Con el tiempo había llegado a denominarlos quimeras, porque era como salir a cazar por la selva y encontrarse un animal fabuloso en medio de la manada de cebras, un

pequeño grifo o un centauro intentando camuflarse entre los otros lomos rayados. Un animal que no podía estar al í, pero que estaba, y con su presencia desmentía también la realidad

de los demás animales, negaba la selva y se burlaba del cazador que la contemplaba desde su acecho. Las quimeras le hacían recordar que se trataba de una película proyectada

sobre su pantal a mental, tal vez captada de una señal exterior pero sometida al asalto constante de las interferencias del propio inconsciente, deseos y miedos condensados en

figuras y voces que se mezclaban con el material legítimo. Los errores, también, la advertían de que no se fiase demasiado, de que no debía dejarse engatusar por el juego, por la

emoción de la cacería. De que en ningún caso, y esto era lo más importante, volviera a caer en la tentación de atravesar la cortina.

No recordaba cuándo se parapetó por primera vez tras aquel a tela entretejida de animales, ni si había sido inventada por su mente infantil, sirviéndose de retales de sueños y

pesadil as, o simplemente había aparecido al í, igual que el don, como un legado de su sangre. Algunas preguntas no debían hacerse, eso era todo, o su cordura le diría: adiós, Cruz.

—Hola, Cruz. —Víctor se sorprendió tanto de verla sentada en la cocina que trastabil ó y estuvo a punto de soltar la jarra de su mano. Iba vestido sólo con unos boxers blancos y

un albornoz.

—No quería despertaros, he entrado con mi l ave. Perdona.

—No, está bien. —Fue hasta el fregadero y vació los hielos que bailaban en el fondo del cristal, dando la espalda a la mesa donde Cruz acometía su segundo desayuno.—Tu

madre está corriendo. Ha salido temprano.

—Os he robado unas gal etas.

Víctor hizo un gesto cualquiera. Buscó más zumo en la nevera, contento de tener algo que hacer.

En todas las ocasiones era él quien se sentía incómodo, como un intruso o un invitado que se toma demasiadas libertades; no importaba el tiempo que Cruz le fuera viviendo fuera

y Víctor dentro de la casa. Incluso ahora que la había pillado atiborrándose con una caja de Oreos y un brick de leche, era él quien huía la mirada y se agitaba espasmódicamente en

su albornoz.

Víctor Alix tenía cuarenta años, extremidades largas y un rostro que hacía pensar a Cruz en viejos pósters de Iggy Pop, aunque él nunca había tenido ningún póster de Iggy Pop.

—¿Trabajas con música? —le preguntó Cruz. Una melodía de piano llegaba desde el ático.

—¿Eh? No, no, estoy descansando. La música me distrae. No entiendo cómo hay quien escribe con música. —Se encogió de hombros mientras relataba su

mostrador.— Si la música nos molesta para leer, con más razón para escribir, ¿no?

—Lógico. —Cruz hojeó un libro que había encima de la mesa: Historia del arte: realismo e impresionismo. UNED.

—Cuando oigas música salir de mi despacho es que algo no funciona.

Lo que no funcionaba, en opinión de Cruz, era el amar «mi despacho» al pequeño escritorio pegado a la ventana del dormitorio de sus padres. Pero dijo:

—Entonces hoy no es un buen día.

Él sacudió la cabeza.

—Estoy bloqueado. —Arrojó la botella de zumo vacía a la basura de reciclaje.— ¿Qué tal en la facultad?

Cruz no despreciaba a aquel hombre, en realidad sentía una extravagante admiración hacia él. Víctor se había hecho famoso con una novela titulada Voraz: trataba de una mujer

que devoraba a sus amantes a través de la vagina. Y nadie (ni siquiera él) tenía muy claro si se trataba de una mordaz alegoría sexista o simplemente de eso, de una tía que se comía

a los hombres con el coño. Antes de dedicarse a las novelas era presentador del informativo local; era conocido por perder el hilo en mitad de la noticia y quedarse mirando a la

cámara con la boca semiabierta.

—¿Cómo se titula lo que estás escribiendo ahora? —contraatacó Cruz; detestaba el hedor de la falsa cortesía.

—Aún no tengo el título.

—¿Y de qué trata?

—Es... Es un poco pronto para hablar de... Estoy en una fase inicial. Las... —su expresión no había acomodado en lo alto de su cuello o de galgo—. Hay que dejar que la historia

venga por sí sola. Es como dar a luz, no se debe forzar.

Cruz estudiaba su coreografía de tics en silencio, untando gal etas. No era sadismo, sino curiosidad antropológica.

Marian apareció en el momento preciso, dando un portazo. Su energía anulaba la de Cruz igual que un imán borra una cinta magnética al pasar sobre ella.

—Qué sorpresa, ¿l evas mucho rato? —Al besar a su hija dejó huel as de humedad en sus mejil as. Con el pelo suelto y la ropa deportiva, Marian parecía diez años más joven.

Cruz abandonó sus gal etas al instante.

—Le he dado un susto a Víctor.

El se rio, pero era verdad.

—Si no os importa —presentó su jarra de zumo a modo de coartada—. Tengo que seguir.

Las dos mujeres asintieron comprensivamente y Víctor desapareció ligero y descalzo como un gato, escaleras arriba.

—Está bloqueado con su novela —confió Marian.

—Mmm.

—¿Cómo estás? —Desanudó la sudadera que l evaba a la cintura y la usó para secarse el perímetro del rostro mientras se sentaba frente a su hija.

Los ojos de ambas eran idénticos: cuatro joyas tal adas de una misma piedra, alguna clase de cuarzo muy oscuro.

—¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

—No, sólo te pregunto.

—Estoy genial. ¿Y tú?

—Genial. —Marian retiró de la mesa el libro de la UNED, y de pronto la idea de mamá regresando a la universidad adquirió un peso insoportable. Marian había dejado la carrera

de arte en el último año, al quedarse embarazada, y Cruz siempre había imaginado un reproche larvándose bajo su máscara de felicidad todos aquel os años, aguardando su momento de ajustar cuentas. Pero el momento jamás l egó.

— De haber sabido que venías no habría ido a correr. ¿Quieres que te prepare algo de desayunar?

—No, estoy l ena. En realidad sólo he venido a por algunas cosas de mi habitación.

—Ah, perfecto. ¿Te arreglas bien en el estudio?

—Tiene dos habitaciones, mamá; técnicamente no es un estudio, sino un piso.

Madre e hija intercambiaban notas como dos instrumentos que se afinan para tocar juntos, sin conseguirlo. Un arpa y una trompeta. Un violín y un timbal. Cruz decidió saltar a la

última estrofa:

—Ayer estuve con papá, en el Congreso.

-¿Sí?

—Te habrás enterado de lo que... De que se mareó y eso.

—Algo he oído, sí.

—¿Has hablado con él?

—No.

—¿No? Bueno, se marcha esta tarde y... he quedado a comer con él en el aeropuerto.

—Ah. ¿Te importa...? —Marian alargó la mano para coger el brick de leche desnatada y acometió un trago de varios segundos, directo del cartón a sus labios. Era lo más

parecido a un lingotazo que tenía a mano.

—Quería pedirte el Miera —Cruz fue a por todas, aprovechando la guardia baja—. No sólo para lo de hoy, sino... para todo el verano. Lo necesitaré,

para...

—Claro.

—... hacer un estudio de epidemiología. Tengo que recorrer varios pueblos. No están muy lejos, pero...

—Llévate el Range Rover.

—¿Qué? No.

—Sí, de verdad, prefiero que me dejes el pequeño a mí. Ya sabes que yo no me apaño con ese mamotreto, me pone de los nervios. Y tiene tracción a las cuatro ruedas, a lo

mejor te viene bien.

—Bueno, vale. Si tú quieres.

—Quiero. A partir de hoy el Range es oficialmente tuyo.

Papá le había regalado un caso médico para ganar el Premio Nobel y mamá la obsequiaba con un coche de ochenta mil euros. Y en lugar de sentirse dichosa Cruz empezaba a

hundirse en un charco de resentimientos cruzados. Ni siquiera tenía un garaje para guardar el coche en el centro de la ciudad, ¿es que su madre se había vuelto loca? Pero dijo:

—Gracias, mamá.

—Es increíble. —Marian se miraba la curvatura perfecta de sus uñas porque era el punto de su cuerpo más alejado de las lágrimas.— Siempre tiene que estropearlo todo, tu

padre. Tiene que dar la nota. No puede evitarlo.

La mandíbula huesuda y rígida de su madre tenía la hechura de un mascarón de barco; Cruz la escudriñaba y se torturaba al amándose por dentro tragona,

inmadura, cobarde.

Esa noche, Cruz dispuso meticulosamente los utensilios de su cena en la bandeja del lavavajil as, dio al botón de media carga y luego fue al cuarto de baño para vomitar. De

rodil as, el pelo

recogido con la mano izquierda y dos dedos de la derecha hundidos hasta el paladar; podía hacerlo en menos de veinte segundos sin estertores ni convulsiones patéticas,

investida de dignidad hipocrática. El único cuidado era no mirarse en el espejo una vez terminada la operación, porque quedaban saquitos de grasa en la conciencia que no podían

purgarse, cinturones adiposos de culpa que se manifestaban en el lustre de los ojos.

Salió descalza del baño, cogió un refresco light para el sabor de boca y se instaló en su sofá rojo Ikea con la carpeta del caso Lortia entre las piernas.

La investigación del doctor Nagore se reducía a un historial médico incompleto de la familia Uztárroz y a una exigua baraja de partes de defunción, además de un sobre con seis

pequeñas fotografías Polaroid. Su padre no le había mostrado las fotos durante su comida en el aeropuerto, pero le había explicado su contenido con cinco palabras y eso era suficiente para que los dedos de Cruz se entretuvieran acariciando la solapa del sobre durante un buen rato antes de decidirse a abrirlo. Aquel as cinco palabras fueron:

—Las fotos del bebé muerto.

En más de una ocasión Cruz había visto cadáveres abiertos como libros sobre mesas de disección, con sus entrañas legamosas explicándose a sí mismas entre efluvios de

formol. A lo largo de la carrera había hojeado toda clase de fotografías



capaces de interrumpirle la digestión a cualquiera, con las excrecencias más aborrecibles en las partes más

intolerables del cuerpo humano. Y nunca le había afectado. De modo que, ¿por qué esta vez tenía que ser diferente?

Dio un trago a la lata, la dejó sobre la mesa baja y extrajo las fotos del sobre en una sola cadena de movimientos. Las estudió de cerca, sin precaución, y al instante sintió cómo le

caía la temperatura del cuerpo. Su corazón se convirtió en un péndulo de plomo contra sus costillas. Sus córneas se secaron y luego se humedecieron al primer parpadeo.

Soltó las instantáneas como si temiese que su contenido par- duzco se pudiera extender por sus manos. Se levantó y cruzó la alfombra hasta la estantería de la pared. Tenía una

colección de quinientas noventa películas en DVD, todas compradas, con sus estuches y sus carátulas. Eso significaba veinte meses de tratamiento audiovisual en posología de un

comprimido diario después de la cena, porque así es como el a lo contaba. Su cinefilia era una prescripción médica, un hábito higiénico que sólo implicaba a las películas de un modo

tangencial, utilitario. Las películas, a diferencia de la televisión y sus agujeros cósmicos de publicidad, constituían un falso señuelo para sus sentidos a una hora en la que tendían a

desdoblarse y marcharse de cacería...

Cruz sacudió la cabeza, pero las imágenes seguían al í, adquiriendo peso y textura ante los ojos de su mente. La piel del bebé, de color púrpura y negro. Sus párpados hinchados

y entreabiertos. Dos hilos de sangre descolgándose de su boca y de su ano, tiñendo la sábana de la camilla donde había sido depositado para hacer las

fotografías. Debía de l evar

poco tiempo muerto y aún emanaba un halo agónico que hacía pensar en prolongados l antos de supervivencia. Era lo último que nadie puede desear a una madre. Era una maldición.

Los títulos en vertical, alfabéticamente: Easy Rider, Eclipse Total, Ed Gein, Ed Wood, El Emperador y sus locuras, El último día, Election, El empleado del mes, En busca de

Bobby Fisher, En compañía de lobos, En la ciudad sin límites... El rostro de Leonardo Sbaraglia irrumpió placenteramente en su escenario mental y Cruz cogió la película de un

manotazo, volcando otras dos al suelo. Corrió al televisor.

Dio al PLAY y la película comenzó. Títulos, avisos legales.

Un grito juvenil subió de la cal e y al punto los pensamientos de Cruz se quisieron escapar por entre las láminas de la persiana: ¿cuál era el nombre del bar? ¿Cuántos años

tendría el chico? ¿Y por qué el a había elegido un apartamento precisamente al í, en la zona más ruidosa del casco antiguo...? Los barrió de un golpe, se concentró en las imágenes.

Pero el duende de su cabeza fabricó otro juego, éste de respuestas: Elegiste el apartamento del centro porque tu madre nunca lo habría elegido, elegiste el más barato porque tu

madre podía permitirse alquilar el más caro, elegiste Medicina porque tu madre soñaba con una hija artista.

Cruz sintió un escalofrío. Vértigo inminente.

—No, por favor, no... —Adelantó los títulos de crédito de la película. Pero cayó en otra trampa, y esta vez no era una fisura en la ventana, sino un cráter sobre la superficie de su

mente.

Un hospital.

Y la pantalla del televisor que se plegaba hacia dentro, llevándose a Cruz por un pasillo de paredes verdes y tubos fluorescentes...

\*\*\*

Frontera y salvación: todo comienza con el dibujo de un pequeño jilguero colgado en el aire. Del contorno de sus alas amarillas y negras brotan haces de hilo rojo como un aura

que se extiende en cuatro direcciones hasta tejer el paño entero, una superficie liviana hecha de seda, lino y algodón que de prisa se puebla de otros animales bordados con pulso de

niña: la tortuga, el caracol, la estrella de mar, la mariposa.

Ya través de ellos, el secreto casi desvelado.

Cruz camina (se desliza) por un pasillo de hospital que ya no se parece al de la película de Sbaraglia. En la pared palpita un reloj con cuatro ceros, la hora en que los hechizos se

extinguen y las pesadillas germinan, pero Cruz sabe que no debe tenerlo en cuenta. Algunas quimeras son fáciles de reconocer.

Al final del corredor hay una puerta cerrada y un hombre con la espalda apoyada en la pared. Lleva un batín verde y los zapatos envueltos en fundas desechables del mismo color,

porque acaba de asistir al nacimiento de su hijo. Tiene las manos en el rostro, soportando el peso del dolor.

Si pudiera, Cruz enroscaría su furia en un ciclón y mandaría todas las imágenes al pasado donde pertenecen, donde ya nadie debería ser capaz de manosearlas, pero sólo le es

permitido agazaparse tras la cortina, elegir el grado de su cobardía y esperar que acabe pronto la cacería.

La puerta de la habitación se abre y sale una doctora de pelo castaño amarrado en una trenza. El hombre se vuelve hacia el a; su perfil está tan surcado de pena que no tiene

edad.

—Te necesita —susurra la mujer, y Cruz detesta escucharlo, odia flotar entre el os como un genio entrometido y sabelotodo.

—¿Se lo has dicho? —tiembla el padre.

—No. Pero ya se lo imagina. Lo ha visto al nacer. —La mano de la doctora toca el antebrazo del hombre.— Ahora está más tranquila, le hemos puesto algo de calmante.

Deberías hablar con el a.

El padre resopla, echa la cabeza hacia atrás y Cruz puede ver el bulto de su nuez subir y bajar trabajosamente: la piedra de

Sísifo. Luego él se recompone, asiente, y la doctora se marcha por el pasil o atravesando a Cruz, impregnándola de un leve rastro de perfume. El a no tiene más opción que

quedarse, adherirse al vuelo del batín verde cuando él cruza la puerta de la habitación donde su mujer espera una palabra para l orar al hijo muerto.

No es posible que exista una piel tan blanca. La carne de Nerea Uztárroz es el lienzo sobre el que debería pintarse un cuerpo, pero el cuerpo insinuado es a duras penas un

boceto que se aleja de los veintitrés años por ambos extremos, como un garabato de anciana sobre niña, sin etapas intermedias. Es una imagen que inspira veneración, que podría

adorarse salvo por la maraña desesperada de pelo pajizo y húmedo sobre la

almohada, las sábanas con el logotipo desleído del hospital y el gotero de morfina prendido de su vena.

—¿Dónde está? —la pregunta necesaria, hecha con más vigor del que uno esperaría en esos labios mortecinos.

El hombre (pero él también es un niño y un viejo) se inclina sobre el a, incapaz de hablar, hunde su rostro en la cabel era rubia y la abraza mientras expulsa todas las lágrimas

juntas.

Pero Nerea no l ora, grita. Vocifera con todo su débil esqueleto. Quiere salir de la cama y coger a su bebé, l evárselo de al í, presentarlo ante quien pueda salvarlo a cambio de lo

que sea, de su vida. Ahora el padre endurece el abrazo convirtiéndolo en otra maniobra más odiosa, una prisión, una obstinada marea de resignación que quiere imponerse sobre

el a. No lo conseguirá.

Nerea sacude los brazos y las piernas.

El gotero se vuelca. Las sábanas se enredan.

Un universo entero está a punto de disgregarse delante de los ojos de Cruz, descarrilado de órbitas y causalidades. El a sabe que nunca podrá ser indiferente ni profesional. Al

mismo instante sabe que debe conocer a esa mujer y decirle que las maldiciones no existen.

## II

—Conduce tú.

¿Qué?

El Range Rover había quedado detenido en un arcén demasiado estrecho para tan voluminoso artefacto, al borde mismo del precipicio. Michi pegaba la nariz a su cristal y ni

siquiera alcanzaba a ver el pretil de piedra que les separaba del abismo calcáreo.

—Conduce tú —repitió Cruz—, a mí se me va la olla con tanta curva.

—Yo no puedo salir por aquí.

—Pues pasa por encima.

Cruz se inclinó hacia el asiento del acompañante y su amigo inició el recorrido opuesto, aturuladamente. Sus cuerpos se estorbaron sobre la palanca de cambios, encalaron

durante unos segundos y al fin se desplomaron sobre los asientos cambiados. El roce desencadenó un enrojecimiento capilar en el rostro de Michi que no halagaba en absoluto a

Cruz.

—Sabes conducir, ¿no?

—Sí —un bufido.

Michi era pequeño, fusiforme. Llevaba la cabeza metida en un gorro de lana que le daba cierto aire cosmopolita, aunque en realidad lo usaba para tapar una mancha de nacimiento en mitad de la frente, incluso en verano. La mancha tenía, sin lugar a dudas, forma de tríada genital masculina.

Michi había ganado un concurso televisivo de preguntas y respuestas que se prolongó durante ciento doce días, batiendo el récord nacional (sin quitarse el gorro). A los veinte

años, estaba a punto de doctorarse en Medicina y hablaba seis idiomas provenientes de cuatro raíces distintas, dos de ellas preindoeuropeas. Por eso era un insulto preguntarle si

sabía conducir.

—Me siento raro; parece un tanque de lujo —rezongó él, señalizando para incorporarse al tráfico inexistente. La carretera era una médula de asfalto entre las vértebras del río.

—Ya sé lo que opinas del coche.

—Deberías venderlo, comprarte un Smart, o un Seat, y donar el resto del dinero a una institución.

—A la tuya, por ejemplo.

—No es mía. Soy un trabajador más, estoy en la parte baja del escalafón, por si pensabas otra cosa.

—Ya. Un peón de la ciencia.

Michi se volvió hacia él.

—La ironía es el aceite engrasante del capitalismo, ¿lo sabías?

—No me lo cuentes. Tú sólo mira al frente y conduce.

El valle se estrechaba y se expandía a su paso como si tomara grandes bocanadas de cielo. Era hermoso en el mismo grado que intimidante, demasiado asentado y rotundo

para unos ojos acostumbrados a geografías efímeras, a paisajes en construcción.

Recapitulando: Cruz y Michi estuvieron a punto de acostarse juntos en primero de carrera, en una especie de cuartucho que él utilizaba para reunirse con sus colegas burgueses

renegados y pronosticar a voz en cuello el colapso de la sociedad consumista. Pero entonces, justo en el momento de desabrocharse el sostén, Cruz se dio cuenta de que había

paquetes de condones en todos los cajones y empezó a cuestionarse si la euforia que sentía en el cuerpo era completamente natural o tendría que ver con la última copa servida

discretamente por Michi. Oh, sí, sabía que los chicos de medicina eran capaces de hacer algo así. Lo había visto. Los había espiado haciendo cosas que él ni siquiera se imaginaban.

De todas formas, tal vez hubiera estado bien acostarse con él en aquella ocasión. Ahora compartían demasiada biografía y el mero pensamiento resultaba aborrecible, como

encamarse con un primo carnal. Al menos para Cruz. En cuanto a Michi...

Michi conducía pegado al volante. Sacaba la punta de la lengua por entre los labios antes de hablar:

—La hipótesis es: maldición, igual a prevalencia. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y si descubrimos que los primogénitos de cada casa nacen con cuernos y rabo, tú vas a demostrar que existe una causa genética.

—No nacen con cuernos y rabo, nacen enfermos.

—De peste bubónica.

—Septicémica. O ébola. O algo distinto que no conocemos.

—Llamémoslo equis.



El a gruñó: «Lla-me-mos-lo-e-quis».

—Oye, niña, que no me lo tomo a guasa. Para los gurús de Science tu padre es uno de los mayores expertos mundiales en biología molecular. Y partimos del supuesto de que te

sigue queriendo, ¿no? —Sintió la mirada de el a encima como un hierro candente.— Pues entonces aquí hay algo gordo. Envuelto en papel de regalo y con lazo para que nosotros lo

abramos.

Después de atravesar Isaba, ya en la cabecera del valle, la carretera nacional se partía y obligaba a elegir entre un ramal que ascendía hacia el parque natural de Larra, destino

principal de los excursionistas, y otro que seguía por la brecha del río bajo la avalancha verdinegra de hayas y abetos.

—Nueve kilómetros —dijo Michi, tomando el camino más profundo. Cruz jugueteaba con el mapa entre sus dedos pero no se molestó en desdoblarlo. Había compartido miles de

horas de estudio con Michi y estaba al tanto de su memoria fotográfica; una ojeada de pocos segundos era más que suficiente para dejar impresa en sus neuronas una réplica exacta

del mapa en cuestión, de las taxonomías, genealogías, sintomatologías, histologías, morfologías, fisionomías o patologías. Algunas tardes, en la biblioteca de la universidad, Cruz

sentía la llegada de Michi por el revuelo de alumnos que recogían sus bártulos y se marchaban en cuanto veían asomar su gorrito de lana; no era un prodigio mnemotécnico, era un

brujo que desafiaba precisamente las leyes que ellos estudiaban. De ahí a convertirse en el pringado de la facultad sólo había un paso.

Dejaron atrás las naves de una serrería abandonada frente a la que se

levantaba un cartelón a todo color: «HOTEL Gran PIRINEO ResoRT». Al pie de la representación virtual del

futuro edificio se leía un orgulloso elenco: «42 habitaciones, spa con piscina termal, baño de vapor, bar inglés con terraza, biblioteca, guardaesquís, servicio de aparcacoches, adaptado a minusválidos».

—Piscina termal, ¿lo has visto? —Michi sacudió la cabeza—. Adaptado a minusválidos, dice. Pero lo que quieren es convertirnos a todos en minusválidos mentales. Nos tratan

como a viejecitos, nos reblandecen con sus baños de burbujas y sus spas, para que no pensemos demasiado. Nos convierten en carne fofa con tarjeta de crédito, y luego quieren

pedirnos responsabilidades.

—Mira adelante, Michi.

—Eso es justo lo que hago, tía. Mirar adelante. Y lo que veo no me gusta.

Las primeras casas de Lortia se presentaron alineadas junto al río: las más nuevas con sus fachadas blancas, las de siempre hechas de piedra desnuda y con sus tejados bien

afilados para cortar inviernos seculares. Pero en seguida el pueblo saltaba al otro lado del río y se echaba al monte como un rebaño mítico alrededor de la iglesia; tal vez en cualquier

otra mañana menos limpia e inofensiva, su torre-campanario fortificada invitaría a pensar en aislamientos y en fe argamasada con miedo y frío; en plegarias levantadas contra el

hambre, la guerra y la peste.

Pero no este día de julio.

Eran las diez en punto y Michi detuvo el coche junto a una cabina de información turística que aún permanecía cerrada.

—Vale, ¿cuál es el plan? —Apagó el motor.

—Yo busco a la chica y tú te miras el registro.

—¿No debería ser al revés? Chico busca chica, chica busca registro.

—A ver, Michi —Cruz se giró en su asiento para mirarle de frente—. Te he pedido ayuda y te agradezco mucho que estés aquí, pero el proyecto sigue siendo mío, ¿vale? Soy la

coordinadora del estudio y te digo que vayas al registro porque podría haber algún papel en euskara y yo no sé euskara. Además, a ti nadie te va a abrir la puerta de su casa con esa

pinta de friki. Vamos.

Michi crujió una carcajada. Cogió su mochila urbana del asiento trasero y se apeó para reunirse con Cruz. Él se abotonaba su americana negra, asomada al pretil del río.

—Huele a pueblo —dijo, inspirando a fondo.

—Yo no huelo nada.

Pero de pronto vino otro olor, como una bofetada. Cruz se volvió hacia su compañero de promoción y lo encontró untándose los antebrazos y el cuello de Aután. Generosamente.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —A continuación el rostro, hasta el mismo borde del gorro.— Río, árboles. Aquí debe de haber mosquitos por un tubo. Y te recuerdo, mi querida coordinadora, que hemos venido a investigar una misteriosa infección vírica.

Cruz sacudió la cabeza y regresó al coche en busca de su carpeta. A través de los cristales vio al primer vecino caminando por el otro lado de la calzada; pero no, no era un

vecino, sino un obrero de la construcción en su buzo de trabajo abierto hasta medio pecho, seguido por un grupo de otros tres. Hombres de los Cárpatos.

Cuando regresó junto a Michi, Cruz lo encontró estudiando un panel en el lateral de la cabina de información turística.

—Mira esto. Nuestra familia le ha puesto el nombre a todo un barrio.

El a se acercó: el plano de Lortia estaba coloreado en cinco distritos que se correspondían a los apelidos de los caseríos más importantes. La zona Uztárroz latía en rojo y

abarcaba toda la ladera occidental, por debajo del frontón y de la iglesia.

—No me lo puedo creer. Es genial.

Michi señaló otro punto en el mapa, junto al rectángulo del frontón.

—Aquí está la Casa Consistorial. No tiene pérdida. En un par de horas misterio resuelto.

Intercambiaron papeles: Cruz le pasó los datos del registro encontrados por Juan Nagore, y Michi le entregó unas hojas con el membrete del Instituto Lieds-Hoffer donde trabajaba.

—Me la estoy jugando por ti, tía. No lo olvides. —En otra vida, a Michi le hubiera gustado ser un mafioso quisquiloso y de gatillo fácil como los personajes de Joe Pesci; de

mentiras, claro.— ¿A la una y media en el coche?

El a miró su reloj y asintió.

—Es mejor que comamos en otro pueblo, para poder hablar.

—Tú pagas, jefa.

—Por supuesto.

—Y si la maldición se resuelve, yo te invito a cenar a mi casa.

—Ojalá sea tan fácil. —Cruz trazó un triple subrayado bajo una apresurada nota mental: «Cuidado: Michi al acecho».

Michi se ajustó el gorro para taparse bien la frente y asomó fugazmente el pico de la lengua entre los labios.

—Lo dice mi horóscopo. —Sonrió—: «Hoy conseguirás todo lo que te propongas.»

Los dos caminaron juntos por el paseo del río y se separaron después de cruzar el puente, cada uno por una rampa empedrada.

Un gato negro y blanco que dormía descorrió sus párpados y les observó alejarse desde lo alto de un muro, olfateando en el aire el repelente de insectos. Tomaba sus propias

notas mentales.

La primera vez que Cruz encontró manchas de sangre en su ropa interior también le pareció estar mirando un mapa. El mapa de su futuro. Para entonces él ya conocía alguna

de sus latitudes más recónditas y desaconsejadas, porque las había visitado en sus sueños; en sus safaris. Así sabía unas cuantas cosas acerca de los chicos y de las chicas. De lo

que hacían juntos y lo que hacían en solitario. Y sabía que a partir de ahora tendría que recorrer todos aquellos caminos con su piel descubierta, sin disfraces ni cortinas coloreadas

tras las que esconderse.

Ese mismo día, poco antes de cumplir doce años, Cruz advirtió que sus padres hablaban sin dirigirse la mirada y que los silencios entre ellos no eran remansos cristalinos sino

pozas turbias. Supo que se iban a separar, e inmediatamente culpó a su madre:

la mujer fría, la confiada heredera, la relatora de medias verdades. Apenas un parpadeo y su familia

se había convertido en una ruina más en la isla de Corfú, donde por accidente les había alcanzado la revelación. Todo se confesó un engaño: las playas azules, los templos resquebrajados, el vino en la cubitera y el baile de los acordeonistas alrededor de su mesa.

Por la noche Cruz oyó los pasos de su padre saliendo del hotel y se fue tras él, volando. No le importaba si la descubría. Quizá lo deseaba; él y ella estaban condenados a

respirar siempre al mismo compás, su secreto los envolvía como un útero del que nunca nacerían, ellos nunca formarían parte del resto del mundo. Pero Gabino no se dio cuenta de

que ella lo acompañaba, no la sintió, y pasó toda la noche emborrachándose en la menos mágica de las tabernas de la isla.

Hasta entonces Cruz no supo que podía hacerlo: viajar hacia atrás. Fue gracias a la sima de dolor abierta en los ojos de su padre mientras bebía aquella madrugada. Cruz se

filtró por ella como un curso de agua y exploró profundidades desconocidas: el pasado.

Allí ve los días que ella sólo recuerda gracias a los álbumes de fotos, porque era demasiado pequeña. La vieja casa, el viejo coche, las horas dedicadas a hacer planes. Aquellos

son los álbumes favoritos, los más manoseados.

A través del brocado rojo ve su primera cuna y escucha los llantos que no dejan dormir a sus padres; pero no se acerca. Si los ojos del bebé llegaran a encontrarse con los

suyos...

Ve a su padre cuando aún no es su padre, sino sólo Gabino, sentado en la

última fila de una biblioteca universitaria. Huele el fino sudor en su frente, porque hasta aquel rincón no

llega el aire de los ventiladores. Horas que se acumulan sobre días de soledad entre la multitud extraña.

Luego (antes) se le aparece un pueblo, donde existe otra casa y otra familia, donde Gabino es el hijo mediano y viene leyendo por el camino de la escuela mientras sus hermanos

corren con la pelota. Y juegan a darle en la cabeza. Le tiran los libros. Le zancadilean en broma pero él cae de verdad. Este recuerdo está lleno de quimeras: se mezclan risas y

estampas de otros días, de otros veranos, que Cruz contempla juntas y beatificadas como los pasos de un martirio en el retablo de la memoria de su padre.

El safari termina en un cuarto oscuro; la respiración agitada de un niño de cinco años que barrunta pesadillas, la puerta que se abre y los pies descalzos de mamá acariciando el

suelo hasta el borde de su cama.

—Toma, bebe un poco —le lleva un vaso de agua a los labios. Él bebe despacio, luego sujeta la manga del camión de su madre para que no se marche.

—Quédate un rato —suplica.

La madre se recuesta a su lado, envuelve el cuerpo flaco del niño con sus brazos y posa su mejilla sobre el pelo negro. Canturrea. Está a punto de quedarse dormida. Y justo

encima de él, Cruz debe luchar para resistir la tentación de asomar su mano por debajo de la gasa y unirse al abrazo imposible.

Entonces se asusta, se da cuenta de lo que está a punto de hacer y retrocede muy lejos, poseída de vértigo. Concentra su mirada (es lo mismo que echar un

ancla) en el jilguero,

la tortuga, el caracol, la estrella de mar, la mariposa. Ellos son de fiar y al instante la devuelven al presente de Corfú; también al futuro incierto de su familia.

Cruz se incorporó en su cama, fue temblando hasta la ventana de la habitación y aquietó sus pulsaciones sobre la vista del mar nocturno. Eso la salvó de las lágrimas, porque ya

no soportaba más movimiento, más sorpresas, más viajes. Una superficie lisa e infinita donde abandonar su mirada era todo lo que podía desear en aquel momento.

—Pertenezco al Instituto Lieds-Hóffer. Estamos haciendo un estudio de la evolución demográfica del valle en los dos últimos siglos. ¿Su familia es natural de aquí?

La señora de la casa giró el torso para estudiar el cuestionario médico a la luz del sol. En pleno siglo XXI muchos de aquellos zaguanes eran tan oscuros como madrigueras, y

sus ocupantes se resistían a cruzar el umbral.

—Mi familia es natural de aquí y de muchas partes. —La mujer sostenía el papel con recelo. Del teñido de su pelo no quedaba más que un residuo anaranjado en las puntas.—

De Zaragoza, de Pamplona, de Ansó... Tú me dirás, somos veintiocho primos y hermanos. En esta casa sólo vivo yo con mis dos hijos y mi madre.

—Es una casa preciosa —Cruz retrepó la mirada por el arco de piedra y los balcones de madera—. Debe de tener mucha historia.

—Pues echa cuenta, la casa es de mil ochocientos dos. Y según mi abuelo la levantaron encima de otra más vieja todavía. —La mujer arruga el ceño—: ¿Son preguntas de

historia?



—No, no, sólo... es curiosidad. El cuestionario es muy fácil, ya lo verá. — Cruz tendió un bolígrafo que la mujer se demoró en coger.— Es anónimo. No tiene que escribir su

nombre.

—Ah, bueno...

—Preferimos que la gente responda con sinceridad, por eso lo hacemos así. El sujeto de nuestro estudio es el val e, no las personas concretas.

Su padre había tenido razón en una cosa: la gente estaba dispuesta a fiarse de Cruz. Se creerían lo que les dijese, con tal de que fuera mirándoles a los ojos. La mujer marcó las

casil as del cuestionario apoyada en un inmenso aparador de madera noble, casi a tientas, y se lo devolvió apresuradamente. Por supuesto habría mentido en un buen número de

preguntas (¿enfermedades de transmisión sexual en su familia, intentos suicidas, desórdenes mentales, violencia doméstica?), pero Cruz ya contaba con eso. Hay una alfombra

estadística donde esconder los montoncitos de mentiras.

—Muchas gracias. Y enhorabuena por vivir en un lugar tan bonito.

En el mismo instante una nube se detuvo sobre la cal e empedrada y Cruz sintió un pescozón de frío en la nuca. El a sabía muy bien de dónde había sacado su don para hechizar

a la gente con una sola mirada: de Marian. Papá tenía el corazón y la inteligencia; mamá, los ojos de hipnotizadora.

Respirando humo de leña Cruz l egó a la plaza mayor, un triángulo dislocado e invadido de coches hacia el que la iglesia parecía haber vuelto la espalda con cierto desdén, como

si renunciara a la carrera de protagonismo que ahora se disputaban el bar y el Ayuntamiento. Cruz atisbo la cabeza enfundada de Michi a través de una ventana baja, sentado a una

mesa y hablando sin parar con alguien de quien sólo se veían los dedos impacientes, tamborileando. Siguió cal e arriba con su carpeta negra apretada al pecho igual que una colegiala, resoplando.

Le había dicho a su socio que tenía un plan, pero aquel o sólo era una forma práctica de l amar a sus deseos. El objetivo real de la encuesta no era otro que hacerse notar en el

pueblo como inofensivos estudiantes, una maniobra demasiado elemental para ir poco a poco estrechando el círculo alrededor de la familia Uztárroz. ¿Y luego?

Mientras ascendía por la sombra de la iglesia se dio cuenta de que su confianza requería de unos contrafuertes tan sólidos como aquellos de piedra para no desmoronarse. ¿Por

qué estaba al í? ¿Por qué jugaba a la intrépida aventurera si su ecosistema natural no se extendía más allá de las bibliotecas, de las consultas, de cualquier complejo climatizado y

bien provisto de enchufes para el ordenador, para la impresora, el escáner, la cafetera, el microscopio, la nevera de muestras? No iba a ganar el Premio Nobel. Ni siquiera se veía

capaz de impresionar a su padre con un buen trabajo. De modo que sólo quedaba una verdadera razón, y se trataba de un grito en SMS.

Ayúdenla, por favor.

Se paró a recuperar el aliento en mitad de una rampa, y en aquel descanso lo vio. El marido de Nerea fumaba al otro lado de un muro irregular, de pie en medio de su huerto

como un Polifemo alzado sobre una selva enana. Daba la espalda a la casa

más señorial del pueblo, la del apellido de su mujer, con sus tres alturas y su corral rehabilitado al otro

extremo. Cruz levantó la vista al balcón entreabierto del segundo piso y notó los visillos moverse con el aire. Imaginó el cuerpo de Nerea tan sutil como uno de aquellos visillos, empujando la pena silenciosamente por los pasillos y rozando los escalones de madera sin imprimir el menor crujido.

Quería dejar aquel día a visita para el final porque necesitaba estar preparada, con su carcaj de mentiras bien prieto en su cabeza y el arco de su lengua bien calibrado, pero el

paseo por el scalextric del pueblo la había dejado más agotada de lo previsto en las primeras horas. ¿A qué seguir fingiendo?

Entonces él se estremeció y Cruz comprendió que estaba llorando. El hombre se apretaba los ojos con el índice y el pulgar, la cabeza gacha, las eses de sus prematuras canas

mezclándose con las del humo del pitillo. No miraba las hileras discontinuas del huerto, el paisaje verde profundo del valle ni ningún otro lugar más allá. Era un Polifemo con su único

ojo vuelto hacia el dolor.

—Perdón —Cruz alzó la voz por encima del muro, que le llegaba hasta la barbilla—: ¡Perdone!

Habían comenzado a sonar las campanas de las doce (aunque campanas virtuales, megafónicas) y Cruz se sintió estrafalariamente anunciada cuando él le clavó los ojos. ¿Qué

aspecto imbécil debía tener, con su cabeza asomada por el pretil como una diana de tiro al pichón?

—Pertenezco al Instituto Lieds-Hóffer. Estamos haciendo un estudio...

El cíclope lagrimeante dio media vuelta y regresó dentro de la casa en cuatro zancadas. Ni siquiera le dedicó un gesto hostil, una sacudida de cabeza o un

«Lárguese de aquí».

Ultimas noticias: no todo el mundo se derrite a la cálida l ama del rostro de Cruz, más información en el próximo ridículo espantoso.

Una hora después Michi la vio acercarse con banda sonora de Radiohead. Separó el culo del coche donde l evaba un rato esperando y fue al encuentro de la chica.

—¿Te puedes creer que no hay cobertura en todo el pueblo? —denunció, liberando los orificios de sus orejas y devolviendo a Cruz al universo de los objetos sin orquestación—.

Esta gente le ha debido de coger gusto a la Edad Media.

—¿Cómo te ha ido?

—Tu fiel vasal o ha cumplido. Tengo todo lo que hay en el archivo municipal —tocó su mochila en el suelo con la puntera de una bota—. Pero sólo l ega hasta mil novecientos

once. Si quieres nombres de bautizados y muertos antes de esa fecha tendrás que hablar con el párroco de la iglesia, que viene los martes. Ya sabes que yo no trato con curas, o sea

que es cosa tuya. ¿Has encontrado a la mamaíta?

—No había nadie en la casa.

Lejos de enflaquecer, la voz de Cruz se curtía con las mentiras. Dijo:

—Me han dicho que puedo encontrarla por la tarde, tú puedes irte si quieres.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una vecina. —Usó la l ave para desbloquear las puertas del todoterreno.— Vamos, me cuentas lo que has averiguado mientras comemos y luego tú te l evas el coche.

—¿Me l evo el coche? ¿Y cómo vuelves tú?

—Ven a buscarme mañana, a esta hora.

Michi trepó a su asiento con la nariz arrugada como si alguien hubiera hecho sus necesidades al í dentro.

—¿Vas a dormir en el pueblo? —perplejidad. Cabreo.

—Hay una casa rural. He visto el nombre y no me he podido resistir.

—¿Qué nombre?

—Se l ama La Casa del Médico.

—Genial. Me quedaría contigo, pero tengo que pasarme por el laboratorio esta tarde.

—No hay problema.

Para entonces el cielo se había vuelto gris como la piel de Lortia; sus muros se hinchaban para respirar el aliento de la inminente luvia. Liberados del sol, los músculos del val e

chirriaban en busca de su posición antigua, de su eterno gesto ensombrecido.

Existía un safari favorito, un minizoo que Cruz había visitado en tantas ocasiones como para poner nombre a cada una de las quimeras que lo habitaban: el día en que Gabino y

Marian se quitaron toda la ropa en el asiento trasero de un Lada Niva y dejaron que el calor arrinconase al frío por los pliegues de su piel.

El vaho nubló los cristales y ya no se sintieron vigilados por las dos torres de alta tensión que les escoltaban, ni solos ni perdidos en medio de un erial destinado a carreras del

viento. A veces volaban pájaros negros ahí fuera, a veces rugían aviones del aeropuerto próximo. Es una noche de invierno o una tarde roja de verano.

Suena una canción de Franco

Battiato o aquel a otra de Joaquín Sabina. Pero siempre es la primera vez.

Y Gabino pierde el compás: apresurado cuando debe interpretar un adagio y dubitativo cuando llega al molto vivace. Pero Marian lo corrige; es la directora de los ensayos,

paciente y siempre con el pensamiento puesto en aplausos futuros, en ovaciones por venir. Marian transita un terreno familiar, de eso Cruz está segura aunque nunca se ha atrevido a

rastrear su pasado. Se dice que no le interesa su madre cuando todavía no era su madre. Pero Gabino sí.

—Lo siento —ha dicho él, tras el último aliento.

—No digas «Lo siento» —le ha corregido ella, con severidad—. Tócame.

Y Cruz sabe que aquél así son las palabras exactas porque siempre se repiten, aunque la radio tergiverse las canciones o el paisaje esté lleno de imperfecciones al otro lado del

crystal. Lo siento, no digas lo siento, tócame. Como un mantra grabado a fuego en su cabeza; unas frases sin significado que deben significarlo todo. Losientonodigaslosientotocame.

Cruz también sigue mirando después, porque hacer el amor tiene una segunda parte que es la más sorprendente, la que desnuda a las personas por dentro. Viene el momento

de recoger los kleenex en la guantera, de deshacer el rebusco de ropa en el suelo, de las risas flojas y las culpas zumbando en los oídos. No hay que hablar demasiado; cualquier frase

suena mal construida, puro complemento circunstancial. Viene el dilema de poner el coche en marcha o abrazarse y quedarse un rato así, medio vestidos, empapados,

intercambiando besos y escalofríos en el anfiteatro nocturno. Pero el género de la obra representada no es romántico sino terrorífico, todos los miedos ancestrales del ser humano

invocados por el ritual antiguo del apareamiento, como una correa de transmisión que une a los

habitantes del Lada Niva con los de las primeras cavernas. Al menos, esto era lo que pensaba Cruz mientras los espiaba a través de su cortina secreta.

Y fabulaba un sueño médico: traspasar la barrera y sumergirse en el vientre de su madre para asistir al instante mismo de su concepción, al segundo preciso en que las dos

células elegidas se encuentran y repiten el mismo acto de cópula como una burla hacia los dos amantes, diciéndoles: ¿veis? Así es como se hace. Por supuesto, era imposible. La

magia tenía sus reglas, y había respuestas a las que sólo se llegaba por los caminos exteriores y fragosos de la vida real.

Cruz creyó que el sexo debía ir unido al miedo. Por eso cogió la mano que alguien le tendió una noche para dejarse arrastrar a las profundidades de un parque encajado entre

mural as. El a tenía dieciséis años; la ciudadela, dieciséis siglos. Como hermanas que se hacen confesiones en la oscuridad de un dormitorio, el a cerraba los ojos y las mural as le

contaban sus pesadil as: fantasmas de soldados precipitándose desde lo alto con el cuel o ensartado en amaneceres de naranja intenso, antorchas y fuego de mosquetón cruzado

durante noches inacabables, gritos y relinchos de hombres y bestias agonizantes, fusilados que se doblan con la espalda contra la roca y son rematados por disparos secos como

dentel adas. Las escenas irrumpían en su cabeza sin que tuviera tiempo de tejer

su cortina protectora. Entonces abría los ojos y veía el rostro del chico que la manoseaba, olía su

aliento de alcohol y Cruz prefería la pólvora y las flechas, los charcos rojos y los excrementos de caballo que nunca salían en las películas, pero que lo empantanaban todo de realidad.

El chico no dijo «Lo siento». Había buscado sus pechos como un bebé torpe y hambriento. Le había quitado los pantalones en la hierba húmeda y se había montado encima

mientras murmuraba cosas relativas a tamaños y temperaturas. Pero al terminar el chico no dijo «Lo siento» ni él le dijo «Tócame». Sólo se vistieron y se fueron a casa, donde les

esperaban sábanas con olor a suavizante y madres que suspirarían caladamente al oírles entrar.

La primera vez fue una decepción en la misma medida que una revelación para Cruz. Su vida no iba a ser como la de Gabino, ni la de Marian, ni la de ninguna otra persona a la

que pudiese espiar entre visillos. La única enseñanza del truco es que no sirve para nada. Al final siempre estamos solos.

Dentro del bar nadie parecía echar de menos el resto del mundo. Al menor indicio de nostalgia, te acercabas a la barra y pedías otra cerveza, otro vino, otro coñac. El aire era un

fluido amniótico cargado de sustancias: humo, música, parpadeo de televisor, alientos, voces. Cruz lo respiraba y tenía la sensación de que una capa densa se le instalaba dentro, de

que sólo devolvía un pequeño porcentaje del que tomaba.

—Esta noche no te vas del pueblo —le dijo el dueño, mientras calzaba de vasos sus diez dedos. La mesa de Cruz se había convertido en un apeadero de bebidas a medio



terminar, una isla a la que constantemente arribaban náufragos de cristal descolgados por brazos krakenianos. La miraban de reojo pero nadie pedía permiso.

¿Qué?

Por el viejo sistema de escuchar y dejar hablar, Cruz se había enterado de que aquel hombre tuvo muchas otras vidas antes de dedicarse al bar. Era el padre de la muchacha

rapada que atendía la barra y todos se dirigían a él con una voz en forma de pregunta: «¿Peio?»

—La lluvia —Peio alzó la barbilla hacia la ventana. Un solitario farol en la fachada del Ayuntamiento sondeaba el calado de la lluvia—. Ni se te ocurra coger el coche ahora.

—Me quedo en el pueblo —dijo Cruz—. En la Casa del Médico.

—Si buscas papeles con nombres y fechas tienes que hablar con Santiago, el cura. —La mentira Lieds-Hóffer había adquirido autonomía y ya alternaba de corro en corro. Los

lortiaras torcían la boca desdeñosamente mientras se arrimaban a Cruz con aire místico para ofrecerse como objeto del estudio.

El agradeció la confianza y volvió a dirigir la vista hacia la plaza oscura, por donde venía alguien con la cabeza hundida entre los hombros. Antes de que cruzara la puerta del

bar Cruz ya sabía (porque reconocía el peso invisible que lo aplastaba) que aquél era el marido de Nerea Uztároz.

—Josian —le saludó un parroquiano, pero él se fue derecho hasta la esquina más alejada de la barra. Junto a la caja verde del teléfono que ya nadie usaba, un duende patiludo

lo esperaba con las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

Cruz no tardó en sumarse al conocimiento generalizado de que aquel enano era el camel o del pueblo y Josian uno de sus clientes habituales. Solventaron un trueque rápido con

las manos a la altura de la cintura mientras el dueño del bar se buscaba ocupaciones al otro extremo. Luego Josian se pidió una caña, la medió de un trago y se marchó por donde

había venido sin tropezar con los ojos rapaces de Cruz.

El a se levantó, corrió a pagar, se despidió de Peio y salió a la lluvia de la plaza. Josian había sido engullido otra vez por la noche, pero Cruz sabía el camino a su guarida.

Acometió una calle empinada con sus zapatos de encuestadora de medio tacón, resbalando. Quiso ausentarse de su propia imagen patética, pero los muros de las casas le devolvían ecos y sombras tambaleantes. Bajo el reinado caótico de la lluvia, hasta un sapo panzudo se sintió con derecho a cerrarle el paso de un salto. Cruz contuvo el grito, evitó

poner sus pies sobre el bulto viscoso y continuó calle arriba hacia la casa Uztárroz.

Tarde; la puerta cerrada. Y aunque eran apenas las diez parecía un disparate llamar al timbre. Notaba el corazón aporreándole el orgullo, exigiéndole una continuidad de acción,

porque perseguir a alguien bajo la tormenta no podía abandonarse de cualquier manera.

Cruz resopló, se subió el cuello del abrigo y echó a andar sulfuradamente en busca de otra puerta que tocar, la de su hospedería.

La Casa del Médico ostentaba las iniciales cristianas ihs y el año 1822 grabados en el arco de su puerta, aunque, como la mayoría de las casas de Lortia, no se trataba tanto de

una fecha de construcción como el registro de una resurrección. El pueblo fue

quemado y abandonado durante un siglo en mitad de su historia, pero sus piedras más viejas jamás

emigraron y aún sobrevivían bajo los modernos vestidos de pintura y manipostería.

Apretó la bolita nacarada del timbre y esperó la llegada de María Isabel. Igual que el edificio, su propietaria era una señora mayor bien conservada pero sin reformar, con canas y

grietas y flacideces bajo el desalentado maquillaje.

—Buenas noches —fue toda su conversación. Cruz se precipitó al interior de su habitación en la planta baja y la anciana se disolvió de nuevo en las oscuridades crujientes de su

posada.

Si Michi estuviera allí, diría que a los muebles de contrachapado y a la lámpara de araña del dormitorio les faltaba un barniz de ironía para poseer el encanto de lo retro. Más bien

uno se sentía como en la habitación de invitados de una tía abuela lejana, quizás después de asistir a su funeral. Las otras arañas, las que se meneaban con sus patas largas por los

vértices del techo tampoco contribuían a una perspectiva alegre del porvenir.

Cruz se quitó el abrigo empapado y se sentó en una de las dos camas, con la vista fija en la puerta. Todavía respiraba a ráfagas, como debían de hacerlo todos los habitantes del

pueblo tras llegar a sus casas en aquel descoyuntado laberinto de subidas y bajadas, así que cerró los ojos un minuto para acompañar sus ritmos internos.

Y luego volvió a abrirlos.

Una veta de pintura descascarilada descendía del techo hasta el ángulo superior izquierdo de la puerta, trazando una zeta finísima. Cruz la recorrió

con su mirada como un

insecto, milímetro a milímetro, y luego siguió bajando por el cerco de madera lleno de muescas. Para cuando llegó a la cerradura ya estaba preparada.

Notaba el frío en la punta de los

dedos y el hormigueo en las raíces mojadas de sus cabellos. Sus pulmones habían recuperado el paso.

Entonces dio un salto y lo atravesó: Cruz se metió por el agujero de la cerradura y apareció por el otro lado donde ya la esperaba su cortina entretejida de animales, la red de

seguridad multicolor que la salvaguardaba en sus acrobacias astrales.

Detrás del hilo, un pasillo vacío y

# S

## ALTO PAGINA

y al fondo otra puerta que es todavía más fácil cruzar, basta con imaginarse al otro lado. Afuera sigue lloviendo y Cruz registra sensaciones de frío y humedad igual que unos

minutos antes, cuando eran ciertas, pero su cuerpo real permanece sentado en el borde de la cama y sabe que no tiene que preocuparse por coger una neumonía mientras avanza

deprisa sobre los adoquines de la calle empinada. Ya no siente pinchazos en las piernas pero persiste el sonido de su corazón porque los latidos también nutren sus ojos viajeros,

siempre la acompañan para informarle de su propia ansiedad y para recordarle (por si tuviera la tentación de creer otra cosa) que no es una investigadora de látigo y sombrero sino

de bata blanca y tubo de ensayo.

La casa Uztároz se asoma con cierto aire presuntuoso por encima del pueblo, con sus dos chimeneas tejadas y sus balcones de madera negra, pero a pie de calle presenta una

mueca fría de ventanas estrechas y arco de piedra que invita a seguir el camino sin detenerse. Cruz no puede evitarlo, sin embargo; es un espíritu fisgón. Embiste con su no-cuerpo y

al instante se encuentra al otro lado de la puerta, en la penumbra de un recibidor silencioso, pero ya no hostil, templado por un olor acre y algodónoso que ella reconoce de sus viernes

universitarios. Marihuana.

Entre estos muros se han ido generaciones. La casa es un baúl con tapicería nueva pero entrañas viejas y Cruz siente el peso de todas las almas extintas de los Uztárróz cimentando los pilares, muy abajo, aunque ante sus ojos no hay sino muebles nuevos y paredes vestidas de color, señales que anuncian que hoy aquí vive una pareja joven.

La intrusa se desliza sobre el ajedrezado del corredor hasta asomarse por el hueco de unas escaleras. El humo embriagador asciende del nivel inferior: Josian. Pero éste es un

momento de vacilación. ¿Para qué lo ha seguido? Lo que quiere es hablar con él, no espíarle.

Si se queda mirando a los animales bordados sobre la cortina el safari acabará, lo sabe, despertará de nuevo en la habitación de su hostel y tendrá ocasión de pensar con más

calma, tumbarse y dejar para mañana el encuentro con esta familia maldita. Pero el apetito de sus ojos es voraz, no cejarán hasta cobrarse esa pieza.

Cruz planea en círculos escaleras abajo, hacia la luz azulada de un sótano que al instante se desvela menos misterioso. En seguida lo ve: Josian, de espaldas a la puerta, sentado ante un ordenador y un teclado de piano electrónico, con enormes auriculares en las orejas. Fuma y se recuesta en la silla cuando escucha, se encorva y balancea la cabeza

cuando toca. Aquel o debió servir de corral muchas décadas antes, piensa Cruz, cuando él aún vivía de los pastos. Ahora es un refugio de alta tecnología, una cabina de avión en

las manos de un hombre que no piensa volar a ningún lado. Cruz se arrima por detrás, suavemente, tan cerca que siente las vibraciones de la música a través de los auriculares, tan

próxima que nota la respiración de la piel de Josian magnetizando el aire a su alrededor. Es una invasión de la más vulnerable intimidad, como un adulto que saltara con sus botas

dentro de un parque infantil, desbaratando juegos y pisoteando castillos. Pero éste también es el juego de Cruz, su secreto y su castillo invisible. Aquí nadie puede regañarla, nadie la

apuntará con el dedo porque sólo es un sueño, ¿verdad? Sólo un truco.

Y sin embargo en este sueño hay algo que no está bien, una quimera escurridiza que ella no consigue atrapar. Es Josian. Su aspecto ha cambiado desde que lo vio correr bajo la

luz. Su rostro se ve ahora afeitado y limpio, metalizado por un fino brillo de transpiración, pero el pelo permanece seco. Lleva otra camisa y otros pantalones, aunque ella ni siquiera se había parado a pensarlo hasta que...

La ventana.

Al sur de la habitación los muros se abren en una loggia enrejada, un mirador sin público en un santuario encomendado a las ventanas interiores. Pero Cruz ahora mira por ese

hueco y se encuentra con la luz quebrada de un atardecer. Sin tormenta. Sin noche.

Entonces llega una voz desde lo alto de la casa:

—¡Josian! —es Nerea quien le llama. Parece asustada—. ¡Josian, corre!

Su marido no la escucha, bucea en su escafandra sonora. Nerea grita como si le faltara el aliento, cincelandos cada sílaba: «¡Jo-sian!» En la pantalla del ordenador se despliega

una partitura sobre un anfiteatro de barras de herramientas, toda una orquesta virtual en una superficie plana de veintisiete pulgadas. ¿Pero qué significa virtual, en el universo de las cosas invisibles? Música, fantasmas: Cruz se siente ahora mismo tan virtual y tan real como la música, y entonces se le ocurre. Acerca sus labios hasta el hilo de la cortina, apenas a

un centímetro de la nuca de él, y pronuncia:

—Josian.

Es la primera vez que intenta hablar en sus viajes y ni siquiera sabe si tiene esa capacidad, pero Josian endereza la espalda. Mira por encima de su hombro, directamente hacia

donde Cruz permanece suspendida, pero a través de ella, hacia la puerta de la habitación. Su dedo índice ejerce una presión casi imperceptible sobre la barra espaciadora y ahora

sus oídos quedan libres para escuchar la voz de la otra mujer, la que de verdad tiene una boca y unos pulmones para amarle:

—¡Josian!

El hombre brinca de la silla, arroja los auriculares sobre la mesa y sale disparado como si sus músculos le varan tiempo preparados.

—¡Voy! —responde. Sus pies golpetean las escaleras en un redoble de salto mortal, mientras Cruz apenas puede seguirle, como una estela borradiza de cometa.

Y ella piensa: el caballero asciende a la torre donde le espera la bella princesa, enclaustrada por su dolor. Pero hay una sorpresa. Al asomarse dentro del dormitorio conyugal,

Cruz descubre cuál ha sido el gran error, como un explorador que ha estado leyendo su mapa al revés.

Nerea está embarazada, aunque por poco tiempo. Resopla y llora mientras las gotas de sudor bruñen su frente y se abraza al hemisferio de su vientre bajo el camisón.

—¿Qué te pasa? —Josian la enmarca con sus manos pero no sabe hacer otra cosa que mirarla y repetir—: ¿Qué tienes?

—Me duele —gime la madre. Y en su quejido no sólo vibra el dolor físico, sino también cierta sabiduría punzante—. Y no se mueve. No lo noto.



—Vamos al hospital.

Josian se inclina para alzarla en sus brazos como el héroe que Cruz imaginaba, pero ya no quiere verlo, Cruz sólo quiere salir de allí porque sabe cómo termina la escena. La

escena ocurrió hace diez meses, y es la razón de que ella se encuentre allí, en Lortia. Cruz ha salido a la caza de respuestas y se ha tropezado con el interrogante original, la primera

casilla del juego. Entonces piensa: el juego es un círculo. La escena volverá a repetirse y esta vez yo seré algo más que un fantasma pero tampoco podré hacer nada para evitarla.

Porque soy un fraude. Un error de cálculo de un eminente alcoholico.

Quiere odiarse, y se proyecta fuera de la casa Uztárróz como una corriente de aire entre huecos y ventanas, pero otro sentimiento más frío abotarga sus miembros ausentes: el

pánico.

La única vez que perdió el rumbo de su expedición estuvo a punto de morir.

Ahora está otra vez en la calle pero el color del cielo ya no es rojo sino negro. Una oscuridad quieta y perforada de estrellas y luna, sin velo de nubes. Donde se ha convertido en

cuándo. Si tuviera pies que poner sobre los adoquines, Cruz se daría cuenta de que no son exactamente los mismos, de que éstos forman una dentadura prieta y desenfilada entre la

plaza, la iglesia y la casa Uztárróz. Más allá todo es barro, las rampas estrechas y torvas entre las casas no muestran más piedra que la original, la que asoma del interior de la

montaña en túmulos blancos como huesos dislocados.

Cruz se atrinchera en su intuición, desconfía de los cambios y se repite que

aquél sigue siendo Lortia, el pueblo donde se ha hospedado por una noche, donde existe un cuerpo

de mujer joven que le pertenece y la espera sentado en el borde de una cama chirriante. Se repite que no hay peligro mientras siga agazapada tras la cortina, siempre celadora de su

cordura. Así que simplemente intenta cerrar sus ojos invisibles y regresar a sí misma, a la habitación de las arañas en las esquinas y las grietas en las paredes.

Pero no puede.

A veces es tan fácil como no pensar en nada, esperar el vuelo de una de las criaturas bordadas y dejar que te lleve de vuelta a la consciencia. Otras veces (ahora) no hay más

remedio que buscar la salida de emergencia en el mismo escenario del sueño, una trampilla oculta en el tablado por la que salir huyendo. Cruz busca a su alrededor y lo que ve es un

pueblo medieval, sin luces ni ruidos de televisiones dentro de las casas, una continuidad de sombras y piedra. Sin errores. Sin escapatoria.

La suerte es que el pueblo sigue dibujando el mismo laberinto cientos de años después, y Cruz sabe desandar el camino de regreso hasta la Casa del Médico. Esta es (fue) una

noche de verano con olor a bosque despierto y a algo más. Hierbas aromáticas. Cruz se pregunta si es posible que el humo de la marihuana de Josian haya intoxicado su percepción,

si se le habrá quedado dentro y ésa es la razón por la que se ve atrapada en la red de su propia cacería. Pero no: el olor que la asalta viene de las casas del pueblo, de sus puertas

de doble hoja y los postigos cerrados de sus ventanas. Y de ellas también emana otra cosa, un rumor apagado y febril, un coro de labios siseantes.

Oraciones.

Cruz se estremece, aprieta sus dientes imaginarios y agita su vuelo hacia la entrada de la posada, que ahora se antoja más pequeña y descolgada del pueblo, y donde ya no es

recibida por farol ni timbre alguno. Pero el a no necesita l amar, tiene el salvoconducto de los sueños y penetra por las fisuras microscópicas de la madera hasta verse en un zaguán

nublado de vapores. El aire es un miasma apenas respirable, una fetidez desesperada que no encuentra hueco por el que escapar.

Se escuchan lamentos en el piso superior. Sueños removidos y febriles, una letanía que desciende en olas turbias por las escaleras. Entonces Cruz descubre el origen de los

olores: hay incensarios y escudillas con ungüentos aromáticos en cada rincón, en los umbrales y en uno de cada seis peldaños. Tomillo, enebro, vinagre.

Una idea golpea su mente. Cruz adivina el acertijo de las sombras y a falta de piernas nota flaquear su alma suspendida.

—La Casa del Médico —piensa o dice, no está segura.

Y como respuesta, una voz chillona cruza el vano de la sala contigua. Un grito en euskera que el a no entiende. Pero se acerca a mirar. Y ve el caldero sobre el fuego, borboteando. La ropa colgada de unos ganchos para secar y otra pila de harapos esperando su turno al pie del hervidero.

La persona que se ocupa del trabajo de desinfección es una mujer cuya edad no se puede contar en la penumbra candente. Podría ser una anciana, o podría ser una adolescente

con el rostro enholinado. En cualquier caso se mueve deprisa y lo hace sin parar de rezongar, invocando la desidia de un ayudante imaginario.

Cruz piensa: donde se quema la panza del caldero debería encontrarse mi cama, pero eso fue cuatrocientos años antes, ¿o cuatrocientos años después?

Y debería asustarse, debería huir sabiamente de aquel lugar (de aquel tiempo), pero siente el abrazo protector de su cortina secreta y todavía se permite ser más osada.

Retrocede en un soplo hacia las escaleras. Se eleva con el humo de las hierbas que sólo engañan a los sentidos, pero no curan. Nada cura la peste en los albores del siglo XVI.

Aunque Cruz se dice que el a no puede contagiarse.

¿Cómo podría enfermar un fantasma?

Varias lámparas de aceite palpitan en el piso de arriba, y lo que descubren es un penoso escaparate de camas anidadas de

muerte. Cada lecho es diferente porque su dueño ha sido transportado en él desde su casa, como un rey en su palanquín, con sus mantas y ropas contaminadas por toda riqueza.

Hay camas de patas regias y simples jergones de paja húmeda; ¿quién es más afortunado, el secretario que languidece en su catre de pino o el porquero que se consume sobre una

estera? Para Cruz no hay diferencia porque no conoce más historias ni otros nombres que los de las enfermedades.

Yersinia pestis, ¿estás ahí?

Este es el momento soñado por un paleoepidemiólogo. Ver y oler no sólo huesos sino la carne tumefacta y caliente, escuchar los latidos y las respiraciones, ¡hablar con el futuro

muerto!

Pero todo eso se le escapa de las manos. Cruz ha llegado aquí por equivocación, zozobra en un silencio impotente como un niño sordomudo y lo único que le piden sus sentidos

es salir de allí a toda prisa, alejarse del hedor mórbido que no se deja domar por los inciensos, de las toses y de los cuerpos ennegrecidos que gimen en vano por un alivio.

Hay un muchacho sentado en el suelo, agarrado a sus flacas rodillas. Tiembla de frío y de miedo porque seguramente no está enfermo. No está enfermo de peste, eso Cruz cree

saberlo con sólo mirar el brillo gatuno de sus ojos. En cuanto se acerca un poco más está segura: viruela. Tal vez morirá de todas formas, sin medicación ni cuidados. Pero afuera

tendría alguna posibilidad.

Entre las paredes de la Casa del Médico no existe esperanza. Virus o bacteria, la muerte viaja por el aire viciado de aquella sala como la electricidad por el agua, en todas

direcciones, veloz, fulminante. A Cruz le gustaría coger la mano del muchacho y arrastrarlo fuera de aquella condena. Gritarle al oído: ¡corre, huye, sálvate! Si tan sólo pudiera hacerlo...

(Ah, pero sí que puedes, ¿no te acuerdas?)

(No, cállate)

Es necesario marcharse, antes de que la Culpa una sus filas a las de la Piedad y juntas asalten el castillo de la Tentación.

Tentación de actuar, de traspasar el umbral, de interpretar el papel de héroe angelical y así expiar errores pasados. Nunca hubo un baluarte más deseoso de ser tomado.

Pero otras voces distraen a Cruz. Dos hombres hablan en castellano al fondo de la sala. Dos siluetas inclinadas sobre un enfermo que ya no se mueve. ¿Doctores?

Cruz recorre unos metros por encima del humo estratificado de los incensarios (dejándose una nota mental: suelo de madera, vigas de madera, un tropiezo de

alguien y la casa

se convertirá en una hermosa pira nocturna). Ahora puede ver el rostro del hombre más pequeño: cabeza ancha, cuello ancho, todo él apretado en su sayo como un saco bien lleno.

—No alienta —dice con el dorso de una mano bajo la nariz del enfermo—. Nada.

La figura más alta permanece de espaldas a Cruz, envuelta en una capa negra y tocada con un extraño sombrero de ala ancha. No tiene que inclinarse sobre el lecho porque

utiliza una vara delgada para pinchar el vientre del paciente sin desafiar la distancia.

—Está muerto —su voz suena ahuecada, sus sílabas parecen moldeadas con una lengua hecha para otro idioma—. Despierta al enterrador y que se lo lleven de aquí cuanto

antes.

Cruz arriesga una mirada al cuerpo tumbado y se queda prendida en el horror. Incluso al tamiz de la cortina se aprecia la textura lustrosa de los carbunclos en el pecho y el cuello,

como enormes insectos parásitos que ya han chupado el último sorbo de vida y ahora se adormecen sobre la piel lívida a la espera de su propio final.

La visión cede su presa cuando el ayudante del médico (cirujanos, los llamaban, aunque no fueran más que barberos) cubre el cadáver y comienza a envolverlo en sus propias

mantas. Cruz apenas ha desviado su mirada del hombre alto, pero un parpadeo ha bastado para encontrárselo ahora de frente, vuelto hacia el lugar exacto donde ella les observa

como si la hubiera presentido, de la manera física en que se intuyen los ojos de alguien que nos vigila.

Cruz lucha por ahogar un grito.

El médico tiene cabeza de pájaro.

Ojos de cristal como claraboyas y un horrible pico que se proyecta desde su rostro ovalado, una máscara blanca en lo alto de la silueta ensotanada, pura sombra desde la

capucha hasta los guantes negros. Un disfraz de carnaval erróneo y grotescamente burlón en medio de una ceremonia fúnebre.

Y sin embargo el grito no está a, porque Cruz ha visto otras veces esa figura córvida y sabe que no es una quimera ni un monstruo del que deba espantarse. El médico de la

peste. Doctor Schnabel, Roma, año 1654. Se trata de una ilustración conocida, un anexo en docenas de libros de medicina, un traje colgado en otros tantos museos.

Pero el retrato ahora está vivo y camina. Directo hacia el a. Con pasos lanzados que hacen ondear el faldón de su túnica.

—Que Dios os guarde esta noche —se dirige fríamente a todos los enfermos antes de atravesar el hueco de aire habitado por Cruz, donde el contacto es imposible pero sin

embargo crepita como un barrido eléctrico por todos sus sentidos (el olor a vinagres dentro del pico, el sudor cuarteado, la reverberación de mil pensamientos entrechocando) y tiene

el poder de espantar el vuelo de los pájaros de la cortina roja. Flap, flap, flap, cada aleteo es un siglo más y un nivel menos de profundidad en el sueño de Cruz. Ahora sabe que se va

a despertar y lo último que le queda es mirar por última vez al muchacho que se acurruca en una esquina sucia y húmeda, aguardando una muerte prestada. Tal vez por eso \*\*\*

al despertar en el suelo del dormitorio se encontró más afligida que asustada. La sensación de impotencia permanecía como una resaca vergonzante y el corazón se sacudía el

pánico en latidos espaciados, igual que campanadas. El vértigo que quedaba luego era un síntoma de normalidad, apenas un achaque que Cruz sabía ignorar. Ahora su único miedo

era haber armado demasiado estrépito y ser descubierta al í por la dueña del hostel, tirada sobre el dibujo gastado de las baldosas como una yonki maltrecha. Se apoyó en la pared

para levantarse, aún desconfiada de sus piernas, y se aseguró de que la puerta seguía cerrada con l ave.

Comprobó que su pelo y sus pantalones continuaban húmedos de luvia. Se desnudó, de pie ante el espejo del armario desconchado, y casi le parecía ver la temperatura en

forma de nube roja ascendiendo por toda su piel, a pesar del intenso frío de la habitación. Veía la aureola de sus pezones, encendidos de sangre igual que sus labios y sus mejil as,

atacados de una fiebre que ningún médico podría diagnosticar.

Y entonces Cruz pensó que ser atravesada por un hombre, aunque fuera un hombre virtual de muchos siglos antes, se parecía mucho a hacer el amor. O al menos aquél a era la

interpretación que su propio cuerpo había hecho espontáneamente, indiferente a todas las barreras y paradojas espacio-temporales.

Comprendió algo más. La frustración que se había traído del lazareto de apestados no era suya, sino robada del interior de aquel a cabeza de pájaro. Quienquiera que hubiese

sido encomendado a la sanación de todos esos enfermos era tristemente consciente de su incapacidad, y la impotencia le mordía por dentro como una



rata apresada.

Cruz conservaba el resabio de hierbas y alientos corruptos alojado en cada hueco de sus senos nasales. Guardaba el eco de los gemidos moribundos en el laberinto de sus

oídos. Y si cerraba los ojos, allí estaba la figura enmascarada abalanzándose sobre él con una nitidez tan sólida que podría dibujar hasta el último detalle de su traje, hasta los

botines negros que le asomaban al andar y que hablaban de altas alcurnias, de noblezas despreciadas a cambio de una vida dedicada a la medicina.

Dos notas se compusieron atropeladamente en su cuaderno mental. Primera: «Si me hubiera acercado un poco más a los enfermos, hubiera podido averiguar cosas. Quizá

resolver el misterio».

Segunda: «Papá lo sabía». Se vio estremecer en el espejo. «Para eso me ha hecho venir.»

El corazón volvió a latirle muy deprisa.

### III

En el comedor había un cervatil o disecado. Estaba subido en lo alto de un armario de fórmica y su mirada vitrea ejercía un hechizo que a punto estaba de impedir a Cruz continuar con su desayuno.

La propietaria lo notó.

—No me queda más que ése —dijo, mientras dejaba sobre la mesa un azucarero y un plato de rebanadas. Cruz era la única huésped aquel a mañana—. Los hacía mi marido:

teníamos una lechuza, el zorro, el jabato... Hasta un águila colgada ahí abajo, en la entrada. Pero vinieron los del Seprona y se los llevaron todos. Mi marido se disgustó tanto que se

fue al monte y no volvió hasta que se trajo al bambi. Se murió antes de poder terminarlo, el pobre. De un infarto. Los ojos se los puse yo.

La historia era tan deprimente que Cruz arrojó su vista por el balcón, hacia el vuelo circular de los vencejos sobre los tejados, de pronto excitados como si la tormenta hubiera

despertado nuevos sistemas de vida ocultos entre las piedras. No recordaba haberse levantado tan tarde en mucho tiempo; culpa de las gotas de lluvia en el cristal y del silencio

plomizo de la montaña. ¿Era posible que una parte de ella echase de menos el barullo de los cláxones, los camiones de reparto y las voces en la calle? Al menos en la ciudad no proliferaban seres disecados.

—¿Sabe a qué hora viene el párroco?

La señora María Isabel se arremangó la chaqueta para mirar el reloj. Las manchas de vejez en su piel hicieron respingar a Cruz.

—Ya debe de estar en la iglesia. Siempre viene un rato antes de la misa.

—Entonces tengo que salir pitando. —Apuró la taza de café e intentó que las migas de su regazo no cayeran al levantarse. Sentía que aquel a mujer era inmune a sus sonrisas y a

su rostro gordito.— Dígame qué le debo, por si no me quedo otra noche.

—¿Ya ha terminado el trabajo?

—No. Bueno, la primera parte. —Cruz estaba segura de no haber hablado de su trabajo con la propietaria. De lo que no estaba segura era de percibir un tono irónico en su

pregunta.— Este tipo de estudios l evan su tiempo.

—Claro, claro.

—Por cierto... —Un chispazo de intuición—: ¿Le importaría a usted rel enar el formulario? Son unas preguntas muy sencil as.

—Ah, bueno.

La mujer apenas camufló su excitación, se instaló en un extremo de la mesa con el cuestionario médico entre sus codos y comenzó a marcar casil as ávidamente, como si nada la

hiciera más feliz que responder preguntas sobre enfermedades de transmisión sexual.

Cuando Cruz salió a la cal e maldijo los claros que se abrían en el cielo. Llevaba el pelo grasiento, y su ropa negra parecía más fúnebre a cada instante que pasaba sobre aquel

escenario pastoril, súbitamente luminoso. Descendió hasta la iglesia sin cruzarse con nadie, pero escuchando la vida del pueblo fluir a escondidas como un cauce subterráneo.

El portón lateral estaba entornado y Cruz se anunció en la penumbra del

templo con el ruido de sus tacones. Al í dentro

no había mucho que una atea licenciada en medicina pudiera celebrar: hileras de bancos de madera, columnas hasta el cielo, imágenes de santos, confesionarios. Todo un

parque temático de la superstición.

—¿Hola?

La inercia la llevó hacia el altar, pero no encontró a nadie. Se volvió hacia la audiencia de asientos vacíos y de pronto faltó aire en sus pulmones. El cosquilleo frío, la sensación de

desplome... Antes de que fuera demasiado tarde (no resistiría un safari por la historia siniestra de aquellos muros) Cruz echó a correr sobre el gastado suelo de piedra hacia la salida.

Al traspasar el umbral se estrelló contra un bulto humano y los dos cayeron al suelo.

—¡Hostia, Michi!

—La primera vez que te oigo jurar, y lo haces en la puerta de una iglesia. —Se recolocó el gorro y ayudó a levantarse a Cruz. Las figuras del arco de entrada les reñían con sus

ojos arenosos.

—¿Qué haces aquí? —No valía la pena simular; se alegraba de ver a Michi.— Pensaba que nunca hablabas con curas.

—En realidad nunca lo he intentado, puede que sea divertido. —Echó una ojeada dentro de la iglesia.— Jo-der, ¿has visto eso?

Cruz tuvo que seguirle para no volver a quedarse sola. Lo que había captado la atención de Michi era el órgano encaramado en uno de los laterales del coro. Incluso a la pobre luz

de los fluorescentes se adivinaba el almacén de tubos verticales y angelotes trompeteros que llegaba hasta el mismo techo abovedado.

Michi miraba hacia arriba, plantado en el pasillo central de la iglesia, y se relamía los labios.

—¿Cuánto crees que me cobrarán por tocarlo un rato?

—No creo que lo alquilen, Michi.

—Todo tiene un precio. A Jesús lo vendieron por treinta monedas. Me encantaría ver cómo suena Child in time en ese cacharro.

Una voz se presentó a sus espaldas:

—¿Qué queríais?

El cura tenía cuerpo de estibador y bajo su mirada los dos intrusos se metamorfosearon en fardos susceptibles de ser arrojados por la borda.

—¿Es usted el padre Santiago? —dijo Cruz.

—Sí —se abotonaba los puños de la camisa, tal vez ocultando viejos y canal escos tatuajes.

—Mi nombre es Cruz Montenegro y trabajo para el Instituto Lieds-Hóffer. — Abrió su carpeta para esgrimir el membrete.— El es Michel Arguilé. Estamos haciendo un estudio

epidemiológico del val e del Roncal y nos gustaría contrastar algunos datos con el registro parroquial..., si es usted tan amable.

—Epidemiológico —repitió el párroco.

—Enfermedades infecciosas. —Era la oportunidad de Michi, el escandalizador profesional—: sífilis, gonorrea, VIH...

Cruz le metió el codo.

—En realidad es algo muy mecánico. Manejamos estadísticas, número de nacimientos y defunciones...

—Es por lo del bebé Uztárroz, ¿no? —dijo el cura.

—¿Qué? —Pero Cruz lo había entendido a la perfección. Por eso no dijo nada ni apenas respiró mientras el cura se rascaba la fina barba del cuello y les miraba desde su torre

de músculos.

—Os voy a enseñar algo —soltó—. Venid.

Santiago Andueza tenía una historia que contarles. Y aunque hablaron en la sacristía, entre casullas y vírgenes, no fue una historia de éxodos ni jardines edénicos sino una confidencia mucho más mundana, un cotilleo de escalera. Quizá por eso los dos le escuchaban con sus ojos muy abiertos y sus traseros muy hundidos en el acolchado de dos viejas

sillas de oficina.

El cura hacía girar un grueso anillo cobrizo en su dedo corazón, como si leyera una inscripción interminable. En realidad era su válvula de presión, pero ellos todavía no sabían

que estaba hirviendo por dentro.

—No sé si habéis visto el mapa que hay en la entrada del pueblo. La familia Uztárroz es una de las más importantes de Lortia, desde hace un montón de siglos. Pero ha sido una

familia muy corta. Nerea es hija única, la madre de Nerea también fue hija única y lo mismo su abuela. En realidad el apellido debería haberse perdido hace tiempo, pero se respeta la

tradición de la etxea, ¿sabéis lo que es? Se une el apellido a la casa familiar; cualquiera que viva en la casa Uztárroz se convierte en Uztárroz, aunque su carnet de identidad diga otra cosa.

Bajo el examen atento de Cruz el rostro del sacerdote parecía a cada instante más grande y sus rasgos más pequeños: nariz, boca y ojos apretados en el centro como mínimos

accidentes geográficos en medio de una vasta meseta rosada. Su voz sabía l  
enar exactamente el volumen de aire necesario para envolverlos a los tres:

—La pequeña Nerea nació en Francia por casualidad, pero con unos meses la trajeron a Lortia y desde entonces prácticamente no ha salido. Toda su vida ha l evado encima el

peso de la responsabilidad familiar, como una losa. A nadie se le ha ocurrido nunca que Nerea pueda tener otros planes que quedarse en el pueblo y ocuparse de las casas. Nadie se

lo preguntó, porque era su obligación. Por eso nadie en su familia se ha dado cuenta de hasta qué punto Nerea odia el pueblo. Y odia todo lo que significa su vida aquí. —Santiago

Andueza esperó que sus palabras se depositaran como el polvo y continuó—: Antes de conocer al que es ahora su marido intentó suicidarse en tres ocasiones.

Cruz sintió revolverse en la sil a a su compañero; evitó mirarle para no alentar un festival de muecas.

—Ahora imaginaos a las dos personas más vulnerables e inestables del mundo. Dos que van perdidos por la vida, se encuentran por casualidad, se enamoran y se casan. Yo

estudié con Josian Armero en Pamplona, hace mucho tiempo, y sé que él tampoco lo ha tenido fácil. Su casa era un infierno. En la escuela le recuerdo siempre sentado en una

esquina, sin hablar con nadie, perdido en sus fantasías. Y no me quiero imaginar lo oscuras que serían aquel as fantasías. —Levantó la vista hacia Cruz y Michi, pero por encima de

el os, sobre un punto fijo en el aire. Bul endo.— Josian y Nerea sólo han tenido una oportunidad de ser felices, y fue el año en que se casaron y ella se quedó embarazada.

Las paredes de piedra arrojaban humedad. Los olores se empastaban: madera, velas, alcanfor, insecticida para cucarachas. El cura dijo:

—Quiero que veáis esto.

El hombre empujó su silla, se apoyó en la mesa y se alzó con un crujido de articulaciones. Una inmensa arboladura humana manejada por cabos invisibles.

Se acercó a una puerta en la pared y descubrió una alacena llena de objetos inclasificables. El parapeto de su espalda le impidió ver lo que buscaba, pero Cruz reconoció el

perfil gris de una caja de seguridad a ras del suelo, e hizo una rápida nota mental: «Caja fuerte en sacristía = ¿Secretos?»

—Ser cura tiene una parte buena y otra mala —decía Andueza, sin volverse—. La buena es que te conviertes en parte de la familia de todo el mundo, como una especie de tío

soltero. Acudes a todas las bodas y todos los bautizos.

Un tintineo anticipó su sorpresa. Cuando se giró hacia el os, un extraño artilugio con forma de pulpo colgaba de su mano derecha. Estaba hecho con latón e hilos dorados, un

trabajo de auténtico orfebre que resultaba imposible adjudicar a unos dedos tan bastos como los que lo sostenían.

—Es un móvil de cuna. Parece una tontería pero me costó casi un mes. Es muy difícil dar con el equilibrio exacto para que giren todos los brazos sin tocarse. Tenía cinco estrellas. —Contó las cuatro que quedaban, oscilando en sus finas cañas.— Yo les decía que el niño iba a ser la estrella que les guiaría a partir de ahora, la que les alumbraría el



camino... Todas esas cosas que decimos los curas. La que falta está ahora en su lápida. No he l orado más en toda mi vida que mientras clavaba ese pequeño trozo de latón en el

mármol.

—Vaya —fue lo que salió por los labios de Cruz.

Entonces comenzó a ocurrir.

Los ojos del cura se redujeron al tamaño de dos chinchetas bril antes, como el mismo latón. La sangre subió a su rostro, transformándolo. O revelándolo.

—La parte mala de ser cura... —dijo entrecortadamente, su voz a punto de fundirse— es que tienes que hacer el funeral de todos los hijos, tienes que... enterrarlos y decirles a sus

padres que..., que Dios no es un bastardo egoísta y cruel... —el móvil temblaba, porque la mano y el cuerpo entero del cura eran un seísmo desde lo más profundo—. Que si hablan

con su bebé él les escuchará desde el cielo... Les dices que su hijo es... —De pronto arrancó una de las cuatro estrel as con la mano libre.— Que su hijo es una de las estrel as que

ven... —Arrojó al suelo la estrel a y fue a por la siguiente. Todo el mecanismo se deshacía en pedazos.— Les dices a los padres que su hijo está en el cielo... —Santiago Andueza se

estremecía visiblemente como si la mano de un gigante quisiera a su vez desmembrarle. Arrancó otra estrel a—. Y los padres te miran como si estuvieras loco... Como si les estuvieras insultando... —lanzaba salivajos mientras las varil as desprendidas se amontonaban a sus pies—. ¡Te odian porque no es eso lo que quieren oír! ¡Lo que quieren oír es que

Dios va a devolverles a su hijo! ¡Porque Dios puede hacer milagros! ¡Lo dice la Biblia! ¡Dios puede curar a los muertos! Dios...

Se desinfló al encontrar sus manazas vacías.

En el suelo, su obra de arte destrozada.

En las sillas, dos jóvenes observándole con fascinada lástima.

—Mira lo que he hecho —dijo a alguien. Se dobló para recoger los pedazos de latón. La vena de su cuello perdía caudal con cada latido.

—Lo siento mucho —murmuró Cruz.

El hombre hizo una pausa, apoyado en su rodilla, y continuó recogiendo. Dijo:

—Entonces no hagáis más daño. Las personas no son ratones de laboratorio. Si sólo habéis venido a mejorar la nota de vuestro expediente académico, coged vuestros papeles

y largaos de aquí.

Michi resopló. El momento freak se había perdido.

—Nerea habló de una maldición. —Las palabras de Cruz borbotearon como la espuma de una cafetera, agónicas—: Dijo a los médicos del hospital que el a

hijos porque había una maldición en su familia...

Santiago Andueza se irguió, dos metros de altura, sus manos ocupadas de fragmentos destelantes y el rostro velado por una emoción aún no del todo descargada.

—Por favor —desplegó un brazo hacia la puerta—: salid.

Cruz se atrincheró en su silla neciamente, apenas los segundos que tardó en asumir que la batalla estaba perdida. No disponía de estrategia para seducir a sacerdotes bipolares. Ni siquiera Michi parecía inspirado; le devolvía una mirada expectante y plana desde su silla. Pero, ¿realmente necesitaban a aquel tipo? Claro que no, qué estupidez.

Presentarse en La Casa de Dios no había sido más que una torpeza de

principiantes, un disparo tan escandalosamente errado que sentía su sangre científica borbotear de vergüenza

en sus arterias. Y sin embargo...

Se levantó con improvisada resolución y se dirigió hacia la puerta, tirando de Michi. Sólo entonces se le ocurrió que las apariencias casi siempre esconden un engaño. Se giró y

clavó sus ojos en el cura.

—No estamos aquí para hacer daño a nadie —le advirtió.

El hombre se limitó a sostener el duelo de miradas hasta que el a tuvo que darse por vencida y dio media vuelta para salir.

Michi se demoró unos segundos, valorando un abanico de posibles réplicas, pero finalmente se unió a la retreta sin abrir la boca. En realidad le daba pena dejar a aquel hombre

al í solo, como un títere desarmado.

En el exterior de la iglesia, Cruz tuvo que calarse sus gafas de sol para dar continuidad estética a su cabreo.

—Por una vez podías haber abierto la boca para echarme un cable —reprendió a su colega.

Michi no dijo nada hasta que doblaron la primera esquina y les tiñó la sombra fría del templo.

—Tachán —hizo campanil ear un manojo de tres l aves delante de los ojos de Cruz.

—¿Qué es eso?

—¿A ti que te parece? Esta noche vamos a jugar a los ladrones.

—¿Le has robado las l aves de la iglesia?

Michi asintió con sonrisa ofídica.

—Mientras nos hacía su performance del exorcista.

—¡Se dará cuenta!

—Es un juego de recambio, no lo echará de menos. Con un poco de suerte una de estas pertenece a la caja fuerte que esconde en el armario. ¿Te has fijado?

—Sí, pero ¿cómo lo has...? —Le dio un beso en los labios.— Guárdalas.

Los pájaros cantaban. Las feromonas bailaban. Michi se adelantó a Cruz dando saltos, cal e abajo, hacia el Range Rover que les esperaba junto al río.

En Isaba había menos mosquitos y mejores restaurantes.

—El índice de suicidios en poblaciones aisladas es diez veces superior al de las grandes ciudades. —Michi mordió su hamburguesa especial de la casa y masticó a dos carril os

mientras hacía el gesto universal de la locura. Luego—: Lo difícil será encontrar una persona en su sano juicio aquí arriba.

Cruz cincelaba su ensalada como un arqueólogo, separando los trocitos inservibles y mirando el resultado con escepticismo. Cuando un bulímico mira un plato de comida únicamente puede pensar en el aspecto que tendrá todo aquel o regurgitado y flotando sobre el agua del váter.

—El fulano este ha dicho algo que me ha hecho pensar. —Michi se limpió los dedos con una servil eta y se agachó para sacar un papel doblado de su bandolera: el plano de

Lortia. Cuatro cruces solitarias marcaban las casas con algún historial de enfermedades infecciosas.— ¿Recuerdas a Olga, la chica que se fue a Granada a hacer Antropología

Forense?

—¿La que iba a convertirse en madre de tus hijos hasta que descubriste que

era la mayor furcia en la historia reciente de la humanidad?

—Bueno, al final no terminamos tan mal, ¿sabes? Seguro que estaría dispuesta a hacerme un favor si le envío un paquete para analizar.

—¿De qué hablas? —Cruz vio acercarse a la camarera con su segundo plato, enorme como una pista de circo.

—Fíjate. El cementerio de Lortia está al otro lado del río, casi a un kilómetro. Seguramente empezaron a sacar los muertos... —Sonrió a la camarera mientras hacía su trabajo.

Después siguió—: Seguramente empezaron a enterrar a la gente al í en tiempos de la peste.

—Si estás pensando en buscar huesos, olvídale. Han pasado cuatrocientos años —bajo su nariz, una superficie humeante y viscosa de estofado con patatas.

—Podría quedar algo. Pulpa dental. No es imposible. Podríamos dejar visto para sentencia el misterio esta misma noche.

—Esta noche toca al anamamiento de iglesia, ¿recuerdas? La profanación de tumbas tendrá que esperar.

Cuando Cruz levantó la vista de su plato se encontró con el dedo acusador de Michi.

—Te estás dejando sugestionar. Veo el brillo de la superstición en tus ojos. Tienes que regresar al pensamiento científico.

—No es científico colarse en un cementerio con un pico y una pala, Michi.

—Muy bien. Entonces, ¿qué? ¿Volvemos a la facultad, a experimentar con ratones? Lo de robar en la iglesia me pone tan cachondo como a ti, pero al í no vamos a encontrar

nada que no conozcamos ya.

—No estoy cachonda, no te hagas ilusiones.

Lo que quedaba de la hamburguesa de Michi desapareció dentro de su boca. Una trituradora con gorro de lana.

—Lo que digo —reanudó—, es que la solución del enigma no está escrita en un montón de cuestionarios ni en el registro parroquial, sino en la cadena del ADN. Concretamente,

en el ADN de la familia Uztároz.

—Genial. Nos ponemos la capa negra y nos colamos en el dormitorio de Nerea para chuparle la sangre. Eso cuando hayamos terminado de desenterrar esqueletos y asaltar

iglesias.

Michi abrió los brazos, rendido:

—¿Para qué coño me has pedido ayuda? Si tan mal lo hago, dile a papá que te busque otro ayudante.

Justo cuando Cruz iba a decir algo de lo que inmediatamente se arrepentiría, sonó el móvil de Michi sobre la mesa.

—Disculpa —gruñó, levantándose—. Halo Jan, wie gehts?

Cruz le siguió con la mirada mientras salía del restaurante, teléfono en ristre, y luego continuó espíandole a través de la ventana. Michi hacía aspavientos entre los coches aparcados como si su interlocutor pudiera verle.

Ahora o nunca. Cruz agarró el tenedor y se abalanzó sobre su estofado. El a no era una trituradora, era una aspiradora industrial. Si comer tan deprisa fuera un crimen, Cruz

podría alegar enajenación mental transitoria.

Al leer la fdigrana escrita el fondo del plato vacío despertó de su trance. Decía: «Cerámicas Pardo». Pero Cruz leía: «Mira lo que has hecho».

Con un bolo de culpabilidad en la boca del estómago, soltó los cubiertos sobre el mantel y arriesgó un vistazo por la ventana. Michi ya no estaba al í. Sobresaltada, lo descubrió

cruzando la puerta del restaurante, de regreso, con la vista todavía puesta en la pantalla de su móvil.

Pies para qué os quiero. Cruz saltó de su silla y se apresuró hacia la barra, cartera en mano. Michi tardó un instante en localizarla.

—Eh, ¿ya nos vamos? Yo necesito mi dosis de cafeína.

—Mejor en otro sitio. No aguanto más el humo. —Llamó la atención del camarero—: ¿Nos cobra?

Cerca de ellos una cuadrilla de obreros prorrogaba su sobremesa entre cigarrillos y risas, pero Michi conocía demasiado bien los pecados de Cruz y siguió buscando con la

mirada. Vio el gran plato vacío en su mesa. Rebañado. Blanco y reluciente como un hueso pulido. Luego miró la mano izquierda de Cruz, tocándose la tripa donde comenzaba a

quemarle. Un volcán a punto de estallar.

—Tengo que hacer otra llamada —improvisó Michi—. Te espero en el coche.

—Vale.

Cruz pagó la cuenta con lágrimas de vergüenza en los ojos. Odiaba la comprensión de su amigo tanto como su propio vicio.

—¿Estás bien? —preguntó el camarero al traer el cambio.

El asintió vigorosamente, le obsequió con su sonrisa patentada y fue al baño a vomitar.

Entre las paredes del minúsculo retrete sucedió algo extraño.

Cruz abrió el grifo del lavabo, se acucliló ante el inodoro y tiró de la cadena para disimular sus arcadas con el sonido de la cisterna. Era un viejo ritual, y como todo ritual invocaba a ciertos espíritus para apaciguarlos: la humilación, el remordimiento, la miseria.

Pero esta vez, al levantarse y enjuagarse la boca Cruz tuvo la sensación de que otro espíritu menos literario merodeaba también a su alrededor.

Se miró en el espejo. Y en ese mismo instante le asaltó la certeza de que alguien más la veía reflejada en el cristal, otros ojos que no eran los de su cara pálida post-purgatoria.

Los ojos de alguien que estaba con él a dentro del cuarto de baño, pero era invisible.

«Papá.»

Cruz se tapó el rostro con las manos.

—No. Ahora no.

La luz automática del retrete se apagó con un clic, y Cruz aprovechó para buscar el tirador y salir a tientas. Huyendo.

Regresaron a medianoche. El Range Rover cerró sus ojos halógenos sobre la parcela de grava que ya empezaba a considerar su rincón favorito, frente a la caseta de turismo.

Suspiró el motor y todo quedó en silencio. Las farolas delineaban la carretera a su paso por el pueblo, pero en la chepa de la montaña no se distinguía otra cosa que una gran sombra

hecha de tejados.

Michi y Cruz se apearon del coche. Por una vez en su vida, la ropa de Cruz encontraba una coartada para su color.

—Quédate aquí un momento —mandó Michi. También por una vez en su vida, el gorro de su cabeza resultaba de lo más adecuado—. Voy a adelantarme para



hacerte una

l amada desde el pueblo y probar los teléfonos.

Cruz asintió y comprobó que su pequeño Thuraya estaba encendido; el apéndice de la antena le daba aspecto de móvil antiguo, aunque según Michi se trataba de la última

tecnología vía satélite. Observó a su colega alejarse, luego cruzar el puente hasta desaparecer entre las primeras casas. Tenía mucho más miedo del que estaba dispuesta a reconocer, pero no era el temor a ser descubiertos, a tener que hacer una incómoda declaración en comisaría y (mucho peor) otra subsiguiente en casa de mamá.

Tenía miedo de estar dando palos de ciego. De ser incapaz de resolver el misterio y ayudar a aquel a mujer embarazada.

Y sobre todo: de hacer el ridículo ante papá, en vivo y en directo.

Biip. Biip.

—¿Michi?

—No. El médico de Michael Jackson —la voz gangosa de Michi, rebotada desde la exosfera—. ¿Problemas para dormir?

—Qué gracioso.

—Te espero en los columpios, delante del frontón.

—Voy.

Nubes de insectos se agolpaban contra las farolas, y al otro lado del pretil el río se deslizaba a ciegas, sus orillas desdibujadas en la oscuridad. Esta vez los pasos de Cruz no

hicieron eco, gracias a Nike Inc.

Siguió la pista de Michi por el puente y luego cal e arriba hasta los columpios.

Un pequeño farol en la entrada del frontón recortaba la geometría de toboganes y castillos como un

cadalso pintoresco en mitad del pueblo.

Cruz se detuvo al comprender que su compañero le preparaba un susto.

—Ni se te ocurra —advirtió a las sombras.

Una risita anticipó la salida de Michi de su escondite, un pequeño submarino sobre muelles. Teatral:

—«Es la hora de los hechizos nocturnos, cuando bostezan las tumbas...»

—¿Quieres cal arte?

—¿Mandas cal ar a Shakespeare?

En mitad de una empinada rampa tuvieron que agacharse para pasar por delante de una ventana iluminada. Al otro lado se oían apocalípticas batallas de orcos y elfos. Pero no

había de qué preocuparse. El resto del pueblo dormía. El bar estaba cerrado. En la plaza del Ayuntamiento no quedaba otra luz que la de un cajero automático.

Cruz y Michi llegaron hasta la entrada lateral de la iglesia sin cruzarse con un alma. Cuatro arcos sicómoros y dos bancos de piedra creaban la ilusión de una recogida plazoleta

donde los feligreses debían de arracimarse y cuchichear después de los oficios. Era un buen sitio para quedarse quieto y mimetizarse con las sombras.

—Tú vigila aquí —Michi se desenvolvía seguro, ascendido a general por el miedo de Cruz—. Si pasa alguien le saludas y ya está; si se enrola le dices que no podías dormir y

has salido a dar una vuelta, y que te alojas en la casa rural. No me llames por el teléfono a no ser que sea absolutamente necesario, ¿de acuerdo? Sólo si ves

que van a entrar o

sospechan algo.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Muy poco. Lo más difícil será resistir la tentación de ponerme a tocar el órgano.

—Juraré que no te conozco. Y que me has violado.

—Sigue soñando.

Michi le guiñó un ojo y sacó el manojito de aves del bolsillo de su sudadera. Tenía aspecto de grafitero intrépido. Se volvió a medio camino:

—Si no vuelvo en quince minutos llama a la policía. Y recuerda que siempre te quise.

Antes de que él pudiera replicar Michi salió zumbando hacia la puerta de la iglesia. Aquellas murallas ennegrecidas no merecían iluminación nocturna como otros templos de

postal, y la figura del ladrón se desvaneció bajo el arco de la entrada como otra fracción de noche.

Cruz escuchó el traqueteo de la vieja cerradura y temió que fuera capaz de despertar a todo el pueblo, pero no saltó ninguna voz de alarma, ninguna luz prendió en las casas

próximas. Al instante había regresado el silencio, un silencio nutrido de grillos y viento en las hojas, nada que ver con la noche de la ciudad y sus calles desoladas como la cubierta de un buque hundido.

El frío quemaba. Cruz se sentó en un banco de piedra y apretó sus manos entre los muslos, tiritando. Ya no podía oír a Michi pero de alguna forma lo sentía moverse dentro de la

iglesia, como un remordimiento trasteando por la conciencia.

Entonces se dio cuenta de que podía hacer algo más que quedarse allí sentada. Podía ir a mirar. Podía espiar a Michi mientras robaba en la iglesia igual que había espiado a

otros pecadores en el pasado. Volando en su cortina mágica.

—No —una bola de vapor se elevó su palabra hacia las ramas de los árboles.

Miró a izquierda y derecha, consagrada a su deber de vigía. Nadie venía, nadie acechaba. Pero la calma no la hacía sentirse mejor. ¿Por qué había tenido que involucrar a Michi

en todo aquello? Su propia debilidad se irguió ante ella como una cobra de cuello ancho, mirándola a los ojos. «Cobarde.»

Antes de que su consciencia pudiera ponerse en guardia, Cruz se descubrió viajando por el aire en dirección a la iglesia.

\*\*\*

Ocurre tan rápido que tiene que apresurarse para tejer la cortina ante sus ojos. Primero el jilguero de alas amarillas, luego la tortuga, el caracol, la estrella de mar... y entre ellos

una gasa finísima, de un rojo casi transparente, apenas a un desgarrón de distancia entre permanecer cuerdo o perder la cabeza.

Cruz atraviesa el doble portón de madera y llega al espacio interior del templo como un alma en busca de su limbo. Le parece que huele diferente a la tarde anterior, pero

siempre el mundo se percibe diferente con los sentidos de un safari. Ahora sus ojos exploradores sólo alcanzan a ver unas velas al pie del retablo más pequeño, en una capilla lateral.

Todo lo demás, oscuridad.

Oye un ruido. Michi en la sacristía, buscando papeles. ¿Por qué no es un poco más cuidadoso? El estrépito de cada cajón al abrirse o cerrarse hace vibrar a

Cruz, sensible como

una nube de humo. Debería entrar en el cuarto y advertirle que se desenvuelva con mayor sigilo, o mejor, ¡debería ayudarlo a buscar! Pero no puede hacerlo así. Tendría que reingresar primero en su cuerpo y volver con el lote completo. Y ni siquiera sabe si Michi ha dejado la puerta de la iglesia cerrada o...

Justo en ese instante la puerta se abre de un golpe. La figura que irrumpe parece hecha con sólo medio rostro, la mitad que palpita a la luz de su candil; lo demás es una intuición

de harapos y miembros flacos.

—¡Mayo! —grita—. ¡MA-YO!

Una corriente de pánico arrastra a Cruz hasta las ojivas del templo, y desde lo alto sigue los bufidos del recién llegado, que sorteando los bancos de la iglesia a trompicones y

encogido, como si llevara una herida en el vientre. Va directo a la sacristía. Michi.

Mover su no-cuerpo requiere tan sólo el empeño de la voluntad, pero éste se antoja el músculo más ingobernable de todos. Está asustada. Se azuza para adelantarse al hombre

del candil y avisar a Michi (puede hacerlo, sabe que puede), pero apenas es capaz de seguir su estela maloliente y ser testigo de todo.

El desconocido voltea la puerta de la sacristía de un puntapié.

—¡Mayo!

Si tuviera una mano con la que golpearse la frente, Cruz se sacudiría por su estupidez. Allí dentro no está Michi, por supuesto, sino otro hombre, de pie junto a una hoguera a la

que alimenta arrojando rollos de pergamino. Viste una sotana roja y despliega

unas facciones simiescas, de boca vertiginosa.

La pregunta no es quién, sino cuándo.

De inmediato los dos hombres se enfrentan a voces cortantes, insultos o acusaciones en viejo uskara roncalés. El pordiosero se agarra al cuello del cura, reclamando a gritos lo

que quizás antes suplicó de rodillas. Trastabilan hasta la pared, vuelcan un atril y finalmente el cura logra quitárselo de encima. Pero al caer, el otro se levanta un buen jirón de las ropas del cura dejando su pecho descubierto.

A la luz cimbreada del fuego, unos bulbos negros sobre la fofa carne blanca revelan la condición agónica del sacerdote. El atacante los mira pasmado, y su rostro vira de la

repugnancia a la risa en el intervalo de dos parpadeos.

Tendido en el suelo y señalándole con el dedo, el pordiosero estalla en carcajadas. Suenan inhumanas, a garganta de cabra o de sátiro. Tal vez por eso el cura no puede soportarlo y se desploma a horcajadas sobre él para hacerle calar. Rodea su cuello con las manos, sacude su nuca contra el suelo hasta que cruje.

Cruz cierra los párpados de su mente para no ver, pero es inútil. El loco no deja de reír. De balar. Incluso con el cráneo partido y los sesos goteando sobre la piedra.

Hay que salir de allí, escapar del entonces y regresar al ahora. Cruz trata de arredilar sus sentidos en su pequeña jaula de retal, inunda sus percepciones de las figuras coloreadas y se esfuerza por borrar todo lo que se mueve detrás, pero no sirve de nada. La cortina es demasiado leve, demasiado transparente para esconderse del horror.

Alaridos y golpes. Una escena tan grotesca que debe de ser exagerada, inventada, poblada de quimeras.

Y allí está su oportunidad. Cruz ha visto un destello en el suelo, cerca de los

hombres que se matan: una de las estrellas de latón desprendidas del móvil de Santiago Andueza

varios centenares de años después.

El error es otra ventana para huir. Cruz sabe que si limpia su cabeza de distracciones y se concentra únicamente en la estrella podrá volver a su lugar de partida, al banco donde

su corazón late al doble de velocidad como un subwoofer de discoteca.

Lo intenta, imprime la silueta de cinco puntas en su lienzo mental, trata de fundirla con su estrella de mar respunteada, y siente que la irrealidad del safari comienza a desdibujarse por detrás, la cortina se estremece con anticipación... Pero entonces los dos luchadores ruedan por encima de la estrella y la hurtan de su vista, cortando su hilo de

Ariadna, cegando su trampil a de fuga.

Por segunda vez en su vida, Cruz empieza a temer que nunca regresará a sí misma. Suelta un grito que nadie oye. ¿Nadie?

En un rincón de la sacristía se agazapa un gato en cuyos ojos palpita el fuego de la pira. El es el único que la ha escuchado gritar, y ha vuelto la cabeza hacia el punto donde el a

flota. Entonces Cruz lo reconoce. Es el mismo gato blanco y negro que la vio llegar a Lortia el primer día, desde lo alto de un muro.

Es un gato quimera, y al sentirse desenmascarado emprende la huida. Cruz vuela tras él, a ras del suelo. Salen de la sacristía (donde el fuego ya ha cambiado el color de los

gritos) y pasan deslizándose entre los pies de las columnas, un punto blanco en la cola del gato guiando el camino de Cruz por la oscuridad palpitante, como en un videojuego.

El animal corre bajo los bancos de madera, austeros bloques sin respaldos ni reclinatorios, y Cruz también, atravesando las superficies sólidas, pero es un

registro de película,

una experiencia netamente visual por más que también le lleguen los olores y la sensación de humedad del templo. Nunca conseguirá alcanzar a su presa con el parapeto de la cortina

desplegado entre los dos.

Por eso lo siguiente que ve son sus propias manos, hechas carne, extendidas por debajo de la tela. Al otro lado.

Y lo siguiente que oye son sus propios pasos. Su respiración agitada en medio de la iglesia.

Ahora se detiene y presta más atención a su entorno, a la densidad de las sombras y a sí misma. El gato ha desaparecido, igual que la cortina. Mira su ropa (no hay sorpresa): es

la que llevaba cuando se sentó en el banco exterior de la iglesia.

De modo que Cruz se encuentra al í. Físicamente. Ha traspasado el umbral. ¿Pero qué umbral? ¿Y qué puede pasarle?

La respuesta es un lamento de extremo dolor, y un resplandor. Cruz vuelve los ojos hacia la puerta de la sacristía y ve las llamas devorándolo todo en su interior. Queda una silueta

humana en pie, tambaleándose entre el fuego como un perfecto diablo. Sólo que se trata de un ministro de Dios, el padre Mayo, que es mortal y por eso muere en este preciso

instante, desolado y negro, derrumbándose sobre el cuerpo del hombre al que acaba de asesinar.

Cruz no comprende que la oscuridad que la rodea está preñada de humo hasta que éste penetra en sus pulmones. Entonces rompe a toser, y al doblarse es consciente por

primera vez de que puede morir aquí, aunque es imposible, porque él nació



cuatrocientos años después de este humo, de este fuego, pero eso no parece importar a sus pulmones

intoxicados y a su garganta que le abrasa por dentro como una tubería hirviente.

Ahora yo soy la quimera, se dice. Y luego Michi: Tienes que regresar al pensamiento científico. Pero de eso se trata precisamente. El a es el error, el desfalco que debe ser

saldado y eliminado en la cuenta exacta del espacio y del tiempo. El a es la paradoja algorítmica con patas y pulmones.

Su visión pierde toda referencia.

Sus músculos colapsan.

Cae.

Cae... y nunca llega a caer.

¡Eh!

Algo falla. Ya debería haberse golpeado con la fría roca, ya debería yacer inconsciente sobre el damero gris de la iglesia. Cruz (lo que queda de el a en términos de voluntad

furiosa) maldice por la lentitud del final, por la agonía embriagadora y sádica de la asfixia, que la acuna para adormecerla antes de matarla.

¡Eh, despierta!

Salvo que... ya no huele a humo. Huele a bosque despierto. Huele a sicómoros y a marihuana.

¡Despierta!

\*\*\*

La boca de Josian Armero respiraba tan cerca de la suya que Cruz tardó unos segundos en abarcar el resto de su cara, reconocerle, descender por su cuello y sus brazos hasta

las manos que la estaban sosteniendo en vilo. Si él no la hubiera cogido a tiempo tal vez se habría roto la cabeza contra el borde del banco.

—¿Estás bien?

—No... No lo sé.

La dejó sentada, pero sin apartarse de ella, alerta.

—Perdona por la torta. Me estabas asustando.

Ella notó el picor en su mejilla, el insignificante precio de una bofetada a cambio de no morir. Abrió la boca para darle las gracias, quizá para pedirle en un arrebatado que volviera a

abofetearla, pero en lugar de eso se puso a toser el humo que había viajado agarrado a sus bronquios.

Josian le palmeó la espalda mientras miraba fugazmente hacia arriba como si temiera que alguien les viera allí juntos.

—Tranquila. Respira. Ya está.

El sabor a ceniza formó un poso en la boca de Cruz y tuvo que inclinarse a un lado para escupir. Él creyó que iba a derrumbarse y la sujetó otra vez.

—Estoy bien, estoy bien —aunque en realidad Cruz quería sentir sus manos rodeándola, quería que no la dejaran ni un momento porque temía perderse otra vez. Y si volvía a

escurrirse por su ventana secreta temía que esta vez no habría rescate posible. Intuitivamente volvió la cabeza hacia la iglesia, donde Michi debía de continuar con su labor de rapiña,

sin fuegos ni alaridos cabrunos.

La noche del siglo veintiuno en Lortia no tenía nada que ofrecer excepto silencio y sueños profundos bajo las mantas.

—Se te ha caído el móvil —Josian le entregó el Thuraya que había recogido del suelo.

—Ah, gracias.

—Tú eres la chica de la encuesta —retrocedió un paso, pero, de alguna forma, la pequeña distancia entre los dos consolidó una intimidad más firme.

—Sí.

—¿Qué haces aquí? No... ¿No tienes dónde dormir?

—Estoy en la casa rural. Sólo he salido a andar un poco, y... —Cruz decidió que eran demasiadas preguntas para venir de un hombre con aliento a marihuana—: Creo que me ha

dado un pequeño mareo. Pero ahora estoy bien.

—¿Seguro?

El a asintió, cerrándose las solapas de la chaqueta contra las primeras rachas frías de la madrugada. Michi asomaría de un momento a otro por la puerta de la iglesia y metería la

pata, como siempre. Tenía que ahuyentar al paisano a toda prisa, y sin embargo:

—En realidad no es una encuesta. Es un estudio de paleo- medicina.

Josian cruzó los brazos. Las canas alborotadas y el pantalón de trekking le daban cierto aspecto guerrillero. Pero no dejaba de ser un guerrillero bondadoso.

—Me he quedado igual que antes. —Sonrió.

—Buscamos información de algo que pasó en el valle hace mucho tiempo.

Cuatrocientos años. —Y por dentro: es mentira, hemos venido por tu mujer y lo sabes bien, porque

fuiste tú quien escribió el mensaje pidiendo nuestra ayuda.

Por el semblante de él sólo parecía flotar una nube pasajera de intriga.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Y qué pasó?

—La peste. Lortia fue uno de los últimos pueblos de Navarra donde se registró un brote importante, en mil seiscientos uno. Murió casi todo el pueblo. Supongo que ya lo sabías.

Los ojos de Josian relampaguearon en la oscuridad cuando sacudió la cabeza. Cruz se imaginaba los diminutos vasos sanguíneos asediando sus pupilas, las tropas hippies del

cáñamo.

—Yo no soy del pueblo. Pero la familia de mi mujer es de Lortia de toda la vida. Sé de una persona que estaría encantada de contaros todos los secretos y leyendas del pueblo.

Seguro que sabe cosas que no están en ningún libro de historia.

—¿Quién es?

—Margarita Uztárroz. La tía Margarita. Tiene ochenta y tantos años, pero la cabeza le funciona mejor que a mí.

—¿Vive aquí?

Josian negó de nuevo.

—Se fue a Pamplona hace muchos años. Pero le gusta recibir visitas. Y le encanta hablar mal de Lortia.

—Genial.

Cruz expectoró un poco de ceniza del siglo diecisiete y luego se apartó el flequillo de la cara. Al darse cuenta de que estaba flirteando le entró un ataque de pánico.

—Ya es hora de que vuelva al hostel —saltó del banco como si hubiera sonado un cornetín.

—¿Puedes andar?

—Sí, sí, gracias. Es aquí cerca.

El marido de Nerea Uztárroz asintió y miró por encima de él a hacia la fachada de la iglesia. ¿Había visto algo? ¿Oía los zascandileos de Michi?

—Me amo Cruz —dijo improvisadamente. Su mano tendida era tan absurda como el resto de su entrevista, pero él la cogió:

—Yo soy Josian.

Al notar la piel fría del hombre comprendió que era el a quien ardía por dentro con el calor traído del safari.

—Te daría el número de la tía Margarita pero no lo tengo aquí —se excusó él—. Lo podéis encontrar en la guía telefónica.

—Sí, claro. Te lo agradezco.

Un piloto rojo se encendió en su cabeza: «Rápido, rápido, múevete».

El crujido de una puerta de madera a sus espaldas.

—Agur.

—Agur.

Cruz echó a andar cal e arriba mientras Josian tomaba el sentido contrario, hacia la gran casa Uztárroz. En cuanto la silueta de él desapareció por una rampa, Cruz regresó

sigilosamente sobre sus pasos como una niña jugando al escondite.

Se encontró con Michi en el portal de la iglesia.

—Sssh —le mandó callar antes de que pudiera abrir la boca.

—¿Qué? —Michi miró en todas direcciones—. ¿Qué pasa?

El a le cogió del brazo y lo condujo fuera de la pequeña plaza, hasta las sombras más densas.

—¿Te ha visto alguien? —preguntó el ladrón ocasional.

—Sólo un borracho —mintió, y se odió de inmediato por hacerlo. ¿No era suficiente con mantener a Michi al margen de los safaris? ¿Tenía que intoxicar también su confianza

con absurdos secretos como aquel encuentro?—. Mejor bajamos por el otro puente, vamos.

—No ha habido suerte con la caja fuerte, pero he encontrado papeles interesantes... —Vio que el a estaba muy lejos, a miles de kilómetros de su heroica explicación—: ¿Me

estás oyendo?

—Sí. Me lo cuentas en el coche, ¿vale?

Tomaron una calle estrecha que se precipitaba sobre el río por la espalda del pueblo, donde los gatos tenían su feudo y les miraban al pasar sin esconderse, desafiantes.

Era Cruz la que no se atrevía a mirarlos.

Su apartamento del centro no era territorio amigo, ni siquiera neutral. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que Cruz guardaba la mitad de sus ropas en una maleta debajo de la

cama, como si habitara en la eterna víspera de un viaje.

En la puerta de la nevera los imanes sujetaban horarios de clases y tablas calóricas.

Sobre la mesa de cabal ete para estudiar había un corcho l eno de apuntes marcados con rotuladores de colores. Entre el os, casi desapercibida, una fotografía: la que se hizo

con su padre en Epcot Center, Disneyworld, diez años atrás. Era mamá quien sujetaba la cámara, pero Cruz ya no recordaba aquel a imagen, la de Marian delante de el os, pidiéndoles una sonrisa. En el lado efimero de la fotografía.

Cruz se tumbó en su cama sin quitarse la ropa. Se apretó los ojos con la palma de sus manos hasta ver estrel as fulgurantes. Movi6 la lengua por la boca y encontró el rescoldo

gris de su último viaje. El que casi había sido el último de verdad. Se levantó y fue a beber un trago largo de Coca-Cola. Acabó la botel a, abrió otra. Pero el sabor a humo seguía al í.

Pensó en descongelar una lasaña, luego pensó en el aspecto de la lasaña flotando en el fondo del váter.

Se quedó un rato al í de pie, bajo la luz fluorescente de la cocina, convencién dose de que el repentino temblor de sus labios no eran ganas de echarse a l orar.

Hasta la mañana no encendió su teléfono móvil y descubrió que tenía cuatro mensajes esperándola desde primera hora de la noche. Todos eran de la misma persona.

—Cruz, soy Víctor. Llámame cuando puedas, por favor, es urgente. Mi número es 640448712.

—Cruz, soy yo, Víctor. No te localizo por ningún sitio. Si escuchas esto, l ama a este número cuanto antes, por favor. Es muy importante.

—Cruz, soy Víctor otra vez. Son las dos de la mañana. Te he l amado varias veces pero no te encuentro. Tu madre... Tu madre ha tenido un accidente y está

en el hospital.

Llámame.

—Cruz. Tu madre está en cuidados intensivos. Parece que ha tenido un pequeño infarto cerebral, ha perdido el conocimiento pero está estabilizada. No sé si has salido de viaje

o... Bueno, si escuchas esto, llámame a este número. No importa la hora que sea. Adiós.



## IV

El penúltimo año de Instituto, Cruz descubrió que su padre tenía una amante. Lo averiguó una tarde al regresar a casa y sorprender a mamá sentada en el suelo del estudio, con

los ojos húmedos, la cabeza inclinada y el pelo derramado por los lados como un velo. Marian se sobresaltó al ver a su hija y quiso camuflar su vergüenza con enfado, pero las pupilas

le brillaban como cristales a punto de romperse y por alguna razón Cruz vio nadar en ellos la figura culpable de su padre.

Por eso se encerró en su cuarto para ir a buscarlo, para robarle unas explicaciones que no tenía derecho a pedirle, porque los hijos viven en un escalafón inferior a los padres y su

único poder es el de ser testigos de la acusación.

Cruz era la mejor testigo, desde luego. A través de su cortina.

Así Cruz pudo (puede) ver a su padre desnudo en un cuarto de baño desconocido: el cuarto de una mujer, poblado de cremas y pequeños frascos de todos los colores. Gabino se

lava la cara y bebe agua directamente del grifo. Su rostro está encendido pero también descompuesto, como si sus músculos hubieran querido regresar a la virtud intensa de la

adolescencia y hubieran fracasado. Este hombre es el mismo que se tambaleará de resaca en los servicios de un palacio de congresos varios años después, humillado delante de su

hija, pero todavía no está dispuesto a reconocer los peligros del camino que acaba de tomar.

En realidad, se obliga a reconocer Cruz, por debajo de una sutil capa de remordimiento y del cansancio físico Gabino parece feliz por primera vez en mucho tiempo.

—¿Te estás duchando? —llega una voz desde el dormitorio.

Gabino se seca con una toalla de mano y sale del baño, ajeno a la carga invisible de su hija sobre los hombros. La mujer que yace en la cama también está desnuda.

—No tengo tiempo —dice él. Y es insólito el rebusco que forman sus ropas en el suelo, de donde él las recoge, porque Cruz nunca ha visto a su padre dejar una camisa arrugada,

un pantalón sin colgar o unos zapatos tirados de cualquier manera. Pero este hombre es su padre, también.

La amante avanza de rodillas por la cama y pega sus pechos a la espalda de él cuando se sienta para ponerse los pantalones. Su piel es morena, su cintura tan estrecha que

Cruz la odia instantáneamente, con desesperación.

—De verdad, Sara, no puedo. —Gabino besa a la mujer en la sien y se levanta para seguir vistiéndose. Poco a poco se recompone su efigie de científico respetado.

—No sé si podré esperar a mayo. —El se retrepa hasta la cabecera de la cama y se abraza a sus rodillas, mohína.

El suspira. Se sienta junto a ella. Le acaricia la mejilla.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si vienes a verme a Washington?

Sara le mira con ojos oscuros y esperanzados.

—Sabes que no tengo dinero —dice.

—No te he preguntado eso.

—¿De verdad? —las lágrimas de Sara a punto de correr, la bilis de Cruz a punto de envenenarla.

—De verdad. Quiero que vengas. Tendremos mucho tiempo para los dos.

Gabino nunca ha pedido a su hija de quince años que le acompañe a Washington. Tampoco a su mujer. Se lo está pidiendo a la muchacha colombiana que limpia los laboratorios de la universidad. Porque es muy atractiva. Porque está enamorada de quien él es ahora, y no de quien ha tenido que ser durante tanto tiempo para llegar hasta este

momento.

Los dos amantes se abrazan, se besan en la boca.

Cruz es un vórtice de ira girando por la habitación, rebotando contra las paredes y atravesando los olores húmedos.

Cuando al fin recupera el control, arrumbada en un rincón del dormitorio, Cruz se da cuenta de dos cosas: que la habitación está vacía y que ya no tiene la cortina bordada delante

de sus ojos. Insegura de la información que le transmiten sus sentidos, Cruz alarga un brazo y roza la superficie lacada del armario con la punta de sus dedos.

No sólo puede ver su mano, sino que puede tocar con el a.

Y su estremecimiento no es de miedo presente tanto como de miedo recordado. De niña sus viajes consistían en saltos muy cortos y dubitativos, el equivalente astral al gateo,

pero aquellas breves incursiones (al cuarto de planchar, donde su tata fumaba escondidas, o un minuto atrás en el tiempo, para recuperar un juguete perdido) la dejaban tan asustada y febril que fue necesario inventar su cortina mágica. Para protegerse de sí misma, para fortificarse contra aquel poder turbulento y levantisco que la asediaba desde los

arrabales oscuros de su propia voluntad.

Ahora ha vuelto la misma sensación de vertiginosa libertad, de absoluto desguarecimiento. Cruz observa sus manos en la penumbra, y casi se sobresalta al verse reflejada en el

espejo del aparador, al otro lado del dormitorio. Vestida de colegiala parece un millón de veces más niña de lo que ella está dispuesta a considerarse, pero qué uniforme puede haber

más apropiado para este rito de paso. Cruzar la línea es transformarse, siempre.

—Estoy aquí —murmura, para convencerse, y acto seguido se cubre la boca con la palma de la mano. Estremecida. Porque estar aquí es estar atrapada en un cuerpo, en un

instante, en un rincón sin salida.

Oye la voz susurrante de Sara al final del pasillo, la despedida mustia de Gabino, la puerta que se cierra con suavidad clandestina. La mujer está a punto de volver al dormitorio

que cree vacío; entonces se desatarán los gritos, las explicaciones imposibles.

Esto es lo único que se le ocurre a Cruz: estira las manos hacia la ventana que tiene al lado y desliza a toda prisa la persiana para cegar las últimas rendijas de luz entre sus

listones. Aguanta la respiración y justo en ese momento la silueta de Sara se planta en la puerta de la habitación, envuelta en una bata corta. Parece que vacila al tropezarse con la

apretada negrura del dormitorio, pero sólo un instante. Camina directa hacia el cuarto de baño y Cruz escucha el repiqueteo de orina en el inodoro. Luego la ducha. Es la ocasión para

salir de allí, pero ¿adonde huyen los fantasmas? ¿Puede Cruz salir por la puerta como si tal cosa, bajar a la calle, montarse en un autobús y regresar a su casa? ¿Se encontrará con

otra versión de el a misma cuando l egue a su habitación, o aquel a Cruz que cerró los ojos sentada en el borde de la cama ahora ya no existe, porque sólo hay un cuerpo posible y es

el que está ahora aquí, agazapado detrás del armario?

Son más preguntas de las que es capaz de responder. El a no pidió tener ningún don. El a no tiene la culpa de que existan secretos inconfesables. No es el a la que debería pedir

perdón.

En cuanto a Sara...

Lo que detiene el paso de Cruz ante la puerta entornada del cuarto de baño no es ninguna fuerza mágica. Es una melodía.

La mujer que se acuesta con su padre tiene una voz dulce, triste en las primeras sílabas y alegre en las últimas, como si dijera al mundo: «Sé que estoy abajo, pero puedo l egar

hasta lo más alto si me lo propongo».

Son los celos los que han hecho perder el control a Cruz, los que han desarbolado su vela mayor y la han dejado encal ada en este piso extraño y caldeado. Son los celos los que

impulsan a Cruz dentro del cuarto de baño que ya se nubla de vapor, como hipnotizada por el canto de la sirena al otro lado de la mampara.

Hay algo en la serenidad y en la despreocupación de aquel a voz que Cruz no puede soportar. Mamá está l orando en casa, se dice, y tú cantas de felicidad. Aunque no se trata

de su madre, por supuesto. Se trata de el a. De inseguridades profundas con pináculos afilados de odio.

Cruz está de pie frente a la mampara de cristal, fantasmal como nunca en

medio de la bruma. La mujer aún no la ve porque canta con los ojos cerrados, adentrada en su propio

safari, tal vez rondando plazas monumentales y suites con vistas al Capitolio.

Una mano de Cruz se adelanta hacia el cristal esmerilado, ávida de más trasgresiones, de nuevas fronteras violadas. Pero no llega a tocarlo. La vista de Cruz se ha encontrado

con una quimera cuando menos lo esperaba: una tortuga bordada en la toalla que cuelga junto a la ducha. Es la tortuga de su cortina secreta, naturalmente. Y es un salvavidas arrojado

desde el otro lado. Sólo tiene que aferrarse a él...

Cruz no advierte que ha dejado de sonar la melodía hasta que unos brazos le rodean el cuello con fuerza. Brazos húmedos y delgados, de amante furiosa.

—¡Hija de puta! —grita Sara mientras la sujeta por detrás. En la ceguera del vapor y los espejos empañados debe de haber tomado a Cruz por una ladrona. O tal vez una rival de

amores, una jovencita despechada. En todo caso, la amante actúa deprisa como si tuviera una lección bien aprendida: quien se asusta, pierde.

Las rodillas de Cruz golpean el suelo; ella es más corpulenta pero ha sido atacada por sorpresa y ahora no puede respirar. Balancea los brazos, intenta sacudírsela de encima. El

pelo le cae por el rostro y al menos Cruz tiene la seguridad de que su identidad todavía permanece oculta, mientras la otra le masca al oído:

—¿Quién eres tú? ¿Eh? ¿Qué buscas?

La sangre se precipita por las arterias de Cruz, envía mensajes urgentes de ejecución a los músculos que su cerebro no ha tenido tiempo de planificar. Las dos mujeres han

retrocedido centenares de miles de años sin necesidad de trucos ni viajes:

sólo arañándose, golpeándose, arrancándose el pelo a puñados.

En uno de los vaivenes, Sara se golpea la nuca contra el borde del lavabo. Clone, hueso contra cerámica. Cruz la nota escurrirse por su espalda hasta quedar tumbada en el

suelo, de costado.

—No —gime, todavía sin aliento, sin reacción. Porque la idea de matar a alguien es demasiado voluminosa, desaloja cualquier otro pensamiento de la cabeza y no tolera un «a

continuación voy a».

Sin embargo ha habido suerte: la mujer está viva. Al mismo tiempo que la sangre empieza a deslizarse por el tobogán de su pelo mojado, se remueve sobre las baldosas y trata

de abrir los ojos.

Cruz bracea igual que un náufrago en busca de la toalla con la tortuga, la agarra y la sostiene ante su rostro exasperado.

Sácame de aquí, sácame de aquí ahora, exige.

La tortuga se agita, crecen hilos del contorno de su caparazón y en unos segundos está flotando en su tela liviana, seda roja y parcheada, en la que ahora queda atrapado un

jilguero, después una estrella, un caracol y una mariposa. Y también Cruz. Entonces ya no es una cortina, sino una red de pesca que la rescata del fondo de una ciénaga a la luz del

día, a la cubierta de otra habitación que no está húmeda ni neblinosa...

Cruz reconoció la claridad quieta de su dormitorio de estudiante, el dibujo aburrido del parque donde se había tumbado, dolorida. Pero no se movió enseguida, permaneció allí

quieta haciendo repaso de sus contusiones con frialdad forense. Cada hematoma era una prueba. La falda del instituto, empapada. Y lo mejor: en la palma de su mano derecha se

deshacía un mechón de pelo de la mujer l amada Sara, negro como pluma de cuervo, aún enjabonado. Podía estar segura de que no era suyo por su estructura helicoidal, por el suave

rizado mestizo. El microscopio la sacaría de dudas, si es que las tuviera. También una l amada a su padre, con la sola mención del nombre. Pero Cruz no dudaba; mantenía una fe

ciega en las enseñanzas de sus trances, en su realidad granítica aunque surcada de grietas y fal as.

Por eso estaba aterrorizada.

Por eso cinco años después (hoy) el mechón de Sara continuaba en una cajita para guardar anil os al fondo de un cajón, en el viejo escritorio de su cuarto. Como recordatorio,

por si alguna vez caía en la tentación de pensar que todo había sido un sueño.

Aquel día Cruz aprendió que la cortina podía ser traspasada. Que su cuerpo podía presentarse en el otro lado y arriesgarse a morir al í, estrangulada por un brazo de mujer o por

el dióxido de un incendio desatado hace siglos. Y aprendió otra cosa: que podía intervenir en el mundo visitado, podía modificarlo con sus manos.

Era un poder tan grande que no sólo atentaba contra las leyes naturales. Desafiaba a la Historia, a todos los hombres, a Dios. Se reía en su cara.

Si hay una edad perfecta para descubrir tal poder, sin duda son los quince años.

Y ahora mamá estaba muerta. O casi.

—Anoche subió al estudio, a pintar —dijo Víctor. Llevaba los pelos crispados



de tanto pasarse la mano por la cabeza, pero la tragedia ya se había filtrado al alcantarilado de su

sistema nervioso y no presentaba otras marcas externas—. Me dijo que se sentía cansada, que solo estaría un rato y se iría a dormir. Al cabo de unos minutos oí el ruido. Pensé que

se había desmayado, nada más. Pero no volvía en sí. Entonces llamé a la ambulancia.

Cruz deseó con todas sus fuerzas que aquel hombre se callara. Que dejara de narrar, por el amor de Dios. Pero tampoco estaba segura de querer quedarse a solas con su

madre.

No así. No con aquel envase vacío que apenas se parecía a mamá postrada en una cama de hospital. Tan pálida. Con una sonda de oxígeno en la nariz y otra de suero en el

brazo. Su madre, que le llevaba sus propias sábanas de viaje porque no confiaba en la limpieza de los hoteles. Marian, que no estaba dispuesta a que nadie tomara ninguna decisión

por ella.

La habitación era como cualquier otra habitación de cuidados intensivos; daba a entender que llegados a este punto no había nada más que esperar. Era abrir los ojos o morir.

Cruz cogió la mano de su madre muy despacio, temiendo el frío. Pero corría vida bajo aquella piel.

—Mamá nunca ha creído en la medicina —rezongó—. Y ahora su vida depende de ella.

Víctor cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, se mantenía apartado pero atento.

—Se pondrá bien —dijo—. Tu madre es fuerte.

—Sí. Es bastante cabezota.

Sonrieron porque necesitaban hacerlo. Una enfermera se asomó por la puerta.

—Tienen que ir saliendo, por favor —ordenó en falsete.

—Un segundo —Víctor consiguió hacerla desaparecer con su mejor mueca de hombre a punto de perder el juicio.

Luego se acercó a Cruz, que estudiaba el rostro de su madre como si fuera un retrato, una versión de la persona ausente susceptible de mil interpretaciones, ninguna exacta.

—¿Quién es «el asombroso Lorenzini»?

—¿Qué?

—Hace un rato ha hablado en sueños —dijo él, después de debatir consigo mismo—. Juraría que ha dicho algo así como: «Ahí está, el asombroso Lorenzini».

Cruz negó irritadamente con la cabeza. Nada de aquel o tenía sentido, ni aportaba consuelo.

—He intentado hablar con el a —continuó Víctor—. Le he preguntado si me podía oír, y el a me ha contestado: «Sí, te oigo». El médico dice que habrá sido casualidad. Que

pueden ser delirios. Pero yo no lo creo.

El a se inclinó sobre su madre hasta sentir el aliento de su boca.

—Mamá, soy Cruz. ¿Me oyes? —Sin respuesta. Los globos oculares se estremecían sutilmente bajo los párpados, muy de vez en cuando; eso era todo.

— Parece que sólo

funciona contigo, Víctor.

—Te parecerá una tontería, pero creo que sé por qué. Muchas veces le hablo cuando está dormida, por la noche. No sé por qué lo hago —se ruborizó; si Cruz lo hubiera mirado

en ese instante habría descubierto a un muchacho de pocos años—. Le cuento cosas y creo que de alguna forma las entiende, aunque por la mañana ya no se acuerda. Por eso...

creo que los oídos de su cabeza están acostumbrados a mi voz.

Cruz sintió la presión de un embalse en sus ojos y rápidamente soltó la mano de su madre. Se enderezó, dio un paso atrás.

—Tengo que irme—dijo—. No aguanto más aquí.

El novio de Marian amagó con rodearla con el brazo, pero le faltó valor.

—Deja que te lleve a casa —dijo en cambio—. Tengo comida preparada.

Ahora Cruz se volvió y lo admiró como si alguien le hubiera contado asombrosas proezas de él.

—Comida —repitió—. Sí, eso no estaría mal.

Condujo muy despacio, de la única manera que sabía hacerlo Víctor, hasta la casa de los Montenegro. Por la radio hablaban del origen etimológico de la palabra crisis. Cruz no

abrió la boca hasta que él detuvo el motor, sobre la cegadora gravilla del camino de entrada, y los altavoces callaron.

Dijo:

—No es justo.

—Lo sé.

—No es justo que se vaya así, de buenas a primeras. Es como si... Como si desertara de una guerra.

—¿Una guerra? —Víctor la miró—. ¿Contra quién?

—El a piensa que contra mí.

—No. No piensa eso.

—¡Pues yo sí estoy contra el a! Siempre hago todo lo contrario de lo que a el a le gustaría, ¿no lo sabes? Seguro que te lo ha contado. Por eso es una putada que se vaya así. Sin

dejarme tiempo para ganar, o para rendirme.

Él abrió la boca, pero antes de encontrar la palabra oportuna Cruz ya se había apeado del coche. Dio un portazo.

Sabía que encontraría ropa para cambiarse en su viejo dormitorio. Todo estaba igual que la última vez que lo pisó, dos años atrás. Siempre listo para acogerla de regreso, hasta

el último detal e. Era la copia de seguridad que su madre guardaba del pasado juntas; como si en cualquier momento Cruz pudiera apretar las teclas control+Z y regresar al punto de

partida. Volverás a ser mi niña. Volveremos a vivir con papá. Volveremos a hacer planes.

Cruz se puso un chándal gastado sin mirarse en el espejo y resistiendo la tentación de olisquear el mechón de Sara en el cajón de su escritorio. Cuando bajó a la cocina, el

escritor servía la mesa con sus manos huesudas. El a murmuró un agradecimiento y se sentó ante un plato rebosante de tal arines con setas.

—¿Qué tal vas con tu novela? —era obligado contrarrestar aquel silencio de velatorio.

—Hmm.

—¿Tiene título?

Víctor cacareó una risa y bebió un sorbo de vino blanco antes de responder.

—He pensado en titularla Voraz 2. Pero no sé si es lo suficientemente irónico.

—¿Es la continuación de la otra?

—Algo así —el escritor evadía sus ojos—. Qué poca imaginación, ¿no?

—A mí me gustó la primera.

—Gracias —Víctor se enderezó en su silla, muy sorprendido. Inmediatamente se animó—. ¿Qué tal tu trabajo de epidemiología?

Cruz liaba tal arines con el tenedor y los tragaba sin pensar en el os como comida, sino como una especie de combustible ecológico.

—Genial —dijo. Y antes de que pudiera seguir mintiendo sonó el teléfono inalámbrico que descansaba entre los dos, sobre la mesa.

Lo miraron un instante, pleiteando en su cabeza sobre competencias y responsabilidades, hasta que Víctor observó el número de la pantal a líquida:

—Debe de ser tu padre —dijo.

Cruz lo tomó deprisa.

—¿Papá?

La voz al otro lado era pantanosa, esforzada.

—Cruz, cariño, ¿cómo estás?

—Papá, ¿has oído los mensajes?

—Sí. Escucha, ya he hablado con Francisco Javier Alemany. Me ha prometido que subirá de Madrid esta misma tarde. Es el mejor neurólogo de España. El mejor.

—Acabo de venir del hospital, papá. La tienen con antitrombóticos y

ventilación.

—Lo sé, lo sé, también he hablado con el hospital.

—El doctor Riaza nos ha dicho que el infarto está muy localizado y es muy pequeño, pero que no se puede intervenir.

—Riaza es gilipollas. Ya lo he arreglado para que Alemany se encargue de todo en cuanto llegue.

—¿Cuándo vienes tú?

Su padre conducía. Cruz se imaginó una carretera larguísima rodeada de valles verdes y granjas con porches donde se vendía sirope de arce.

—No puedo volver esta semana —dijo al fin—. Estoy a cargo de todo el departamento de la universidad y de un laboratorio. Lo entiendes, ¿verdad?

Víctor levantó la mirada de su salteado de pasta. No podía escuchar las palabras del otro, pero el rostro de él hacía un resumen perfecto: Gabino Montenegro, el gurú de la

ciencia que prometía vida eterna desde los atriles de medio mundo, acobardado como una rata ante la sola idea de ver morir a su mujer. No de que muriera, sino de estar presente

cuando ocurriese.

—Claro —sonó un chasquido en su garganta al deshacer el nudo.

—Iré muy pronto, te lo prometo. Y voy a estar en contacto directo con Alemany todos los días, para que tu madre tenga la mejor atención. Voy a supervisarle en tiempo real. ¿De

acuerdo?

Voy a supervisarle en tiempo real. Cruz miró a Víctor y se lo figuró sacudiéndole un puñetazo a papá, justo debajo de la nariz.

—Lo que tú digas —respondió. Deseó poder afinar su voz en un tono semisostenido de reproche, sin éxito.

—Muy bien. ¿Qué tal tu investigación del Roncal?

—No tengo muchas ganas de hablar de eso ahora.

—Ya, lógico. Bueno, cariño. Tengo que dejarte ahora, pero tú no te preocupes por nada. Te lo amaré después, ¿eh?

—Sí.

—Tenemos que ser fuertes, cariño. Y Cruz...

—¿Qué, papá?

—A tu madre le habría gustado que siguieras con tus proyectos. Ya sabes lo que odia que la gente se quede con los brazos cruzados, mirándola. Lo mejor que podemos hacer

por el a ahora es seguir adelante con nuestras vidas.

—Sí. Claro. Adiós, papá.

—Te quiero, Campanilla. No lo olvides.

Por más que lo intentaba, Cruz no era capaz de odiar a su padre. Todo lo que conseguía era un violento ardor de estómago, pero resultaba mucho mejor así, porque aquel o sabía

cómo tratarlo. Se excusó ante Víctor, se levantó de la mesa y subió al cuarto de baño de la planta superior.

Al primer tono:

—¿Diga?

—Buenos días, ¿Margarita Uztárroz, por favor?

—Sí, soy yo.

El número aparecía en la guía telefónica, tal como le había dicho Josian. Números asociados a casas, no a personas. La Edad de las Cavernas.

—Mi nombre es Cruz Montenegro, del Instituto de investigación Lieds-Hófer. Estamos haciendo un estudio relacionado con el val e del Roncal y sus habitantes. ¿Tendría un minuto para atenderme?

—Tendría, con una condición.

—¿Cómo?

—Promete que no me colgarás el teléfono.

—¿Por qué iba a colgar?

—A veces puedo ser muy pesada.

Cruz no pudo contener una risa. El retrato que se había hecho de la señora Uztárróz en su cabeza se redibujaba a toda prisa.

—Está bien, lo prometo —dijo.

—¿Quieres saber por qué me fui del Roncal? —tal vez aquel a garganta tuviera ochenta años, pero la voz que espiraba era caliente y viva como la de una muchacha—. Porque un

día vino un señor a la puerta de mi casa y me ofreció mucho dinero. Muchísimo, una barbaridad. Le dije que ya era muy mayor para irme del pueblo, pero era mentira, no me daba

ninguna pena. Me ofreció todavía más dinero. Y lo cogí, a ver. Como todo el mundo.

—¿Su familia es natural del val e?

—No. Somos castel anos. A los quince años me casé con un hombre de Lortia y me fui a vivir con él y su familia. Luego todos se murieron y me quedé sola



en la casa. Por

resumir.

—Pero seguro que conoce historias del pueblo, rumores, leyendas... Me interesa cualquier historia que pueda conocer de la tradición oral, no escrita.

—Espera un momento; lo que quieres es que te cuente chismes de Lortia, ¿no?

—Algo así, sí.

—Entonces no se hable más. Tenemos que vernos.

Cruz tomó nota de la dirección, y a las cinco en punto llamó al timbre del portero automático. Pero la voz no dijo «Sube», sino «Ahora bajo». En los soportales de la plaza olía a

orines y Cruz tuvo que luchar para apartar de su mente la repentina imagen de su madre, tumbada en una cama con ruedas y barandillas a los lados, alimentada por tubos. Con

pañales.

Lo mejor que podemos hacer por ella ahora es seguir adelante con nuestras vidas, había dicho papá. Y vaya si él lo estaba haciendo.

Unos golpecitos en el cristal de la puerta la sobresaltaron. Margarita Uztárroz estaba allí de pie, delgada y mínima, pero bien derecha en su abrigo marrón. El lápiz de labios

resplandecía como una lágrima abierta sobre su piel traslúcida.

Cruz empujó la puerta para ayudarla a salir, y se encontró con unos ojos claros que miraban al infinito a través de una nube.

—Tendrás que cogerme del brazo, estoy más ciega que un topo —dijo sin atisbo de sonrisa.

Sus pasos eran breves y tambaleantes, pero tomaron un rumbo decidido hacia

el parque de columpios, al otro lado de la calle. Las estrenadas vacaciones habían dejado varados

a cientos de niños con sus abuelos y sus cuidadoras latinoamericanas. Era la república de los gritos.

—Vivo con una chica polaca —explicó Margarita Uztárróz, sin necesidad de ser interrogada—. Me aguanta porque no entiende la mitad de las majaderías que le cuento. Y por el

dinero, claro. Gracias a mí tiene los papeles en regla. Porque hasta hace poco Polonia no pertenecía a la Unión Europea, no sé si lo sabías.

—La veo muy informada.

—Escucho la radio. No te pienso decir qué emisora, por si pensabas preguntármelo.

—Sólo quiero hacerle preguntas sobre Lortia.

—Pues hazlas. Nadie sabe más que yo sobre ese dichoso pueblo. La historia de Lortia es la historia de mi familia.

—Pero usted no es Uztárróz. Quiero decir, no es su verdadero apellido.

—Mi padre era García. Pero se fue a América, y yo le puse el apellido en la maleta, bien dobladito, para que se lo llevara con él. No he sido otra cosa en mi vida que una Uztárróz.

— Giró la cabeza hacia Cruz—: Supongo que ha sido Josian el que te ha hablado de mí.

—Sí.

—Ese chico me adora. Qué pena que les haya tenido que pasar eso con el bebé. Pero es la desgracia de la familia.

—¿Cuál?

—Los niños. Se les mueren todos. No fal a.

Llegaron al pie de una escalinata y Cruz se volvió hacia la anciana. Dijo:

—¿Se mueren? ¿Por qué?

Su dedo flaco como un hueso de pol o se alzó en el aire, señalando la basílica de color tierra que presidía la plaza.

—Mira el pórtico y dime lo que pone.

Cruz leyó:

—Sala de Exposiciones Conde de Rodezno.

—Eso no es lo que dice la piedra.

—No, es un cartel que han colgado encima.

—¿Sabes lo que pone debajo, en el friso del pórtico? «Navarra a sus muertos en la Cruzada.» ¿Sabes de qué cruzada habla?

—La guerra civil.

—Sí. ¿Y sabes qué pasó en la guerra civil?

—Lo fundamental, supongo.

—No. Lo fundamental es justo lo que no sabes. Y es esto: la culpa se hereda.

—¿Qué quiere decir?

—Los políticos que han mandado tapar esa inscripción no habían nacido en la época de la guerra. Unos son de izquierdas y otros de derechas. Pero a todos les da vergüenza lo

que pone ahí debajo. ¿Por qué? Porque cuando se cometen crímenes tan horribles como los que se cometieron en la guerra, los hijos y los nietos y los bisnietos de aquellos criminales siguen llevando el estigma para siempre.

—¿Y no hay manera de borrarlo?

Una bandada de niños revoloteó a su alrededor, vociferando, y luego se fue a posar en la red con forma de pirámide.

—Necesito sentarme —dijo la anciana.

Cruz la llevó hasta un banco apartado. Por detrás, la fuente hacía túneles de agua con los chorros que brotaban intermitentemente.

—¿Tradición oral? Te voy a contar una historia muy bonita y muy triste. Y muy vieja, también. —Margarita descansó sus manos venosas sobre el regazo y levantó la fina barbil a

hacia las ramas de los árboles.— En Lortia se cuenta como una historia de amor, aunque fue algo más. En la época de la peste, vino un médico francés llamado Basile Dubreuil. Lo

contrató el alcalde, porque se estaba muriendo mucha gente en el pueblo y ya no sabían qué hacer. Era un hombre joven y atractivo, con muchos estudios. Una rara avis, para todas

las chicas del lugar. Y entre todas ellas Amaia, la más bonita, la que todo el mundo quería. Amaia y Basile se enamoraron, no podía ser de otra manera, pero había un problema: el a

estaba casada. Su marido se había ido a guerrear con los tercios nada más casarse, ni siquiera se sabía si estaba vivo o muerto. Pero era un Uztárroz. Y te puedes imaginar que a su

padre, el cacique Johan Uztárroz, no le hacía ninguna gracia que todo el pueblo viera a su hija tontear con el médico francés mientras el marido andaba en la guerra.

Notas urgentes adheridas a la pantalera mental de Cruz: «Basile Dubreuil», «Amaia», «Johan Uztárroz». Sus ojos comenzaban a escocerle.

—Así que el patriarca Uztárroz habló con el cura, que tampoco veía con buenos ojos al francés, porque entonces la iglesia desconfiaba de la medicina,

y a la menor le declaraban

a uno brujo. Te estoy hablando de los años en que la Inquisición andaba por Navarra con muchas ganas de hacer hogueras. Empezaron a correr el bulo de que Basile Dubreuil no sólo

era incapaz de curar la peste, sino que además era untador. ¿Sabes lo que es eso?

—No —mintió Cruz.

—Se les llamaba untadores a los que iban contagiando la peste por ahí, a propósito, restregándose con la gente en la calle, o en el mercado, o en la iglesia. Por pura maldad.

—¿Y el pueblo se lo creyó?

—El pueblo no ponía en duda nada de lo que se decía desde un pulpito. Y además, los casos de peste se multiplicaban. Hicieron un lazareto en la parte alta del pueblo pero se

llenó en seguida. Basile intentaba explicarles que no había remedios milagrosos, que le llevaría su tiempo controlar la epidemia.

—Pero ellos sí creían en los milagros.

—Hija —suspiró Margarita—, cuando uno ve la muerte tan cerca está dispuesto a creer en todo lo que pueda curarle, venga del cielo o del fondo de la tierra. El párroco organizó

una procesión a San Esteban para pedir que se llevara la peste, igual que habían hecho en Pamplona unos años antes, y todos los que quedaban sanos en el pueblo acudieron sin

falta. Pero los rezos eran una excusa. La multitud acabó delante de la puerta del hospital, sacaron a golpes a Basile y le obligaron a marcharse. Aquella misma noche desapareció

Amaia; se dice que se reunió con él en el bosque y huyeron juntos.

—Me alegro por el os.

—Sí. Pero el pueblo se condenó. La peste se cebó en Lortia como un castigo divino. Y por si fuera poco algún loco le prendió fuego a todo el pueblo. Johan Uztárroz cogió a su

familia y se escapó a Roncal, donde tenía más casas, pero el resto de la gente era pobre y muchos se echaron al monte. Al í acabaron todos.

—¿Y cree que desde entonces la familia de Johan Uztárroz está pagando por aquel o? ¿Como una especie de... maldición?

La anciana no respondió. Atendía a los sonidos de la plaza como si los respirase, en bocanadas largas y profundas. Se alimentaba de el os.

—El caso es que yo nunca quise tener niños —dijo en un tono muy plano, aplastado por algún dolor invisible—. Y mírame ahora. Al final cada uno recibe su propia maldición,

quiera o no quiera.

Y cada familia, su propia maldición.

La última planta de la casa era un ático dividido en dos partes. A la derecha de las escaleras, un pequeño despacho atestado de libros y cajas donde hacía mucho tiempo que

nadie se sentaba a trabajar. A la izquierda, el estudio donde mamá pintaba.

Para Cruz, pisar aquel santuario con olor a aguarrás era lo más parecido a rezar por su madre que se podía permitir. Mientras, Víctor pasaba las noches en el hospital, al pie de

la cama, como un devoto o un penitente del amor.

Pero Cruz se repetía que su madre no se encontraba al í, en aquel a larva de cadáver.

Su madre seguía estando más presente en las revistas desordenadas encima de

la mesa del salón; en las zapatillas de correr tras la puerta de la cocina; en el cepillo o el leno de

pelos junto a la jabonera. Y más que en ningún otro sitio, en el estudio de pintura.

Tenía el tejado abuhardillado y un generoso tragaluz hacia el cielo raso. Lienzos apoyados sobre lienzos, junto a la pared. Una mesa con docenas de tubos arrugados, vasos,

pinceles, disolvente, paños. El parqué tan lino de manchas que ya no importaba una más o menos.

Y en medio de la habitación, justo debajo del tragaluz, el caballete donde su madre había estado pintando antes de caer en el coma. Espeluznante, la forma en que los objetos

esperan a sus dueños. La paleta con las mezclas preparadas. El delantal colgado del palo superior, por la parte de atrás del cuadro.

Esperando.

Cruz se acercó al lienzo y miró los primeros trazos azules, verdes y ocre, todavía sin forma definida. Se quiso imaginar hacia dónde iban esas líneas, cuál era el modelo que su

madre tenía en la cabeza, y en ningún otro lugar, porque allí no había fotografías ni ventanales a los que volver la vista. Creyó entrever un río. Tal vez el esbozo de una casa pequeña

junto al río.

Luego siguió con los otros lienzos, los que ya estaban terminados o habían sido abortados en mitad de su gestación: allí no había paisajes, sólo rostros, casi todos desconocidos.

Cruz sintió una punzada de culpa al descubrir ahora que su madre era una gran retratista. Por supuesto, había visto antes otros de sus cuadros, pero sólo en sus breves visitas al

estudio, cuando subía para avisarle de que l amaban por teléfono o para pedirle dinero. Marian nunca colgaba sus obras, jamás las exhibía. Para el a, el misterio nacía y moría dentro

de aquel as cuatro paredes.

Mamá tenía talento. ¿Y qué?

El talento no sacaba a nadie del coma.

Cruz oyó la puerta de la casa: Víctor. Se deslizó fuera del estudio y lo cerró con sumo cuidado, como la cancela de un oratorio.

Había otra puerta, en la planta -2 del Instituto Lieds-Hóffer para la Investigación Médica Aplicada, con un minúsculo cartel que decía: PNH.

Primates No Humanos.

Ocho jaulas habitadas por ocho macacos parkinsonizados. Chil idos. Olor a pelo frito. El rincón favorito de Michi, y el mejor lugar del edificio para hablar en privado.

—El vicario de la iglesia en el año mil seiscientos uno se l amaba Pedro Mayo. Fue el último hasta mil ochocientos catorce. —Michi comprobó la etiqueta de una bolsa precintada, la abrió y volcó su contenido en la bandeja de la primera jaula. El mono lo observó con sus ojos ambarinos, dio un bote y comenzó a engul ir el compuesto.— Nos falta

saber qué esconde el cura en la caja fuerte, pero estoy seguro de que no quedan papeles anteriores a esa fecha porque hubo un incendio que lo arrasó todo. Sin embargo en el

archivo de Roncal consta la petición del alcalde de Lortia en el consejo del val e para que otros municipios le ayudaran en un gasto extraordinario, la contratación del médico francés

Basile Dubreuil, que acababa de ayudar a vencer la peste en Bayona, y de un cirujano local, un tal Martín Arróniz. Incluso se menciona el nombre de Johan



Uztárróz, para criticarle

porque no ha querido colaborar, a pesar de ser el vecino más rico.

Cruz seguía los pasos de Michi entre las jaulas, empujando el carrito de la comida como una azafata de vuelo. Ese no era el trabajo para el que había sido contratado Michi en el

Instituto, pero le encantaba hacerlo. Cruz suspiró.

—Entonces todo lo que me dijo la abuela es cierto. Genial. Pero no nos sirve para avanzar. —Su mirada se encontró con la de un mono y comprobó con un escalofrío que ya era

capaz de reconocerlos a todos; aquel era Melendi, los otros: Homer, Aurelio, Ozzy, Winona, Penélope y Scarlett. No eran los nombres que aparecían en las fichas plastificadas al pie

de cada jaula, sino los que Michi les había otorgado.

El precoz doctor de bata blanca y gorra negra interrumpió momentáneamente su servicio de catering. Se volvió hacia Cruz.

—A ver, tesis: lo que nosotros queremos demostrar es que el bebé de dos mil nueve ha muerto por culpa de un virus dormido en su sangre desde hace cuatrocientos años.

¿Correcto? El mismo que causó la muerte de todo el pueblo de Lortia por fiebres hemorrágicas en mil seiscientos uno. Un virus capaz de pegarse al ADN como una garrapata.

Winona chilló. Aurelio se puso a saltar. Cruz dijo:

—Ya sé lo que vas a proponerme.

—Pues claro que lo sabes. Porque sabes que el camino más rápido entre dos puntos es la línea recta. —Le dio la espalda para reanudar su marcha por el pasillo.

—No puedo presentarme en casa de Nerea Uztárroz y decir: «Hola, me llamo Cruz, ¿te importaría darme un poco de tu sangre para analizarla?»

—No tiene por qué ser sangre.

Cruz soltó un bufido, pero en realidad él ya lo había pensado. Podría bastar con un poco de saliva, o... con un mechón de pelo.

En la última jaula dormitaba el mayor de los macacos. Tenía la cabeza rasurada y se estaba quedando sin dientes. Cruz se estremeció al distinguir la silueta de un muñeco de

trapo en un rincón de la jaula. Como la cuna desordenada de un niño.

—Eh, Ozzy, ¿cómo te va? —Michi metió la mano en la jaula para rascarle el cuello.

—No deberías hacer eso.

—Tranqui, éste ya no da sustos. Míralo. —Vertió su comida en la bandeja. El macaco exhibió sus encías en una mueca desorbitada de entusiasmo, intentó dar un paso y se cayó

de bruces. Medio recostado sobre la porquería de la jaula, alargó un brazo tembloroso para coger un puñado y llevárselo a la boca.— ¡Muy bien, Ozzy! Eres el mejor.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué no le pasa? Le han metido tanto ácido que no se acuerda ni de cuántas extremidades tiene. —Sacudió la cabeza, indignado.— ¿Te das cuenta? El os nunca aparecen

en los libros. Cuando estiran la pata, los metemos en bolsas y los tiramos a la incineradora de basura. Otra anónima y generosa contribución de la madre naturaleza al bienestar de la

raza humana.

Ese era Michi. Siempre tan preocupado por los más débiles, proletarios o primates. Y al mismo tiempo tan incapaz de abrazar a Cruz y preguntarle por su madre. Todo lo que

había hecho Michi cuando el a le contó lo ocurrido fue sacudir la cabeza y desgranar una retahila de sus paranoias favoritas sobre el sentido de la vida y la mecánica cuántica. Quién

podiera ser electrón, bla, bla, bla.

Un celador empujó la puerta de la sala y asomó la cabeza con cuidado como si temiera que tanta agitación se debiera a alguna clase de motín simiesco.

—Ah, perdón —dijo al verles, y desapareció.

Cruz soltó el carrito.

—Yo no debería estar aquí. Voy a conseguir que te expulsen.

—Qué dices. —Michi vació la última bolsa de compuesto en la bandeja de Penélope.— Están encantados de verte merodear por aquí. De hecho, el consejo del Instituto estaría

encantado de patrocinar tu investigación del Roncal. No tendríamos que andar inventando cuentos por ahí.

—Como les digas una palabra de lo que estamos haciendo te corto las pelotas, Michi.

Michi desanduvo el pasil o riendo entre dientes.

—Era broma. En la portada del Science no hay sitio más que para ti y para mí.

—Qué romántico.

Melendi y Winona declararon una guerra de aul idos y batir de rejas. No había quien aguantase al í.

—Puedo ser tan romántico como el que más, pero tú no te dejas. —Antes de

abandonar la sala, se volvió hacia las jaulas—: ¡Adiós, compañeros, rezaré por vosotros al Señor de

las Bestias!

Salieron al corredor del nivel -2 y el cierre hermético de la puerta segó los gritos con un hachazo de silencio. Cruz se sentía mareada.

—Quiero saber más cosas sobre el médico francés, sobre Basile Dubreuil —murmuró. Se apoyó en la pared y cerró los ojos.

—El seductor que vino del norte. Hum. Esto empieza a parecer periodismo rosa. ¿Estás bien?

—La abuela piensa que la maldición es una especie de mala sombra que les ha caído encima a los Uztároz por haber echado a patadas al médico y haber dejado que el pueblo

entero se condenase. Pero yo creo que hay algo más.

—¿El qué?

—No lo sé.

Michi se rascó por encima del gorro.

—Veré lo que puedo encontrar sobre el famoso médico de mil seiscientos uno —sugirió—. ¿Quién sabe? A lo mejor, después de escapar de Lortia, Basile y su amada vivieron

felices en un castil o de Normandía, tuvieron una larga descendencia y él escribió cientos de libros con saberes ocultos y medicina revolucionaria. Ya estoy viendo a su tataranieto, un

viejecito con bastón, conduciéndonos por una escalera de caracol hasta la biblioteca secreta de los Dubreuil. Todas las respuestas esperándonos en una fría y húmeda mazmorra.

Pero primero tendríamos que matarlo, claro.

Cruz levantó los párpados y encontró a Michi dentro de sus cincuenta centímetros de espacio íntimo. Era la clase de persona que se pone a toquetear los botones de tu abrigo

mientras te habla, salvo que en el caso de Michi uno podía esperarse cualquier cosa.

—Perdona, pero te huelen las manos a primate. —Se olfateó a sí misma.— Joder, yo también apesto. Me voy a casa.

Michi entonó un pizzicato de carcajadas.

—¡La línea recta! —gritó, mientras el a se alejaba por el pasil o—. ¡La distancia más corta entre dos puntos, recuérdalo!

Líneas rectas. Pero la línea que seguía Cruz era retorcida y estrecha, al borde de un precipicio. Conducía tan despacio el Range Rover que los otros conductores buscaban su

rostro al pasar, como si se preguntasen cuál era el problema.

Tenía una bolsa de chucherías en el asiento de al lado, medio escondida bajo un periódico. Las tragaba mecánicamente, sin apartar la vista de la carretera. Igual que un macaco.

Cuando l egó a Lortia, dejó el coche en el aparcamiento frente al río y buscó un lugar discreto para vomitar. Había algo primario y maravil oso en hacer tus necesidades al aire

libre, entre la vegetación. No existían los espejos. Todo era sano, todo estaba bien. Se podría imaginar ahora mismo a un hombre desnudo saliendo del río, acercándose a el a,

poseyéndola de manera brutal, sin zalamerías ni permisos. Como animales. Luego los dos se quedarían tumbados al í mismo, respirando profundamente, y él le diría al oído: «/<?

taine».

Por Dios, ¿estaba fantaseando con Basile? Cruz regresó al asfalto a toda prisa y recogió su carpeta negra del asiento trasero del coche. Pensó en llamar a Michi para avisarle

de lo que estaba a punto de hacer, pero su móvil ya no tenía cobertura.

Y de todas formas, ¿cuál era su plan?

Cruz 1 decía: Visitar a Nerea Uztárróz, ganarse su confianza, contarle toda la verdad y pedirle su colaboración para la investigación por el bien de la humanidad.

Cruz 2 decía: Salir de safari, colarse en la casa, robar un mechón de pelo y desaparecer por arte de magia.

Pero al final resultó que no tenía opción. Empezaba a oscurecer cuando cruzó el puente sobre el río y emprendió la subida por la calle Mayor. Entre las casas, olor a cenas y

murmurios de telediarios. Cruz llegó hasta la Plaza del Ayuntamiento, tuvo una idea y entró en el bar de Peio. Algunos hombres le devolvieron la mirada desde detrás de sus puros, pero

no había rastro de Josian. Hizo un gesto innecesario con la mano y salió de nuevo a la calle.

Línea recta. Caminó directa hasta la casa Uztárróz y se quedó parada delante de la puerta. Levantó un dedo hacia el timbre, pero no lo tocó. Bajó la mano y siguió andando.

Dobló la esquina y miró hacia la parte trasera de la casa por encima del muro. Había luces en el piso de arriba. La familia al completo: Nerea y Josian, el bebé secreto en el vientre y

en el aire el vacío del hijo muerto.

Cruz tenía la intuición de que no serviría de nada, pero se sentó allí mismo, con la espalda apoyada contra las piedras, y cerró los ojos.

No sucedió. La cortina mágica se negaba a tejerse, los animales no acudían a su amada. Y Cruz sabía por qué.

Dentro de la casa había paz. Aunque fuera por un instante efímero e inestable, un espejismo de serenidad en el filo del atardecer, la pareja se amaba; y los momentos hermosos

eran inexpugnables. Estaban protegidos de safaris y ladrones fantasmagóricos.

Al menos, así es como funcionaba con el poder de Cruz, ese poder que carburaba dolor y despedía humo de azufre. Su mapa de exploradora sólo estaba trazado de lugares

sórdidos y patéticos, no disponía de indicaciones para llegar a las regiones luminosas.

Por eso ahora no podía entrar en la casa de Josian y Nerea. Demasiada claridad, comunión incluso en el dolor. Repelentes infalibles para su revoloteo astral.

Cruz abrió los ojos, resignada. Y entonces vio a un gato salir del contenedor de basura al otro lado de la calle. Llevaba una cola de pez entre los dientes, y cuando sintió la mirada

de Cruz se volvió con las orejas tiesas. De inmediato dio un brinco y se escabuló por el agujero de una casa ruinoso.

Basura orgánica. Basura Uztárroz.

Tal vez...

Cruz se incorporó lentamente. Se aseguró de que nadie la observaba mientras caminaba hacia el contenedor. La tapa estaba levantada y se asomó: bolsas despanzurradas,

desperdicios multicolores y viscosos bajo la luz escarlata del atardecer.

Vio el palo roto de una escoba y lo utilizó para escarbar, arrugando la nariz. Por suerte ya no le quedaba nada que vomitar.

Cruz 1: Estás rebuscando en la basura.

Cruz 2: Otros se dedican a torturar monos.

Una ventana se cerró y Cruz dio un respingo. Pero continuó, frenéticamente. Aquél a era la clase de pecado que se debe cometer deprisa, como si fuera inevitable.

Y cuando lo encontró, supo qué era exactamente lo que había estado buscando, porque se trataba de lo único que no podía estar al í.

Sacó un pañuelo del bolsillo, alargó la mano dentro de la basura y recogió su premio.

Tal vez sí le quedaba algo que regurgitar en el estómago, después de todo.

Cruz se guardó la compresa ensangrentada en el bolsillo y echó a correr hacia el río.

Su padre la avisó de que l amaría a las doce y media para hablar a través del Skype. El nunca había visto el apartamento de Cruz y por eso el a se pasó un buen rato eligiendo el

sitio donde colocar su ordenador portátil con webcam. El papel pintado era horrible y se extendía por todos los rincones como una plaga de líquen; las ventanas ofrecían una vista

deprimente; la cocina era un armario empotrado. Finalmente Cruz se sentó al estilo indio sobre la cama y orientó la cámara hacia el cabecero de forja. Se puso un jersey verde

manzana. Se coloreó las mejillas, para contrarrestar la luz blanqueadora de la lámpara. Y se sentó a esperar.

Fantaseó con un amanecer en Middlebury, Vermont. Esta vez sin trucos, sólo jugando a adivinar: un cielo que absorbe el color azul, un río que se estira somnoliento al pasar bajo

los puentes, las calles aún vacías y brillantes. Todo inventado. Recuerdos de



postal.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Lo que se veía del auténtico Vermont, a través de la ventanilla del videochat, era una estantería llena de libros y el rostro pixelado de su padre.

—Hola, papá. Estoy bien.

—Acabo de hablar con el doctor Alemany. —Se le envió una taza humeante a los labios. Era agradable verlo tomando café. Espabilado a primera hora de la mañana. Con la camisa

bien abotonada. Sobrio.— No hay cambios. Pero tampoco empeora.

—Ya.

—Esta tarde van a hacerle una nueva resonancia. En cuanto tenga los resultados me le llamará. Pero no esperan encontrar nada nuevo.

—Víctor se pasa todo el día en el hospital, con el a. —¿Por qué había dicho eso? Gabino hizo crujir la silla al otro lado del océano. Pero Cruz no podía parar—: ¿Sabes qué?

Dice que puede hablar con el a.

—¿Hablar?

—En sueños. El le habla y el a le responde. Yo lo he intentado, pero conmigo no funciona. Parece que solo escucha la voz de Víctor, es como magia.

—No es magia; es mentira. Ese hombre es novelista, Cruz, no lo olvides. Las personas en un coma de Glasgow cinco no hablan ni escuchan.

—Lo sé. —Pero tenía algo más que decir—: ¿Te suena de algo «el asombroso Lorenzini»?

—¿Qué?

—Mamá lo dijo, en sus sueños. ¿Tienes idea de quién puede ser?

—No. Pero recuerdo haberla oído hablar de un Lorenzo —dijo esforzadamente—. Un niño que murió ahogado en el río, cuando Marian era pequeña. Creo que eran muy amigos.

La historia desembocó en un silencio pantanoso. Esquivaron sus miradas, buscando un cabo del que reanudar la conversación. Gabino dijo:

—Iré muy pronto, Cruz. Tengo que acudir a un congreso en Oslo, pero en cuanto acabe cogeré el primer avión, lo prometo. ¿Has podido avanzar algo?

—Me está ayudando un colega de la facultad.

—¿Se lo has contado? Espero que sea de fiar.

Todo lo que salía de la boca de Cruz respondía a una gramática perversa diseñada para irritarle. Castigo vía satélite. El a chequeaba constantemente su propio rostro en la

panta- lia para tener su gestualidad bajo control. Siempre deberíamos disponer de esa ventanita para mirarnos y no hacer el ridículo.

—No. Es un sinvergüenza. Sólo me ayuda porque quiere ligar conmigo.

Su padre se quedó un instante pasmado y luego se rio, no muy seguro de conocer los resortes irónicos de su hija.

—¿Habéis hablado con la madre del bebé? —preguntó.

—Aún no. Pero tenemos una muestra de sangre. Michi trabaja en el Lieds-Hóffer, la va a pasar por el microscopio electrónico.

—No vais a encontrar la Yersinia Pestis. Ya te lo dije.

—Pero nosotros buscamos un virus. Y en el hospital sólo le hicieron la prueba del VIH.

—Si el virus está dormido no habrá generado anticuerpos y será como buscar

una aguja en un pajar. Necesitaríais contrastarlo con una muestra de sangre enferma. —Juntó las

orugas peludas de sus cejas.— ¿Cómo habéis conseguido su sangre sin hablar con el a?

—No preguntes. Pero me temo que su embarazo se encuentra en peligro.

—Eso son malas noticias. —Sacudió la cabeza, desolado, pero no rendido.— ¿Y qué sabemos de la maldición?

—La maldición es una historia de amor. El médico francés y la guapa nuera del cacique.

—¿Qué médico?

—Da igual. A éste no le puedes l amar por teléfono.

Había una pregunta que Cruz quería hacer a su padre, pero no se atrevía. Mientras se lo pensaba, miraba las dos ventanas de la pantala y se daba cuenta de que en sus rostros

pesaba una inercia que los acercaba a una misma expresión. El volumen de los mofletes, la extensión de la frente. Pero los ojos iban por libre. Sus ojos eran de Marian.

—No creo que el microscopio electrónico os sirva de nada —dijo Gabino, rascándose la sien.

—Entonces, ¿qué hacemos? —O lo que es lo mismo—: ¿Qué es lo que esperas de mí, papá?

Ya está. La pregunta salió volando por el espacio, descompuesta en miles de bits. También la mueca de su padre se hizo trocitos al otro lado del mundo y volvió a recomponerse

en el ordenador de Cruz con una demora de nostalgia infinitesimal.

—Tu madre me advirtió de que eras una niña especial el mismo día en que

naciste. Te miró a los ojos y lo supo.

Especial. Cruz sintió un frío repentino por dentro, como si su esqueleto estuviera hecho de carambano. Los labios gruesos y pixelados de Gabino seguían hablando:

—Supongo que yo he tardado algo más en comprenderlo. O a lo mejor tenía miedo de no estar a la altura, de no saber darte lo que necesitabas para... ser lo que puedes llegar a

ser. —Se desinfló.— Ni siquiera soy capaz de explicarlo.

—No importa —dijo Cruz a toda prisa. No estaba preparada para eso. Revelaciones, redenciones, abrazos virtuales.

La pregunta estaba respondida, y eso era suficiente.

Papá quería que el a fuera lo que podía llegar a ser.

Papá le había encargado una misión porque el a era especial.

—Tengo que irme a dar una clase —dijo él, al cabo de un rato. El a dudaba que las clases no hubieran terminado ya en la Universidad de Middlebury, pero lo que dijo fue:

—Yo también tengo que irme.

—Gracias por haber esperado mi l amada; tenía muchas ganas de verte, aunque sea a través de una pantalla. —Miró un poco más abajo, a su propia imagen recortada en un

cuadrado, y sonrió.—Tengo una cara horrible, comparada con la tuya. Parezco un viejo verde, buscando amigas.

Cruz no fue capaz de reír. Bastante tenía con disimular cada vez que tragaba saliva. Papá hacía que cualquier conversación pareciera un examen.

—Te prometo... —comenzó Gabino, pero luego rectificó como si hubiera sido una interferencia—. Llámame cuando quieras, hija.

—Vale. —¿Qué promesa ibas a hacerme, papá? ¿Tan poco crees en tu palabra que ni siquiera estás dispuesto a intentarlo?— Hasta pronto.

Se despidieron. La cara de su padre fue sustituida por un icono de Skype pero la suya permaneció flotando en un rincón de la pantalla.

Te miró a los ojos y lo supo.

Muy bien, pensó Cruz. Su clon asintió vigorosamente con un segundo de retraso.

Seré todo lo especial que puedo ser.

# V

Un centenar de personas bloqueaba la carretera del río a su paso por el campus universitario. Michi se asomó por la ventanilla del Range Rover y trató de leer los mensajes de las

pancartas.

—¿Sabes que la peste negra tuvo algunas consecuencias buenas? —Volvió a sentarse. Vestía la bata blanca del Instituto Lieds-Hoffer porque sólo había salido para tomarse un

café con Cruz. Una hora antes.— El pueblo entero se dio cuenta de que no podía esperar ninguna salvación por parte de la Iglesia ni de los nobles. Fue el final de la superstición y el

comienzo de la medicina moderna. Pero no sólo eso. Los campesinos se encontraron con que había mucha tierra para trabajar y muy poca mano de obra. Tuvieron que unirse y

plantar cara al patrón para mejorar sus condiciones de trabajo. En Europa oriental los movimientos populares y el Renacimiento se retrasaron varios siglos, ¿y sabes por qué? Porque

la peste no les afectó tanto como a nosotros.

—Pues mira qué bien. A ver si tenemos suerte y conseguimos resucitar el virus para crear otra pandemia. Así se acabarían las huelgas.

Cruz hizo sonar el claxon, sólo para ver la cara que ponía él. Los cánticos de los manifestantes se vigorizaron.

—Ni hablar —ladró Michi—. Ahora sería una bendición para las multinacionales. Reducción de plantil a sin necesidad de pagar indemnizaciones. Y los ricos os salvaríais, como

siempre.

El a miró el retrovisor: se había formado una fila de vehículos que impedía cualquier posible escapada.

—Por cierto, Michi, ¿te he dicho alguna vez que no pienso acostarme contigo jamás, mientras viva, aunque fuéramos los dos únicos supervivientes sobre la faz de la Tierra?

—Constantemente.

—Vale. Sólo quería asegurarme.

—Toma. —Se agachó para sacar de su mochila el aparatoso teléfono vía satélite.—Yo me bajo aquí, quédate el Thuraya. Para que me l ames por las noches, cuando estés

húmeda e insomne.

—Eres tú el que me tiene que l amar, en cuanto tengas algo.

Michi había pasado toda la noche intentando limpiar la muestra de sangre de Nerea Uztárroz para que fuera de alguna utilidad. Sangre reseca mezclada con basura. Cualquiera

estaría de mala leche.

—Voy a tardar por lo menos una semana, suponiendo que me dejen usar el microscopio todas las noches. Y no te garantizo nada, la muestra está demasiado seca y sucia.

—Perfecto. Una semana es lo que necesito.

—¿Qué vas a hacer en ese pueblo todo el día? Te volverás loca.

—Hay gente que incluso disfruta en medio de la naturaleza, ¿sabes?

—Gente primitiva. —Sacó su bote de repelente para mosquitos de la mochila.

— Toma, invita la casa.

Antes de bajarse del coche, Michi demoró sus ojos sobre el a como si quisiera arrancarle una última palabra, una espina clavada en sus labios.

—¿Qué? —replicó el a.

Lo que iba a preguntarle era: «¿Estás bien, Cruz?» Pero dijo:

—Qué de qué. —Saltó fuera y cerró la puerta. Por la ventanil a—: Ten cuidado con los indígenas. Tengo entendido que los vascos de las montañas todavía practican el canibalismo.

Cruz lo observó alejarse y fundirse con la multitud vociferante: aquel espécimen inclasificable era su único amigo y estaba tan preocupado por el a que ni siquiera era capaz de

pronunciarlo.

¿Estás bien, Cruz?

La misma habitación en la Casa del Médico. La misma lámpara de araña con telas de araña. Muebles de fórmica. Grietas en la pintura y manchas de humedad.

Y el espejo, en la puerta del armario, donde era mejor no mirarse porque todo lo convertía en pantomima. Imposible persuadir a aquel espejo de que una sabía lo que hacía, de

que no era un títere de carne y hueso en manos de un amo invisible, seguramente un loco.

Cruz se tumbó en la cama y leyó historias de la peste hasta que se consumió la tarde y todos los sonidos de la casa se mistificaron en una respiración de piedra y madera.

Notaba su corazón encajado entre el pecho y la garganta, palpitante como un huevo en gestación. Y lo que gestaba era un pájaro de plumas grises y pico afilado, con aliento a ceniza.

Pájaro-miedo. Pájaro-muerte.



Los médicos tratan con la muerte, se dijo. Los médicos derrotan a la muerte. Por eso todo el mundo ama a los médicos.

Salvo cuando pierden la batalla.

Basile Dubreuil, ¿qué fue de ti?

A las nueve y media Cruz se incorporó, dejó el libro en la mesita y salió de su habitación para ir al cuarto de baño. El pasillo era un túnel con una ventana de luz agónica al fondo, y

a Cruz se le aceleró el pulso al pensar que tal vez ya había viajado, que quizá cuando abriera la siguiente puerta no se encontraría con unas paredes alicatadas en los años sesenta

sino con unos muros recios y húmedos habitados por esqueletos humanos, apestados moribundos en sus lechos raquíticos, gimiendo y propagando su mal fario en toses acuosas.

Pero la bombilla del techo se encendió: todo era limpieza, todo era presente. Un ramillete de espliego perfumaba el cuarto de baño y de pronto Cruz recordó el encuentro con su

padre en los urinarios del Baluarte, cuando él le encomendó aquella tarea y ella se dio cuenta en el mismo instante de que no se trataba de un obsequio ni de una prueba, sino de un

legado.

La culpa se hereda, dijo la vieja.

¿De eso se trata, papá? ¿Quieres que yo haga penitencia por ti? ¿Tendrás el valor de explicarme al menos cuál es el pecado?

Cruz se sentó en la taza para orinar, mientras buscaba el peso de miradas ocultas a su alrededor. No, papá no andaba por allí, vigilando el examen (de conciencia). La había

dejado sola para que hiciera todas las trampas que quisiera.

Iba a salir del cuarto de baño cuando escuchó unas voces al otro lado de la ventana. Niños. Se acercó para mirar por detrás del visillo, pero apenas llegó a ver dos pequeñas

siluetas caminando deprisa por el corredor. Se oía el golpeteo de sus dos cayados, y algo más, la extraña forma en que hablaban, como un aleteo que le hacía cosquillas en las orejas.

Sonaba a euskera pero ella no entendía el significado detrás de las palabras desconocidas. ¿Cómo era posible?

¿Cómo...?

\*\*\*

Porque son voces quiméricas. Cruz lo descubre y en el mismo instante invoca la protección de la cortina de seda por delante de sus ojos viajeros. Esta vez no quiere quedarse

atrapada, solo quiere mirar y aprender. Espiar.

Todo lo que tiene que hacer es seguir el vuelo de su jilguero bordado, y él la conduce por el otro mundo junto con sus otros ángeles o psicopompos: el caracol, la estrella de mar,

la tortuga. Ellos son el dibujo en la primera página de un cuento para niños; nada de lo que ocurra a continuación puede ser tan terrible, ni los monstruos, ni las brujas, ni los cementerios bajo la luz de la luna. Si no fuera porque este cuento es real.

—¿Has oído eso? —dice el niño más alto, al pasar junto al muro de la iglesia. El crepúsculo traza valles profundos de sombra por sus caras blancas.

—¿Qué?

—Nada. Vamos.

No tienen más de diez años. Cruz escudriña sus nuca peladas, el cuerpo flaco y largo de uno, la hechura ratonil del otro, jugando a quién está menos

asustado mientras descienden por la calle que conduce hasta el puente antiguo. Llevan abarcas en los pies y fajines de pastor alrededor de su cintura. En esta época, en este lugar, todos los niños son

pastores.

El olor a hierbas inunda las calles del pueblo; emerge de las puertas cerradas a calle y canto, donde cada familia se parapeta de las enfermedades ajenas y se confía a la suya

propia. El pueblo entero está condenado, Cruz tiene información fiable sobre eso. Pero Cruz es un fantasma indiscreto, nada más. Un notario del futuro con cierta vocación de paparazzo.

La carretera del siglo XXI es hoy un camino de tierra en el margen del río por donde estos días correrían docenas de troncos amarrados en almadías si no fuera porque la mitad

de los hombres encargados del trabajo se han dejado la vida en esputos de sangre durante las últimas semanas.

Los dos niños se detienen en el arco del puente para arrojar piedras al agua, siempre en competición, y enseguida reanudan su marcha monte arriba, adentrándose por un

sendero apenas desbrozado. Las ramas bajas se mecen sobre sus cabezas como si se inclinaban para atraparlos, y forman una maraña tan densa que la última luz del atardecer

apenas penetra en haces dispersos. Los niños echan a correr y Cruz piensa que han sucumbido al miedo, pero la razón es otra. Alguien les ama.

—¡Jokin! ¡Gonzalo!

Antes de verlo, Cruz sabe cuál es el destino de aquella excursión. Porque cuatrocientos años después el cementerio seguirá encaramado en aquella ladera, exactamente allí,

aunque ya no se amará cementerio nuevo, sino viejo, y ya nadie lo pisará sino

para visitar las tumbas de los bisabuelos y para fotografiarse con una sonrisa macabra y ropa de

senderismo.

Cruz no puede explicarse por qué ha seguido a los niños hasta aquí. Quizá porque nadie más, ni adulto ni joven, se atreve a merodear en esta hora del tránsito a la noche. Pero

hay otro lortiarra esperándolos junto al muro de piedra que rodea el camposanto: un hombre de pelo enmarañado y barba desigual, envuelto en una camisa tan sucia como la tierra.

—¡Llegáis tarde!

—No nos dejaban salir antes de la cena, Ion —se excusa el niño más flaco.

Los ojos del hombre giran como un mosquito espantado alrededor de los niños, a la caza de sorpresas, y Cruz teme por un instante que su cortina no la proteja de aquella mirada.

—Os daré un azumbre menos —replica al fin mientras se abre paso entre los niños, estirando los brazos—. Si no podéis venir a la hora ya me buscaré a otros.

-¡Jo!

Cruz y los niños lo miran alejarse por el sendero boscoso en zancadas cojas y apresuradas. ¿De qué huye aquel desgraciado, dejando en su lugar a dos niños tan valientes como

ingenuos? ¿Y para qué se quedan los niños?

Es fácil imaginar que detrás de aquellas piedras duermen los cadáveres traídos desde el pueblo, bien calados para siempre bajo tierra y cal, y que el miedo al contagio todavía

aconseja a los lugareños mantener vigilado el cementerio. Cruz ha leído que no pocos enterradores fueron sorprendidos en aquella época en posesión de

ropas y abalorios de algún

muerto, y a toda prisa exiliados por el o, sin duda ya en compañía de la letal bacteria.

Pero dejar a niños como custodios de tan envenenado tesoro se antoja un disparate, además de una crueldad. Cruz estudia en la creciente penumbra los rasgos de los dos

muchachos, que ahora se han sentado sobre el pretil de piedra, para adivinar quizá los síntomas de una enfermedad de la que ya no tengan que precaverse. Pero los dos muchachos

están sanos. Se ríen.

Y entre bromas, la noche se les viene encima.

Cruz sigue reconociendo el perfil plateado de sus siluetas inquietas bajo la tenue claridad del cielo nocturno. El cementerio es un hueco abierto en el pecho del bosque escarpado, y si él mira con atención hacia el otro lado del río puede ver el parpadeo de un farol en la plaza mayor de Lortia y de otra lumbre en la fachada de la casa lazareto, como

los cigarrillos de dos insomnes en medio de la oscuridad. Si no fuera por el aire que corre por el valle, se dice Cruz, también llegarían hasta allí los lamentos horribles de los enfermos y las letanías suplicantes de sus familias.

Ni siquiera es consciente del rato que lleva en aquel lugar, escuchando las voces saltarinas y despreocupadas de los dos muchachos, cuando de pronto uno de ellos hace chistar

al otro y se incorpora con el bastón bien agarrado.

—He visto un gato —murmura.

Con un gesto, Jokin le señala a su compañero los matorrales donde se oculta el felino.

—Yo voy por el otro lado —susurra Gonzalo, y emprende el camino opuesto

para rodear el muro del camposanto.

Cruz asiste al juego con un leve estremecimiento, porque comprende en seguida que no es un juego. Los niños han sido apostados al í también con la finalidad de impedir el

paso a toda clase de alimañas, particularmente a aquellos gatos que luego se pasearán arriba y abajo por el pueblo, rebuscando entre los desperdicios de comida y frotando sus

lomos infectados contra las pantorrillas de los aldeanos. Quizá por eso es un trabajo para niños: porque es una tarea imposible, condenada al fracaso. ¿Cómo van a evitar que los

animales se deslicen entre las grietas que se abren a lo largo de todo el muro: los gatos, las ratas, los zorros, los hurones?

Pero ahí están Jokin y Gonzalo, intentándolo.

El más bajo y robusto aguarda con su palo, muy quieto ante la puerta del cercado, mientras la sombra de su amigo ya se distingue al í enfrente, al acecho.

—¡Ahora! —grita Jokin.

Un gruñido acompaña los aspavientos de Gonzalo, que consigue asustar al gato para que salga de su escondite y se proyecte como una bala gris hacia la posición del otro. Cruz

oye el siseo del garrote por el aire como una premonición de una fracción de segundo: después el crujido, huesos y tripas y un maullido roto. El gato vuela hasta el lugar donde

deberían encontrarse los pies de Cruz. El a ahoga un chillido.

—¡Le di! —celebra el muchacho—. ¡Lo he partido por la mitad!

Es un gato gigante, perruno, y lo que espanta a Cruz más que el ángulo de su espina dorsal es el brillo de sus ojos abiertos, detenidos pero aún vivos.

Durante un instante Cruz

cree ver en aquel os ojos su propia imagen reflejada, flotando en el bosque como un espectro, y se impulsa hacia atrás con el corazón disparado. Jokin viene y toca el despojo de gato

con la punta de su abarca.

—Qué bicho más grande, macho, ¿lo has visto?

No se oye respuesta ni el sonido de pasos acercándose. Jokin se vuelve hacia la negra maleza, por donde debería aparecer su amigo. Pero no hay rastro.

—¡Gonzalo! ¿Dónde te has metido?

Las visceras del gato se deslizan sobre la tierra, aprovechando el agujero abierto por las costillas. Cruz juraría haber visto la punta del rabo ceniciento todavía agitarse. Y de

pronto ya no quiere ver nada más, no le importan la peste ni las maldiciones, sólo quiere regresar a casa. Se concentra en sus ángeles, reclama el auxilio de sus criaturas bordadas

para escapar, pero algo la retiene.

Está a punto de suceder.

No sabe qué es, pero se aproxima por la oscuridad.

Jokin también lo siente, y por eso su respiración se acelera.

—¿Gonzalo? —l ama, sin mucha fe.

El viento hace bailar los cuellos largos de los árboles. Los grillos mordisquean los faldones de la noche.

—Como se haya largado se va a enterar —se dice el asesino de gatos, y avanza por el lado del muro hacia el lugar donde debería encontrarse con su compañero—. ¡Eh, Gonzalo, como me dejes solo te vas a enterar!

Entonces una mano se cierra sobre el tobillo de Jokin, que suelta un grito.

Mira abajo, y allí está Gonzalo, tumbado sobre su espalda. Con el rostro crispado de terror. Temblando.

—Me ha untado... —balbucea.

—¿Qué?

—El caracuervo... —Gonzalo se pasa una mano por la mejilla y luego la muestra: incluso en la oscuridad se aprecia un brillo o grasiento, una textura mantecosa.— Me ha untado...

Jokin se encoge de hombros, niega con fuerza y retrocede un paso para que su amigo no lo toque. Cruz está allí mismo, sobrevolándolos... y por eso es el primero en ver al

hombre vestido de cuervo, justo a la espalda de Jokin.

Aunque es inútil, Cruz grita:

—¡Detrás!

Es posible que Jokin la haya oído, o tal vez lo que ha visto es el rostro congelado de espanto de su amigo en el suelo, porque algo lo hace volverse justo en el instante en que el

hombre con máscara de pájaro se abalanza sobre él.

—¡Ah! —El niño se agacha y logra pasar entre las piernas del fantoche. Es un individuo alto, pero no tanto como hace parecer el sombrero calado sobre su careta de cuervo. Al

girar sobre sí mismo para perseguir al niño hace ondear una capa larga y negra.

Cruz hace en ese mismo instante un descubrimiento, tal vez nimio, apenas una nota que ahora garabatea al margen de sus nervios para evaluar cuando haya pasado la tormenta:



aquel hombre no es el mismo que vio en el hospital atendiendo a los enfermos, vestido con túnica y no con capa, escondido tras una máscara blanca y no tiznada como la que le vea

éste. Este espantajo no es el médico. Este no es Basile.

El pequeño Jokin echa a correr a ciegas igual que lo hizo el gato antes de sucumbir bajo el peso de su garrote. El hombre enmascarado sale brincando tras él, sin emitir otro

sonido que sus jadeos huecos. Gonzalo se queda en el suelo, demasiado impresionado para llorar o lamentarse siquiera, reconcomido por la certeza de haber dado hospedaje a la

muerte dentro de su piel.

No es difícil para Cruz dejarse arrastrar por el rebufo de la cacería y salir volando tras el hombre de la capa. Todo lo que tiene que hacer es asegurarse de no dejar atrás su mal a

protectora, de no traspasar la frontera. Incluso a través del miedo y de la cobardía, lo que el espíritu de Cruz le pide es movimiento, carrera, participación.

Jokin se lacera el rostro y los brazos con las ramas bajas; ha abandonado el sendero y sus pies le precipitan monte abajo, imparables. No tarda en caer. Hace amago de levantarse pero entonces ve a su perseguidor, unos metros a su derecha: le ha perdido el rastro, mueve su pico grotesco de un lado para otro y continúa descendiendo lentamente,

hacia el río. Los ojos que se ocultan detrás de aquella máscara están severamente limitados, no es un buen depredador.

El niño lo comprende y contiene la respiración, inmóvil entre los matorrales.

Al cabo de unos segundos el cuervo ha desaparecido. O al menos, Jokin ya no puede verlo ni oírlo merodear desde su escondite. Cruz permanece junto al niño, no puede evitarlo

aunque se dice que debería seguir al hombre enmascarado, porque es él quien porta el secreto que el a ha venido a desvelar. Sin embargo nada tiene más poder que la imagen de

un niño asustado.

Cruz se acerca tanto al pequeño Jokin que sus alientos se tocan, o lo harían si el de el a quisiera atravesar la cortina. Nota los latidos del corazón del niño, y se imagina que es

capaz de acompasarlos a los suyos propios, más despacio, más suave.

Pero Jokin tiene nueve años y ningún niño de nueve años puede quedarse quieto mucho tiempo. Ajeno a los mimos de Cruz se incorpora, echa un vistazo alrededor y remonta la

pendiente del bosque para llegar hasta el lugar donde se ha quedado tendido su amigo. Se inclina sobre él. Sus ojos están entreabiertos, titilantes.

—Gonzalo —le dice en un susurro—. Quédate aquí. Voy a avisar al padre Mayo. El te ayudará.

Y sin esperar respuesta, Jokin se da media vuelta para salir de nuevo ladera abajo. Mientras avanza a trompicones va murmurando algo que podría ser su relato de lo sucedido:

«Caracuervo... Untado... Me escapé...» Todo entre dientes, como en un doloroso empeño de ser coherente, de ser creído por unos oídos a los que ha engañado demasiadas veces.

Pronto llega al pie del camino, pero no emerge de los arbustos sin haber comprobado que no hay rastro del untador. Luego echa a correr en dirección al puente... y antes de

contar diez pasos se frena en seco.

Sobre la curva del puente se yergue la figura larga del cuervo humano. Jokin la distingue recortada sobre el parpadeo del farol unas cal es más arriba. Está esperándole, justo en

el único lugar por donde sabe que el niño tiene que pasar para regresar al pueblo. Y lo hace con tal serenidad, al í plantado, que Cruz reconoce una intención exhibicionista en el

impostor.

De eso se trata, entonces. De una representación.

Jokin confía en que el fantoche no lo haya visto y se agazapa en un lado del camino. Mira el bril o del río, más abajo. Y duda, porque conoce bien su calado y la torpeza de sus

brazos y piernas dentro del agua. Pero, ¿qué otra opción tiene? Si patea el camino hacia el sur se dará de bruces con los guardias a las puertas de Isaba, y no lo dejarán entrar.

Nadie que venga de Lortia puede continuar su camino val e abajo. La enfermedad es una cadena negra alrededor del pueblo y de sus habitantes; ya nadie más vendrá a ayudarles.

Cruz observa el cuidado con que el muchacho introduce un pie en el río, después el otro. Está tan pegada a él que casi puede sentir el frío que le asciende por los músculos hasta

cortarle la respiración. Cuando el agua alcanza su cintura empiezan a castañetearle los dientes, tan estrepitosamente que Cruz se alarma por un momento. Pero el hombre vestido de

cuervo no se mueve ni un milímetro en lo alto del puente; sigue con el pico al frente, oteando el camino y desafiando a los ojos insomnes de Lortia. Mañana habrá mucho de que hablar

en las estrechas cal es empedradas del pueblo, y alguna voz se alzaré entre aspavientos a la entrada de la iglesia: ¡Ya os lo dije, os lo advertí! La expulsión de Basile Dubreuil está

escrita; para Cruz es tan sencill o como leer un libro cuyo final ya conoce. Aunque no del todo.

Los pies de Jokin pierden contacto con el suelo fangoso y el niño se desliza como un tronco río abajo, agitando furiosamente las piernas y los brazos: todo lo que asoma del agua

es su nariz y unos pelos del flequillo, pero basta para sobrevivir. El río le arrastra una veintena de metros mansamente y luego le deja en un recodo a la otra orilla, exhausto, sin aliento.

Desde allí levanta su vista hacia el lejano puente y tiene que entornar los ojos para asegurarse de que las sombras no le juegan una mala pasada. El untador ha desaparecido.

Silenciosamente. Como si en verdad fuera un cuervo y hubiera remontado el vuelo desde la cresta del puente, perdiéndose en la noche.

Jokin se recuesta en la hierba húmeda y respira profundamente. Por hoy se ha salvado.

Cruz contempla al niño desde su atalaya invisible y es sorprendida por un vahído de lanto. Todos morirán. La peste se los llevara. También a Jokin y su amigo.

Antes de que las inútiles lágrimas hagan acto de presencia, ella aprovecha el momento de quietud para invocar a sus compañeros de viaje. Y ahora sí, el jilguero la lleva en sus

alas. La mariposa, el caracol, la tortuga, la estrella de mar.

Esta vez resulta tan fácil,

\*\*\*

que Cruz abrió los ojos con el aplomo de quien abandona una atracción de feria, paladeando cada latido del corazón y todavía recorrida de electricidad. Casi sonriente a pesar

del miedo y la lástima. Casi... eufórica.

Ni siquiera encontrarse en el cuarto de baño modificó su impresión de haber regresado de su safari con una fabulosa pieza.

Llamaron a la puerta.

—¿Estás bien? —la dueña del hostel.

—Sí.

Cuando Cruz se lavó la cara y salió al pasillo, la señora María Isabel todavía estaba allí.

—He oído que gritabas —dijo.

—Lo siento. He tenido una pesadilla.

De vuelta en su habitación, Cruz se dio cuenta de que aún eran las diez y media de la noche y de que no podría conciliar el sueño ni en un millón de años. Lo que le pedía el

cuerpo era amar a Michi y contárselo todo.

Todo.

Cogió su teléfono. Marcó el número. Pero en cuanto escuchó su voz en el contestador se dio cuenta de lo que hacía y cortó la llamada. Qué locura. Michi no la creería, por

supuesto.

A decir verdad, sólo había una persona en el mundo que pudiera creerla. Y esa persona esperaba algo más que la llamada emocionada de una muchacha al salir del parque de

atracciones.

De modo que cruzó las piernas sobre la cama al estilo indio, cogió su cuaderno de apuntes y comenzó a trabajar.

Incluso en un lugar como Lortia te puedes despertar sobresaltado por el sonido estridente de unas láminas de acero o un camión de escombros: el sueño del progreso perturbando el sueño de las piedras.

Cruz había decidido desayunar en el bar del pueblo, lejos de la mirada de animales disecados, y bajó por la calle empinada en cuanto escuchó el primer trasiego de cuadril as y

hormigoneras en la parte baja, junto al río. No tenía planes precisos para aquel día, prefirió extender el mapa blanco de los acontecimientos y dejar que las líneas se trazaran solas.

Al llegar a la plaza se encontró con el primer hito inesperado: Andueza. El sacerdote descendía de una pequeña furgoneta y sus miradas se cruzaron.

—¡Eh! —le amó el cura, mientras Cruz giraba sobre sus talones y comenzaba a remontar la calle sin ningún disimulo—. ¡Oye!

Huir de aquel a manera era ridículo, penosamente infantil. Pero la dignidad era un factor de poco peso ante la mastodónica amenaza de quedarse a discutir con el cura loco.

Cruz esperó escondida tras una esquina y luego se asomó, para descubrir con estupor que el gran hombre santo se aproximaba dando zancadas.

—Mierda.

Echó a correr por la primera calle lateral, hasta que ésta se truncó en los ángulos cerrados de un patio particular. Volvió la cabeza y vio la figura del cura embocando el callejón

como una bala de cañón; casi le pareció distinguir el resplandor de sus dientes apretados, espumeantes. Justo entonces un ladrido estalló en su oreja y Cruz saltó aterrorizada: un

mastín de los Pirineos asomaba su hocico por la puerta medio bajada de un garaje.

Adrenalina, vergüenza. Híbrido de heroína de acción y de comedia, Cruz trepó

sobre una gran pila de leña, la pesada bandolera columpiándose de su cuello, y se arrojó al otro

lado del muro que rodeaba el patio. Cayó de culo, riendo históricamente, se levantó sin perder un segundo y continuó su absurda escapada por el exterior de la finca.

Siguió corriendo hasta que encontró un hueco desde el que podía divisar la plaza mayor. En menos de un minuto hizo su aparición en el a el padre Andueza, resoplando de

frustración. Lo vio sacar unos bártulos de su vehículo y luego dirigirse hacia la iglesia, cuando...

—No —murmuró Cruz.

Andueza tropezó de frente con Josian, que salía del bar enfundado en su forro polar. Los dos se saludaron y el cura rompió a contarle algo. Por los gestos que desplegaba, Cruz

no tuvo ninguna duda de que la estaba delatando. Josian asintió y negó varias veces, dando calado a la información, y luego se despidió para seguir en dirección a su casa. Cruz

había intuido un minucioso sufrimiento en el gesto de Josian mientras hablaban, como se sufre mostrando amabilidad ante quien despreciamos profundamente, pero tuvo que reconocer que sólo se trataba de una intuición borrosa, poco más que un deseo de complicidad.

Ahora el cura había desaparecido dentro de la iglesia, pero el portón abierto de su furgoneta avisaba de un inminente regreso. Cruz decidió no arriesgarse y emprendió el descenso hacia el río por detrás de las últimas casas, ya en el bosque. Calculó que sólo sería un pequeño rodeo hasta el otro puente, pero antes de poder arrepentirse se vio perdida

en los vericuetos de un sendero entre los robles. Los cierres de sus carísimos Clarks empezaban a magullarle los pies y un dolor sordo y palpitante se instaló en su trasero al í donde

se había golpeado, como réplicas de un terremoto. Para colmo, su bandolera le hundía el hombro con el peso de una carpeta y cuatro libros; una carga que perdía su gloria a cada

paso, como la mochila de un soldado en retirada.

Le costó cuarenta minutos encontrar la boca del puente y cuando pisó la carretera para remontarla hacia el aparcamiento ya se había instalado un picajoso sol de julio en lo más

alto.

Al sentarse detrás del volante de su Range Rover dejó escapar un gemido de culpa y frustración. ¿Por qué tenía tan poco coraje? ¿Qué iba a hacer a continuación, marcharse del

pueblo con las manos vacías? ¿Esto era todo lo lejos que podía llegar?

Papá, lo siento, tendrás que hacerlo tú; yo no he conseguido más que alborotar a todo el pueblo. No soy tan lista como cree mamá ni tan especial como crees tú. Frases así,

acompañadas de pucheros y miradas a los pies.

Pero su cadena de pensamientos miserables se vio cortada por un hal azgo: un papel doblado en el limpiaparabrisas. A través del cristal, Cruz reconoció la cuadrícula y el borde

característico de las hojas arrancadas de un cuaderno. Alguien le había dejado una nota.

Echó un vistazo alrededor, confundida. El valle entero se hacía el despistado.

Así que se asomó, cogió el papel y se volvió a meter rápidamente en el vehículo. Activó el cierre centralizado. Desdobló la hoja y leyó la única línea del mensaje, escrito con

mayúsculas:



Ven a comer a casa. Por favor. Te esperamos.

JOSIAN Y NEREA.

Lo analizó despacio, incapaz de aceptar que no fuera un engaño fabricado por Andueza. Pero no lo era. De aquel os trazos vibrantes no emanaba otra cosa que una desesperada sinceridad.

Por favor. Los ojos de Cruz encalaron en la súplica, apenas dos palabras que hicieron detenerse todos los engranajes de su miedo y los obligaron a girar hacia atrás, en contra

de su propia inercia.

Y fue tan esclarecedor como darte cuenta de repente de que no eres el protagonista de la película. No eres el héroe, sino el personaje que debe ayudar al héroe en sus momentos

de flaqueza. Eres el anciano sabio en la cabaña. Eres el sapo con poderes mágicos.

Cruz guardó la nota en su carpeta, se miró un instante en el espejo retrovisor, cogió la bandolera y se apeó del coche.

La mujer que abrió la puerta tenía rasgos surasiáticos, y cuando intentaba sonreír los extremos de la boca se le hundían por debajo de un andamiaje de mofletes rígidos. Cruz se

presentó con la nota doblada entre sus dedos a modo de invitación, pero la mujer le franqueó el paso antes siquiera de haber escuchado su nombre. La esperaban, sí.

El interior de la casa Uztároz parecía sacado de una revista de decoración: «Cómo convertir su caserío del siglo XVI I en una cómoda y vanguardista residencia para una pareja

moderna». Mobiliario funcional mezclado con piezas incomprensibles, materiales nobles con plásticos suecos. Fusión. Sentido práctico y locura. Lujo casual. Estaba claro que la

maldición de la familia no había puesto sus garras sobre la cuenta bancaria.

—Hola. —Josian emergió de las escaleras que conducían a su guarida secreta, el estudio de música que Cruz ya había husmeado con su hocico virtual—. Gracias por venir.

—Gracias por invitarme.

Las palabras de Michi aletearon y graznaron en su cabeza: El índice de suicidios en poblaciones aisladas es diez veces superior al de las grandes ciudades. Lo difícil será

encontrar una persona en su sano juicio aquí arriba.

Con todo, Cruz tenía motivos para el optimismo. El hecho de que Josian se hubiera dado tanta prisa en buscar su coche y deslizarle aquel a nota bajo el limpiaparabrisas después de su encuentro con el cura significaba que, en el peor de los casos, consideraban a Andueza como un exaltado al que más valía no hacer mucho caso.

—Nerea bajará enseguida —explicó él. Llevaba sandalias y una camiseta de Led Zeppelin con la silueta de un ángel precipitándose al abismo—. Creo que Jenny ha preparado

algo de picar.

Cruz volvió la mirada pero la mujer asiática se había disipado a su espalda como una nube de humo. Josian abrió el paso hacia la cocina; su cuerpo dejaba una leve estela a

tabaco reciente, a cigarril o fumado a hurtadil as. Decía:

—Espero que Santiago no te haya asustado. El cura.

—No. Qué va.

—A veces se toma demasiado en serio su papel de pastor de la comunidad.

Una mesa dispuesta para cuatro comensales ocupaba el área más soleada de la cocina. Josian la rodeó y alcanzó la bandeja de aperitivos que la cocinera invisible había dejado

sobre la encimera.

—¿Qué quieres beber?

—Nada, gracias. Un poco de agua —sonaron como las palabras de un niño y quiso arreglarlo—: Estuve hablando con Margarita Uztárroz. Es una mujer encantadora.

Él le tendió la bandeja, Cruz cogió lo que fuera, sin mirar. Montaditos de salmón.

—Seguro que te contó muchas historias del val e.

—Sí. —Mordió el panecillo. Sus jugos gástricos se volvieron locos. Se preguntó dónde estaría el cuarto de baño.— Sobre todo una vieja historia de amor, entre un médico francés

y la bella Amaia Uztárroz.

Josian no modificó su expresión mientras servía agua y vino en dos vasos.

—La conozco —dijo—. Es la leyenda de la familia.

—¿Qué leyenda? —Cruz trató de no atragantarse con su propia desfachatez.

—Bueno. Creo que es la razón por la que tú estás aquí.

—No entiendo...

—Nuestro hijo murió de algo muy parecido a la peste. Igual que otros niños de la familia Uztárroz desde hace muchos años. En la familia se habla de una maldición. Aunque yo no

lo creo, claro.

Josian acababa de resumir la situación tan fríamente que Cruz sólo pudo asentir, admirada.

—Nerea... —empezó él, pero luego encogió un hombro y cambió de rumbo—: La gente del pueblo se cree que tiene algún derecho sobre lo que pasa dentro de esta casa.

Derecho a opinar y a criticar. Porque Nerea es la última de los Uztárroz. Y la historia de Lortia es la historia de esta familia.

—Según me contó Margarita, Johan Uztárroz echó al médico francés que había venido para curar la peste, y luego todos en el pueblo murieron. ¿Ésa es la maldición? ¿Los

descendientes de Johan Uztárroz están pagando la culpa por aquel o?

Los ojos de Josian no dejaron de mirarla por encima del vaso, mientras bebía. Cruz esperó.

—¿Te ha enviado Nagore para que nos investigues?

—No —dijo Cruz con demasiado ímpetu.

Los dos aguardaron callados como si su conversación hubiera llegado a un paso a nivel. Cruz bajó la vista y descubrió que llevaba los zapatos y los pantalones sucios de su

excursión por el bosque. De pronto quiso estar en otro lugar. No haber oído una palabra de aquellos aldeanos ricos y de su niño muerto. No haber hecho caso al aliento resacoso de

su padre en los servicios del Baluarte.

—Mira, creo que... —fue a tocar retirada, pero la aparición de un fantasma le cortó el aliento.

Nerea estaba parada en la puerta de la cocina. Imposible oírla venir; un cuerpo tan liviano debía de flotar varios centímetros por encima del suelo en su vestido blanco. Lo primero

que pensó Cruz fue que estaba muy enferma. Anorexia, grado tres. Era impensable que bajo aquel as costil as prosperase un embarazo. Se supone que las anoréxicas ni siquiera

ovulan, para empezar. Y sin embargo, había algo en el vuelo de la tela sobre su vientre...

—Hola —susurró la última de los Uztárroz. Se apartó un mechón de pelo rubio y el gesto fue devastador: la delgadez de su mano, la cresta de sus pómulos.

Cruz no pudo pronunciar su saludo hasta que Josian ya se había acercado a su esposa y la tomaba del codo para acompañarla a la mesa, como si se tratara de una anciana.

—Gracias por venir —repitió la anfitriona. Incluso en sus huesos, se maravillaba Cruz, seguía siendo una mujer hermosa. Como bañada por una luz angélica. Maldita y ungida por

los mismos dioses.

—No quería molestaros.

Imaginaos a las dos personas más vulnerables e inestables del mundo. Helas aquí.

—Estás haciendo tu trabajo —dijo el bello esqueleto, desde su silla.

Josian hizo un gesto a Cruz para que se sentara. En el mismo instante la asistente oriental se presentó de regreso en la cocina. Sus movimientos fluían veloces y silenciosos

como los de una mangosta; uno no sabía si esperar de ella el servicio más exquisito o un mordisco letal en el cuello.

Por supuesto se trató de lo primero: la comida que fue posándose sobre la mesa era digna del mejor restaurante. Ensalada de codorniz, tempura de verduras, solomil o al opor-

to. No es que Cruz estuviera en disposición de hacer ascos a nada; él simplemente tragaba. Además, debía poner toda su atención en no hablar más de la cuenta y en conducir la

conversación mansamente al lugar que le interesaba. Necesitaba una muestra de sangre limpia.

Para su desconsuelo, la joven rubia permaneció todo el tiempo con sus manos raquílicas en el regazo, sin probar bocado. La sola idea de introducir una aguja en aquel cuerpo

demacrado se antojaba demasiado próxima al asesinato. «Fíjate en sus muñecas temblorosas. La manera en que toca el cuchillo con la yema de los dedos, sin usarlo.»

A un abismo de medio metro, su marido hablaba y comía por los dos. Pero sobre todo bebía. Rel enaba su vaso de vino antes de haberlo vaciado y Cruz tenía que apartar la vista

cada vez que lo hacía, porque reconocía aquel mecanismo. Reconocía la forma en que las sílabas se comienzan a encabalgarse en la boca de un hombre que se desliza cuesta abajo,

cada vez más sonriente.

Hablaron de la vieja Margarita Uztároz, de Lortia, del padre de Cruz y de la romántica historia de Basile Dubreuil y su amada Amaia. Sin embargo nada de lo que decían sonaba

nuevo a los oídos de ninguno, como si hablaran con fragmentos robados de otras conversaciones o sus voces fueran ecos de otras voces.

Entre el primer y el segundo plato la brecha se agrandó y Cruz empezó a experimentar una frenética distorsión en la imagen y los sonidos que llegaban a sus sentidos: de pronto,

la mesa con toda la comida y con ellos tres parecía recortada del fondo doméstico, desgajada del mundo real y trasladada a un plano hipercolo- rista y

simbólico, donde Nerea ya no

era una muchacha particular sino el arquetipo universal de La Pérdida del Hijo, Josian interpretaba a La Impotencia Autodestructiva y Cruz se reservaba para sí el modesto papel de

La Increíble Aspiradora Humana.

El teatro de máscaras duró hasta que Cruz se excusó para levantarse de la mesa y preguntó dónde estaba el servicio.

Regurgitar en silencio, difícil arte. El espejo del lavabo tenía incrustaciones de conchas y caracolas diminutas por el borde que le recordaron su cortina mágica de una manera

burlesca. Su rostro abotargado en medio, con la luz de frente, era el retrato de otra persona más gorda y más vieja, quizás el a misma dentro de unos pocos años. O un cartel del Far

West: «Se BUSCA. Viva o muerta».

Cuando regresó a la mesa Cruz se encontró una taza humeante esperándola. Aquel aroma a hierbas le hizo estremecerse, como si hubiera tropezado con una quimera de sus

viajes en el mundo real.

—Es una infusión, receta de la casa —dijo Josian. Vio que Cruz miraba de reojo a la cocinera oriental, luego a Nerea—. Las preparo yo.

<Ajá, la poción matabrujas», se dijo Cruz, y le dio un sorbo.

—Está muy buena —dijo. Era tan cierto como que de pronto le hizo sentir otra vez los pies en la tierra.

Josian se había tomado la suya y ya no parecía ebrio, sólo un poco adormilado. Cruz se preguntó si estaría decepcionándole. Si no se habría arrepentido de enviar aquel mensaje

de auxilio, nada más verla.

—Juan Nagore es amigo de mi padre —comenzó, despacio, como si las palabras formaran un castil o de naipes—. Seguro que le recuerdas, Nerea. El fue quien te atendió...

—Le recuerdo —rezongó La Pérdida del Hijo—. Me hizo un montón de análisis y no encontró nada.

—Él sólo quería tranquilizaros. Por si más adelante decidíais tener otro niño.

Cruz evitaba mirar a Josian, pero se desesperaba por oír su voz. Esto tenían que hacerlo juntos.

—Podemos ayudarte, Nerea —dijo con crudeza, porque aquél era el mensaje que le habían encomendado. Aunque fuera un deseo, todavía, y no una respuesta.

—¿Cómo?

—Ahora tenemos una idea más precisa de lo que debemos buscar.

Dejó la taza sobre la mesa, como si necesitase las manos para mostrarles algo, pero sólo se trató de gestos en el aire. Necesitaba que alguien le diera el pie para continuar, y

tuvo que ser Josian:

—¿Y qué es? —preguntó.

—Un virus.

A continuación les explicó la teoría del virus dormido. Les habló de proteínas y correceptores hasta que Nerea levantó la mano.

—No voy a tomar pastil as. No tengo el Sida. No estoy enferma.

Cruz negó, encogiéndose de hombros.



—Nadie ha dicho nada de pastil as. Está claro que lo que tienes no es Sida. Pero tampoco es ninguna maldición.

Era la primera vez que la palabra se pronunciaba en presencia de Nerea y ésta volvió la cabeza instintivamente hacia su marido. Sus ojos cambiaron de un azul traslúcido a otro

esmaltado, opaco y frío.

—Pensáis que estoy loca —acusó.

—Nerea... —Josian meneó la cabeza, hundido en su sil a.

—Que es culpa mía por no dejar que me vean los médicos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Algunos creéis que siempre hay una solución para todo. Pero a veces no hay solución. —Nerea se levantó de la mesa; su vestido pendía del mástil de su cuerpo como una vela

mustia, apenas rozándole el vientre.— Bueno, sí. Busca otra mujer que pueda tener hijos sanos, ésa es la solución. —Miró a Cruz—: Si tan importante es traer niños al mundo, no

pierdas el tiempo con investigaciones y quédate preñada. A lo mejor podéis ponerlos de acuerdo los dos.

El golpe melodramático exigía una salida airada, pero las piernas de Nerea vacilaron al primer paso y Josian se levantó para ayudarla.

—Déjame —se rebeló el a—. Estás borracho.

Él la soltó al instante, como si quemara. Ni siquiera fue capaz de seguir mirándola mientras el a se iba morosamente por el pasil o, luego escaleras arriba, aferrada al pasamanos.

Cruz volvía a sentir náuseas, esta vez no debidas a la comida. Cogió su bandolera y se levantó para marcharse.

—Lo siento —dijo Josian.

La cocinera había desaparecido de nuevo sin mover un gramo de aire y los dos se encontraron solos en la puerta de la cocina durante unos espinosos segundos. Led Zeppelin

con los altavoces averiados.

—Antes no era así —murmuró Josian.

—Lo sé.

Él la había cogido del brazo y no la soltaba. Quizá temía quedarse solo otra vez.

—Mi teoría es... —comenzó. Un predicador inexperto y banal, un colgado en la barra de un bar—. Si nuestras cabezas fueran herméticas, si estuvieran selladas, lo que tenemos

dentro permanecería puro y bueno para siempre. Pero no están bien selladas. Tienen grietas. Y por esas grietas a veces se nos meten cosas: una obsesión, un miedo, o un dolor

insuportable. Y eso nos transforma. Nos convierte en otra persona. Nos hacemos daño a nosotros mismos y hacemos daño a los que nos rodean.

—Me imagino que ha sido muy duro para vosotros.

—No. No te lo imaginas. —En los ojos de él se abría un agujero que no conseguía identificar. Algo distinto de la pena y la decepción. ¿Tal vez una ignorancia?

Cruz pensó en decirle que había visto las fotografías. Que casi todas las noches se le aparecía el rostro de aquel niño negro como el carbón al cerrar los ojos. Pero era cierto: su

impresión no podía acercarse ni lejanamente al dolor de haber alumbrado a aquel a criatura y haberla sentido morir en tus manos.

Por eso bajó la cabeza, dijo «Lo siento» y en cuanto los dedos de él la soltaron huyó miserablemente de la casa Uztároz.

Al pisar la calle, sin embargo, descubrió con perplejidad que ya no tenía prisa por abandonar el pueblo. De pronto el cura le parecía un ser minúsculo e inofensivo, como un

gnomo de gorro verde: una excusa demasiado leve para una cobardía tan grande.

No estoy enferma, había dicho Nerea para echarla de su casa. Pero todos lo estamos.

## VI

El jueves l amó a Michi desde el teléfono público del bar.

—¿Tienes algo?

—Nada, jefa. He conseguido aislar un grupito guapo de células, pero ahí no hay nada raro. Bacterias comunes. Nada de virus. Pero tengo una buena noticia.

—¿Cuál?

—Por cierto, le he estado dando vueltas a eso que dijiste de que no te acostarías conmigo aunque fuera el último hombre sobre la tierra. Y he llegado a la conclusión de que era

un insulto.

—No me jodas, Michi. ¿Qué?

Una risita cansada al otro lado. Fatigado incluso para sus propias bromas.

—Está bien, te perdono —cedió. Y Cruz no pudo evitar darse cuenta de que había algo de camuflada derrota en su aliento. Por suerte le quedaba la ciencia, venía a decir—. Yo

no entiendo de esto, pero le he preguntado a un colega... La sangre que me has traído parece de implantación.

—Eso significa...

—Que sigue embarazada. Pero no te hagas ilusiones. ¿Has oído hablar de la pregnorexia?

—He visto a Nerea, no hace falta que me lo expliques. Si no come, no hay niño, básicamente.

—Tú lo has dicho. Hay que conseguir que esta chica se meta un chuletón entre pecho y espalda o estamos jodidos.

Cruz sintió sus piernas flaquear y se apoyó en la pared. Era la hora de la partida en el bar. Humo y voces roncadas. Pacharanes y Tour de Francia. Nerea preñoréxica.

—Bueno, supongo... —Apretó los ojos, hizo un esfuerzo.— Supongo que hay otras cosas que podemos hacer, además de sentarnos a esperar un embarazo. ¿Alguna idea?

—Pues la verdad es que sí. Escucha, hay un dato que habíamos pasado por alto y que puede tener su interés: resulta que la familia Uztároz no es la única que sobrevivió a la

peste de mil seiscientos uno. No me había dado cuenta porque el apelido ha cambiado de grafía, pero estoy casi seguro de que los Arnaut de ahora son los Arnalt de entonces. Y al

menos figuran cuatro miembros vivitos y coleando.

—Los recuerdo, estuve en su casa haciendo la encuesta. El a es pelirrojo, y tiene un niño muy gracioso. Una familia simpática, pero sin antecedentes de muertes infantiles. No

nos sirven.

—¿No? Bueno, yo sólo soy un humilde Igor con joroba y cara fea, pero si son tan simpáticos a lo mejor puedes conseguir una muestra de sangre para compararla con la de

Nerea.

—¿Para qué? Está claro que el virus ya no se encuentra en la sangre de los Arnaut, si es que alguna vez estuvo al í. —Cruz tenía delante su cuaderno de apuntes, pero al í no

había respuestas, sólo un cartesiano laberinto de dudas. Entonces recordó algo que le había dicho su padre en su última conversación—: Lo que necesitamos

es contrastarla con una

muestra de sangre enferma, a tope de anticuerpos.

—Claro —refunfuñó Michi—, sólo tenemos que confiar en que el niño de Nerea desarrol e la enfermedad. Qué guay. Adoro mi trabajo.

—No, hay otro camino —dijo Cruz, con determinación.

Porque el laberinto, en realidad, podía saltarse.

—¿Cuál?

—La línea recta, Igor —dijo al teléfono.

—¿Qué?

—No salgas del Instituto esta noche porque te pienso l evar algo interesante.

—Me encanta cuando te pones misteriosa.

—Agur.

—¿Has dicho agur? Creo que l evas demasiado tiem...

Cruz colgó el auricular.

En el maletero del Range l evaba un estuche con todo el material necesario para la extracción de muestras de sangre: agujas hipodérmicas, jeringas y tubos con etiquetas. El kit

del vampiro científico.

Por supuesto, no estaba segura de poder hacerlo; no existía un cálculo de probabilidades ni márgenes de error cuando se trataba de sus safaris. La magia carece de ficha

técnica.

Condujo el coche un kilómetro hasta el segundo puente, el que había cruzado después de su travesía improvisada. Pasó despacio por encima y estacionó a la sombra de unos

pinos, de modo que el gran bulto negro del vehículo apenas era visible desde la carretera.

Decidió que aquel a precaria intimidad era suficiente y se preparó. Montó una aguja en la jeringuilla, la aseguró con una capucha y tomó uno de los tubos de plástico con la otra

mano. Los apretó como si temiera que saliesen volando.

Y cerró los ojos.

Jilguero.

Tortuga.

Estrella de mar.

Mariposa.

Y al otro lado de la cortina, el bosque.

Cruz se vuelve para mirar el puente. Ahora ya sabe diferenciar los colores de una misma piedra cuatro siglos antes o después. Y las piedras de este puente brillan como lo hacían

en el año mil seiscientos. Por eso no hay rastro del Range Rover y la carretera es un camino de tierra.

Esta vez no bastará con ser un fantasma indiscreto. Cruz toma la determinación antes de dejarse fundir por las dudas y atraviesa la cortina.

Primero nota el suelo bajo sus sandalias, luego el peso y el volumen de su cuerpo como un anfibio que abandona el medio líquido y se yergue aparatosamente en la superficie. En

más de un sentido, atravesar la cortina es como nacer. El viento que viene de la parte alta del val e le visita el rostro con el rumor de fragancias desaparecidas; si Cruz tuviera que

describir ahora su mundo futuro diría que es un mundo lleno de objetos extraños e inodoros, de imágenes frías y efímeras. La edad oscura de los sentidos.

Como nacer, atravesar la cortina es una sensación de embriagante violencia.

Cruz se estremece con sus propios latidos mientras levanta las manos para mirarlas: allí continúan la jeringuilla y el bote de plástico. Instrumentos que serán fabricados cuatrocientos años después. La frontera de la razón ha vuelto a ser burlada. Y Cruz suelta una risa histérica.

Luego echa a andar entre los árboles, hacia el pueblo. Está tan excitada que ya no siente dolor en los pies ni en el bendito lugar donde se golpeó huyendo del cura.

Lo que estás haciendo, le dice una voz dentro de su cabeza, no lo ha hecho nadie antes.

Demostrar que lo imposible es posible.

Poner el universo patas arriba y robarle la cartera al tiempo.

Cuando se acerca a las primeras casas, los olores del bosque se dejan enseñorear por el aliento de la presencia humana: inciensos, leña y pucheros se mezclan en una nube

densa con vahídos de letrina y de putrefacción. La enfermedad hace borbotear al pueblo en su propio caldo, ennegreciendo cuerpos y abultando carnes.

Por primera vez Cruz siente el miedo de contagiarse. Pero incluso el miedo es combustible para su corazón y sus músculos, que ya la arrastran por una calle empinada en

dirección al hospital. En dirección a la peste.



Una mujer asoma por la esquina de una casa y está a punto de tropezar con Cruz. Lleva la boca tapada por un paño y sólo las arrugas alrededor de sus ojos castaños insinúan

una edad avanzada, o quizás una juventud maltrecha. Sus miradas se cruzan apenas un segundo, hasta que la mujer vuelve a agachar la suya y se desliza cal e abajo envuelta en sus

trapos. ¿Qué habrá pensado de Cruz, con su blusa y sus pantalones del siglo veintiuno? Tal vez la ha tomado por una loca, o una diablesa, o tal vez no haya pensado nada porque no

hay imagen que pueda inquietar a quien ha visto lividecer a un hijo hasta morir.

Ah, pero Cruz sabe que sí, que son supersticiosos y que todavía hay algo que les aterra al caer la noche. El untador. El caracuerdo. Las palabras de Jokin ya habrán tenido tiempo

de correr por todas las casas, volviendo a sus temerosos supervivientes contra el médico francés. ¿Y qué habrá sido del pobre Gonzalo? Muerto, sin duda, fulminado en seis o siete

días porque la peste es impaciente con los más jóvenes.

El drama romántico y siniestro de Basile y Amaia acomete sus versos finales antes siquiera de haber levantado el telón. Y ese final también es el de Lortia, Cruz puede sentirlo

aproximarse igual que se ven oscilar las copas de los árboles un segundo antes de recibir el viento en el rostro.

Suenan las campanas de la iglesia, las dos unísonas, a rebato. Cruz se vuelve y mira desde la cresta de la cal e hacia la plaza mayor, donde un grupo se reúne y camina unido

hacia la entrada del templo. Andan ligeros y con las cabezas gachas, susurrando y sin tocarse porque cada uno desconfía de la salud del otro. Pero

a todos les une un mismo fervor,

una misma calentura de miedos y desesperanzas que fácilmente puede convertirse en fuego devoto con unas pocas palabras arrojadas desde el púlpito.

Cruz está tentada de bajar y prestar oído a la farsa del padre Mayo, ser testigo de cómo se trenza la red del destino trágico, pero entonces reconoce dos siluetas atravesando un

cal ejón transversal. Son dos mujeres jóvenes a juzgar por su paso vivo, van tapadas y ascienden por el lado sur del pueblo en dirección contraria a la iglesia.

Camina a hurtadillas, secretamente, y por eso mismo Cruz decide que debe seguirlas, sin descubrirse, por una calle paralela. Pasa por delante del hospital, cuyo futuro se siente

ya inmediato, y deja atrás el miasma que alienta por sus ventanas para seguir subiendo hasta las últimas casas, en lo más alto del pueblo.

Aquí la piedra asoma en picos desnudos por entre los que zigzaguean las dos mujeres como a través de un bosque de obeliscos. Cruz vuelve la cabeza antes de seguir sus

pasos, y comprueba desde su atalaya que la parroquia congregada a las puertas de la iglesia ya se cuenta por docenas. Sin duda de todas las casas se ha enviado a un emisario

para ponerse al tanto de las nuevas o para buscar la bendición que pueda salvar a los que aún tienen salvación. El cura sabrá lo que hay que hacer, porque él escucha la voz de Dios.

Lástima que se trate de un dios acomplejado, un dios celoso de un simple médico.

La expedición de dos mujeres se adentra ahora en el abetal, y Cruz debe ganarles terreno para no despistarse. Su objetivo no está lejos, sin embargo.

Una cabaña de piedras y

tejado a una vertiente se agazapa entre los arbustos como un refugio secreto, morada ocasional de pastores y ganado. La mujer más alta da alguna indicación a la otra para que se

quede al í fuera, a unos metros de la entrada, mientras empuja la puerta de tablas y desaparece en el interior.

Aquel o no es lo que ha venido a buscar, Cruz lo sabe de un modo visceral y extraño, pero también sabe de la misma manera que esa mujer alta es Amaia Uztárroz, y que tanta

precaución sólo puede tener un origen: Basile. Esta ha de ser la cabaña donde el médico extranjero pasa sus noches lejos del lazareto y del pueblo. Por eso Cruz es incapaz de

resistir el impulso de acercarse. Desciende por el costado más escarpado, rodeando a la guardiana apostada frente a la puerta, y vuelve a remontar por un talud de brezos hasta la

parte trasera de la cabaña, donde existe un pequeño vano que parece hecho para los mirones silenciosos como el a.

Antes de asomarse, sin embargo, Cruz advierte los movimientos inquietos de la mujer vigía, y desde su escondite arroja la mirada sobre el a. Cuando reconoce su rostro Cruz

siente un escalofrío; es una quimera, tiene que serlo. Porque aquel a mujer de rasgos asiáticos es la misma sirvienta que conocerá siglos después en la remodelada casa Uztárroz. La

mujer mangosta. Pero Cruz se tranquiliza: sólo es una broma de mis safaris, un rostro prestado, no significa nada.

Como si este pensamiento la despachara, la mujer que va envuelta en un sayo negro de pronto abandona su puesto de guardia y sale precipitadamente de regreso hacia el

pueblo. ¿Una traidora?

Cruz teme lo peor, siempre lo teme porque sabe cuáles son las coordenadas del terreno que le llevan a explorar sus viajes y se trata de una región inevitablemente umbría,

surcada de dolores y desgracias: una zona catastrófica de las emociones.

Pero a veces hay santuarios, instantes de paz en medio del caos. Y este podría ser uno.

La luz caediza de la tarde atraviesa el tejado de la cabaña por sus múltiples grietas, perfilando las dos siluetas que se abrazan en el interior ante los ojos indiscretos de Cruz. Lo

que se pierde en la oscuridad es completado por su imaginación, y el retrato final es preciso: los cuerpos desnudos de Amaia y Basile se acoplan rítmicamente sobre un rudo colchón

de mantas en mitad del suelo, apenas conteniendo sus gemidos y sus deseos susurrados.

Cruz se queda atrapada. Absorbe la escena con la misma voracidad enfermiza que engulle los alimentos antes de expulsarlos.

El hombre oculta su rostro entre los pechos de la mujer, que es tan bella como lo sería Nerea sin su famélica tristeza; desciende por su vientre y se demora en el valle de sus

muslos. Ella arquea la espalda y parece llorar de placer. Luego él se yergue (pero Cruz aún no atisba toda su cara, apenas la curva de un mentón afilado) y la penetra de nuevo,

haciendo olas con la curva de su espalda. Cruz se da cuenta de que su propia libido está participando en la escena, introduciendo pornografía del siglo XXI en un encuentro amoroso

del siglo XVI. Aunque no se trata de ninguna sorpresa: es un principio científico que el objeto de estudio puede verse alterado por simple hecho de

ser observado. Y en la historia de

la ciencia no se ha registrado una mirada más intensa que ésta de Cruz sobre los dos amantes. Es la primera vez que el sexo se representa ante él sin ordalías ni humillaciones,

resplandeciendo en un inesperado punto de equilibrio entre lo salvaje y lo divino. Folgar como algo hermoso.

Y cuando se derrumban uno junto al otro, Cruz los oye susurrar:

—Nos estamos condenando, ¿lo sabes? —es la voz de Amaia, tan idéntica a la de Nerea que Cruz se siente burlada.

—Ven conmigo —dice él, y la envuelve en una tenaza de brazos como si la salvara de ahogarse—. Cuando acabe mi misión aquí nos iremos juntos. No tenemos que dar explicaciones a nadie.

—¿Acabar? —un murmullo obcecado, lúgubre—. ¿Crees que la peste se irá de Lortia alguna vez?

—Siempre se va, antes o después. La muerte es viajera, ¿no lo sabías?

—Y tú viajas tras él.

—No tiene por qué seguir siendo así. —Basile se acodó para mirarla a los ojos.— Puedo llevarte a Florencia, casarnos. Sé dónde puedo encontrar trabajo.

—Ya tengo un marido. —Río de pena.—Y prefiere la guerra que a mí.

—Yo no te dejaré. Formaremos una familia.

Incluso en la penumbra polvorienta, Cruz distingue el parpadeo de una duda en la inmovilidad de él. En su lenta respuesta:

—¿Serías feliz, rodeado de niños?

—Si es contigo, sí.

Tan romántico que Cruz no sabe si llorar o reír. Lo que tiene lugar ante su mirada es la versión sublimada de su padre con Sara. Demasiado fácil pensar que la maldición de las

dos familias (sí, por cierto, los Montenegro también estáis condenados) se fundó sobre un mismo pecado: infidelidad, engaño, adulterio. Pero esas son palabras que Cruz nunca

usaría, claro. Mejor hablar de nuevos comienzos. De merecer otra oportunidad. De arrepentirse sin caer de rodillas.

Basile y Amaia. Nerea y Josian. Gabino y Sara. Marian y Víctor. Capítulos de un mismo serial interminable. Y en el episodio de hoy...

Unas voces se acercan a la cabaña.

Cruz mira hacia el camino de las rocas y ve venir a la mujer mangosta, ahora acompañada por otro hombre de gran estatura que sólo puede ser Johan Uztárróz. Viste un traje

negro de señor roncalés, con su sombrero ancho y sus calzones hasta las rodillas, y camina rabioso como si le hubieran interrumpido en mitad de una reunión importante.

A Cruz le gustaría poder avisar a los dos amantes, romper en pedazos el guión y conceder otro final del romance entre Basile y Amaia, pero ya es demasiado tarde. Johan

Uztárróz se muerde el labio antes de patear la puerta de la cabaña, tan fuerte que la madera se quiebra bajo su pie. Cruz no quiere mirar dentro, prefiere conservar la imagen de los

dos cuerpos empapados de sudor que sustituirla por otra de rostros avergonzados, prisas en vestirse y excusas no sentidas.

—Qué vergüenza —mascul a el padre, asqueado—. Qué vergüenza...

No hay lugar aquí para más castigo, sin embargo. Johan Uztárróz no alza una mano contra su hija ni contra el francés. Como si en realidad ya estuviera

avisado de lo que iba a

encontrarse y les guardara preparado algo mejor que una escena de gritos, da media vuelta antes de que nadie reaccione y regresa por donde ha venido a grandes zancadas. Es el

turno ahora de la sirvienta con ojos rasgados (ojos de quimera, que le recuerdan a Cruz hasta dónde debe llegar su credulidad) la que se deshace en disculpas ante su señora por no

haberla avisado de la inminente llegada del patrón, como si su traición no fuera clamorosa.

Cuando se marcha ladera abajo por entre los arbustos Cruz tiene tiempo para volver una última mirada: Amaia sale de la cabaña, ajustándose el sayo, ordena callar a la sirvienta

infiel y emprende el camino detrás de su padre haciendo saltar su melena dorada. Quiere evitar lo inevitable, y al pretenderlo comete el mayor error de todos; no debería dejar solo al

otro hombre, no debería despreciar la posibilidad de marcharse con él ahora mismo, en pleno día, sin disculpas ni despedidas. Contemplando cómo el a se aleja, la figura de Basile

se yergue en el umbral del cobertizo como un daguerrotipo de sí mismo; humilde e indeciso, un hombre borroso. Cruz siente el impulso de regresar y acercarse a él ahora, al menos

lo suficiente para verle el rostro, asegurarse de que es real y único, no el remiendo de otros rostros, pero entonces recuerda lo que ha venido a hacer. Ha guardado la aguja hipodérmica y el bote en el bolsillo de su camisa para tener las manos libres, pero no se olvida de que aquellos dos insignificantes instrumentos de plástico son los que pueden

desviar de verdad el curso de la historia, aunque sea la historia con minúsculas de una maldición doméstica.

Y entonces corre.

Para llegar cuanto antes al hospital, la futura Casa del Médico, debe rodear una finca y saltar el muro bajo de su huerto, atravesarlo y descender por una calle sin empedrar.

Desde aquí no domina la plaza de la iglesia pero intuye que la asamblea de aldeanos continúa en su interior, quizás ahora reavivada por la furia supurante de Johan Uztárroz, porque

no cruza sus pasos con nadie hasta llegar a la misma puerta del hospital.

Cruz mira el extraño escudo grabado sobre el arco de la puerta: en el lugar donde irán las iniciales de Cristo y el año mil ochocientos veintidós figuran ahora una espada, un

punto y una cabeza cortada. Parece una advertencia en forma de jeroglífico, y mientras se deja envolver por una nube de olores malsanos Cruz piensa otra vez en la posibilidad de

ser contagiada. Ya no tiene la protección de la cortina. En realidad, su organismo debe de ser más vulnerable a las bacterias del siglo XVI que el de cualquier habitante de Lortia.

Pero empuja la puerta de todos modos.

Sabe que en la planta baja se hierve la ropa y se preparan los ungüentos, y que los enfermos se aprietan escaleras arriba, derrengados en sus catres o sobre el mismo suelo a la

espera de una salvación milagrosa. A ellos no les importa si Basile es un ángel o un demonio, mientras sea capaz de hacer magia. Y Cruz espera que se rindan con la misma fe ciega

ante el agua. Lo único que le preocupa es el ayudante que vio en su safari, aquel cirujano (a todas luces el barbero del pueblo) achaparrado y con cara de malas pulgas que asistía al

médico como un esbirro de cuento gótico. ¿Qué hará cuando la vea? ¿Cómo va



a permitirle que clave el aguijón de su jeringuil a futurista en el cuerpo hinchado de uno de sus

enfermos?

Por fortuna, cuando Cruz asoma del hueco de las escaleras y otea entre los bultos humanos que se extienden por la primera planta no encuentra rastro del cirujano. Quizá sus

convicciones hipocráticas se han disuelto como un azúcaril o en el remolino de rezos y libelos proyectados desde el púlpito, y a estas horas ya se ha unido al bando de los linchadores,

bajo las sombras frías de la iglesia; o quizás haya cogido sus pertrechos y desaparecido por las montañas, rumbo a Francia, ante el temor de ser él mismo linchado.

Basile no tardará en presentarse; tan pronto como haya digerido el sapo de la humil acción ante Johan Uztárroz saldrá de la cabaña y no tendrá otro lugar donde desfogarse que

aquel sanatorio. Cruz ya se lo imagina de regreso al pueblo, haciendo volar el faldón de su túnica negra, resoplando en el pico de su máscara y aferrando a modo de arma el báculo

que le sirve para examinar los cuerpos tumefactos, proclamando a cada paso, aun sin saberlo: «Sí, soy el monstruo, apartaos, tened miedo de mí».

A través del humo de incienso que flota manso e inútil por toda la sala, Cruz traslada su mirada de un enfermo a otro y no es capaz de tomar una decisión en base a un criterio

médico: todos están condenados, todos le regalarán su sangre dócilmente para mayor gloria de su currículum. El conde Drácula ofrecía a cambio la vida eterna, Cruz no ofrece nada

más que una sonrisa de mofletes gordos.

Hay una muchacha que no pasará de quince años tumbada en la cama más

cercana a la ventana. La luz que entra por el estrecho hueco tendrá que bastar, aunque apenas dibuja

perfiles. Cruz se inclina sobre el a, piensa que está dormida pero entonces la chica abre los ojos.

—¿Quién eres? —le pregunta con una claridad que está a punto de volver loca a Cruz.

—Soy médico.

—¿Médico?

Por las venil as rojas de sus ojos corre un río de tristeza indescriptible, pero no del todo resignada. Y eso es lo peor, que todavía haya sitio para la esperanza en un cuerpo sin

resquicio de vida. Porque Cruz no va a salvarla. Ni siquiera, maldita sea su cobardía, se va a atrever a tocarla con los dedos.

Lo que necesitamos es contrastarla con una muestra de sangre enferma, a tope de anticuerpos.

—Voy a ponerte una inyección, ¿de acuerdo? —le dice, pero es una mentira vana; puede que aquel a muchacha no entienda lo que es una inyección, pero ha visto hacer muchas

sangrías—. Sólo tardaré un momento.

El brazo izquierdo de la enferma se le descuelga por el lado de la cama hasta el suelo como si pretendiera anclarse lánguidamente a la existencia. Es tan fácil para Cruz que se

siente como un ave de rapiña. Sólo la repulsión que invade sus sentidos le hace moverse con dudas, casi temblando mientras destapa su jeringuil a: el olor, el aspecto de aquel a piel

traslúcida, con las venas marcadas como hilos negros... y los ojos que la miran desde un rostro que podría ser de una hermana, unos ojos que ni siquiera

parpadean cuando la aguja

se introduce en su carne, tan fascinados y llenos de fe como se lo permite su extenuación.

Cruz se pone nerviosa: no consigue pinchar la vena. Entonces se da cuenta de que su precipitación le ha hecho olvidar el compresor, la cinta de goma para cerrar el flujo sanguíneo en el brazo y aumentar el tamaño de los vasos. ¿Cómo puede haber tenido semejante descuido? Ahora se palpa los bolsillos en busca de un pañuelo o cualquier cosa que

pueda servirle, sin suerte. La jeringa permanece prendida del brazo como una banderil a mal puesta mientras Cruz mira alrededor y finalmente encuentra un cordón de esparto en un

rebujo de ropas junto al catre más próximo. Ni siquiera levanta la vista al enfermo que agoniza al í, no quiere pensar hasta qué punto está cometiendo un disparate hurgando en

aquel as prendas. Sólo la coge y se dispone a anudarla por encima del codo de la muchacha...

...cuando descubre los bubones.

Enormes como dos melocotones negros, agazapados bajo la axila de la enferma.

Una arcada contrae los músculos de la garganta de Cruz como un puño, pero consigue dominarlos. Al menos sigue conservando el mando en el Departamento de Vómitos.

—Dios mío —se le escapa entre los labios. Y de pronto cae en la cuenta de lo estúpida que ha sido al no traer ni una mínima mascaril a de algodón para cubrirse el rostro.

—Dios mío —repite la moribunda. Cree que es una oración.

Cruz hace un nudo apresuradamente, justo por encima del codo. Toma la jeringuil a y ahora ve cómo empieza a llenarse del líquido rojo. Suelta el

cordón con la mano libre y el

torrente se hace más vivo. En apenas cinco segundos el tubo está lleno y Cruz extrae con cuidado la aguja. Es ahora cuando toca por primera y única vez la piel de la chica, al cogerle

la muñeca y subírsela al regazo. Está caliente de fiebre.

—Mantén el brazo arriba —le dice. Pero tan pronto como Cruz suelta la mano ésta vuelve a deslizarse hasta el suelo. Ya no queda el menor soplo de fuerza en aquellos músculos.

La muchacha quiere hablar, pero un golpe de tos húmeda le rompe la garganta como una tubería vieja. Cruz siente una gota de saliva aterrizar sobre sus labios y se aparta de un

salto. Sus pies se enredan con los harapos del vecino y cae al suelo, usando otra vez su trasero para no soltar lo que lleva en las manos. El ruido despierta al hombre que yace en el

catre, que levanta su torso esquelético y señala a Cruz con el dedo, gritando como si hubiera visto al mismo Satanás.

Pronto toda la sala se convierte en un clamor de quejidos y protestas nebulosas, mientras Cruz gasta su último cartucho de serenidad en trasvasar la sangre al tubo de muestras.

Al finalizar arroja la jeringuilla a un rincón sin preocuparse de anacronismos ni paradojas irresolubles, se incorpora y corre hacia las escaleras con su botín líquido.

Necesita encontrar un lugar tranquilo donde rescatarse a sí misma en la red mágica, sin distracciones. Ha pasado más tiempo en este safari que en ningún otro, y no sabe cuáles

pueden ser las consecuencias. Ignora si sus mascotas de hilo se habrán declarado en rebeldía por prescindir de él durante tanto rato. En realidad hay demasiadas cosas que Cruz

aún desconoce acerca de su poder, pero ya es tarde para lamentarse.

Cuando está a punto de salvar el último peldaño de las escaleras la puerta del hospital se abre de par en par y la figura córvida de Basile Dubreuil invade el zaguán con la rabia

contenida que Cruz le había imaginado. Sus ojos de vidrio, redondos como lupas, se posan sobre la intrusa y al hacerlo congelan el vuelo de su pie por encima del último escalón. El

instante se demora como el fotograma detenido de una película imposible: dos seres fuera de su tiempo, quebrantadores de leyes eternas, científicos y nigromantes, carne de hoguera. Colegas.

Pero la forma en que Basile empuña su bastón, ahora con las dos manos, advierte a Cruz de que su colega no va a dejarle salir por la puerta tranquilamente, sin una disculpa o

una explicación que el a no puede darle. Hay que huir.

Cruz salta por delante de Basile y echa a correr en dirección contraria a la puerta, hacia el interior de la planta baja. Una casa tan grande debería tener otra salida, se dice,

aunque le cuesta orientarse en la penumbra. El médico la llama a voz en grito, como haría para mandar detenerse a una ladrona.

Porque es una ladrona.

La cocina está presidida por un gran hogar donde ahora no hay fuego ni hierve ningún caldero. La claridad que filtra una pequeña ventana revela también que no existe otra

salida, tan solo un hueco que debe de servir como despensa a juzgar por el olor a fruta rancia. Cruz se agazapa al í dentro como un conejo asustado, cierra los ojos e inventa una

oración para pedir el auxilio de su cortina mágica; palabras sin sentido, prosa de cuento infantil.

Los pasos del médico ganan vigor, cada vez más cerca. Ya no vocea porque sabe que la tiene atrapada, y él piensa en animales heridos, mal cazados, que se vuelven contra

su perseguidor con la boca abierta y entonces son capaces de todo porque ya lo tienen todo perdido. Como Basile.

Ahí está. El médico cuervo dirige su mirada de cristal hacia el rincón oscuro, pero no debe de verla bien, así encogida, porque se lleva una mano a la nuca y se suelta la cinta que

sujeta su máscara. El pico blanco se descuelga y por fin el perfil del joven queda revelado a la tenue claridad de la cocina.

Cruz no respira.

—Levántate —dice Basile. Pero Basile tiene el rostro de Josian, y ahora también su voz—. No voy a hacerte daño.

Y sucede: esa voz y ese rostro de otro siglo se enhebran de tal modo que Cruz puede agarrarse a ellos para comenzar a tejer su cortina salvadora. Como en los sueños donde de

pronto somos conscientes de que soñamos, y el descubrimiento nos hace despertar, Cruz está a punto de escaparse gracias a aquel a quimera...

Pero el médico alarga su brazo, y la punta de su báculo atraviesa el frágil retal que se está formando entre las miradas de ellos dos. Alarmada, incrédula, violada, Cruz observa el

horrible desgarramiento que el bastón del médico está abriendo en su cortina mágica, igual que si fuera de papel. Los animales que cuelgan de ella se balancean un segundo en el aire y

luego desaparecen, se esfuman, dejando nada más que cuatro jirones púrpura, leves como cabellos. Y a través de ellos, los ojos de Basile.

La trampilla no ha funcionado. Cruz sigue en el mismo lugar. Y la última hebra

de su cortina es apartada por una mínima corriente de aire: la respiración del médico, que avanza

un paso más sobre el a.

—¿Josian? —pronuncia Cruz, creyendo en el poder de los nombres.

Pero el rostro del médico ha vuelto a ocultarse en la negrura de la despensa y ahora su silueta ya no recuerda en nada a la del joven marido de Nerea. El espejismo hecho

realidad, la realidad desvanecida: Cruz quedará para siempre enjaulada en su safari si no consigue huir ahora mismo. Lo sabe.

—Tú —dice Basile, con una voz nueva, o muy antigua.

Cruz arrastra su trasero por el suelo, sin soltar el tubo donde lleva la sangre, hasta que su espalda toca la pared del rincón. La figura del hombre bloquea ahora toda la luz; la tiene

atrapada.

Con la mano libre, Cruz tantea el suelo y las alacenas a su derecha en busca de algo contundente para defenderse, pero no encuentra más que polvo, huesos de fruta mordisqueados y vasijas llenas de aire que se tambalean al menor roce, amenazando con venirse sobre su cabeza.

—¿Zer bilatzean ari izan zara? —el médico habla en euskera y Cruz ya no lo entiende, porque sus oídos han completado el viaje y a este lado ya no saben hacer trucos.

Pero todavía queda algo de magia: en la punta de sus dedos.

Inesperadamente, su mano se cierra sobre un objeto que reconoce de inmediato, aun sin verlo. Es el Thuraya que descansa en el asiento de al lado del Range Rover, cuatrocientos años después. Otra quimera, quizás robada por debajo del último retal de su cortina.

El teléfono despierta al toque de un botón. Su pantalón arroja un halo verde

sobre el rostro de Cruz que hace exclamar de asombro al médico. El actúa tan rápido como piensa:

teclea el número de la terminal gemela, tal vez esperando la respuesta de Michi al otro lado, aunque, ¿qué podría decirle?

Basile dirige la punta de su bastón hacia el teléfono iluminado. Cruz siente el nudo en su garganta que precede al grito o al llanto.

Y entonces llega el sonido. El otro Thuraya empieza a lanzar su agudo pitido desde algún lugar que se siente muy cercano, pero está fuera de su visión.

El médico retrocede. Jamás ha escuchado algo semejante. El hombre vestido de cuervo sueña con pájaros mecánicos y resplandecientes, de ojos llameantes, y se estremece.

Cruz empuña su teléfono hacia él, como un Van Helsing tecnológico, y trata de ponerse de pie, pero no puede. Algo la retiene.

Mira hacia su pecho y ve la cinta negra que la mantiene prisionera.

¿Qué...?

Y entonces tiene ganas de reír.

Es

el cinturón de seguridad, por supuesto.

Había vuelto.

Estaba a salvo en su Range Rover, con el teléfono iluminado en su mano derecha, y el otro zumbando insistentemente sobre el asiento contiguo.

Su respiración corría haciendo eslabón entre los latidos del corazón, y aún llegaba el olor a putrefacción pegado a la piel de su rostro y de sus manos.

Las preguntas eclosionaban por miles en su cabeza igual que huevos de araña, pero la más acuciante de todas resultó muy fácil de responder. Cruz



levantó su mano izquierda:

al í estaba el tubo de muestras.

Lleno de sangre.

—Lo he hecho —murmuró al salpicadero del coche.

Se quedó contemplando la sangre durante un minuto hasta que cayó en la cuenta de que el otro teléfono seguía sonando. Sonrió: los satélites Iridium no sólo cubrían la distancia

entre dos puntos del val e sino también entre cuatro siglos. Como una demente, estuvo tentada de pulsar el botón de respuesta y decir: «Hola, Cruz». Pero entonces la sonrisa se le

cuajó y cortó la l amada.

Has estado a punto de quedarte al í, se dijo.

Has perdido la cortina.

Se estremeció. Dejó la sangre y el teléfono en el otro asiento, miró sus dedos y de pronto tuvo ganas de gritar. Lo que hizo: soltó el cierre de su cinturón, se volvió para rebuscar

en su mochila, sacó un bote de alcohol para esterilizar y se lo volcó sobre sus dedos sin preocuparse por la cantidad que se derramaba sobre la tapicería de cuero. Después se frotó

el rostro con furia, hasta que el vapor la mareó.

Abrió las ventanil as. Tomó aire.

—Vale. No pasa nada. Seguimos adelante.

Arrancó el motor. Era hora de l evarle un regalo a Michi.

Cuando sonó su móvil, dos horas después, el nombre que parpadeaba en la

pantal a la hizo respingar.

—Hola, Víctor —contestó. Acababa de salir del Instituto Lieds-Hóffer (aquí tienes tu muestra a tope de anticuerpos, Michi; y nada de preguntas) y sólo con volver la cabeza podía

ver la fachada trasera del edificio donde su madre dormía el más profundo de los sueños.

—Hola, Cruz. ¿Puedes acercarte por el hospital ahora? Ha ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está?

—Sigue igual, pero se ha despertado durante unos segundos. —Abrió un silencio, añadió—: Me ha preguntado por ti.

Un vendaval de pánico golpeó a Cruz. Mamá regresaba de su tumba para hacerle sentir culpable, una vez más.

—Voy en seguida —cortó con frialdad.

La hora de visitas había terminado, pero la jefa de planta se mostró dispuesta a hacer una excepción con Cruz. Víctor dijo que la esperaría en la cafetería y salió de la habitación.

Como si fuera necesaria ninguna intimidad para sentarse junto a un muñeco de cera.

—Mamá, soy Cruz —le susurró al oído.

No detectó el menor movimiento bajo los párpados cerrados. Las personas en un coma de Glasgow cinco no hablan ni escuchan, ¿no, papá? La piel alrededor de sus labios

secos era del color del estaño. Sólo el movimiento de su pecho y el discreto olor a sudor confirmaban que al í yacía un ser vivo.

El parking del hospital se veía casi vacío desde la ventana, pero no del todo. Siempre hay hijas y nietas que velan a sus enfermos, almas buenas que se

doblan en los sillones de

escay y ven pasar los primeros minutos del día en el reloj de la pared. Pero Cruz no era así.

Acarició el pelo de su madre apenas con la punta de los dedos y huyó de la habitación.

Víctor la esperaba en la última mesa junto a las cristaleras de la cafetería. Las demás mesas a su alrededor se habían convertido en puercoespines metálicos, las sillas volteadas

encima. A las empleadas de limpieza de un hospital no les importa que pises por donde acaban de fregar; lo único que quieren es terminar cuanto antes.

—La veo igual —dijo al sentarse frente a él.

—Han sido quince o veinte segundos. Luego ha vuelto a cerrar los ojos y ya no ha habido forma de despertarla.

—¿Qué ha dicho el neurólogo?

—Alemany está informado, pero todavía no la ha visto. Dicen que pasará mañana a primera hora. Pero que en todo caso es una buena señal; indica que hay actividad en su

cerebro.

Cruz se encogió de hombros y resopló:

—Actividad delirante.

—No —Víctor la miró severamente. Sostenía entre sus dedos la taza de café que había propiciado sus últimas reflexiones, como un suero de la verdad—. Sabía lo que decía. Me

ha reconocido, y ha reconocido dónde estaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Por sus ojos, por la forma de mirar.

—Pero lo único que ha dicho es mi nombre.

—No. Ha dicho más cosas, después.

—¿Qué cosas?

—Quería ir a casa a pintar.

—¿Eso ha dicho? ¿«Quiero ir a casa a pintar»?

—Ha dicho que quería terminar su óleo. Yo no le he entendido bien y le he preguntado: «¿Terminar qué?» Y el a ha dicho: «El molino». En el cuadro que está pintando hay un

molino de agua. ¿Sabes tú qué molino puede ser? ¿Puede ser algún lugar que conozca?

El a negó con la cabeza. Dejaron pasar unos segundos. Lejía en el aire que respiraban.

—¿Quieres tomar algo? —improvisó él—. Han cerrado el bar, pero hay máquinas.

—No. Tengo que irme.

Antes de que Cruz terminara de levantarse, Víctor la detuvo:

—Ha l amado tu padre. —Cruz se desplomó de nuevo en su asiento.—Debían de tener orden de avisarle en cuanto hubiera algún cambio y han tardado menos de cinco minutos.

Se nota que es una autoridad.

—¿Has hablado con él?

—Sí. Quería que le repitiese exactamente lo que había dicho Marian. Igual que tú.

—Es lógico. Está preocupado.

Víctor enderezó su larga columna contra el respaldo y se rascó la nuca antes de continuar, inseguro. Las arrugas de su camisa contaban historias de insomnio.

—Preocupado no es la palabra que yo usaría —murmuró.

—¿Y cuál es?

—Borracho como una cuba. Aunque eso son cuatro palabras.

Cruz sintió que el cuerpo se le enfriaba desde los pies hasta la cabeza como si la introdujeran con una grúa en una piscina. Ni siquiera le quedaba calor para enfadarse.

—No hables así de mi padre —pidió débilmente.

—Lo siento. —Víctor se lanzó a interpretar su partitura de tics nerviosos como un hombre orquesta.— A mí tampoco me gusta que me l amen mentiroso.

No costaba nada imaginarse a Gabino Montenegro escupiendo bilis por vía telefónica, desde el otro lado del océano, con la camisa desabrochada y el vaso de whisky en una

mano. Insultando al hombre que se encargaba de cuidar a su mujer. Cruz empezó a sentirse mareada.

—Tiene razones para beber —dijo, sin saber hacia dónde conducían sus palabras.

—¿Ah, sí?

—Tú eres escritor, deberías entenderlo.

—¿Qué debería entender?

Cruz tomó aire. Dijo:

—Supon que eres una persona con una imaginación y un ingenio bestial, con una cabeza que no para de dar vueltas, como una olla a presión, tan desbordante que... Que tienes

que ponerle diques de contención para poder vivir, para poder tener los pies en el suelo. ¿Qué harías?

—Yo no bebería, eso te lo aseguro.

—Pero tendrías que buscar alguna válvula de escape, un refugio.

—Me refugiaría en la rutina. En la gente a mi alrededor. —Víctor escurrió la vista por los rincones deshabitados de la cafetería; el poeta tras la palabra perfecta—: Buscaría una

tierra firme emocional.

Cruz asintió, invadida por un escozor generalizado. De pronto tenía mucha hambre. Y ganas de moverse.

—Creo que deberíamos irnos a dormir, Víctor.

—Yo me quedo esta noche, por si acaso.

Míster perfecto. Guapo y abnegado. Daban ganas de abofetearle.

—Como quieras —dijo Cruz, con la garganta anudada—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Salió de la cafetería sin volver la vista, pero daba igual. La estampa de Víctor sentado en aquella esquina, con su aureola de trágica y heroica soledad, persiguió a Cruz como una

avispa insidiosa durante todo su camino de vuelta a casa.

Durmió hasta las cinco de la tarde. Luego encendió el ordenador, hizo una llamada y esperó que le trajeran una pizza tamaño familiar. Tenía varios mensajes antiguos de Michi en

el buzón de mail. Uno insistía en la importancia de la familia Arnaut como objeto de estudio epidemiológico. Otro incluía fragmentos de textos que hacían mención a la presencia del

médico francés Basile Dubreuil en las «grandes pestilencias» de San Sebastián y Bayona, un año antes del brote de Lortia. Al parecer, los hábitos de higiene y las medidas impuestas por el doctor sirvieron para frenar el avance de la enfermedad en las dos ciudades, por lo que su prestigio y sus honorarios aumen

taron de manera exponencial. No había datos, sin embargo, de ninguna intervención de Basile Dubreuil posterior al verano de mil seiscientos uno.

Michi había añadido una postdata:

«Mala suerte, jefa. No hay castil o en Normandía, ni tataranietos, ni bibliotecas secretas, ni húmedas mazmorras. Monsieur Dubreuil y su amada doncel a lortiarra desaparecieron

sin dejar rastro.»

Cruz apagó el ordenador cuando ya empezaba a oscurecer y se oían las primeras voces alegres en la calle, tiró a la basura el cartón de la pizza y se encerró en el cuarto de baño.

El hecho de encontrarse sola en su apartamento no evitaba el gesto de correr el pestil o: era parte de su ritual secreto. Justo cuando hincaba la primera rodilla ante el retrete sonó su

móvil al otro lado de la puerta.

Michi, quién si no:

—Tienes que venir a toda hostia.

—¿Qué has encontrado?

—Míralo tú misma. Te espero dentro de quince minutos en la puerta de siempre.

—Que sean diez.



## VII

La muerte es viajera, ¿no lo sabías?

Y Cruz corría tras el a.

Una veintena de metros antes de llegar a la entrada trasera del Instituto Lieds-Hóffer, Cruz canceló sus pasos al reconocer la figura del vigilante de seguridad parado junto a Michi

al otro lado de la puerta acristalada. Entonces su amigo la vio y le hizo gestos para que se reuniera con el os.

—Cruz, te presento a Rafa. —Michi lucía una sonrisa cons- pirativa que Cruz hubiera preferido no ver.

—Hola —con voz gélida. De ninguna manera pensaba besar a aquel calvo uniformado.

—Hola —el vigilante le devolvió la sonrisa a Michi, como si se pasaran una pelota por encima de Cruz, y dejó escapar un guiño antes de dar media vuelta y alejarse por el pasil o.

—¿Qué coño le has dicho? —preguntó Cruz en cuanto se quedaron a solas, aunque sabía la respuesta.

—Vamos Cruz, ¿desde cuándo te importa el qué dirán?

Subieron un tramo de escaleras en penumbra y atravesaron el corredor de la primera planta como ladrones o amantes furtivos, en silenciosa complicidad. La sala del microscopio electrónico esperaba con la puerta entreabierta y la luz encendida.

—¿Qué quieres saber primero? —ofreció Michi, mientras le cedía el paso—: ¿Las malas noticias o las muy malas?

Dentro hacía frío y Cruz sintió que se le ponía la carne de galina al acercarse a la mesa del microscopio. El grueso tubo metálico se erguía casi hasta el techo como un tótem

sagrado, aunque era lo más opuesto que cabe imaginar: el ariete con que la ciencia derrumbaba supersticiones, el relicario de la verdad empírica.

—Me habría bastado con el de campo oscuro. —Michi tomó asiento frente a los monitores; Cruz hizo lo mismo, echando de menos un gorrito de lana como el suyo.— Qué digo,

bastaría con el microscopio de un niño. De esos que llevan al colé para ver pelos y uñas.

—Corta el rollo y enséñamelo.

—Ochocientos aumentos. No ha hecho falta más.

Michi tecleó en el ordenador y las dos pantallas dormidas recobraron vida. Un zumbido mecánico. El tótem invocando a sus dioses.

Y allí estaba.

—Jefa, te presento a nuestra querida amiga Yersinia Pestis. Tampoco hace falta que le des dos besos.

Cruz arrimó instintivamente el rostro a la pantalla líquida aunque la imagen era nítida como una partitura musical. Las bacterias se veían de color morado, alargadas y segmentadas por la mitad como avispas desprovistas de alas y patas. Deslizándose entre los inmensos macrófagos sin ningún miedo a ser devoradas. Victoriosas. Cruz había visto

la escena en demasiadas fotografías como para no reconocerla de inmediato.

Michi se regodeó en la expresión pasmada de Cruz durante un largo minuto, mudo. Luego suspiró y dijo:

—Las malas noticias son que ya no vamos a ganar el Premio Nobel de Medicina. Las muy malas, que tenemos que avisar de esto. Y no me refiero

solo a la señorita Nerea

Uztároz.

Cruz se desmadejó en su silla como si alguien la hubiera desenchufado.  
Bacterias. Fracaso. Papá.

Entonces dijo:

—No es suya.

—¿Qué?

—La sangre no es suya.

—¿De quién es?

—No te lo puedo decir.

—¿No me lo puedes decir?

—No te lo creerías.

—¿Creer? No se trata de creer —señaló la pantalla—: Tengo ojos. Es peste septicémica. Y la persona que tiene eso en sus venas debe de estar realmente jodida; yo diría que a

punto de palmar. O sea que más vale que te dejes de misterios y me digas a quién le has chupado esa muestra.

Para ilustrar sus palabras, Michi tecleó en el ordenador y la imagen de los monitores cambió.

—Cuatrocientos aumentos. Echa un vistazo.

Ahora el color morado inundaba toda la pantalla. Miles, tal vez millones de bacterias en una gota de sangre.

—Por si no lo habías pensado, esta bacteria sigue siendo mortal en el siglo

XXI. A este sujeto no hay quien lo salve, pero queda un buen puñado de personas a su alrededor que

deberían ponerse en tratamiento ahora mismo. Y eso te incluye a ti, jefa.

—Sólo a mí, en realidad.

Las pupilas de Michi titilaron de extrañeza. Cruz hizo rodar hacia atrás su silla. Dijo:

—Puedo demostrártelo.

—¿Qué?

—Si lo que quieres es verlo con tus propios ojos, puedo enseñártelo.

—¿De qué hablas? Me estás poniendo cachondo.

Cruz sintió acelerarse el ritmo de su propia respiración, como si se preparase para una prueba olímpica. Miró hacia la puerta de la sala.

—¿Se puede cerrar eso?

—Sí. —Michi tardó menos de dos segundos en levantarse y buscar el manajo de la llave en el bolsillo de su bata. Pero entonces le asaltó un pensamiento mórbido—: No me irás a

decir que te han salido bubones en las axilas o algo así.

—Tranquilo. Lo único que tienes que hacer es cerrar la puerta, sentarte y esperar. Y no te relajas tanto porque no pienso quitarme la ropa.

Michi cerró la puerta con la llave, regresó con paso dubitativo hasta su silla y se sentó cruzando piernas y brazos.

—Te aviso que no me vuelven loco los juegos pasadas las dos de la madrugada.

—Este juego sí te va a volver loco. Ya lo verás. —El rostro ojeroso de Cruz

había adquirido un resplandor lunático bajo las luces fluorescentes.—Tú quédate ahí y no intervengas,

pase lo que pase.

—Vale, ahora ya no estoy cachondo; estoy acojonado.

Cruz no era consciente de que sonreía cuando cerró los ojos.

—Vamos al á.

Lo que a continuación presencié Michi, sin embargo, no fue nada extraordinario.

Cruz ladeó la cabeza y relajó las manos sobre los muslos, como si se hubiera quedado dormida en la silla. Pero su respiración seguía agitada, en frenética actividad.

—Cruz —la amo Michi—. Cruz, qué coño haces.

Sin efecto. El trance hacía mover sus ojos por debajo de los párpados, y a veces parecía que sus labios formaban sílabas inaudibles, pero ningún fenómeno alucinante que Michi

podiera registrar tenía lugar entre las cuatro paredes de aquella sala.

Al cabo de unos segundos Cruz empezó a sacudirse. Sus dedos agarraban objetos invisibles, volvía la cabeza de un lado a otro.

—¡Cruz! —Michi se levantó de su silla—. ¡Vale ya!

Un último espasmo mandó a Cruz al suelo, sin tiempo para que Michi pudiera sujetarla.

—¡Mierda! ¡Cruz!

Se agachó sobre ella. Había quedado tendida boca abajo y la cogió de un brazo para darle la vuelta, con cuidado. Sus ojos parpadeaban, despertando.

—¿Estás bien? —la voz de Michi había subido una octava.

En lugar de responder, lo que hizo Cruz fue alzar sus manos. Michi las miró y descubrió en ellas un objeto que antes no estaba allí. Sólo él podía reconocerlo de inmediato: una

ficha plastificada con el código pnh 4MAC-AGE2-MALE-VIH478.

Pero Cruz se había traído un recuerdo más de su viaje: un olor inconfundible se despegaba de su pelo y de su ropa.

—Creo que Ozzy se está muriendo —murmuró desde el suelo, mientras Michi contemplaba con ojos como platos la tarjeta identificativa de su macaco predilecto—. Está tirado

en un rincón de la jaula, abrazado a su muñeco de trapo. Tal vez deberías bajar ahora mismo; suena como si se estuviera quedando sin respiración.

Las cejas de Michi se juntaron, prietas como una barrera contra pensamientos irracionales. La punta de su lengua asomaba una y otra vez entre sus labios, pero ninguna palabra

se deslizaba fuera.

Cuando Cruz acometió el esfuerzo de sentarse en el suelo, Michi soltó la tarjeta que había cogido y dio un paso hacia atrás. Aterrorizado.

—Tranquilo, no soy un espectro —dijo él—. Sigo siendo yo.

Entonces él hizo algo que él no le había visto hacer más que en otra única ocasión: se levantó la mano a la coronilla y se sacó el gorro. Luego se desplomó en su silla como si al

quitárselo le hubieran abandonado todas sus fuerzas. La mancha en su frente ya no le parecía a Cruz una obscenidad, sino un extraño símbolo cabalístico.

—Escucha. —Se incorporó ante él. Ahora se sentía despejada, luminosa, encendida como una antorcha.— No sé cómo ni por qué me sucede, pero es algo que he podido hacer

toda mi vida. Yo lo amo ir de safari, porque..., bueno, en realidad no lo amo de ninguna forma porque nunca se lo he contado a nadie, pero es como lo pienso para mí misma. Hago

pequeños viajes con mi mente. Puedo ver lo que pasa en otro lugar sin moverme de mi sitio. —Recogió la tarjeta que Michi había dejado caer.—Y también puedo llevarme cosas. En

las dos direcciones. Sé que no tiene sentido, que va en contra de todas las leyes que nos han enseñado, pero Michi... Acabo de demostrártelo. He estado en la sala de los primates.

He visto a Ozzy con su muñeco en las manos y he cogido la ficha de su jaula. Esto es una verdad empírica, Michi. No es fantasía. Mi padre tiene el don de hacerlo y yo lo tengo.

—¿Tu padre también...?

Las manos de Michi se trasladaban de un lugar a otro como pajaritos revoloteando por su cuerpo: en las rodillas, bajo los sobacos, tras la nuca, sobre la barbilla. Sus ojos se

habían reducido a dos ranuras brillantes.

—Y eso no es todo. —Cruz tomó aire antes de seguir adelante, como el ludópata que se despide de su última moneda.—• Puedo ver cosas que ya han pasado. Puedo viajar en

el tiempo y traer cosas de allí. Como la sangre que está en ese portamuestras. No pertenece a Nerea Uztárroz, sino a una mujer enferma de peste del año mil seiscientos uno. Ayer

viajé hasta allí para cogerla. No sabía si podría conseguirlo, pero... —señaló los monitores, donde los miles de puntitos violetas hervían como soldados en un campo de batalla—: Lo

que ves es una bacteria de hace cuatrocientos años. Viva y coleando.

Y lo que ves, añadió Cruz mentalmente, es también la prueba de que mi padre

sólo es un borracho pagado de sí mismo con un cerebro prodigioso malgastado en perseguir

sombras e ideas delirantes. Nada de virus dormidos, únicamente la vieja y conocida Yersinia.

—Tómalo con calma —dijo finalmente—. Sé que te estoy pidiendo mucho. No espero que te levantes y me digas «Ah, vale, puedes viajar en el tiempo, enhorabuena».

Michi emitió un sonido gutural, como un quejido que no hubiera logrado trepar hasta la boca. Luego se levó una mano al bolsillo interior de su bata y sacó algo, a la manera de un

prestidigitador muy torpe.

Un muñeco de trapo sucio, sin ojos ni boca.

—¿Cómo...? —empezó Cruz. Era el mismo que el que había visto en los dedos del macaco enfermo un minuto antes.

—Ozzy se murió ayer. Yo mismo lo incineré. Le había dejado mi muñeco de la suerte, pero no funcionó. —Gorjeó una risita débil.— ¿Qué te parece esto? Yo, el epígono del

materialismo científico, creyendo que un muñeco de felpa puede tener poderes curativos.

—Entonces... —Cruz arqueó las cejas—. Lo que he visto ocurrió ayer.

Michi la miraba ahora con una extravagante superioridad. El muñeco en sus manos le otorgaba de pronto un aura de hechicero.

—Su jaula está limpia y esterilizada, a la espera de un nuevo huésped. Ni siquiera queda la tarjeta. La tiré a la basura.

—Lo... siento —murmuró Cruz. El drama de Ozzy había servido como dinamita inesperada para volar las defensas racionales de Michi. Donde más nos duele siempre estamos



dispuestos a creer en milagros.

—Está bien. Creo que ahora necesito que te vayas.

—¿Qué?

—Tengo trabajo.

—Ah.

El Michi que se quedó sentado en aquel sillón no era el mismo Michi que Cruz se había encontrado en la puerta del instituto intercambiando bromas obscenas con un vigilante de

seguridad. Ni siquiera físicamente se parecían. Por eso él abandonó la sala con la certeza de que la había creído.

Y de que por eso mismo le tenía miedo.

—Papá —Cruz, hablando con un contestador automático—. No consigo localizarte. He terminado la investigación del caso de Lortia. —Sobre la mesa, las fotografías del bebé

muerto.— Duncan y Scott estaban equivocados: es una bacteria. Así que estamos igual que al principio. No sabemos qué le ocurrió al bebé de Nerea Uztárroz ni podemos ayudarla

con el nuevo embarazo hasta que no desarrolle la enfermedad. Lo siento. Mamá sigue igual, no ha vuelto a despertarse más. Un beso. Adiós.

Sólo los ángeles tienen derecho a ver algo así, pensó.

A lo mejor era culpa del botellín de JB que acababa de devolver vacío a la azafata. O de la presión, que hacía zumbir sus oídos y le atravesaba el cráneo de parte a parte como

un alambre. Porque no era propio de Gabino tener esa clase de pensamientos entre poéticos y escatológicos.

Volvió la cabeza hacia la mujer que se sentaba al otro lado del pasillo. El tampoco parecía maravillarse particularmente del desierto de nubes que se extendía bajo el cielo al otro

lado de las ventanillas. Atrás y adelante en la cabina de pasajeros, no encontró un solo gesto de conmoción ante el hecho insólito de sobrevolar la tierra a treinta mil pies, silenciosamente, o escuchando Mahler a través del circuito de radio, como semidioses con corbata y billete de business.

Qué derecho teníamos a ignorar tanta belleza.

—Señorita... —levantó un dedo hacia la azafata, que penduleaba por la estrecha moqueta sin descanso. Entonces recordó las otras veces en que le habían negado un tercer

botelín de whisky a bordo de un avión y prefirió dejarlo correr.

Trataría de dormir y no pensar en las seis horas que quedaban hasta Frankfurt. Allí tendría que esperar otras cuatro horas y media para hacer el trasbordo a Oslo, pero al menos

tendría tiempo para... No, se negó a pensar en aquellos términos de sí mismo. Él no necesitaba beber.

Salvo cuando lo necesitaba.

—Aaaah... —el individuo del asiento posterior le evaba un rato soltando gemidos y exclamaciones de malestar. La azafata le había dado un vaso de agua y calculaba con ojeadas

puntuales el momento en que tendría que informar al sobrecargo. Era esa clase de pasajeros que te complican un vuelo.

La clase de pasajeros que, inevitablemente, terminan obligándote a decir: ¿Hay algún médico a bordo?

Insomne, Gabino se levantó de su butaca y anadeó hasta el cubículo del servicio. Cerró la puerta corredera. Meó. Se lavó la cara (sin jabón, detestaba el olor de los jabones

líquidos de Lufthansa) y contempló su imagen en el espejo durante un buen rato. Intentó borrar de aquel rostro los nodulos, flaccideces y asperezas sobrantes para quedarse con la

verdadera esencia de su fisonomía. Buscaba a su hija en el espejo, pero no compareció. Solo aquel tipo fofo y ojeroso que lo perseguía a todas partes, como un fan loco.

—¿De qué te escondes? —preguntó.

Regresó a su asiento. Los quejidos del hombre a su espalda. Me encuentro mal, decía, por favor, azafata, necesito más aire. ¿Y quién no? Gabino se volvió sobre su respaldo

para mirar directamente al individuo. Tenía aspecto de ser un poco mayor que él, quizá sesenta, pero no más. Un hombre que cruza el océano en soledad y tiene miedo a morir,

vaya cosa.

—Soy médico —se descubrió anunciando. Una luz titiló en los ojos del otro.

—No puedo respirar.

Ya no había marcha atrás. Gabino se levantó y cambió unas palabras con la azafata, tratando de no dirigirle el aliento. «Parece una crisis de ansiedad», dijo. ¿Tienen tranquilizantes a bordo? El a habló con su jefe y él sacudió la cabeza: «Sólo Valium», dijo, «pero debe ser administrado con permiso de un facultativo».

—Yo soy médico —repitió Gabino. Pero el sobrecargo no hacía otra cosa que mirarlo fijamente. A mil kilómetros de tierra firme no se toman las decisiones a la ligera—. Está

bien. No importa. No será necesario.

Lo que hizo fue sentarse junto al pasajero angustiado.

—Gabino —presentó su mano.

—Barry —el otro la estrechó, sin ocultar su perplejidad—. Barry Seaman.

—Creen que estoy borracho. —Gabino hizo un gesto aceitoso hacia la azafata y el sobrecargo.— De modo que usted y yo estamos archivados en el mismo cajón de su cerebro,

con la etiqueta «Problemas a bordo». Pero podía ser peor, ¿no le parece? Nadie ha gritado Al ah-akbar todavía.

—No me encuentro muy bien —musitó Barry, y su tono de disculpa ya constituía una primera derrota.

—Yo tampoco, si le soy sincero. Odio volar. Por eso bebo. Lo que no dice mucho de mi inteligencia, ¿verdad? —Resopló, se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos.—

¿Tiene hijos, Barry?

—Un hijo —dijo el otro. Hacía ruidos aparatosos al respirar, pero ya nadie parecía prestarle mucha atención.

—¿Vive con él?

—No. No. El... se casó hace dos años. Vive en Philadelphia.

—Yo tengo una hija, en España. Todavía es muy joven, está estudiando medicina; siguiendo mis pasos... —Sin abrir los ojos, para que el dolor no se escapara—: ¿A qué se

dedica usted?

—Soy... Dirijo una agencia... Estudios de mercado para empresas de alimentación, eso es lo que hacemos.

—Ajá. ¿Y su hijo?

—Oiga, ¿no podría darme algo para hacerme sentir mejor? Si es médico debe

de llevar algo encima.

Gabino lo miró con una sonrisa de iluminado.

—La medicina cura pero no salva, Barry. Lo que usted y yo necesitamos no lo dan en tabletas efervescentes.

Apenas hubo resistencia. Hablaron de sus hijos. Sobre una alfombra blanca de indescriptible belleza, los aturridos cerebros de Gabino y Barry llegaron en las dos horas siguientes a un par de conclusiones de no poca importancia, o eso les pareció.

Gabino descubrió, por ejemplo, que el avión que debía tomar en Frankfurt no era el que salía a las 16:35 con destino a Oslo.

Para llegar a casa tenía que atravesar un desfiladero de bares y tabernas, rugiente en la madrugada del sábado como si todo el vecindario hubiera sido contratado de figuración

en un rodaje de piratas. Zarandeos, gritos, humores mezclados corriendo por los adoquines.

Cruz representaba al fantasma del barco. Caminaba entre los vivos sin dirigirles la mirada, zigzagueando, con las mejillas aún calientes de su último safari y el corazón frío como

un nudo de algas.

Perseguida por los ojos de Michi. Creo que ahora necesito que te vayas.

Y no era justo, al menos ella se repetía que no lo era, pero la palabra monstruo empezaba a parpadear con letras de neón dentro de su cabeza, chisporroteando. Bicho raro.

Loca. Sí, ojalá estuviera loca.

El curso de sus pensamientos centrifugó en un remolino de miedos y frustraciones, salpicó de odio la imagen de su padre (¿por qué la había metido en aquel encerrona?, ¿por

qué ahora le pedía que demostrara lo que sabía hacer, después de toda una vida sin atreverse siquiera a hablar de el o?) y finalmente se congeló bajo una tundra de absoluta indiferencia.

Todo seguía igual. Ninguna revelación tenía importancia. No podían ayudar a Nerea.

La hija del famoso catedrático bebió su primer gin-tonic en la barra de un local estrecho y calentado de sudores, primero a sorbos y luego invirtiendo el vaso sobre su boca. Ésta

por Gabino, se dijo. Hizo un gesto al barman, sonrió mientras rel enaba su vaso y luego le habló por encima de la música:

—Ni se te ocurra acostarte conmigo, tengo la peste.

El muchacho asintió, torció el morro y le hizo la señal de ok con los dedos antes de alejarse hacia el otro extremo, por si acaso.

Pero en cuanto Cruz tuvo la copa l ena entre los dedos sintió que el estómago se le volvía del revés como un calcetín. Vomitó al í mismo, con las piernas separadas y las manos

apoyadas en la barra. Oyó protestas, ovación, insultos a su alrededor. No es que le preocupase demasiado.

Nada libera más que un fracaso total. Ningún final mejor que un naufragio.

De hecho, el a era capaz de vomitar las veces que quisiera y continuar bebiendo toda la noche; su musculatura interna era un prodigio en esa modalidad olímpica, una alcohólica

profesional que nunca había tomado una copa. Regalos de la genética.

El siguiente bar tenía las paredes pintadas con paisajes marcianos. La parroquia de melenudos registró su entrada con un fotograma de inmovilidad, pero al instante fue reanudado el cabeceo ritual. Cruz se sintió como si atravesara una manada de gigantescos y pacíficos herbívoros. Se pidió otro gin-tonic. Lo engul ó concienzudamente. Corrió a los

servicios.

Después de purgar sus tripas se quedó un rato sentada sobre la tapa del retrete, con los ojos cerrados. Hurgaba dentro de sí misma, se decía: debería echarme a l orar, debería

vaciar mi cabeza de malos pensamientos. Pero en eso le faltaba entrenamiento.

Cuando abrió los ojos estuvo a punto de gritar. Una figura negra y encapuchada se cernía sobre el a. Por un segundo habría jurado que su larga túnica se ondeaba y creyó advertir

el brillo blanco de un pico asomando de la capucha. Era sólo un dibujo, por supuesto. La muerte con su guadaña, un puro cliché sobre la puerta de un baño para aficionados al death-

metal.

Cruz salió a la calle dando tumbos. ¿Había dejado atrás el portal de su casa? No podía estar segura: las calles del casco antiguo conspiraban en un laberinto de rostros opacos y

esquinas meadas que no conducían a ninguna parte.

Entonces lo vio.

—Josian.

Lo reconoció por la espalda aunque no era más que otra silueta desgarrada entre la multitud oscilante, con su pelo negro, sus botas montañeras y su forro polar rojo. La primera

idea absurda que la asaltó fue que él había venido a buscarla. Pero ni siquiera borracha se dejó tentar por semejante vanidad.

Josian caminaba con la cabeza desplomada y tropezando a cada paso, como un Cristo extraviado camino del Gólgota.

—¡Josian! —l amó en vano.

Al acercarse vio los auriculares pegados a sus orejas. ¿A qué volumen debía de estar escuchando su música para distinguirla entre el oleaje de otras músicas y bramidos que

rompía en la calle? Cruz braceó por los grupos de adolescentes ebrios para llegar hasta él, pero su mano se congeló en el aire antes de tocarle.

Josian estaba llorando.

El pelo le ocultaba parcialmente la cara y sus ojos no llegaron a enfrentarse, pero Cruz leyó el mensaje en su perfil como si lo hubiera escrito él: impotencia, dolor, y un inacabable paisaje de pantanosa soledad.

Josian era un despojo, la mitad despreciada de un ser empeñado en autodestruirse, y ciegamente Cruz deseó partirse para regalarle media vida a aquel hombre. Como si él a le

sobrase.

No, a él tampoco podía ayudarle.

Ni siquiera se sintió con derecho a seguirle, pero se vio arrastrada. La desintegración de Josian ejercía sobre él un magnetismo amenazante pero irresistible. ¿Quién dice que

no se puede medir el dolor? Por supuesto que sí: se mide en centilitros de etanol, en el ángulo de una barbilla sobre el pecho, en el tiempo que se tarda en cruzar una calle estrecha y

llena de gente.

El futuro padre entró en la taberna más próxima, recorrió la barra en busca de un hueco y al fin logró que le pusieran un vaso en la mano. Cruz observaba sus movimientos como

una sombra que mirase de reojo a su dueño. En el otro extremo del bar, se pidió otra copa y la bebió al mismo compás que Josian, en secreta simbiosis.



La comedia se repitió en los dos bares siguientes. Él acababa los gestos que él empezaba, deambulaba por los ángulos contrarios como si los espacios se plegaran en una

simetría imperfecta, el hombre distorsionado en mujer, entre humos, pero idénticos en la coreografía de su hundimiento.

Josian no se quitó los auriculares en todo el viaje con escalas por la alborotada calle, ajeno al mundo que giraba a su alrededor, hasta que sus pasos dieron con una plaza

triangular y muerta, un expresionista patíbulo de hedores.

Él buscó apoyo en un banco y se dobló con la boca abierta sin arrojar nada más que estertores de impotencia.

—Déjame —se oyó decir Cruz, revelando por primera vez su presencia.

Los ojos de él se sorprendieron secamente, sin mutar en nada parecido a una emoción, y no hizo el menor acto de resistencia cuando él se inclinó para sujetarlo por la espalda

y le introdujo los dedos en la boca. El espasmo fue inmediato; Cruz retiró la mano y un chorro de alcohol y bilis salió proyectado hacia el suelo con la presión de una manguera. Los

botones de los auriculares saltaron de sus orejas, quedaron flotando sobre el charco como dos extraños cebos en el extremo de su sedal. Aquel o era más de lo que cualquiera podría

resistir, y sin embargo Cruz ya no sentía ninguna necesidad de vaciarse, había dejado de zozobrar.

En su lugar, un súbito y virulento apetito de ternura tensionó sus músculos cuando por fin Josian recuperó el aliento y alzó la vista hacia el cielo, como siguiendo el ascenso de una

divinidad. Quiso abrazarlo, empujarlo a través de los jirones deshilachados de su cortina mágica y escapar con él a otro lugar en el tiempo y en el espacio.

Pensó que si podía llevarse

objetos también podría secuestrar a personas, ¿por qué no? Según el magisterio de su experiencia, la palabra imposible carecía de significado.

Pero incluso ahora, ebria y agujereada de autocompasión, Cruz se golpeaba con otra barrera en medio de su cabeza que le impedía abandonarse por completo a su cobardía.

Era una barrera que no podía definir, una aleación misteriosa entre el juramento hipocrático, la veneración por aquel hombre condenado a morir tres veces y el anhelo de la tierra firme

emocional de que le habló Víctor en el hospital.

Lo que necesitaba esta noche —¿pedía demasiado?— era sentirse normal. Creer que podía llegar a serlo, al menos.

Por eso acercó la boca al oído de él para decirle:

—Josian, soy Cruz.

El asintió nubladamente. Se agarró a su hombro como hacen los borrachos.

—Vivo aquí cerca —siguió Cruz—. Ven conmigo.

Y juntos emprendieron el camino de regreso.

En las escaleras, él se le escurría de los brazos y tenían que descansar en cada relano. Resoplaban.

—Vamos, ya falta poco —dijo Cruz. La geometría del edificio hacía cabriolas delante de sus ojos como un cuadro de Escher. Un zumbido reverberaba en sus oídos.

—El a me odia...

—¿Quién?

—Yo le prometí que... nada malo pasaría...

—No hables. Intenta levantarte.

Acometieron el último esfuerzo y Cruz logró hacerlo entrar en su apartamento. Se derrumbó en el suelo, justo antes de llegar al sofá.

—¡Espera, ahí no!

Lo agarró de las axilas y lo alzó hasta el sofá. Él hablaba con los ojos cerrados:

—Me duele... Aah... No lo soporto...

—¿Qué te duele? —Cruz revisaba el cuerpo de Josian y no encontraba ninguna herida. Las venas de sus antebrazos se marcaban como nervios en el envés de una hoja.—

¿Dónde te duele?

—Perdóname... Perdóname... Ekai...

—Soy Cruz. —Arrodilada ante él, le apartaba los mechones húmedos de la frente.— La chica de la encuesta. Me invitasteis a comer en vuestra casa, en Lortia. Te he traído aquí

para que descanses un poco. No te preocupes por nada.

—Ekai... Ekai...

La boca de Josian se abrió en una mueca desmesurada, la fotografía de un grito, y entonces ella no supo hacer otra cosa que taparla, detener la explosión, primero con una mano

y luego con su propia boca.

De modo que no era un beso, sino un selo.

Como si el deseo no estuviera detrás de todos nuestros errores, conspirando.

Y ciertas leyes físicas: las que hacen caer los dos cuerpos uno sobre otro, las que empujan la

sangre más deprisa, transportando el calor al í donde se acusa más frío, las que requisan el control de los sentidos sin apelaciones.

Cruz estiró los brazos por la superficie áspera de la alfombra hasta agarrarse a las patas de la mesita, mientras él le desabrochaba el pantalón y tiraba de sus pliegues para

sacárselo por los pies. Él a tuvo tiempo de temer al dolor porque, en su experiencia, el sexo y el miedo siempre le egaban juntos. Pero no dijo «Quieto», no cerró los ojos. Alzó la

cabeza para mirar cómo él lo hacía, atendiendo hasta al último detalle, dando imagen a cada una de las sensaciones que la quemaban por dentro. Por vez primera el ritual no exigía

sacrificio ni abandono, sino perfecto egoísmo. ¿No era aquel golpeteo el sonido de las pezuñas de la conciencia, dando vueltas a su alrededor? Pero la escucharon marcharse,

cabizbaja... Cruz encabalgó sus pies sobre la espalda de Josian y los mantuvo al í todo el tiempo que se estremecieron unidos por aquel vaivén cadencioso, rotundo, coreado por sus

voces que sonaban a voces de otros. Al llegar al último grito, eones más tarde, Cruz ya había decidido pensar en Josian y Nerea como si fueran una sola persona: He husmeado en

tus tam- pax sucios he introducido mis dedos en tu boca para hacerte vomitar te he visto dar a luz un niño muerto y llorarlo desesperadamente he dejado que tu esperma se derrame

en mi interior. Y al í no había hueco para el remordimiento porque Cruz amaba a Nerea tanto como a Josian. Lo imposible era posible, y además era bueno.

Cayeron muertos, pero palpitantes, como las mitades de un animal cortado de

un solo machetazo.

Al otro lado de la ventana, el peso de la madrugada había terminado por apagar los últimos ruidos. Regresaba la calma.

Y sobre la alfombra, dos respiraciones que ya no iban al mismo compás. Josian se había dormido.

Había algo contundentemente apaciguador en su imagen al í tirado, con el pelo húmedo pegado al perfil del rostro y por el cuello. La camisa abierta.

Se fijó en los auriculares que colgaban de su bolsillo. Con cuidado, sacó el reproductor iPod y comprobó que seguía encendido. En su pantalla líquida sólo figuraba el nombre de

una canción, programada para sonar una y otra vez en un bucle interminable. Duraba 6:55 minutos y su título era: Ekai.

¿Cuál era el significado de aquellas cinco letras, que de pronto parecían explicarlo todo? Sintiendo que accedía a una intimidad mucho mayor que la del sexo, Cruz apoyó la

espalda contra el sofá, se instaló los auriculares en sus oídos y pulsó el botón de PLAY.

Era música compuesta por Josian en su ordenador, lo supo de inmediato aunque nunca antes la había escuchado. Un cuarteto de cuerda virtual sobre una base de sintetizadores

electrónicos. Acordes menores, tiempos pausados. Tristeza...

Sí, la tristeza llegaba en primer lugar, pero en ella venían flotando otras emociones fragmentadas, como restos del naufragio. Una corriente tibia de miedo las hacía elevarse y

asomar a la superficie con aristas rotas que arañaban los oídos de Cruz al traspasarlos. No se dio cuenta del daño que hacía aquella música hasta que sintió cómo se le humedecían

los ojos.

Entonces los cerró, y sucedió lo que él pensaba que no volvería a suceder: viajaba. Ya no existía cortina, pero tampoco la necesitaba.

La música la arrastraba por el aire.

Podría tocar la punta de las copas de los árboles con sólo estirar una mano,

\*\*\*

pero de pronto tiene miedo, no conoce los trucos de esta nueva magia y ni siquiera está dispuesta a mirar lo que el safari quiere mostrarle, de modo que centra toda su atención

en la música, el cordón umbilical que la mantiene unida a la realidad, pero también la alfombra mágica que la lleva volando. Una melodía que tiene picos y val es como el filo de una

sierra, y que la corta por dentro.

Y aunque no quiera mirar, Cruz ve, y reconoce el lugar adonde la lleva la música: Lortia. Entre los verdes y negros de la montaña, un pequeño claro: el cementerio viejo, donde

sólo un apelido sigue surtiendo su cripta de nueva sangre muerta.

La escena se detiene, adquiere personajes y luego rostros. Dos hombres ante la puerta metálica de la cripta Uztárroz, entornada en un espantoso ademán de invitación. El más

joven y delgado lleva una urna en sus manos; es Josian. El otro viste un chubasquero húmedo alrededor de su corpachón, porque ha caído una fuerte tormenta, lo que explica también

las botas sucias y el pelo aplastado de Josian, pero ha debido de terminar hace poco, porque Cruz mira al cielo y el gris es tan claro que la ciega por un instante. Entonces oye los

gritos.

La bóveda de la cripta añade una desesperación operística a los loros de Josian mientras el otro hombre desgrana un murmullo de rezos. Cruz reconoce entonces al cura,

Santiago Andueza, pero es imposible apartar los ojos del hombre que le acompaña, el que es padre de verdad, o lo ha sido, el que apenas puede dejar de gemir y temblar mientras

sostiene las cenizas de su hijo entre las manos.

En este entierro el mismo cura hace las veces de sepulturero. Se quita los guantes con los que ha removido el badil de cemento a sus pies y extiende sus manos hacia Josian

para que le entregue la urna, diciendo:

—Como pastor apacentará su rebaño: en su brazo cogerá a los corderos, y a su seno los llevará.

Josian aulla como un perro moribundo, no quiere soltar a su hijo. Santiago espera, cabizbajo, luego tiene miedo de que los gritos terminen por contagiarle a él y vuelve a estirar

sus dedos hacia la urna. Está dispuesto a forcejear si hace falta, pero no: a Josian no le quedan energías. Cuando le quitan el peso amado de sus brazos, el padre se derrumba como

los muros de una cúpula desprovistos de su pieza clave. Ahora es un niño de treinta años que se retuerce en el suelo, sollozando hasta quedarse sin respiración.

El sacerdote introduce la urna en un hueco del altar central, se pone los guantes y se agacha sobre el cemento húmedo. Con una espátula extiende el mortero gris en los bordes

donde va a fijarse la lápida, mientras sigue rezando, o tal vez maldiciendo, porque los hipidos de Josian no dejan escuchar otra cosa y el

rostro del cura está encendido

de algo que no puede ser resignación cristiana.

Durante unos segundos Cruz se estremece por el modo en que la música y los solozos de Josian se solapan en un mismo compás, perfectamente afinados, como si un grado de

padecimiento tan grande no pudiera expresarse con otro lenguaje que el de los puntos y rayas negras, notas frías y precisas sobre un pentagrama plano. Dolor en tercera menor

ascendente, seguida de un semitono ascendente.

Pero mirar a Josian es demasiado intolerable. Cruz vacila en el aire y retrocede. Sus ojos se posan entonces en la lápida que Santiago Andueza está encajando sobre la piedra y

el misterio queda resuelto con una fuga de percusión, violines y violas:

Ekai Armero Uztároz (12009)

Ekai.

Cuando ha terminado, el sacerdote saca del bolsillo o de su chubasquero un objeto que lanza pequeños destellos: una estrella dorada. Es la que faltaba al móvil de cuna que

Andueza destrozó delante de sus ojos en la sacristía de la iglesia. Una estrella destinada a girar ante los ojos somnolientos de un bebé y que ahora sólo servirá de decorado para este

inframundo de arañas y ratones.

Los golpes del martillo al clavar el latón en la lápida resuenan como disparos por el interior de la cripta. El efecto es terrible, y a pesar de todo Cruz prefiere mirar el trabajo del

cura que volver la vista hacia el deshecho Josian.



Entonces descubre que Andueza también está llorando, que su cabeza es un globo de venas hinchadas a punto de reventar, y súbitamente las ranuras de sus pequeños ojos se

convierten en dos troneras por las que Cruz es absorbida como el humo por una chimenea. El dolor es el vehículo, la puerta que conecta todas las estancias de sus safaris, ahora Cruz

ya lo ha comprendido. Puede viajar sobre los carriles del sufrimiento humano como por una vía de alta velocidad, sin paradas intermedias, sin barreras en el camino.

Y ahora el viaje acaba en otro lugar, otro momento oscuro en la memoria de Santiago Andueza. Cruz conoce la iglesia. El sacerdote está arrodillado ante el Cristo de la capilla

lateral, gimoteando penitencias. ¿Cuál habrá sido su espantoso pecado?

La respuesta es un libro. Está tirado en el suelo, abierto por la mitad, como si el cura hubiera hallado algo tan estremecedor en sus páginas que se lo hubiera dejado caer de las

manos. Cruz se arrima a la espalda del cura, temiendo tocarle, aunque ni siquiera ha probado a extender sus manos y comprobar si están allí; lo único que quiere es espiar, echar un

vistazo discreto al objeto de sus tribulaciones. Es un libro asombrosamente viejo, amarillento y consumido por los años pero con tinta todavía legible, al menos para quien sepa interpretar los trazos. Cruz apenas reconoce alguna fecha: veintey ocho días del mes de junio del año mil seiscientos... Y nombres: hijo legítimo de Sancho Belasco y Josefa Vinués...

Se trata de alguna clase de registro parroquial, justo de la época en que el pueblo fue arrasado por la peste: eso se advierte a primera vista, porque en la abigarrada letra destaca una

y otra vez la misma palabra: difunto, difunto, difunto...

Pero hay algo más. Unas anotaciones al margen, en euske- ra. Cruz no es capaz de interpretarlas, pero en el pulso irregular y lanzado del viejo párroco se leen pesadumbres y

urgencias insidiosas. Y Cruz sabe que son esas notas al margen las que han hecho estremecerse a Santiago Andueza, el cura del siglo veintiuno, como si el vínculo eclesiástico

pesara infinitamente más en su conciencia que el tiempo transcurrido, como si las penitencias se pudieran heredar, de la misma manera que una deuda no resuelta por los padres

recae en sus hijos y en sus nietos.

Cruz trata de guardarse alguna línea en la cabeza, memori- zar siquiera un puñado de sílabas, pero todo su empeño es inútil. El cura está empezando a sosegar-se bajo el efecto

de su letanía, y con su apaciguamiento Cruz pierde el asidero para su safari, igual que un avión entra en pérdida al dejar de sentir el aire bajo sus alas.

Aunque Cruz no cae en picado, sino que es arrastrada, remolcada por la música a otro lugar.

Este aria es lo más bello y triste que él ha escuchado jamás. Al lugar donde pueda llevarla da miedo imaginárselo. Pero aquí está, y su terrible verdad llega pintada en tres

colores:

Un cuarto de baño con azulejos de color aguamarina.

Un vestido blanco en el colgador de la pared.

Y el rostro de Nerea en medio de una bañera teñida de rojo.

—¡No! —grita Cruz, y en el mismo instante ve su propio cuerpo adquirir forma en el espejo empañado. Está aquí, ha venido. Dispone de pies con los que correr hasta el borde de

la bañera y de manos que puede introducir en el agua caliente para sacar a la muchacha. Chorrea. Pesa tan poco que es impensable que reste algo de vida en su interior. Un pez

negro y plata queda oscilando en el fondo de la bañera: un cuchillo.

—¿Qué has hecho?

Una hendidura en su muñeca izquierda ofrece todas las explicaciones. Pero de ella aún mana la sangre, aunque lentamente, y eso significa que hay un latido que sigue empujándola.

—¡Nerea, despierta!

Deja el cuerpo desnudo en el suelo, con la cabeza entre sus manos. Los párpados entreabiertos dejan asomar algo de consciencia azul. El pecho se mueve irregularmente, pero

con tesón, desaprendiendo a morir.

Cruz aprieta el corte sangrante con una mano mientras busca frenéticamente alrededor. Tiene que dejar descansar la nuca de Nerea sobre el suelo para abrir el mueble del

lavabo que tiene delante y revolver dentro. Entre rollos de papel y toallas dobladas encuentra un pequeño botiquín. Soy médico, se dice, debo ser capaz de hacer un buen vendaje.

Y mientras cubre la herida va hablando:

—Nerea, ¿me oyes? Soy Cruz...

Hasta que la joven le apunta con sus pupilas.

—¿Por qué no me dejas en paz? —en un soplo gris, apenas un síntoma de vida que está a punto de hacerle orar a Cruz.

—Porque no estás en paz. —Y cierra el vendaje sobre la muñeca con un tirón de rabia.— Estás embarazada, no puedes hacer esto.

Nerea podría asombrarse de muchas cosas: cómo ha llegado hasta al í, cómo sabe que está embarazada. Pero el asombro aún queda un escalón por encima de su nivel de

consciencia. Otras emociones yacen más abajo, como el lodo del miedo:

—No quiero tener otro niño muerto —susurra.

—Esta vez será diferente. Te lo prometo.

La joven niega, temblando:

—No puedes...

—Sí. Sí puedo. Te ayudaré. Tendréis un hijo sano.

¿Cómo se ama lo contrario a una maldición? Porque eso es lo que Cruz está pronunciando ahora, de rodillas en el suelo encharcado de sangre:

—Todo se arreglará. Ya lo verás.

Yaunque el rostro de Nerea es un esbozo de cadáver, algo de rabia por vivir se remueve todavía bajo su piel. Un «No es justo» que hace girar las bielas de su corazón.

—Prométemelo —exige de pronto, y al hacerlo atenaza el brazo de Cruz con su mano derecha.

Pero a Cruz le cuesta hablar, no consigue que las emociones lleguen a sus labios. Algo la tiene amarrada por dentro, como media docena de sedales enganchados a su cerebro,

dándole tirones.

La música.

Quiere.

Llevarse la.

De al í.

—Te lo prometo —declara, y es lo último.

A continuación, Nerea deja que sus ojos se cierren con una placidez que es regalada, o quizá concedida provisionalmente, a la espera de otra paz más definitiva. Hoy no morirá,

y ésta es la única certeza que tiene Cruz mientras es arrastrada fuera de aquel cuarto de baño por una trepidante marcha de timbales y vientos, también voces, aunque voces que

suenan sólo medio humanas porque están hechas de ceros y unos. El suelo se aleja de sus pies, las paredes se desvanecen y el mundo se precipita en un torrente de imágenes hacia

el a, como desaguándose a través de sus ojos.

La visión de Cruz se emborrona sobre los acordes finales de la elegía hasta quedar reducida a una mancha oscilante. De pronto no existe más que el silencio, y una esfera

blanca suspendida en el aire.

Una lámpara.

\*\*\*

La lámpara de papel se balanceaba ligeramente sobre sus cabezas. Una corriente de aire silbaba por las jambas inexactas del balcón y venía a enfriar el sudor de sus cuerpos

tendidos en la alfombra.

Cruz se incorporó, jadeando, con los auriculares todavía en sus oídos.

—Tienes que volver —despertó a Josian. Lo sacudió—. ¡Vamos! Nerea te necesita.

—No es verdad...

El quiso zafarse, remolonear un tiempo más en su desdicha, pero el a no se lo iba a permitir.

—¡Sí, es verdad! Escúchame, Josian. Todavía podemos ayudarla, a el a y al niño. Podemos intentarlo por otro camino.

Josian parpadeó varias veces, como desbrozando capas de significado.

—¿Al niño? —mascul ó.

Y entonces Cruz lo comprendió. El vacío en sus ojos.

—No lo sabes —e inmediatamente se tapó la boca, una cría que ha dejado escapar un secreto.

Aquel hombre ignoraba que iba a ser padre otra vez.

Corrección: lo había ignorado hasta verlo escrito en la expresión de Cruz.

—¿De qué estás hablando? —protestó, confuso. En realidad menos confuso de lo que había estado en meses. Su cuerpo se llenaba de electricidad, despertaba por dentro.

Cruz podría decírselo ahora: estáis esperando un niño. Pero entonces vendrían las preguntas, y había algo que necesitaba ser atendido antes de proceder a las explicaciones.

Nerea, con las muñecas vendadas, su piel blanca sobre un suelo rojo.

—Tienes que ir a casa ahora mismo —lo apremió—. Es importante.

La desnudez de ambos se hizo de súbito presente y significativa, pero apenas un segundo. En silencio comenzaron a vestirse y cada prenda era un renglón en el pacto que

estaban firmando: esto no había sucedido, éste pertenece a la clase de errores que pueden borrarse.

Cruz lo acompañó hasta la puerta. Sus respiraciones pronunciaron la única despedida posible; no se rozaron. Pero Josian se volvió en el rel año.

—Si le ha ocurrido algo... —se reprochó, entre dientes.

—Nerea está bien. Pero necesita que estés con el a. —Tragó saliva.—¿Seguro que puedes conducir?

—Sí.

—Está bien.

El contorno de él permaneció un instante inmóvil en la penumbra, sumido en algún tipo de examen interno, y luego salió volando escaleras abajo.

Cruz cerró la puerta. De pronto se sintió abrumada por el escenario vacío de su apartamento y se llevó las manos al rostro.

Había prometido ayuda a Nerea y a Josian.

Podemos intentarlo por otro camino., fueron sus palabras.

¿En qué demonios estás pensando, Campanil a?

## VIII

Si quieres saber la verdad sobre una persona, preséntate en su casa sin avisar un domingo por la mañana.

—¿Está Michi? —Cruz hablaba con la rejilla del portero automático—. Soy Cruz.

El zumbido de la puerta le dijo: sube tú misma a comprobarlo.

Michi compartía piso con un estudiante de ingeniería en el barrio de La Milagrosa. Cal es estrechas con nombres de ríos. Carteles de SE VENDE en balcones cerrados con

Climalit.

Cuando vio el aspecto de Alvaro, legañoso e inofensivo bajo el dintel, Cruz comprendió que todas las historias que había oído sobre él no eran sino excusas de Michi para no

invitarla a su casa. El geniecil o cobarde.

—Se oye música en su habitación —confirmó el ingeniero, mientras le abría paso al interior de su madriguera. Cruz atisbo la mesita del salón cubierta de folios, una caja de pizza

y los controles de la Xbox: el altar habitual.

Alvaro señaló una puerta al final del pasillo. Zócalos sueltos, paredes en gotelé.

—Tendrás que usar el timbre, si no se entera —le explicó, y giró sobre sus talones para regresar a la consola.

En efecto, había un botón en la pared, junto a la aparatosa cerradura que Michi había hecho instalar en su puerta. Cruz lo miró unos segundos sin hacer nada.



El ritmo de alguna

canción de rock permeaba a través de los ocho puntos de seguridad.

Está loco, pensó. No necesito la ayuda de un loco.

Pero justamente eso era lo que necesitaba, así que tocó el timbre. Una sola vez fue suficiente, y un fastidiado claqueteo de bombines anticipó la salida de la cabeza de Michi. Sin

el gorro.

—¿Qué pasa? —Reconoció a Cruz y encogió el cuello como una tortuga.—  
¡Cruz! ¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

—Sí, eh... Lo que... —una alarma de incendios en su cabeza; carreras, sirenas, pánico—. Está bien. Pasa.

Abrió desgadamente la puerta y él entró. Blum-chack, atrapada en la cámara de los horrores. Antes de que Cruz volviera a poner su vista sobre él, Michi ya había apagado la

música y se había enfundado la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó él, y sólo entonces Cruz fue consciente de que venía resoplando. Se había tomado un día entero para ordenar su cabeza y buscar en el limitado mapa

de sus posibilidades aquel camino salvador que había prometido, sin precipitarse, pero luego había corrido hasta su punto de partida como si se tratase de una competición.

Y el camino empezaba aquí, entre estas cuatro paredes. Si Cruz albergaba alguna duda se disipó en cuanto vio la gigantesca ilustración del doctor Schnabel con su traje carnavalesco ocupando media pared, desde el suelo hasta el techo. El parecido con Basile le hizo estremecer.

Michi siguió su mirada.

—Ah, eso —se movía a sacudidas, aún conteniendo su histeria por la invasión—. Me gusta tener un referente visual cuando estoy metido en una investigación. Supongo que ya

conocías el grabado.

Cruz asintió, pero cada estímulo que llegaba a sus ojos apretaba más el nudo en su garganta. Un corcho claveteado de fotografías encima de la cama deshecha. En algunas

aparecía Cruz, pero esas no tenían nada de inquietante, respondían al concepto amorfo de amistad con ligera obsesión platónica: ninguna sorpresa. Lo inesperado eran las fotografías de Gabino Montenegro. Recortes de revista, descargas de internet, prensa. Papá con sus mofletes barbudos en ademanes intelectuales a lo Umberto Eco.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó Michi, desde el fondo de su vergüenza.

—Agua, si tienes.

—Claro. Ventajas del siglo veinte. Agua corriente.

Cruz siguió su ronda visual y tropezó con una estantería llena de películas. Ordenadas alfabéticamente: A propósito de Henry, Al este del edén, Algo salvaje, Amelia, American

beauty, Amores perros...

—Tienes exactamente las mismas películas que yo —se asombró. Y dio media vuelta para mirarle, pero él se había refugiado en el pequeño cuarto de baño anexo al dormitorio.

Desde allí, gruñó:

—¿De verdad? No creo.

Cruz pasaba el dedo por los lomos de las películas mientras recordaba que

Michi sólo había estado una vez en su apartamento; suficiente para realizar una fotografía mental de

su estantería y replicarla en su escondite sin un olvido ni un error.

Cuando regresó del baño traía un vaso de agua para el a. Esperó a que el a terminase hasta la última gota para decir:

—El otro día me porté como un gilipol as, lo siento.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

El a había venido a pedirle ayuda, así que era mejor saltarse los protocolos de ingenuidad. Dijo:

—Es normal que no me creas. Me pongo en tu lugar y yo tampoco te creería.

—Escucha, sí te creo.

Cruz resopló (oh, sí, claro, a sus órdenes Capitán Kirk) y se quedó sosteniendo el vaso vacío mientras Michi se acercaba a su mesa de trabajo: una tabla sobre cabal etes, torres

de libros, un PC portátil y un pequeño frigorífico debajo. Con sus pantalones cortos y su camiseta de Super Furry Animáis, Michi parecía el recepcionista freak de algún hotel dudoso.

—Lo digo en serio. —Su lengua comenzaba a calentarse—. He estado haciendo algo de research. Ya sabes cómo funciona mi cabeza; no creo en los misterios irresolubles,

cualquier incógnita puede ser despejada si nos dan una pizarra lo suficientemente grande. Y mi pizarra del viernes era muy pequeña, casi enana. Por eso te pido perdón. Lo que tú

tienes... O sea, lo que experimentas...

Ahora él lo miraba con precaución. Michi levantó un dedo para ganar tiempo y rebuscó entre sus papeles hasta dar con unos folios impresos. Los presentó en el aire, relamiéndose.

—Bilocación —dijo—. Se llama bilocación. La Iglesia Católica lo conoce desde hace siglos: el papa Clemente, san Francisco de Asís, san José de Cupertino... Hay testimonio

de que todos ellos estuvieron en dos lugares diferentes al mismo tiempo. Pero también es una práctica común en el budismo tibetano y en el chamanismo primitivo. Es parecido a

una proyección astral pero va más allá, porque la mente llega a generar un segundo cuerpo, una especie de doble provisional, con todas las funciones sensoriales del primero, pero

sólo por unos segundos —chasqueó los dedos—, chas, mientras el sujeto original queda sumido en un trance, igual que te pasó a ti en la sala del microscopio. Puedes viajar al

pasado, pero no al futuro, porque el futuro no existe. Pero tienes que tener mucho cuidado con no encontrarte contigo mismo, ni siquiera verte de lejos; dicen que uno se queda

hipnotizado por su propia imagen y ya nunca puede regresar. —Soltó una risita, se le cayeron varias fotocopias mientras buscaba otras.— Es un fenómeno físico que sólo se puede

explicar desde la mística, por eso provoca rechazo en la mente científica. Es una aberración, pero una aberración documentada.

Cruz dio un paso para coger los papeles y hojearlos. Su ceño era un acueducto de pensamientos turbios.

—Michi, tú no crees en nada de esto. Mira de dónde has sacado estas cosas: Revista de parapsicología, Caminos Místicos, Nueva Era... Nosotros siempre hemos despreciado

a esta gente.

El doctor con perla y gorro abrió una sonrisa extraña, como prestada de otro hombre más viejo.

—¿Tú me desprecias? Porque yo creo en lo que vi el viernes.

El a se limitó a negar con la cabeza, aunque hubiera querido decir muchas cosas. Por ejemplo: tú sólo me crees porque me deseas. En lugar de eso volvió a mirar los rostros de

los santos en las ilustraciones. El a no era una santa; en realidad se sentía más cerca de las brujas que morían en la hoguera.

—Me gustaría hacerte un millón de preguntas. —Michi deslizó la única silla hacia el a, que hizo un gesto de rechazo. Entonces la ocupó él, apoyado en sus codos, atento como un

profesor de drama.— ¿Desde cuándo...? ¿Desde cuándo puedes hacerlo?

—No, por favor —lo atajó—. No me estudies. No he venido para eso.

—Perdona.

Pero el pudor de Cruz sólo hacía avanzar más despacio el reloj, y de todas formas tendría que acabar desnudándose. Quiso hacerlo de la manera más fría:

—Sólo puedo viajar a donde hay alguien que sufre. No me pidas que te lo explique, pero así es como funciona. Con dolor.

Michi esperó. Dejó que el a continuase:

—Y no es perfecto, lo que ves, los lugares... Hay errores por todas partes, cosas que no deberían estar allí, rostros. Quimeras, es como yo las llamo. Y corres el riesgo de convertirte en una de ellas si te quedas atrapado allí. Eso es todo lo que sé.

Sabía más: una tramoya de cortinas y compuertas secretas, por ejemplo. Pero el público no necesita conocer los trucos.

—Escúchame, Michi: tengo miedo —dijo, para hacer estallar la burbuja de fascinación—. Ya no puedo controlar este poder. No sé si podré regresar, pero tengo que hacer un

último viaje para ayudar a Nerea. Se lo he prometido. Y necesito a alguien en quien confiar para que esté a mi lado. Tú.

Su amigo se removió en la silla. Los focos del escenario de pronto caían sobre él.

—¿Por qué estás tan segura de que soy de fiar? —preguntó, como si se tratara de un acertijo.

—Porque te conozco.

—No me conoces. No sabes nada de mí.

Cruz boqueó una insonora protesta, pero él se levantó y dijo:

—¿Y si te digo que no eres la única que tiene oscuros secretos?

—Michi...

—Escúchame tú, Cruz —una rabia infantil patinaba sobre el hielo quebradizo de sus ojos—. ¿Y si te digo que el otro día te engañé, que no es verdad que incineré a Ozzy, al

menos no entero?

—¿De qué hablas?

—¿Y si te digo que el otro día, antes de echarlo en la incineradora, le corté la cabeza con una sierra quirúrgica y ahora la guardo congelada en esta nevera, envuelta en papel de

aluminio, porque soy un puto tarado con trastornos afectivos que ni siquiera es capaz de encajar la muerte de su mascota favorita?

Hizo un ademán hacia el pequeño electrodoméstico blanco que se agazapaba

bajo su mesa, como si le invitara a comprobar sus palabras. ¿Por qué todo el mundo se creía con

derecho a desafiarla con sus neurosis y sus cataclismos mentales? El aire de la habitación pareció hacerse más denso y agrio al inhalarlo. Michi jadeaba, el brazo todavía extendido.

En la imaginación de Cruz, los ojil os imaginarios del macaco decapitado esperaban también una respuesta, sin parpadear, desde su gélida mortaja.

Aunque era un farol, por supuesto. Estaba segura de que si abría esa nevera ahora mismo no iba a encontrar más que botes de mantequilla, lonchas de jamón envasado y un par

de docenas de Coca-Colas Zero.

Pero Cruz entendió el juego a la perfección. Créeme y no me hagas preguntas; mójate por mí; la amistad como un charco turbio, no como una playa de arenas blancas.

Se encogió de hombros:

—Muy bien. Si dices que guardas la cabeza de Ozzy en esa nevera, yo creo tu palabra. Y sigo pensando que eres mi amigo; la única persona en la que confío ahora mismo.

Estaba siendo honesta, pero desconocía si su semblante la traicionaba con algún matiz de espanto. Cabezas de monos, por dios.

—Vale. —Michi asintió varias veces, sin atreverse a mirarla de frente; se rascó la perilla, buscó un lugar donde poner sus manos y las dejó por fin encajadas en sus axilas.— Me

has convencido, jefa. ¿Cuál es la misión?

Borrar la maldición en su origen. Salvar a Nerea y a su bebé. Salvar a Basile y Amaia. Cambiar la historia de un pueblo.

O mejor aún:

—Te va a encantar —sonrió el a—. Hay que hacer confesar a un cura.

Cruz no tenía sueños por las noches desde que comenzó su investigación en el caso de Lortia. La pantalla de sus párpados era un cine clausurado, incapaz de hacer la competencia a la realidad de los safaris. Su cerebro echaba la persiana cada noche y daba igual lo que el inconsciente tuviera que opinar al respecto, no había sesión golfa, ni

descargas emocionales ni compensaciones freudianas. Sólo oscuridad y ruido de tuberías hasta el amanecer.

Excepto aquel a vez.

La noche del lunes al martes Cruz soñó que vivía de nuevo en la casa de sus padres. El a debía de ser una niña de pocos años, porque jugaba en su habitación bajo la mirada

vigilante de un adulto. ¿Quién era? No podía reconocerlo. El rostro de su cuidador fluctuaba, o quizás es que el a nunca lo miraba, porque aquel rostro carecía de toda importancia. La

pequeña Cruz no hacía otra cosa que pensar en su padre, que trabajaba encerrado en el despacho del ático, igual que siempre, y el a se escapaba una y otra vez escaleras arriba

hasta que su vigilante la cogía y la llevaba de vuelta al cuarto de juegos. La persona sin rostro (espera, una mujer, ¿no era una mujer joven?) se empeñaba en entretenerla con pasatiempos, con rimas, con meriendas, con muñecas; no la abandonaba ni a sol ni a sombra. Y Cruz lo oraba, se enrabiaba, arrojaba los juguetes a su guardián y gritaba que quería

ir con papá, pero papá nunca salía de su despacho, y Cruz odiaba a todos los adultos que se interponían entre el a y su papá, y pataleaba y decía las peores palabras que era capaz

de imaginar.

Pero luego el sueño cambiaba, viraba hacia coordenadas brumosas donde lo



recordado se mezclaba con lo fabulado, y Cruz se veía pisando la ribera de un río donde jugaban

otros niños, un chico y una chica. No tendrían más de nueve años y se retaban a carreras, entre risas. Caían en la hierba, y él cantaba una canción. El se burlaba, pero adoraba

escucharla, se leía en sus ojos. Y Cruz los espiaba hasta que de pronto sentía otra mirada por encima de la suya y se volvía. Más allá, una figura gigante de pelo negro y vestido

blanco, apenas una espalda que se tornaba y desaparecía entre los robles sin mostrar su rostro. ¿Quién era? Cruz creyó saberlo, de la manera en que sabemos las cosas importantes durante los sueños pero luego ya no están ahí cuando despertamos.

Por la mañana se levantó muy temprano, cansada e irritable; pensó que había dormido mal por culpa de los nervios, aunque no era nada parecido al miedo lo que la agitaba. Se

dedicó a poner orden en el apartamento hasta que llegara la hora de encontrarse con Michi; echó a lavar la alfombra y las fundas del sofá; quitó el polvo; tiró la mitad de las cosas de

su nevera, e hizo una nueva lista de la compra; se planchó dos camisas. A las

ocho y cuarto, cuando abría la puerta de casa para salir, se acordó de lo que había soñado. Permaneció unos segundos quieta en el mismo umbral, traspasada por la corriente

que subía de las escaleras. Se estremeció de tal forma que se le cayeron las laves al suelo.

—¿Qué tarareas?

Cruz ni siquiera se había dado cuenta de que lo hacía.

—Perdona.

—No, si me gusta. —Michi apartó la vista de la carretera solo un instante, para mirarla.— ¿Qué es?

—Nada. Una canción que oí.

—Me gusta —insistió él. Pero lo que le gustaba era escuchar a Cruz canturrear, daba igual que fuera una melodía triste.

Las nubes se asomaban por los cortes del val e y Cruz se encogía bajo su sombra en el asiento de acompañante del Range Rover.

—Sigo pensando que deberíamos entrar por la noche, no tiene sentido enfrentarse a él. Estoy seguro de que guarda el libro en la maldita caja fuerte.

—Michi l evaba un rato

vistiendo su cobardía de argumentos técnicos: la relación de pesos específicos entre Santiago Andueza y él mismo, por ejemplo.

—Se arrugará, te lo he dicho.

—O nos arrugará a nosotros. ¿Te fijaste qué manos tiene?

—Un gigante con pies de barro.

—Qué bonito. De barro. Así es como nos va a dejar, bien escachaditos.

—¿Tienes miedo de un cura?

—No es una cuestión de hábitos, sino de puños y kilopondios.

El perfil de Lortia se presentó ante el os como un invitado que l ega antes de hora, abortando sonrisas. Entre las cosas que Cruz no le había contado a Michi se hal aba su último

encuentro con Josian, y ahora mismo la posibilidad de tropezarse con él por las estrechas cal es del pueblo le dificultaba la respiración.

—Estoy de coña —dijo Michi tras apagar el motor. Una vez más malinterpretaba la expresión gatuna de su amiga—. En el fondo me muero de

ganas de zurrarme con ese cura.

Llevo toda mi vida preparándome para este momento. El combate del siglo.

La broma se pudrió en el aire nada más soltarla. Incluso Michi se dio cuenta de que ya no podía seguir excretando idioteces como antes, cuando Cruz era una chica normal a

todos los efectos y él no creía en fenómenos asombrosos. De pronto ser adultos consistía en regresar a la seriedad y la credulidad de la infancia.

—Vamos.

El a se adelantó fuera del coche y esperó a Michi contemplando el río desde el pretil del aparcamiento. Se preguntó si aquel as rocas eran las mismas de hacía cuatrocientos

años o si el agua las iba desprendiendo y cambiando lentamente como células muertas de piel, la piel de una serpiente jurásica. A sus ojos, el río era siempre el mismo, y tal vez por

eso le gustaba mirarlo. Transformarse y permanecer, fluir y no derramarse. Nunca volver atrás.

La puerta de la iglesia los esperaba abierta. Una mujer fregaba el suelo entre los primeros bancos. Levantó la cabeza al oír sus pasos.

—Está cerrada.

—Buscamos al padre Santiago —dijo Cruz.

—El padre Santiago está ocupado. Tendréis que esperar afuera.

La mujer l evaba el pelo recogido y un delantal de plástico; Cruz pensó que guardaba un parecido familiar con la dueña de su posada. Siguiendo el vaivén de sus ojos supieron

que el sacerdote se encontraba en la sacristía.

—Gracias —dijo Cruz, pero en cuanto iniciaron el movimiento hacia aquel lugar la mujer los detuvo:

—Os he dicho que la iglesia está cerrada. Al padre Santiago no le gusta que le molesten cuando está trabajando.

Una grieta de inseguridad surcaba la bóveda de aquel a voz y Michi se lanzó al ataque. Sacó una hoja cualquiera de su carpeta Lieds-Hóffer y la enarboló.

—¿Sabe lo que es esto? Una acusación formal del Instituto Lieds-Hóffer contra Santiago Andueza por ocultación de información médica en un estudio epidemiológico de alta

incidencia purgativa. No quiero alarmarla, pero me gustaría saber su nombre si va a colaborar con el padre Santiago en su actitud obstructora. Dígamelo, si es tan amable.

Michi buscó un bolígrafo por sus bolsillos, pero no hizo falta.

—Oye, que yo no sé nada de eso. Sólo me pagan por limpiar la iglesia dos días a la semana, y ya he terminado. Hala. —Escribió la fregona en el cubo y lo dejó todo junto al pilar

más próximo.— Al á cuentas.

Cruz disimuló una sonrisa mientras la señora recorría la iglesia en dirección a la salida, con paso ligero. Al llegar al í, se dio la vuelta por última vez para gritar, a traición:

—¡Cuidado, padre, que van!

E inmediatamente huyó a la carrera por la plaza.

—Qué puta —rio Michi.

—¿Alta incidencia purgativa?

Michi iba a justificarse pero entonces la puerta de la sacristía se abrió tan deprisa que sintieron la succión del aire en el vel o de su piel.

Santiago Andueza ocupaba el vano entero con su corpachón.

—Vosotros otra vez—dijo. Y aunque algunas pantorrillas temblaban por debajo de los pantalones nadie se movió.

Cruz pronunció muy claro y muy despacio:

—Sé que tiene un libro escondido. Quiero verlo.

Durante unos segundos el cura no reaccionó. Ni siquiera pestañeó. Si la luz le hubiera dado en el rostro en lugar de recortar su silueta por la espalda, Cruz y Michi habrían visto

los bultos enrojecidos de sus ojos, dos corchos a punto de saltar. Y en el fondo... ¿Una liberación?

Sí, de eso se trataba.

Cruz ató el cabo con un nudo tan limpio que le dieron ganas de soltar una carcajada: era el padre Andueza quien había enviado el mensaje de auxilio al doctor Nagore, y no

Josian. ¿Cómo no lo había adivinado antes? Una culpa de cuatro siglos resumida en un correo electrónico sin firma. Un secreto de confesión traicionado por razones humanitarias.

Justo cuando Cruz venía a rendir la ciencia a la fe, se encontraba con que Dios buscaba refugio bajo el estandarte de la medicina.

—Está bien—dijo Andueza—. Queréis verlo. Pues lo veréis.

Tan fácil como eso.

Les franqueó el paso a la sacristía, e hizo un gesto para que se sentaran frente al escritorio. Luego abrió la alacena, sacó una llavecita de su bolsillo y la introdujo en la caja de

seguridad que dormía allí abajo. El frontón de su espalda, moviéndose. Cruz y Michi tragando saliva.

Cuando el cura se volvió, le evaba en sus manos un simple libro con encuadernación gruesa y gastada. Pero no era un simple libro, claro. Los libros simples no huelen así, para

empezar.

En la cubierta no había nada escrito, pero Michi habló como si leyera un título, inclinándose hacia delante:

—Quinqué libri.

—¿Qué?

—Libro de sacramentos. —Los dedos de Michi quisieron irse sobre el volumen, pero todavía permanecía protegido por las manos nudosas del sacerdote.— Una especie de

registro parroquial. Pensaba que se habría quemado en el incendio con todo lo demás.

—¿Qué sabéis del incendio? —preguntó Santiago Andueza. En su expresión pesaba una derrota íntima y vieja de la que Michi y Cruz no eran protagonistas, sino notarios.

—Sólo que hubo uno —dijo Cruz.

Andueza asintió, abandonó con cierto esfuerzo el libro en manos de Cruz y Michi y fue a reclinarse en su silla, frente a ellos. La cremallera de su gruesa chaqueta azul se tensó

sobre la curva de su vientre.

—La noche del tres al cuatro de agosto de mil seiscientos uno —dijo gravemente—. La noche de la procesión.

Incendio. Procesión. Aunque no en ese orden, sabía Cruz.

Dejó que Michi levantara la tapa y pasara las primeras páginas acartonadas del libro, muy despacio, con el cuidado reverencial de un paleontólogo, como

si temiera que el papel

se deshiciera en polvo en cualquier momento.

—Dios, esto tiene casi quinientos años... —murmuró extasiado.

La letra adquiriría distintos matices cuando cambiaba de dueño la pluma encargada de hacer los registros, pero siempre manaba en líneas prietas, atravesadas de capitulares que

iniciaban nombres y apellidos. Partidas de nacimiento, matrimonios, defunciones, padrones de feligresía, confirmaciones. Los asientos comenzaban a finales de mil quinientos ochenta y dos, por lo que casi veinte años de Lortia se apelmazaban entre aquellas cubiertas de piel milagrosamente conservadas.

La respiración agitada del cura daba cuenta de algún alambicado proceso interior, un circuito de frío y calor que terminaba por destilar sudor en el lienzo de su frente.

—Aquí comienzan las anotaciones al margen que me dijiste —anunció Michi, acariciando las últimas páginas escritas del volumen.

Santiago y Cruz intercambiaron una breve mirada, y él se vio a sí misma en los ojos del otro con cuernos y rabo. Porque era un demonio; ¿cómo si no podía conocer lo que él

jamás había contado a nadie? Cruz casi tuvo que contener una sonrisa: merece la pena ser un monstruo sólo para ver cómo te temen.

Michi carraspeó de excitación.

—Uskara: el vascuence roncalés. Y está emborronado, casi no se entiende. — Pero la dificultad era un estímulo; Michi afiló los ojos para diseccionar unas palabras garabateadas

a pie de página—: «Señor, señor, perdóname...», y luego: «Johan U. entrega... veinte ducados para servicio...», no entiendo lo que dice. Y la firma: «P.M.». Pedro Mayo, supongo; era

el cura de Lortia en aquel as fechas.

—Johan U., Johan Uztárróz —completó Cruz.

Andueza observaba, muy quieto. Tal vez purificándose por dentro.

Michi pasó varias páginas, hasta encontrar la siguiente nota.

—Empieza igual: «Señor, señor, perdóname...» Parece que le remordía la conciencia a este Pedro Mayo. Registra otra limosna de Johan U., por cuarenta ducados. Pensaba que

Uztárróz tenía fama de avaro.

—No son limosnas —dijo Cruz. El corazón pegando aldabazos en sus sienas.

—Tienes razón, hay algo turbio —se entusiasmó Michi—. Si fueran limosnas normales no estarían anotadas así, en los márgenes. Aquí menciona otro nombre: «Antón Arnalt», y

dice algo de cerdos... pero no lo entiendo.

—Era el porquero —irrumpió la voz de Santiago Andueza, sobresaltándoles. Sus dedos hacían girar el anillo de la mano izquierda—. El pobre Antón trabajó de porquero para los

Uztárróz toda su vida. Murió en el incendio, pero su familia se salvó, de milagro. Todavía hoy quedan descendientes en el pueblo.

—Los Arnaut —recordó Cruz.

—«Sólo el diablo paga el mal con mal» —leyó Michi—. ¿Qué quiere decir esto?

Cruz atisbo una galaxia de secretos en expansión a punto de precipitarse por la boca de Santiago Andueza, constelaciones de manchas de conciencia y estrellas de latón. Sólo

necesitaba separarle los labios.



—Padre Andueza —tentó—, ¿qué es lo que sabe? ¿De qué tenía que arrepentirse Pedro Mayo?

—«... Que el señor me castiga con este tormento, por encima y por debajo de mi carne...» —las palabras muertas del vicario resucitadas por Michi, cuatro siglos después.

—Padre Andueza, por favor.

—«... y he traicionado no sólo a la mujer sino al sacramento sagrado de la confesión...»

—Usted lo sabe todo —suplicaba Cruz. Andueza se resquebrajaba—. Y quiere contárnoslo.

Michi saltó unas páginas. Su dedo fue a cincelar los fósiles confinados a los márgenes:

—Aquí vuelve a mencionar al porquero: «El infeliz Antón es reo de su debilidad y su pecado... Ha sido tan fácil...» No entiendo esto: «Por imponer una penitencia que l eva dentro

un nuevo pecado».

Las manos del sacerdote fueron a su cabeza, como si la presión amenazara con hacerla estallar. Pero no hizo otra cosa que alisarse el pelo, y hablar, en tono apesadumbrado:

—Ahora muy poca gente se confiesa. Me paso horas en el confesionario sin que se presente un alma. Pero antes era distinto. Los curas de los pueblos conocían todos los

secretos, todas las debilidades de sus vecinos. Y ése es un poder muy valioso.

Cruz vio a dónde l evaban sus palabras:

—Johan Uztároz compraba aquellos secretos. De esa forma controlaba al pueblo.

—En realidad sólo había una persona a la que deseaba controlar, y no podía.

Las respuestas iban goteando, una a una.

—Su hija —dijo Cruz. Andueza asintió—. Así supo que de acostaba con Basile.

Michi alzó la cabeza del libro y les hizo cal ar. La punta de su lengua bailaba nerviosa.

—Espera, espera, a ver si me entero. Johan Uztárroz le paga al cura para que rompa el secreto de confesión y así se entera de que su hija se ha liado con el médico francés,

mientras el marido está en la guerra, ¿no? Vale, tenemos adulterio, venganza, peste y mucho mal rol o, pero ¿qué pinta un porquero en todo esto?

Andueza sonrió con media boca; con la otra media odiaba intensamente a Michi. Dijo:

—Uztárroz se fue del pueblo en cuanto supo que el Consejo Real iba a dictar una orden de aislamiento, por la peste. Supongo que intentó l evarse a su hija pero el a se negó.

Después pusieron guardias en los caminos y ya nadie pudo salir de Lortia. Johan Uztárroz no se l evaba bien con el alcalde ni con el inquisidor de Pamplona para pedirles favores

especiales, pero sí con el cura, con Pedro Mayo. Y cuando se fue le dejó un encargo. —Parpadeó como si, al verbalizarla, su mente sancionara la noticia por primera vez. No es lo

mismo saber que contar.— Tenía que destrozar la reputación del francés, convertirlo en un diablo a los ojos del pueblo, hacerle responsable de todos los males.

—Y el cura encantado de ayudar, claro —cacareó Michi.

Santiago Andueza golpeó la mesa violentamente con la mano.

—¡Ya está bien! —Y otro mazazo; un pequeño crucifijo con peana volcó sobre el escritorio.— ¡Muestra algo de respeto al lugar donde estás!

El rostro de Michi se contrajo como si quisiera esconderse dentro de su gorrito de lana; era un reflejo muscular, no había mucho que su orgul o pudiera hacer para remediarlo.

Cruz dijo:

—Le acusaron de untador. De propagar la peste por el pueblo.

Aquel o se lo había contado Margarita Uztárroz; no era la pieza perdida, sino el hueco en medio del puzzle.

—Mayo no pudo aguantar la presión —rezongó el cura penosamente—. Debemos ponernos en su lugar. El pueblo entero se moría y esperaba una ayuda de Dios que no llegaba.

Oyéndole, Cruz empezó a entender con qué desesperación aquel hombre les había estado aguardando todo este tiempo. Cuando él corría por las calles de Lortia, el martes

pasado, no huía de un cazador furioso sino de un hombre malherido, alguien que ha recibido una picadura de la peor clase y debe correr en pos del antídoto.

Pero safaris y redenciones a parte, Cruz todavía pertenecía al bando de los médicos. Protestó:

—Basile los estaba curando. Él era la ayuda.

—No te rías de mí, por favor. Nadie podía curar la peste en mil seiscientos uno. El francés sólo organizaba, mandaba limpiar y mantenía a raya los contagios. Pero ningún enfermo

salía caminando del lazareto, y eso es lo que el pueblo quería: milagros.

—O diablos a los que culpar.

Andueza inclinó la frente lo justo para que sus facciones quedaran ensombrecidas. Guardó silencio.

—Atentos a esto. —Michi había vuelto al libro; lo devoraba—: No tiene mucho sentido, pero creo que dice: «Hoy he utilizado uno de los cirios negros para fabricar la máscara de

cera». Y tres días después: «Antón ha vuelto a confesarse, y por fin le he impuesto el trabajo de su penitencia. Se ha levantado la máscara bendiciendo el nombre de Dios, el muy

infeliz».

Dos escenas saltaron de la memoria al consciente de Cruz como pasajes de una misma representación: el perfil del untador, quieto y negro sobre el puente de piedra mientras un

niño intenta salvar su vida atravesando el río, unos metros por debajo; y la pelea a muerte entre dos hombres junto a una pira de fuego en aquella misma sacristía, dos rostros distorsionados de ira que ahora identificaba como los de Pedro Mayo y Antón Arnalt.

—Un diablo con cabeza de cuervo —soltó el a, enarcando las cejas—. Antón se disfrazaba de médico para asustar a los aldeanos, como un untador.

—¿Por qué hablas de disfraz? —preguntó Andueza. Se había vuelto hacia el pequeño ventanuco de la sacristía, apenas una radiografía de cielo—. Antón era un auténtico untador. Se puso la capa de un muerto, cubierta de grasa, y con el a envolvía a los que sorprendía por la noche, en cualquier callejón. Luego ellos decían que habían sido atacados por

el médico, y siempre enfermaban. Es difícil saber cuántos fueron contagiados por Antón realmente. Al final todo el mundo terminaba enfermando y muriendo, así que...

—¿Y él no tenía miedo de contagiarse?

—Era inmune. Si de verdad habéis leído algún libro de medicina sabréis que

no todo el mundo es vulnerable a la enfermedad. Pero su carne tenía otra debilidad, y esa fue la que

aprovechó el padre Mayo.

—¿Qué debilidad?

Al removerse, el hombretón hizo crujir los muel es de la sil a como si pidieran auxilio.

—Nada que no se haya hecho desde el comienzo de la humanidad —dijo—. Un hombre solo en el campo, rodeado de bestias.

Michi hizo una mueca.

—Dios. ¿Se cepil aba a los cerdos? —No pudo contener una risa asqueada.

—Es muy fácil reírse ahora. —Andueza le dirigió una mirada aún peligrosa: la hoja de una espada vieja.— Aquel a gente no tenía otra cultura que la del púlpito, y Antón estaba

seguro de que le esperaba el infierno si no hacía algo para limpiarse. El infierno, y antes la hoguera; todos creían que la peste era un castigo de Dios y no dudarían en sacrificar al

pecador que la había traído. Os recuerdo que todo esto ocurrió sólo unos pocos años antes del Auto de Fe de Logroño; la gente de los pueblos estaba tan sugestionada que veía

brujos por todas partes.

—Qué horror —terminó Cruz—. Y todo por dinero. Por unas malditas monedas.

—¡No! —rechazó Andueza, ofendido—. Es algo más complejo que eso. El padre Mayo tenía sus propias razones para odiar al médico francés... y también odiar a Dios.

Cruz recordó otra imagen de su safari: el pecho desnudo del antiguo cura,

cubierto de bulbos negros.

—Estaba enfermo —comprendió.

—Estaba condenado. —Andueza entornó los ojos como si aquel dolor ajeno resonara en sus propios músculos—. Había entregado su vida al servicio de Dios, había suplicado

por una intervención suya para salvar aquel pueblo y lo único que recibía del Cielo era la peor de las muertes. No lo merecía. No era él quien debía pagar por aquel horror.

Un silencio de alpaca se anudó a sus cuellos, insoportable. Entonces llegó el silabeo de algunas voces dubitativas en la iglesia, al otro lado de la puerta. Andueza extendió una

mano hacia Michi, que se aferraba al libro.

—Por favor —dijo—. Ya es suficiente.

No era verdad. No eran suficientes unas pinceladas de luz para esclarecer semejante retablo gótico. Pero Michi miró a Cruz y supo que no tenía otra opción; hojeó las últimas

páginas un segundo y entregó el quinqué al cura.

—¿Y qué fue de Johan Uztárroz? —se impacientó el cura—. ¿Soltó el dinero y desapareció?

Andueza se levantó para retornar el libro a su cubil acorazado y luego se volvió con los brazos en jarras, anunciando el final de la conversación. Pero aún dijo:

—No desapareció. Dicen que volvió unos días después, buscando a su hija, y se encontró todo el pueblo convertido en cenizas. También dicen... —les desafió con una leve

sonrisa— que un ángel negro se le apareció para culparle por lo que había pasado. Y que desde entonces la familia Uztárroz está maldita.

—Pero usted no cree en eso —asumió Cruz.

—¿Yo? —Sus ojos se angostaron.— Yo lo que creo es que tu padre ha mostrado muy poco respeto al enviar a un par de estudiantes cuando lo que aquí está en juego es la vida

de dos personas. O tres, porque si a Nerea le sucede algo, Josian irá detrás.

—Eso no es del todo... —comenzó Michi, Doctor en Medicina, pero Cruz interrumpió su protesta:

—¿Quién prendió fuego? —Se puso en pie como si pensara alargar sus manos hasta las solapas del cura, y sacudirlo.— ¿Fue Mayo? ¿Todo comenzó aquí?

El cura la escudriñó de un modo severo y minucioso; luego pareció enfriarse como se enfrían las personas que han sido profundamente decepcionadas.

—Al parecer hubo más de un fuego aquel a noche —dijo—. Pero no hay forma de que podamos saber los detalles, como es lógico. Pedro Mayo no vivió para contarlos, y ninguno

de los otros testigos dejó nada por escrito. De todos modos... —dejó escapar una prolongada exhalación—. Nunca pensé que los de los microscopios y las batas blancas estuvieran

tan perdidos como para venir a buscar respuestas en un registro parroquial de hace cuatrocientos años.

—Las enfermedades tienen una historia, igual que las personas —se defendió Cruz, y hubiera luchado para devolver el fuego a la mirada del sacerdote, hacerlo estallar como la

última vez si fuera necesario, de no ser porque en ese instante un puño tocó con fuerza en la puerta de la sacristía.

—¿Padre Andueza? —lámó una voz afuera.

El párroco se sostenía de pie como una gran carcasa vacía. Había soltado una carga acumulada durante demasiado tiempo y ahora no encontraba una

recompensa o un calor

que llenara el hueco; tan solo los rostros de dos muchachos tan pintados de ingenuidad y tesón que no sabría si compadecerse o envidiarlos.

Por suerte la puerta volvió a ser aporreada y Andueza logró salir de su agujero sin fondo para acudir a abrirla. Un hombre con la camisa remangada apareció ante el os, sofocado

como si le hubiesen hecho abandonar su faena a toda prisa.

—No pasa nada, Carlos —lo tranquilizó Andueza—, espérame afuera.

El tal Carlos husmeó por detrás del cura para ver qué hacían los dos jóvenes y luego dio media vuelta, poco convencido.

Cruz intentó un último asalto:

—¿Qué pasó con la pareja, con Amaia y Basile?

Andueza sacudió la cabeza.

—Ya os lo he dicho. La última anotación de Pedro Mayo fue el mismo día del incendio. Luego no hay más. Fue un milagro que el libro se salvara.

Se quedó parado junto a la puerta, esperando que salieran. Era todo lo que podían conseguir de él.

Michi se adelantó, encogiendo levemente la cabeza al pasar frente al cura. Cruz se detuvo un instante bajo el dintel:

—Nadie es responsable de lo que hizo Pedro Mayo más que Pedro Mayo —dijo—. Los pecados no se heredan, padre Andueza, ni siquiera entre curas.

Esperó ver una señal de agradecimiento o emoción humana en el rostro del sacerdote, pero se dio contra un friso impenetrable. La absolución no era algo que el a pudiera

administrar a su arbitrio. Así que lo intentó con un simple:



—Gracias.

Yaquel o pareció bastar.

—Tengo que mear —dijo Michi cuando atravesaban el parquecito de columpios. Se reía por lo bajo como si un pequeño secreto le hiciese cosquillas—. Espérame aquí.

Salió zumbando hacia los servicios anexos al frontón cubierto, dejando a Cruz plantada como una madre que vigila a su niño invisible. Pero entonces llegó trotando un niño de

verdad, pelirrojo, estirado, de unos cinco años: el pequeño Arnaut. Trepó por la rampa del tobogán y luego se deslizó con la cabeza por delante, andando. «Mira», le dijo, «soy Spiderman, soy la Antorcha Humana, uaaaaaaah.»

Cruz vio venir a su madre por la plaza, su pelo tan flamígero como el del niño, pero fue interceptada por una vecina antes de llegar a los columpios. Cruz no podía imaginarse lo

que sería vivir en un lugar como Lortia, donde no puedes dar tres pasos sin ser vigilada. Se descubrió mirando al niño con lástima: sal de aquí, huye, escapa antes de que sea

demasiado tarde. Como le ocurrió a Nerea. Como le ocurrió a Josian. A Ekai.

Michi regresó abrochándose el pantalón.

—Vamos, tengo que contarte algo —acució, susurrante, y la llevó a toda prisa calle abajo.

En el puente, esperó absurdamente a que pasara una pareja de albañiles lituanos para anunciar:

—He leído la última nota del libro.

Cruz recordó a Michi hojeando deprisa las páginas del quinqué antes de devolvérselo a Andueza y no se sorprendió. Lectura rápida, memoria fotográfica: Michi era el verdadero

X-man.

—¿Y qué pasa?

Él se ajustó el gorro en la cabeza. Afiló sus ojos negros mientras una nube apagaba todos los colores del valle durante unos segundos.

—«Pido a Dios que mi muerte sirva al menos para pagar la de otros tres inocentes. Pobre extranjero. Pobre Amaia. Pobre la criatura de su vientre.»

Cruz descolgó la mandíbula; un frío repentino le cuajó los músculos.

—Estaba embarazada —musitó.

Michi asintió, sus cejas tan levantadas que desaparecían por la línea de su gorro. Abracadabra: he aquí la maldición de los Uztárroz.

—Muertos —proclamó el sabio de perla, igual que si encontrara la solución para una ecuación—. No los echaron del pueblo. Los mataron aquel a misma noche.

## IX

Desde fuera se veía una solitaria luz, la del dormitorio de sus padres. Pero ya no había padres; se trataba de Víctor, escribiendo hasta la madrugada en la mesita junto a la

ventana.

Cruz cruzó el jardín y entró con su l ave, sin l amar. Entonces el silencio de la casa formó una placa de hielo a su alrededor y tuvo que dar un portazo para romperla.

—¡Soy Cruz!

Tras unos segundos, la voz de Víctor:

—¡Estoy arriba, trabajando!

Había un matiz de duda, de metedura de pata, como siempre, aunque no era él quien se presentaba de improviso en mitad de la noche. Quizá fuera culpa de la casa; corrientes

extrañas de calor y frío recorrían sus pasillos vacíos.

—Voy a coger algunas cosas del estudio —avisó, subiendo las escaleras. No necesitaba ver de nuevo a Víctor en calzoncillos.

—¡De acuerdo!

De todas formas miró hacia el interior del dormitorio cuando pasó por delante de la puerta (¿cómo evitarlo? La alcoba de sus padres), y pudo ver el cuello del ex presentador

oscilando sobre su MacBook como un brazo de grúa. Sus dedos levantaban la historia ladrillo a ladrillo, tac-tac-tac-tac.

En realidad Cruz se compadecía de Víctor, al í confinado, sin autoridad

suficiente para subir al estudio de Gabino y hacerlo propio, como si los trastos y el polvo pudieran imponer

sus derechos adquiridos. Pero no era momento de cuestionar el orden establecido; Cruz había venido a coger prestado alguno de aquellos trastos y no pensaba pedir permiso a

nadie.

La luz del estudio cayó sobre un monolito de cajas apiladas, un ogresco cubo de Rubik pardo y mal ensamblado que llegaba a tocar el techo abuhardillado y apenas dejaba

hueco para moverse a su alrededor. El viejo escritorio de papá también estaba sepultado bajo cartones. Libros. Archivadores. Juguetes. Cajas de diapositivas. Premios. Ropa. Una

cuna de viaje. Una licorera. En la pared, una estantería se ahormaba al vértice del techo como un panal repleto de souvenirs y regalos feos. En el suelo, las rodillas de Cruz tropezaron

con el costurero de mamá, una mesita de gavetas desplegadas donde tanto miedo había tenido de meter la mano cuando era niña, por miedo a las agujas. No eres lo que necesito

ahora, le susurró al mueble, mientras lo apartaba de su camino.

Encontró la linterna que sí necesitaba en una bolsa llena de utensilios para camping. Puso a prueba las pilas dejando el estudio a oscuras durante un instante; un potente chorro

halógeno le vino a recordar que no hacía tanto tiempo de la separación de sus padres. Que aquel no era el mausoleo de un rey antiguo sino el borrador de una vida que se estaba

pasando a limpio en otra parte, ahora mismo.

Sacó un chubasquero de su envoltorio y lo desenrolló para probarlo. Era negro, enorme, le llegaba hasta los pies. Justo lo que él quería. Y por último

un cinturón de pesca

Rapala, lleno de compartimentos y cremalleras. Todos vacíos salvo el último, donde los dedos de Cruz se toparon con una navaja suiza multiuso. La dejó ahí.

Guardó los pertrechos en su bandolera y abandonó el estudio, devolviéndolo a su oscuro sueño. De camino hacia las escaleras pasó frente a otra puerta cerrada: el cuarto donde

mamá pintaba. Gabino era el hombre práctico; Marian, la soñadora. ¿Cruz?

Cruz siguió su camino hasta detenerse en el dormitorio donde escribía Víctor. Entonces él se volvió y ella vio que estaba vestido de calle. De hospital.

—¿Qué tal está mi madre? —era la pregunta obligada.

—Igual. Se agita un poco en sueños, y los médicos dicen que eso es buena señal.

Marian, la soñadora. Cruz asintió, e hizo un gesto hacia el procesador de textos de Víctor.

—¿Cómo va la novela?

El culebreó sobre la silla, incómodo.

—Bien. Muy bien. La verdad es que estoy escribiendo más que nunca —confesó.

—Dime una cosa. —Cruz se apoyó en la jamba de la puerta; de pronto no tenía ninguna prisa.— Cuando escribes una historia, ¿sabes cómo va a terminar?

—No.

—¿Y cómo lo haces? O sea... Si te tropiezas con un callejón sin salida, o con un misterio sin solución, ¿cómo sales de ahí?

Víctor sonrió al ver su propio sistema creativo descubierto como un motor

trucado.

—Tu padre el gran científico no estaría de acuerdo con esto —dijo—, pero tal vez la única forma de resolver un misterio sea con otro misterio.

—No lo entiendo.

El escritor separó su silla de la mesa, desplegó un abanico de tics y terminó levándose un dedo a la sien.

—La fantasía es una herramienta más del intelecto —dijo—, como la memoria, como el cálculo. Ahora mismo, aquí sentado, me puedo inventar un mundo. Puedo ponerle el

nombre que yo quiera. —Rebuscó en el aire, encontró—: Coquefingo.

—¿Coquefingo?

—Sí. En Coquefingo los peces tienen plumas y los pájaros escamas. El sol da frío y la luna calor. La oscuridad es alegre y el día siniestro. Los hombres nacen viejos y mueren el

día que sus padres hacen el amor por primera vez.

—Uau. ¿Se te ha ocurrido todo eso ahora?

—Es muy fácil.

—¿Y qué significa?

—No lo sé. Pero el hecho de que podamos imaginar coquefingos debe de significar algo. Tu padre sí estaría de acuerdo con esto: no hay nada de sobra en la naturaleza, todo

tiene una función. También la fantasía debe tenerla. Creo que... de alguna forma necesitamos imaginar lo imposible para aceptar lo inaceptable, no sé si me explico. Salir fuera para

regresar dentro. ¿Tiene sentido?

A Cruz le dieron ganas de cruzar la habitación para darle un beso en la mejilla. Pero sólo dijo:

—Sí. Lo tiene.

El la miró por encima de unas gafas inexistentes.

—No estarás pensando en hacer ninguna locura, ¿verdad? —tanteó.

Pero quien respondió fue el estómago de Cruz, rugiendo calamitosamente. Los dos sonrieron.

—Hay una crema de espárragos alucinante en la nevera —dijo Víctor, regresando las manos al teclado—. No es porque la haya hecho yo, pero... sería un pecado que se echara a

perder.

Hablando de cosas imposibles: a Cruz le apetecía esa crema de un modo sereno y cierto, sin urgencia. Como se desean las cosas que no están destinadas a pasar de largo,

sino a permanecer dentro.

Como se desea una última cena.

La dueña de la Casa del Médico, María Isabel, los recibió a media tarde del miércoles con mohín de gato desconfiado. Ya no servía la sonrisa plena de mofletes de Cruz, no

surtían efecto los ademanes cortesanos de Michi: en adelante siempre serían los dos chavales que andaban molestando al cura y haciendo preguntas raras a todo el pueblo. Pero les

dio una habitación. Porque los chismorreos no pagan la luz y el gas.

Michi descargó la mochila sobre una de las camas y el somier gruñó en señal de protesta.

—¿Has visto qué cara? —preguntó a Cruz, que cerraba la puerta rápidamente —. Seguro que piensa que vamos a estar toda la noche ñacañaca.

—Aunque no lo creas, no todo el mundo piensa todo el tiempo en el sexo — replicó el a, contra sus propios pensamientos: Josian, Josian, Josian.

Michi dejó que fuera el a quien extendiera el contenido de la mochila sobre la cubierta, mientras él se contemplaba en el espejo del armario.

—Te aviso que no me he traído pijama —amenazó.

—Tampoco hemos venido a dormir.

—He cogido mi cepil o de dientes, eso sí.

El a soltó una carcajada. Era difícil imaginar un mejor acompañante para emborronar la solemnidad y la trascendencia de aquel a misión. MISIÓN, subrayó dos veces en su cabeza.

—No te rías —dijo Michi, aunque el a ya había dejado de hacerlo—. Si la peña del medioevo hubiera tenido un poco más de higiene no nos veríamos en este trance. —Tocó el

papel de la pared con el dedo, arrugando el ceño.— ¿Cuánta gente crees que murió de peste aquí dentro? Me refiero en esta misma habitación.

—Los enfermos estaban en la planta de arriba. Aquí sólo se preparaba la comida y se desinfectaba la ropa.

Michi no se acostumbraba a que el a le hablara de mil seiscientos uno como si fuera el fin de semana pasado. Pero evitaba poner caras raras.

El pequeño arsenal de Cruz quedó dispuesto sobre la cama: cuatro cajas de tetraciclina, cuatro de cloranfenicol, veinte pastillas de esterilización de agua, linterna Maglite, guantes de látex, diez mascarillas blancas, y el cinturón Rapala donde todo aquel o debía encontrar acomodo.

—¿Nada de estreptomicina? —observó Michi.



—Esa gente no sabe cómo usar una jeringuilla. Ni siquiera Basile. Pero todo el mundo sabe tragar.

—Te das cuenta de lo que estás haciendo, ¿no?

—No me vuelvas a hablar de paradojas temporales, por favor.

Cruz empezó a distribuir las medicinas y el resto del instrumental por los bolsillos del cinturón. Michi echó un último vistazo a su imagen en el espejo, tanteó la posibilidad de

quitarse el gorro, la descartó y siguió escudriñando los rincones del dormitorio como si buscara micrófonos ocultos. Decía:

—Salvar a los habitantes de Lortia con antibióticos es lo mismo que matar a Hitler en mil novecientos veintitrés. Significa cambiar la historia. No sabes las consecuencias que

puede tener.

—No me importan los habitantes de Lortia. Lo único que me importa es salvar al bebé de Nerea.

—Y crees que salvando a Amaia y al médico francés desaparecerá la maldición, tal que así.

Cruz resopló.

—Se supone que has venido a ayudarme, Michi.

—Exacto. Mi ayuda comienza intentando convencerte de que no lo hagas. Ni siquiera has querido ponerte una vacuna.

—Las vacunas no funcionan contra la peste neumónica, Michi, lo sabes igual que yo. Y no tengo cinco meses para seguir el tratamiento. ¿Por qué me haces repetir todo esto?

—Porque soy tu conciencia, joder. —Una mirada de Cruz bastó para hacerle tocar retirada—: De acuerdo, me callo, ¿cuál es mi trabajo?

—Tu trabajo es vigilarme mientras... Ya sabes, mientras estoy en el otro lado. Que nadie me moleste. Y despertarme sólo si ves que me está pasando algo malo. —Una sonrisa

asus-

tada se rayoteó en su cara—. Y si no puedes despertarme, avisa a mi padre, ¿de acuerdo? El es el único que... Bueno, tú búscale, él sabrá qué hacer.

Michi se volvió hacia el a, intentó sacar un chiste de aquel o pero al final sólo pudo sacudir la cabeza. Tenía la garganta seca como una lima.

Cuando el cinturón estuvo listo, Cruz se lo ciñó al cuerpo y lo ató con firmeza. Resultaba cómodo y ligero excepto por la linterna.

—Creo que no voy a llevar este trasto —dijo, descolgándosela—. De todas formas, lo amaría demasiado la atención.

—Antorcha mágica, unga-munga. Espera. —Michi hurgó en sus bolsillos. Sacó su l'avelo.— Llévate esto. Parece una mierdecilla, pero tiene dos lámparas led que te pueden

alumbrar una habitación entera, en caso de emergencia.

Quitó sus l'aves de la arandela y le tendió el aparatito negro, ligero como un encendedor. El a lo probó, asombrada.

—¿No tienes más de estos? Podría venderlos por unos cuantos ducados del siglo XVI.

Los dos rieron con pocas ganas. Cruz se guardó el l'avelo y completó su indumentaria con el chubasquero negro de su padre. Al mirarse en el espejo se cercioró de que toda su

ropa quedaba oculta.

—Deberías llevarte un Thuraya. No creo que funcione al í, pero...

—No —atajó Cruz—. Creo que ya llevo bastantes anacronismos encima,

gracias.

—Sólo era una idea. ¿Conoces la película Un astronauta en la corte del Rey Arturo?

—Creo que es el momento de que cierres la boca, Michi.

—Un clásico de la ciencia ficción.

El a se sentó en el borde de una cama, rígida, mirando hacia la ventana. Todo rastro de humor se evaporó de su rostro. Michi estaba a su lado, de pie, perdido.

—¿Vas a hacerlo ya? —preguntó.

Al otro lado del cristal comenzaba a anochecer. Un perro ladró una vez, dos veces. Parecía un lugar demasiado tranquilo para que nadie pudiera arriesgar su vida.

—Será mejor. Antes de que me arrepienta.

—¿Dónde me pongo yo?

Cruz sacó una mascaril a blanca de su cinturón y se la colocó sobre nariz y boca. Luego cerró los ojos. Tomó una larga inspiración.

—No tienes que hacer nada. Sólo apaga la luz y siéntate.

—De acuerdo. Todo controlado. —Fue hasta el interruptor, lo pulsó y regresó en la semipenumbra hasta sentarse en la otra cama.— Oye, Cruz.

—¿Qué?

—Que sepas que... lo de la cabeza de Ozzy era mentira.

—Ya lo sé.

—Y que... Bueno, que puedes contar conmigo. Para lo que sea. Y...

Cruz se volvió hacia él y le apuntó con el dedo, simulando cabreo. Aunque tenía los ojos brillantes.

—Ni se te ocurra despedirte, ¿vale? —le amenazó.

—Vale. Perdona. —Se frotó las palmas de las manos en las rodillas y dio una palmada.— Vamos al á.

—Esto no es el circo, Michi. —Cruz cerró de nuevo los ojos. Exhalación. Inspiración.— No voy a dar un salto mortal...

Pero sí que lo iba a dar, por supuesto. Y esta vez sería sin red.

Inspiración.

Un súbito temor: ¿y si no conseguía hacerlo, sin sus animales?

Expiración.

No los necesitas. Concéntrate en tus sentidos. Escucha. Huele.

Inspiración.

Ahora levántate.

Expiración.

Y abre los ojos. Ale-hop.

Lo primero que advierte es que ya no existe ventana. El muro frente a sus ojos está hecho de otras piedras, antecesoras de las que había un instante antes, y ya no pertenece a la

pensión de la señora María Isabel sino al hospital de Basile Dubreuil. Pero ella sigue dentro; eso no ha cambiado. El olor a corrupción y aceites la golpea tan fuerte que tiene que

tocarse el rostro para comprobar que la mascarilla sigue ahí. Luego busca lo demás; nunca ha viajado con tantas cosas encima y casi se sorprende de

encontrar el cinturón repleto

bajo el impermeable. Un astronauta en la corte del Rey Arturo.

Se escucha un lamento y Cruz mira nerviosa a su alrededor, como si aún esperase encontrar a Michi en un rincón, haciendo el ganso. Pero no hay nadie más en aquel zaguán, las

voces lastimeras provienen de arriba. A su alrededor la casa despliega una arquitectura de sombras; la única luz proviene de la fila de velas que jalonan el perfil dentado de la escalera, hacia el nivel de los enfermos. ¿Hacia Basile?

Cruz se pone apresuradamente unos guantes de látex y cuenta hasta diez, ordenando sus miedos. Luego comienza a subir lentamente los escalones; Adidas negras sobre

peldaños de madera que ardieron cuatrocientos años atrás, que arderán esta misma noche.

Arriba, la penumbra es una trampa llena de bultos inciertos. La figura rechoncha de un hombre se yergue en un extremo, alumbrado desde el suelo por una lámpara de aceite,

pero no es Basile sino su ayudante, el cirujano Martín Arróniz, cambiando un paño húmedo de la frente de un enfermo. Cruz tarda unos instantes en descubrir que el resto de los catres

está vacío, con una excepción: los cuerpos de una mujer y sus dos hijas se abrazan adormilados sobre un jergón, apenas a dos metros de él.

El cirujano habla en uskara con el hombre agonizante, que no puede parar de gemir porque seguramente ya no es consciente de que lo hace, ya no es responsable de nada de lo

que le sucede a su cuerpo. Tal vez ni siquiera viva para morir en el incendio.

Pero la familia... Cruz se acuerda del muchacho con viruela al que no ayudó cuando tuvo la ocasión, y de la pobre chica a la que robó una muestra de sangre en su último viaje:

ninguno de los se encuentra ya entre aquellos muros. Tan sigilosamente como se lo permiten los tablones del piso, Cruz se acerca a la mujer y las dos niñas que forman una maraña

de cabellos rojos sobre el catre. Tiene que apartar un mechón para mirar el rostro de la madre; está pálida y exánime, pero parece sana. Cuando va a retirar el pelo de una de las

niñas, la mujer despierta y la sujeta de la muñeca con fuerza.

—¿Qué va a hacer? —pregunta en un susurro herido.

—Tienen que salir de aquí —dice Cruz, mirando de reojo la espalda del cirujano—. Deprisa.

Es imposible que la mujer confíe en él, ni siquiera es posible que la entienda, pero la mano tendida por Cruz representa todo lo que alguien condenado a la muerte puede

desear: una salida. Por eso remueve a sus hijas para espabilarlas, les dice palabras que suenan a buena noticia y consigue que se pongan en pie, con la ayuda de Cruz. Las caras de

las muchachas son dos lunas perfectas, vacilantes; Cruz recibe su aliento y sabe que no están gravemente enfermas, que su salvación está tan solo a unas píldoras de distancia, que

en el siglo XXI esa fiebre no les haría perder ni una semana de escuela.

De pronto las sombras vuelan por las paredes: el cirujano se ha vuelto hacia ellas, con la lámpara en la mano.

—¡Eh! —l ama, pero hay más sorpresa que verdaderas ganas de confrontación en su grito, y no se mueve cuando las cuatro se escabulan en escaleras abajo. Se siente cansado,

tal vez enfermo. Está solo y no le quedan batallas que ganar.

Las cuatro mujeres llegan al zaguán y empujan juntas el portón de madera como una única mano ansiosa de tocar el aire puro. La noche de agosto es templada, detiene el aire

como si lo sujetara con su negrura, presagia gritos con su silencio.

—¿Podéis andar solas? —les pregunta en la esquina del hospital. La mujer asiente, abrazando a sus hijas, dispuesta a llevarlas en volandas si es necesario. Entonces Cruz

identifica los genes de su pelo rojo—. Sois Arnaut, ¿verdad? La familia de Antón Arnalt.

La madre vuelve a afirmar con la cabeza. Y dice, en algún idioma que Cruz no debería entender:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—Me llamo Cruz. —Se retira la mascarilla de la boca—: Tenéis que salir de Lortia, escapar de aquí ahora mismo, pero a través del monte; los caminos estarán vigilados.

¿Comprendéis lo que digo?

Su dedo señala hacia el bosque y eso viene a ser suficiente. Antes de que la mujer amague con dar media vuelta, Cruz busca en las cremalleras de su cinturón de pesca. Saca

dos cajetillas de antibióticos.

—Tomad; no es magia, es medicina. Escuchad con atención: debéis tragar un comprimido por la mañana, otro al mediodía y otro por la noche. —Las tres parecen más fascinadas por la caja y el envoltorio que por sus palabras, de modo que Cruz extrae una de las cápsulas de cloranfenicol para mostrársela —: ¿Veis? Estos botoncitos son los comprimidos, la medicina. Os curaréis si tomáis tres al día, como os lo he dicho: mañana, tarde y noche. Necesito que me digas si lo has entendido, madre.

La madre coge la cápsula con dos dedos y abre la boca tentativamente. Para el

a no existe mucha diferencia entre magia y medicina, pero no importa, porque de todas formas

no tiene elección.

—Eso es, trágatela. —Sonríe con entusiasmo al ver a la mujer tomando su medicina.— ¡Muy bien! ¿Lo ves? No sabe a nada, pero te cura. Tenéis que beber mucha agua para la

fiebre, pero no la del río, sino la de los arroyos del monte, ¿de acuerdo?

—¿Y papá? ¿Cuándo podremos ir a casa? —habla la mayor de las hijas, merodeando un precipicio de lágrimas.

—Pronto —miente Cruz. ¿Cómo decirles que su casa está a punto de arder junto al resto del pueblo, y que nunca volverán a ver a su padre?— Lo importante ahora es que os

pongáis bien.

El murmullo de un cántico asciende desde la plaza de la iglesia: ha comenzado la procesión.

—Vamos, daos prisa. —Cruz se asegura de que la mujer guarda la caja de antibióticos y casi la tiene que empujar para que no se entretenga con agradecimientos.— Soy

médico, éste es mi trabajo, vamos, salid de aquí.

Mientras ve alejarse a las Arnalt, descalzas sobre la tierra como si huyesen sonámbulas de una pesadilla, de pronto se le ocurre a Cruz que debería seguirlas por aquel mismo

camino en dirección a la cabaña del bosque, el refugio de Basile y Amaia. Pero en ese momento le asalta otra intuición y vuelve la cabeza hacia los tejados y bancales que se

descuelgan colina abajo. No le cuesta reconocer la casa más alta y señorial del pueblo, la casa Uztárroz. Una luz titila tras los postigos entornados; tienen



que ser el os.

Cruz se sube la capucha del impermeable, y convertida en una sombra descende por la estrecha cal eja hacia el portal de la casa Uztárroz. El vientre de una enorme rata muerta

en medio del camino la hace trastabil ar; las verdaderas culpables de la peste y nadie se preocupa de arrojarlas a una hoguera.

El coro de un himno litúrgico alcanza los cuatro extremos de Lortia como si el sacerdote se hubiera transfigurado en una bestia bíblica de cien bocas: el apocalipsis invocado

contra un pobre médico enamorado.

Tan pronto l ega ante la puerta de la casa Uztárroz, Cruz se congela al escuchar las voces de un hombre y una mujer discutiendo al otro lado, apenas a unos centímetros de

distancia. No l ega a captar sus palabras, pero la cadencia de los reproches hace pensar en dos oleajes batiendo en direcciones opuestas, espuma que estal a en mitad del océano.

—Escapad —murmura Cruz, casi lamiendo la madera de la puerta, pero entonces el picaporte cruje y el a se aparta de un salto. Van a salir. Basile y Amaia van a materializarse

ante sus ojos y Cruz se pregunta con pavor si volverá a ver el rostro de Josian prestado sobre el cuerpo del francés, o el de Nerea a cambio del de Amaia. Porque si eso sucede sabe

que el viaje habrá terminado, naufragará por el peso de aquel as quimeras.

Pero la puerta se abre y los dos rostros que asoman, a la luz dudosa de un candil, no pertenecen a nadie más que a Basile y a Amaia. Son reales, y por eso son míticos, son los

extremos del eje sobre el que gira la historia de este pueblo y de todos los pueblos: el amor y la muerte. La impresión es tan grande en Cruz que durante

unos segundos se queda

inmóvil, parada debajo de un alero como un fragmento más de oscuridad, sin que el os adviertan su presencia inmediata.

—Yo voy contigo —dice la mujer, con voz agrietada. Lleva su pelo oculto bajo un pañuelo sin atar y una larga falda negra, todo buenos paños, aunque no más luminosos que los

trapos de las Arnalt.

—Ni hablar —replica él, pero sus dedos tiemblan y el báculo se le cae al suelo. En la otra mano sujeta la máscara de pico blanco, como un actor carnavalesco a punto de entrar

en escena. Su perfil es limpio y bello, pero cuatro siglos más duro que el de Josian.

Cruz observa con espanto el fino bastón que rueda por el suelo hasta sus pies, y se prepara para descubrirse. Basile es detenido por la mano de Amaia antes de volverse.

—¿No te das cuenta? —suplica la mujer—. ¡Te van a matar!

—Vamos, soy su médico, sólo quieren asustarme un poco. ¿De verdad crees que confían tanto en Dios como para matar al único hombre que puede ayudarles?

—La gente cuenta cosas de ti. Y el cura te odia, no parará hasta que te marches del pueblo. —Una leve pausa, para corregir—: Hasta que nos marchemos.

Una claridad pasajera anula las tumescencias que el miedo levanta en el rostro de Basile. Pero no dura.

—Nos iremos cuando termine mi trabajo —dice—. Tú quédate en casa y no te preocupes por mí. Si vienen al lazareto hablaré con el os, les haré entrar en razón.

Al darse la vuelta, Basile se encuentra con su báculo en la mano enguantada de

Cruz, que se lo tiende.

—El a tiene razón —dice la intrusa del futuro—. Te quieren matar. El lazareto no es un lugar seguro.

El médico tiene ojos claros, de un ámbar que atrapa todos los brillos de la noche. La sorpresa le hace dar un paso atrás.

—Tú —boquea, pero no la mira como a un fantasma o un diablo, sino como a un enigma incomprensible—. Soñé contigo y desapareciste.

No era un sueño, quiere decirle Cruz. Pero, ¿qué otra cosa podría hacerle entender a un hombre de ciencia? Y de todas formas, no ha venido para contar su historia, sino para

cambiar la de él:

—Va a haber un incendio —anuncia, con más temblor del que le gustaría en su garganta—. Todo el pueblo arderá esta noche. Tenéis que salir de Lortia.

—¿Qué estás diciendo? —la boca de Amaia se amolda a una expresión de profundo desprecio que permanecerá en el código genético de la familia hasta Nerea—. Vete de

aquí, bruja.

Cruz siente como si la hubieran abofeteado.

Bruja.

Pero, ¿no es exactamente ésa la mejor palabra para definirla? Una bruja que en vez de escoba usa una cortina de animales mágicos para volar de un lado a otro (pero ya no).

Que echa adivinaciones (pero son historia). Que ofrece pocimas salvadoras (pero son química).

El hielo entre los tres se rompe con nuevos cánticos religiosos, esta vez muy próximos, apenas dos centímetros más abajo:

Kyrie, rexgenitor ingenite, vera essentia, eleyson...

Kyrie, luminis fons rerumque conditor, eleyson...

Basile coge bruscamente el báculo de la mano de Cruz y se vuelve hacia Amaia, resuelto.

—Está bien, vamos.

El a toma la mano de su amante y lanza a Cruz una última mirada antes de salir apresuradamente hacia el hospital, donde les aguarda un puñado de catres vacíos y poco más

que eso. Cruz se hunde en una duda insoportable: ¿ha sido el a la que ha hecho cambiar de idea a Basile, la que ha provocado su última decisión de llevarse a Amaia a una muerte

inevitable?

Vete de aquí, bruja.

Yel peor maleficio que puede pronunciar una bruja:

—¡Tu hijo... también morirá!

Amaia y Basile se detienen en seco y dan media vuelta. El a se toca el vientre, apenas abultado por un secreto roto. Cruz continúa, como poseída, sin ser consciente de que sus

palabras carecen de significado para los otros oídos:

—Tenéis que salvaros del incendio. Aunque sólo sea por el bebé que llevas y por los que vendrán. Por Nerea.

Sucede tan rápido que Cruz no puede prevenirse: Basile retrocede en dos zancadas hasta el a, levanta el báculo y la golpea con toda su fuerza en el mentón. Cruz cae al suelo,

nubes de estrellas en sus ojos. La pareja continúa su marcha callada y arriba, hacia

el hospital. A través del dolor, Cruz distingue las manos cogidas Basile y Amaia en su último paseo.

Hombre y mujer dibujan ahora una única silueta con forma de M. Como maldición. Como muerte.

Y Cruz lo comprende de pronto: ese nudo de manos es algo contra lo que él no puede luchar, un eslabón mucho más sólido que la continuidad del tiempo o los axiomas de las

leyes físicas. El destino de la pareja está tan lleno de significado que Cruz no puede soñar siquiera con arañarlo, con desplazarlo un milímetro de su camino. Son invulnerables precisamente porque ya han muerto.

Las voces se aproximan por la calle de la iglesia:

Kyrie, spiritus vivifice, vita vis, eleyson.

Kyrie, utriusque vapor in quo cuneta, eleyson...

Cuando Cruz es capaz de sentarse y palparse la herida abierta en la mandíbula, los primeros niños de la procesión ya la miran con ojos incommovibles mientras se acercan

portando sus cirios encendidos. Visten de blanco y parecen espectros. La Santa Compañía. Cruz piensa que si se quedase allí tendida todo sería muy fácil. Rendirse y dejar que los

querubines canten alrededor.

Pero ella no ha venido para eso.

Se levanta. Siente su rostro palpitante como si llevara un segundo corazón bajo la mejilla, pero logra colocarse la mascarilla y apartarse del camino justo antes de ser engullida

por la comitiva orante.

No es mucho lo que queda de Lortia. No llegan a cien personas, muchas

febriles a pesar de sus intentos por disimularlo, las que han sido capaces de salir de sus casas por su

propio pie y reunirse alrededor del cura y de la imagen de San Esteban, que viaja en el centro de la procesión a hombros de los más fuertes.

La mirada de Cruz salta sobre el párroco Pedro Mayo, que camina en el centro, sotana roja y estola blanca, con una larga cruz plateada en sus manos y escoltado por cuatro

frailes enviados a modo de ofrenda desde algún monasterio del valle. Mayo entona las primeras sílabas de cada estrofa pero luego calla, porque tiene miedo de romper a toser. Y no

es el único. Cuando termina la plegaria, un silencio todavía más traicionero se abate sobre la procesión; las respiraciones difíciles, los gemidos apenas contenidos.

Paso a paso, la columna de enfermos serpentea por delante de Cruz: tras la imagen del santo, lo que queda de las autoridades del pueblo, y luego los propios aldeanos, sin

cirios ni estolas que los liberen de su oscuridad, porque la oscuridad viaja con ellos, surge de ellos; en esos ojos no hay esperanza ni verdadera fe, solo un peso de resignación que

se carga con cada salmo exhalado en lugar de aligerarse. Arrastran un cesto de amargura tan lleno que bastaría rozarlo con una uña para que se rajara por la mitad, vaciándolo de

golpe.

Cruz ve la figura del hombre-cuervo antes que ninguna otra persona. Se desliza bajo los soportales de la plaza mayor; túnica, sombrero y pico negros, pasos largos de teatro. La

uña que rasgará el cesto.

—No —murmura Cruz, porque sabe que los acontecimientos van a

precipitarse. ¿Y qué puede hacer él para impedirlo?

Detenerlo, por supuesto.

Enfrentarse al monstruo de la película y derrotarlo. Salvar al pueblo y a los bellos amantes del hospital. Matar a Hitler en mil novecientos veintitrés. Cambiar la historia.

Es imposible, y sin embargo, intentarlo es lo único que tiene sentido.

Cruz puede observar el avance del médico impostor mientras éste se mueve al amparo de los hachones colgados en la fachada del ayuntamiento, pero en cuanto abandona la

plaza y se pierde por la calle paralela ya no hay forma de seguirle el rastro. El corazón le trepida de angustia. Intuye cuál es el atajo emprendido por el untador y cuál es el lugar

donde piensa salir al encuentro de la procesión. Él se ha quedado atrás y ya no llegará a tiempo; tendría que abrirse paso entre la multitud, desatando la alarma que justamente

quiere evitar.

Un hombre vestido con chaleco negro y camisa blanca se ha vuelto para mirarla. Cruz no puede saber que es el alcalde de Lortia, pero lo sabe, del mismo modo que sabe que

aquel rostro no es el auténtico sino uno quimérico, prestado de otro hombre que vivirá mucho tiempo después: el profesor Nagore, con su inconfundible nariz de tubérculo. Y si alguna

lógica participa en el juego de las quimeras, sin duda la presencia de Nagore allí está llena de sentido, porque fue él quien comenzó todo esto, quien tuvo a Ekai muerto en sus manos

y supo ver la profundidad del misterio, quien puso en contacto el pasado con el futuro, antes de darle el relevo a su padre.

El alcalde se ha quedado descolgado del grupo, escudriñándola con las cejas juntas como si no identificase al mensajero pero sí atisbase la gravedad y la urgencia del mensaje.

—¿Quién eres? —Él conoce bien a sus convecinos, sabe quién puede y estar al í y quién no, porque es él quien vela desde dentro para que la orden de aislamiento del pueblo se

cumpla escrupulosamente.

—Eso no importa —dice Cruz, que muestra sus guantes blancos igual que si fueran una bandera blanca. No piensa descubrirse la boca aquí en medio—. Por favor, escúcheme.

Tiene que suspender la procesión ahora mismo, enviar a todo el mundo a sus casas, antes de que sea demasiado tarde.

El alcalde Nagore menea la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

Es como una pesadilla: Cruz vuelve a pronunciar su advertencia, pero ahora se da cuenta de que ni siquiera tiene sentido para él. Sus oídos siguen al í, en mil seiscientos uno, y

comprenden lo que él oye hasta el oído aunque sea en el euskera más primitivo, pero su boca ha huido de regreso al siglo XXI, al castel ano atropelado y urbano, infectado de ansiedad.

Se está disgregando.

—Dios... —se sobrecoge. Hace un último esfuerzo—: ¡Hay que suspender la procesión! ¡Ahora!

No hay tiempo para que el hombre responda, si es que pensaba hacerlo. Un alboroto se levanta en el otro extremo de la calle. Gritos de pánico. Las primeras carreras.

—El untador —resopla, derrotada, y (tal vez porque ya no importa) esa



palabra consigue cruzar los siglos hasta aterrizar en el cerebro del alcalde de Lortia.

—¡Untador! —repite alarmado. Levanta los brazos y sale corriendo hacia los últimos de la comitiva, que todavía se limitan a intercambiar miradas desconcertadas.

El terror se expande en ondas centrífugas, cuerpos que empujan otros cuerpos, voces que excitan más voces, esquivadas de la muchedumbre proyectadas caóticamente por el

plano inclinado y oscuro de Lortia, tropezones, caídas, vértices de piedra y callejones sin salida. Cruz ve las minúsculas lamas de los cirios tambalearse y desaparecer entre el gentío: los niños que escapan, o son atrapados por el untador.

La noche ha cerrado su trampa y todos han caído. Alguien pasa rozando a Cruz, corriendo, otro la golpea para quitársela de en medio. Muchos escapan sin pararse a pensar que

podrían no hacerlo, podrían luchar y ganar, solo es un hombre, el os un centenar. Pero el pánico no tiene sujetos ni predicados, no admite silogismos; cae como un hacha sobre los

cuellos vencidos.

Entonces Cruz lo ve otra vez, muy cerca: el porquero disfrazado de médico, sombrero y pico de cuervo, haciendo volar los faldones de su capa por encima de las cabezas en

estampida, escogiendo a la pieza más débil como un depredador viejo. El cuerpo blanco de una muchacha es engullido por el manto negro, untado, y luego liberado para abatirse

sobre la siguiente víctima. Los padres tiran de sus niños para sacarlos de allí, pero no tan fuerte si su hijo ya ha sido manchado, y las miradas vacilantes que se cruzan entonces son

más devastadoras que la peor de las bacterias. Los hombres se separan de las mujeres; las mujeres, de los niños. Todos huyen sin rumbo ni otra noción que la supervivencia. Las

botas del hombre-pájaro resuenan cada vez con más autoridad, zigzagueando entre los restos de la procesión. La imagen de San Esteban ha quedado volcada en el suelo, ni rastro

de sus costaleros ni del cura que caminaba delante...

Pero sí, ahí está Pedro Mayo. Cruz acaba de ver el destel o del crucifijo plateado que sigue agarrando mientras observa la escena desde un portal, temblando de espanto.

¿Espanto? No, no puede haberlo, porque es él quien ha escrito el libreto de esta representación y se ha reservado un papel estelar; tan solo aguarda a que concluya el baile del

untador para regresar a escena y erigirse en héroe, en el líder hechicero que transforma el grito de terror en grito de venganza.

El ataque ha durado lo mismo que un racimo de relámpagos. Los gritos en fuga ya se disgregan por los banales alrededor del pueblo y el caracuerdo ha desaparecido de la

vista, igual que el alcalde y el resto de la comitiva. Sólo el sacerdote permanece al í quieto, preparándose para el gran momento, y Cruz lo mira y piensa que si tuviera una pistola no

dudaría en acribil arlo ahora mismo, adelantar su final ya escrito para salvar a los demás y concederle la gracia del martirio. Bang, bang, bang, tan fácil, si el a fuera un soldado. Pero Cruz es médico y su único arsenal es un cinturón l eno de antibióticos y pastil as potabilizadoras.

Oh, y una navaja suiza.

¿Qué estás planeando, Cruz?

Bueno, en realidad no se trata de ningún plan. La hoja de la navaja se abre

entre los dedos de Cruz —primero una inocente L, luego una I taimada—  
mucho más rápido de lo que

tarda en desplegarse un razonamiento en su cabeza. Está caminando hacia el  
cura con un arma en la mano, eso es todo lo que le dicen sus sentidos.  
Atraviesa la calle que ya está

desierta salvo por los dos infelices que yacen en medio, despatarrados, l  
oriqueantes, entregados a una muerte que creen inminente tras la batida del  
untador. Ni siquiera alzan sus

manos hacia Cruz, ¿cómo van a pensar que esa desconocida guarda en sus  
bolsillos el secreto de su sanación, dosificado en pequeñas cápsulas de  
colores? Tampoco Cruz piensa

en el os. Hipócrates, olvídate un rato.

Por un instante la mirada de Mayo se encuentra con la de Cruz, y las  
intenciones de ambos se acuchilan en el aire como una anticipación de lo que  
va a pasar. El la ha identificado como enemigo aunque es la primera vez que  
sus ojos caen sobre aquel rostro enmascarado. El avanza despacio, la navaja  
oculta bajo su chubasquero, y cada paso le

exige mayor esfuerzo a causa de una ley jamás enunciada, la de los límites del  
absurdo, la que explica por qué es imposible matar a quien ya murió una vez,  
por qué es difícil siquiera

arrastrar los pies hacia él cuando lleva un arma en el puño cerrado.

No es que Cruz pretenda realmente matarlo. Le bastaría con hacerlo caer, o  
hacerle huir al bosque, junto a todos los demás, hasta que su propia  
enfermedad se ocupase de

reducirlo a cenizas igual que el resto del pueblo.

El cura, que algo intuye de sus tribulaciones, no se mueve de su escondite en el  
portal; aprieta en cambio el alto crucifijo y espera el asalto. Como si guardara  
un as en la manga.

Como si supiera que ...

Zum.

Surgido de algún vértice próximo de sombras y piedra, el hombre cuervo se abalanza sobre Cruz sin que él pueda remediarlo. Una neblina húmeda y asfixiante se cierra sobre

él; la cera se le pega al rostro allí donde no está cubierto por la capucha y por la mascarilla. Y aquel olores huele a muerte porque él lleva muerte; Cruz ha hecho una carrera estudiando los

tránsitos de la muerte de un cuerpo a otro, y ahora le ha llegado el momento de experimentarlo en su propia carne.

—¡No! —se revuelve.

El untador trata de retenerla un tiempo más bajo su capa infecta, pero entonces siente la puñalada en el vientre. Como un agujonazo, primero tibio e indoloro, luego abrasador.

—¡Ah! —se aparta, pero la mano de Cruz sigue haciendo zetas en el aire y rasga un trozo de la capa, que cae al suelo como un ala cercenada.

Si no estuviera tan aterrorizada, si no se encontrara defendiendo su propia vida, tal vez Cruz le diría ahora a aquel hombre: «Ve con tus hijas, Antón, no obedezcas más a ese

cura hijo de puta y escapa al bosque con tu familia». Pero lo que sale por su boca es más simple, y no suena compasivo:

—Sé quién eres, Antón. Y sé cuál es el pecado por el que haces esto.

Un sobrecogimiento mayor que el de la cuchillada sacude el cuerpo del porquero al verse descubierto. Trastabilado y está a punto de caer. Busca con su mirada al párroco, pero

aquel ha desaparecido del portal donde se escondía.

En la oscuridad de la calle, Cruz sabe que la navaja de su mano ya no resplandece porque está cubierta de sangre. Observa su propio aspecto y no se sorprende al encontrarlo

idéntico al del untador: ¿cuál es la diferencia entre los dos ahora? El hombre lleva una máscara en forma de pico, el otro lleva otra en forma de concha; y ésta es toda la distancia que

cuatro siglos de civilización han conseguido poner entre estos dos individuos asustados. Antón se da a la fuga, doblado sobre su navajazo. Cruz siente la sangre de su propia herida

que le escurre por el cuello, e instintivamente suelta la navaja. Se nota débil, como si tuviera que repartir el oxígeno de cada respiración entre los músculos de su cuerpo futuro y su

cuerpo presente; por primera vez se pregunta si tendrá energía suficiente para regresar.

Entonces:

—¡Hermanos! —En mitad de la plaza, Pedro Mayo hace restallar su gran crucifijo golpeándolo a modo de campana contra la piedra de la fuente.—  
¡Volved aquí, ya se ha marchado! ¡El enviado de Satanás ha escapado a su guarida! ¡Pero nosotros sabemos dónde está! ¡Hermanos, no tengáis miedo!  
¡Dios nos ampara, y pide justicia! —Y el enfermo

Mayo sabe que la justicia de Dios vendrá también a buscarle a él, a más no tardar. Pero queda un trabajo por hacer esta noche—: ¡Hemos de librarnos del demonio que se ha

instalado entre nosotros! ¡El mentiroso que de día dice que ha venido a curar a nuestros hijos, y por la noche se los lleva al infierno!

Al principio parece que nadie lo escucha. Es fácil imaginar a los asustados habitantes de Lortia agazapados en sus casas, o en las inmediaciones del bosque, castañeteando los

dientes y jurando que no regresarán jamás...

Pero las primeras cabezas comienzan a asomarse.

—¡Sabemos dónde se esconde! ¿A qué estamos esperando? —La garganta del cura produce un gemido de dolor que sus labios transforman en palabras—: ¡Dios está de

nuestra parte! ¡Venid!

Al pasar junto a Cruz, un aldeano la mira de soslayo con algo más que desconfianza. La llama del odio ya ha prendido, y cada individuo del pueblo es una brasa que regresa

palpitando al corazón de la hoguera. No se trata solo de una imagen poética: Cruz distingue las antorchas en lo alto de los brazos más audaces, contagiando unas a otras, enrojeciendo la noche. Las quimeras de otros linchamientos, de todas las piras y todos los chivos expiatorios de la historia se amalgaman en el ritual preciso de esta noche, la del

seis de agosto de mil seiscientos uno.

Si asciende la mirada un poco más, Cruz puede ver el frontispicio del hospital erguido en lo más alto del pueblo, e incluso cree distinguir las sombras que se agitan tras los

postigos vueltos. Basile y Amaia, contemplando su destino por las rendijas. Abrazándose en silencio.

—Lo siento —murmura Cruz. Se lo dice a el os y se lo dice a Nerea, a quien prometió algo imposible.

Porque ya es tarde para pararlo. O sería mejor decir: nunca existió la posibilidad de pararlo, al menos para Cruz. Al resplandor agitado de las antorchas, Cruz se obliga a aceptar

que ha fracasado en su desesperada misión de rescate.

Se equivocó su padre al creer que todo podía explicarse por un virus; se

equivocó el a al creer que podía revocar una maldición. En su pizarra mental ahora todo son líneas

horizontales que tachan errores, falsas esperanzas.

Y al pie de la lista, una última tarea por realizar: «VOLVER A CASA».

Sí, ya es hora de regresar. Pero... ¿cómo hacerlo? Ya no cuenta con mariposas ni estrel as de hilo que la puedan guiar por este laberinto.

—¡Vamos a por Dubreuil! —grita una mujer.

—¡Sí, al lazareto! —corea otro.

—¡Todos juntos, démosle su merecido! —más voces.

La multitud se ha reagrupado en el repecho donde siglos más tarde se levantará un frontón. El círculo de antorchas aguarda una palabra del cura para convertirse en serpiente-

dragón y reptar veloz hasta el edificio del hospital.

El hombre de sotana roja aprieta un puño en el aire. Incluso desde la distancia, Cruz puede ver cómo el puño tiembla de fiebre.

—¡Que Dios le castigue con la l ama eterna por lo que ha hecho a nuestros hermanos y nuestros hijos!

Un clamor se alza por encima de los tejados, resuena por el val e entero. Castigos, maleficios, l amas eternas... Pero Cruz se ríe de estas palabras grandilocuentes, prosa barata.

Porque la verdadera historia no está hecha de pueblos ni de profecías, sino de rostros de personas, uno a uno. Aquí hay una mujer que no se atreve a levantar demasiado el mentón

para que nadie le vea las manchas en el cuello, y a la que ya no quedan hijos por los que tener esperanza. Ahí grita un hombre de ojos turbios que acaba de bajar del cementerio, de

enterrar el cuerpo amoratado de su esposa. Ese de más al á gastó todo su dinero en ungüentos y dádivas que no sirvieron para salvar a su familia. Cada mano que se cierra sobre

una antorcha se cerró antes sobre otra mano agonizante. Lo que han visto esos ojos que ahora buscan desahogo en la venganza es tan insoportable que Cruz no puede mirarlos, y se

da la vuelta.

Al hacerlo se tropieza con el perfil ciclópeo de la torre de la iglesia, el único edificio de Lortia que no ha mutado su piel en cuatrocientos años. Y eso le hace pensar...

La última anotación de Pedro Mayo fue el mismo día del incendio. Fue un milagro que el libro se salvara.

Milagros. Cruz sabe dos o tres cosas acerca del mecanismo paradójico de los milagros. Por ejemplo: que a menudo son puertas.

Echa a correr hacia la iglesia sin que nadie repare en el a. Busca la entrada lateral, por inercia, y de pronto se da cuenta de que está caminando sobre tumbas. Aquí es donde

enterraban a los aldeanos antes de la peste. Siglos después removerán toda esta tierra, sembrarán asfalto y sicómoros, y las familias vocearán y echarán arroz sobre los recién

casados sin saber que pisotean el viejo camposanto.

Cruz evita los túmulos y las estelas de piedra, avanza con la vista fija en su objetivo y tiene suerte de encontrar la puerta del templo abierta. Pero una oscuridad todavía más

impenetrable detiene su carrera al atravesar el umbral. El eco de sus pasos tentativos parece avisarle de peligros invisibles: no deberías pisar estas losas, no deberías inhalar este

olor a cera quemada, no deberías atravesar esta fría tiniebla.



De pronto Cruz recuerda el l a vero linterna de Michi y lo busca en su cinturón. La luz de sus dos diminutas bombil as consolida un sorprendente halo a su alrededor, más que útil

para moverse entre los bancos. Cuando l ega hasta el altar mayor, Cruz tiene que hacer un esfuerzo para apartar sus ojos del enorme retablo, donde el santo Esteban padece su

sangriento martirio bajo una l uvia infinita de piedras: pero no temas, quiere decirle, esta noche serás libre.

Ahora Cruz escucha un sonido a sus espaldas y se vuelve sobresaltada: tres figuras envueltas en sayos salen huyendo del fondo de la iglesia, sin duda aldeanos que se habían

refugiado al í tras el ataque del untador y que ahora la han tomado por alguna otra clase de enviada luciferina.

La muchedumbre no tardará en buscarla a el a también, para convertirla en carne de hoguera. Tiene que darse prisa.

Empuja la puerta de la sacristía y permanece un instante al í quieta, estremecida ante la huel a de una imagen en su cabeza: dos hombres luchando a muerte entre aquel as cuatro

paredes, la pira de papeles en el suelo... El recuerdo de un horror que está a punto de tener lugar, quizás en pocos minutos.

Los gritos del exterior consiguen despabilarla, toma una inhalación del aire acre de la sacristía y se pone a buscar entre los legajos que el cura tiene esparcidos por todas partes,

como si en su última homilía hubiera volcado un enciclopédico potaje de textos sagrados. El escritorio del año mil seiscientos carece de gavetas donde acerrojar secretos, de modo

que Cruz se dirige hacia el armario donde se guardan los objetos para la liturgia. Sus dedos enguantados no tardan en toparse con el libro, sepultado

entre bandejas y cálices de

parroquia humilde. Cruz coge el quinqué, casi con adoración, y lo escudriña a la luz de su linterna de bolsillo. Sabe que es el mismo libro que el padre Andueza les dejará ver y tocar

mucho tiempo después, aunque parece otro: la cubierta presenta un lustre todavía vivo, huele a piel en vez de a moho, pero Cruz se la imagina tan cargada de bacterias que no se

atreve a acercar su rostro enmascarado. Las páginas no están encogidas por el tiempo ni son de color ocre sino de un blanco cremoso, y en la última hoja todavía brilla la tinta en la

atormentada confesión del cura:

«Pido a Dios que mi muerte sirva al menos para pagar la de otros tres inocentes. Pobre extranjero. Pobre Amaia. Pobre la criatura de su vientre.»

Lo que debía ser escrito ya está escrito; es hora de salir de aquí. Cruz aprieta el libro entre los dedos y cierra tenazmente los ojos.

Nada ocurre, por supuesto.

El quinqué sigue ofreciendo el mismo lustre del siglo XVI cuando vuelve a mirarlo, al igual que el mobiliario de la sacristía a su alrededor. No hay quimeras. No hay puentes. Lleva

tanto tiempo en aquel safari que tiene la sensación de haber absorbido todas las ficciones y paradojas en su propio cuerpo, como si las quimeras grandes se alimentaran de las

pequeñas y el resultado resultara la gran bestia triunfante. Victoriosa pero condenada a la extinción, el último ejemplar de su especie.

Y una última posibilidad:

—¡Michi! —su voz suena más histérica que imperativa—. ¡Despiértame, Michi!

Después aguarda. Respirando.

Pero esto no es como descolgarse por un pozo con una soga atada a la cintura, de forma que una sola voz baste para ser remontada por un par de brazos amigos. Aquí no hay

soga, ni boca de pozo hacia la que dirigir los gritos.

—¡MICHÍ! —Se quita la mascaril a y aúl a, a pesar de todo. Cuando el eco termina de rebotar por los ángulos de la sacristía, Cruz escucha otro sonido, afuera.

Unos jadeos en la puerta de la iglesia.

Cruz apaga su linterna y, sin soltar el quinqué, se desliza fuera de la sacristía antes de que se convierta en su ratonera. Desde detrás de una columna-observa:

El padre Mayo entra renqueando en el templo, todavía cargado con su cruz de plata. Al llegar ante el altar la deja caer, con un estrépito que permanece en el aire durante varios

segundos, y él mismo se desploma a cuatro patas. Parece que le cuesta respirar. Lloriquea. Re? a por su alma; su cuerpo ya no merece plegarias.

Cruz conoce lo que har;; a continuación el sacerdote: se arrastrará hasta la sacristía y al í comenzará a quemar libros y pergaminos, rabioso por no encontrar el que el a l eva en

brazos ahora mismo.

Sin esperar más, Cruz se escabul e a tientas por el fondo de la iglesia, dando un rodeo, y sale a la cal e. La noche afuera ha adquirido un color sanguíneo, pintado por las l amas

que palpitan en lo más alto del pueblo. El hospital es una inmensa hoguera. El humo que brota Je su tejado es tan negro que sólo se hace presente al ensombrecer la luna.

—¡No! —gime Cruz al verlo. Y el vientre le arde como si sintiera dentro la muerte de Basile, Amaia y el bebé. Como si fuera su culpa.

Querría l orar, rezar a Dios torturadamente igual que el padre Mayo, flagelarse hasta perder el sentido y librarse de la responsabilidad de su propia vida. Pero Cruz Montenegro

Ruiz no sabe l orar ni rezar. Su forma de asimilar el odio hacia sí misma es comérselo hasta hartarse, y entonces vomitarlo. Hasta ahora no le ha ido mal. O tal vez peor de lo que

pensaba.

El incendio se está propagando a las casas colindantes al lazareto. Consumirá el pueblo entero, no importa lo que hagan sus habitantes para remediarlo. Pero no están haciendo

nada. La multitud se dedica a golpear al cirujano; el pobre desgraciado ha escapado del fuego para morir a palos y patadas. Hay mujeres en el círculo de castigo, también, que de vez

en cuando adelantan un pie y pisotean al hombre que les ha extraído los dientes malos y las verrugas durante los últimos diez años, pero el ajusticiamiento es tarea sobre todo de los

hombres recios, pastores y leñadores, los pocos que quedan. Los mismos que cogerán a su familia y se echarán al monte al clarear la madrugada, cuando el último rescoldo de sus

casas deje de dar calor y ya nadie soporte la compañía de los otros, cómplices todos del desastre, hermanos de una vergüenza más purulenta y lacerante que la peste, el frío o el

hambre.

Las l amas se contagian al vaivén de la brisa nocturna. Cruz puede ver los escupitajos de chispas saltando de un tejado a otro. Su calor l ega en vaharadas fétidas, como si las

casas estuvieran hechas de carne y pelo de animal. El a vuelve a colocarse la mascaril a sobre el rostro pero no sirve de nada.

Lo único que se le ocurre es salir del pueblo, y emprende un camino por la vertiente más empinada de la colina, cargada con el quinqué. Una debilidad repentina la hace resbalar

y busca apoyo en una roca que emerge de la tierra como la quil a de un barco hundido. Desliza su espalda por la piedra hasta sentarse en el suelo, abrazada al libro. Su respiración

suen a enferma, su frente arde, y el a se quiere tranquilizar recordando que la peste no se contagia tan deprisa, pero da igual, porque todos sus conocimientos científicos valen ahora

tan poco como el humo que se eleva en el cielo nocturno de Lortia.

Desde al í puede ver el incendio alrededor del hospital, y también la entrada de la iglesia, hacia donde se dirige en estos momentos un hombre tambaleante, cargado de rencor y

desesperación.

—¡Mis hijas! —va chil ando— ¡Mi casa! ¡Ese no fue el trato, Mayo!  
¡Mayooooo!

Antón. El miserable Antón, sangrante, desprovisto ya de su máscara y su capa untuosa, que habrá dejado en algún escondite de su pocilga. Consciente demasiado tarde de

haber sido engañado y utilizado para l evar a cabo la venganza de Johan Uztároz contra Basile Dubreuil. Cruz piensa que estaría a tiempo de salvarle, correr de regreso a la iglesia y

decirle: «Tus hijas y tu mujer viven, déjame que te cure esa herida y reúnete con el as en el bosque». Pero sus piernas se niegan a cumplir esa última misión, el as tienen su propia

teoría acerca de lo que puede y no puede hacerse.

Implora:

—Michi, sácame de aquí...

Los párpados se cierran, y trata de agrupar sus últimas fuerzas para concentrarse en el salto, pero sólo sirve para que sus latidos crujan con mayor desesperación contra las

costillas.

No hay salida.

Cruz vuelve a abrir los ojos, muy despacio. Lortia en las almas. Las voces lejanas de los aldeanos ya sólo transmiten estupor; los brazos comienzan a descolgarse, inertes, a ambos

lados de sus corazones culpables.

Cruz se quita la mascarilla, la arroja al suelo.

Un estruendo anuncia que las vigas del hospital han cedido y el tejado se desmorona entre sus cuatro paredes. No se escucha ningún alarido.

—Se acabó —dice el a. Pero sabe que no es verdad.

Se ha levantado viento.

La noche en el valle no ha hecho más que empezar.

# X

Gabino había encontrado la casa vacía. Cada lámpara que prendía le mostraba un escenario de muebles quietos y objetos ensimismados. El salón. Las escaleras. Los tres

dormitorios. Todo tan ordenado que tuvo que bajar a la cocina y abrir el frigorífico para asegurarse de que alguien seguía habitando aquel a casa.

Cogió una Coca-Cola y la bebió en dos largos tragos. A su lado, el trol ey Samsonite donde iba todo su equipaje permanecía erguido como un escudero fiel. Después de quince

horas de viaje tenía la cabeza emborronada de ideas inconexas.

¿Para qué había acudido al í? ¿Para enfrentarse con Víctor? Ya nadie más que el escritor residía en esta dirección.

Volvió a marcar el número de Cruz, y otra vez una voz electrónica le informó de que aquel móvil seguía apagado o fuera de cobertura.

—Fantástico —dijo a las superficies de aluminio y a los juegos de vasos.

Salió de la cocina, miró la puerta de la cal e, miró las escaleras. Se decidió por el as y subió hasta plantarse entre las dos puertas del último rel ano: el despacho del científico y el estudio de la pintora. Los hemisferios opuestos del cerebro familiar.

Abrió la puerta del estudio y una nube de vapores acrílicos huyó de la oscuridad, empapándolo. Buscó el interruptor de la pared casi con ansiedad, como si temiese encontrar a

Marian al í de pie, con su delantal sucio de colores, sujetándose la boca para contener la risa, qué broma, habéis picado, tendríais que haber visto vuestras caras. La bombil a alumbró

el caballo solitario con un lienzo en mitad de la habitación.

Gabino avanzó hacia el cuadro sin terminar.

Trazos azules, verdes y ocres.

Un río.

Un molino apenas esbozado.

Y el resto en blanco.

—¿Dónde estás, Marian? —murmuró.

Entonces, sobresaltándole, su teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo interior de su americana.

—¿Cruz? —jadeó al aparato, inseguro de haber leído bien el nombre de la pantalla.

La voz que le llegó del otro lado no pertenecía a su hija:

—¿Señor Montenegro?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Michi... —hablaba mientras hacía otra cosa, resoplando—. Michel Arguilé, compañero de promoción de Cruz... El año... El año me dijo que le le amara a usted si algo pasaba...

Gabino se llevó una mano a la cabeza, alarmado.

—¿Qué le ha pasado?

—El año está bien, pero... Es mejor que la vea... La estoy llevando hacia el hospital...

—¿Ha sido un accidente?



—No, nada de eso... Está inconsciente. —Murmuró un taco. Protestó—: El a  
dijo que usted sabría qué hacer.

Casi tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír amargamente. Ni  
siquiera sabía por qué se encontraba al í, en aquel

estudio de pintura vacío, cuando debería estar subiendo a un atril en la  
Universidad de Oslo.

—Está bien —dijo al teléfono—. ¿Cuál has dicho que es tu nombre?

—Michel Arguilé. —Conducía con la otra mano. El sonido iba y venía.—  
...está?

—¿Qué?

—¿Dónde está usted ahora?

El patriarca de los Montenegro se obligó a decir algo que ya no tenía derecho  
a decir:

—En casa.

—¿En Pamplona?

—Sí. Lleva a Cruz a la entrada de urgencias del hospital y nos reunimos al í,  
¿de acuerdo?

—De acuerdo. Calculo que tardaré unos quince minutos.

—Bien. —Y antes de colgar—. Gracias, eh... Michi.

Víctor estaba mirando por la ventana de la habitación 212. Cada hora  
necesitaba levantarse de aquel a horrible butaca y enderezar la espalda, si no  
quería terminar paralizado en

otra cama junto a su bel a durmiente, Marian.

¿Cuántas noches más soportaría al í dentro, acumulando su propio jet lag de

hospital, velando un cuerpo que ya no parecía vivo ni muerto, que era apenas un saco de síntomas

contradictorios? Se traía cada noche el ordenador portátil pero no hacía otra cosa que acunarlo sobre sus rodil as sin arañarle ni un par de frases aprovechables; para tratarse de

alguien que jamás había creído en la inspiración, sino en el trabajo metódico, Víctor estaba bastante asombrado de la obstinación con que su musa se quedaba todos los días al otro

lado de las puertas acris- taladas del hospital.

Una vocecita le hablaba a ratos dentro de la cabeza: ¿no era el momento de preguntarse si algo de aquel o tenía sentido? La espera. La escritura. Tu vida entera, ya que lo

mencionas.

Pero se encontraba demasiado famélico para encajar dudas de ese calibre.

Quiso comprobar en su reloj si ya había cruzado el ecuador de la madrugada, cuando un movimiento en el exterior del hospital capturó el interés de su mirada. Un hombre de

canas enmarañadas subía y bajaba por la rampa de urgencias como un padre primerizo a las puertas de un paritorio. Solo que este padre se l amaba Gabino Montenegro, y su hija

venía inconsciente en un Range Rover conducido por un muchacho de aspecto singular.

—Cruz —exclamó al ver cómo era colocada en una camil a por dos enfermeros, ante los aspavientos de Gabino.

Ysalió precipitadamente de la habitación. La chica que hacía turno en la mesa de control le vio pasar como un relámpago y no tuvo tiempo siquiera de abrir la boca. Víctor

emprendió el descenso por las escaleras, de tres en tres. Cuando llegó al vestíbulo de urgencias ya se habían llevado a Cruz; encontró a Michi acorralado contra la pared, bajo el

interrogatorio de Gabino. Un ATS trataba de rellenar su propio cuestionario, aferrado a su carpeta, pero el padre lo mantenía a raya con una mano alzada en señal de «Ni se te ocurra

aproximarte». Así que Víctor prefirió quedarse unos metros por detrás, también cauteloso.

—El seis de agosto de mil seiscientos uno —recitaba Michi, notando los brotes de sudor escociéndole por todo el cuerpo—. Cruz creía que podía cambiar lo que ocurrió

ese día y así borrar la maldición.

—¿La mal...? ¡No hay ninguna maldición! —Gabino intentaba domar sus gritos, pero sólo lograba echar el lazo a las últimas sílabas—. ¡Es genética! Por el amor de Dios, pensé

que Cruz lo había comprendido.

—En realidad... —Michi negó con la cabeza, tragó saliva. Estaba a punto de trazar una gigantesca equis roja sobre los deberes del próximo premio Nobel—. Encontramos la

bacteria en una muestra que él a trajo en uno de sus viajes. *Yersinia pestis* común.

Pero eso Gabino ya lo sabía. Había escuchado el mensaje de Cruz en su contestador telefónico. Era una simple cuestión de negarse a aceptar que su hija estaba al borde de la

muerte por una ocurrencia suya.

—No importa —dijo, porque decir que importaba hubiera sido traicionar las decisiones que había tomado a treinta mil pies de altura—. Lo que tenemos que hacer es sacar a

Cruz de al í cuanto antes.

Los ojos de Michi permanecían ensartados en él como saetas. Papá sabrá qué hacer. Los padres siempre saben.

Gabino giró sobre sí mismo, una peonza emplomada de culpa, y entonces vio a Víctor al í parado, juzgándole. Osiris con cuel o largo y cara de guapo televisivo.

—¿Qué le ha ocurrido a Cruz? —quiso saber el escritor.

—No es asunto tuyo. —La última vez que los dos se encontraron Gabino quiso sacudirle un puñetazo y terminó arrojado a empujones fuera de su propia casa. Algunos sapos

sencil amente no caben por el gazzate.—Vete a hacer capil itas, es lo que te gusta.

—A ver, señores. —El médico de guardia no era un hombre de poco carácter. — O me ayudan con esto o es mejor que los dos se vayan a discutir a otra parte.

Gabino resopló, febril. La opción de largarse por aquel a puerta y refugiarse en el primer bar abierto no carecía de atractivo. ¿No era eso lo que todos aquel os rostros hostiles le

invitaban, casi le conminaban a hacer? Emborráchate, piérdete, muérete.

—Ni hablar —Michi le sujetó del brazo, como si hubiera visto el bril o espirituoso en su mirada—. El se queda porque es el único que sabe cómo ayudar a Cruz.

Y entonces, como una erupción en su rostro, a floró la ultrajante verdad: Gabino no puede ayudar a su hija. Ni siquiera entiende por qué el a ha creído tal cosa.

—Tú también puedes hacerlo —le interpeló Michi, tan arrimado a él que Gabino no sabía si le está gritando o susurrando—. Puedes ir adonde está el a, ¿verdad? Ir de safari...

Para interpretar el significado de aquella cadena de palabras Gabino tuvo que desmontarla y remontarla desde la última (safari) hasta la primera (tú), donde se agazapaba el

error.

—¿Yo? —su voz cojeó—. Dios mío...

Una enfermera llegó haciendo chil ar sus zapatillas sobre el linóleo. Se había corrido la voz por el pabellón de urgencias y nadie quería perderse la clase magistral de Gabino

Montenegro.

Pero resultó de lo más decepcionante:

—Quiero ver a mi hija —reclamó suavemente. Y ante la vacilación de miradas a su alrededor—: ¡Quiero ver a mi hija! ¿Dónde cojones la habéis llevado?

El Range Rover bloqueaba el acceso de Urgencias y Michi tuvo que salir rezongando para moverlo de allí. De todas formas, se veía incapaz de aguantar un minuto más en la sala

de espera junto a aquel escritor que no paraba de rascarse y sacudirse tics del cuerpo.

Llevó el vehículo hasta el extremo más alejado del parking sin necesidad de encender las luces. Clareaba. Cuando apagó el motor se fijó en la mochila de Cruz, sobre el asiento

del acompañante. Apretó los dientes. Soy la única persona en quien confiabas y aquí estoy, haciendo de aparcacoches.

Abrió la mochila y sacó el cuaderno donde Cruz había anotado todas sus averiguaciones sobre el caso de Lortia. Lo hojeó: nombres, fechas, comentarios, hipótesis

garabateadas de forma tan metódica como incomprensible, igual que un flujo

de conciencia. ¿De qué había servido todo eso?

Sus ojos se entretuvieron sobre un párrafo que venía enmarcado en trazos de bolígrafo rojo como si arredilara algún profundo conocimiento:

«Si nuestras cabezas fueran herméticas, lo que tenemos dentro permanecería puro. Pero no están bien selladas. Tienen grietas, y por ellas se nos meten cosas: una obsesión, un

miedo, o un dolor insoportable. Y eso nos contamina, nos transforma.

Nos convierte en otra clase de personas. Nos hacemos daño a nosotros mismos y hacemos daño a los que nos rodean.»

Michi abrió la boca.

Exactamente de la misma manera que uno abre la boca cuando tropieza con un increíble descubrimiento semienterrado dentro de su propia cabeza. Una sinapsis que brilla

durante apenas una milésima de segundo, afortunada y genial, fotografiada a tiempo.

Con el corazón disparado, Michi soltó el cuaderno y volvió a hacer retumbar el motor del Range Rover.

\*\*\*

Amanece.

El humo se levanta de las ruinas en filamentos oscilantes, como almas que abandonan el monumental esqueleto de piedra y tizón. Lortia es un cementerio de fachadas negras y

tejados caídos, una sombra tendida en la ladera de una montaña. En sus calles no se siente más movimiento que el del humo gris y el de un puñado de gatos que todavía encuentran

dónde sacar provecho de la tragedia, hurgando entre escombros.

Cruz lo mira todo y piensa: bienvenida a tu nuevo hogar.

Las cal es del pueblo irradian calor mientras el a las atraviesa lentamente, con el libro en sus manos; pero es un calor tramposo que provoca escalofríos.

Ha pasado toda la noche escuchando el mordisqueo del fuego en los tejados y los lamentos surgidos del bosque, quieta, con la espalda contra la piedra. Dejándose calar por una

fin a luvia de ceniza. Ceniza y lamentos. Ahora asoman los primeros rayos y el a sabe que ya no es una quimera, aunque su cintura siga ceñida por un cargamento de medicinas y

utensilios de otra época. Ahora forma parte de aquel o. El astronauta ha sido nombrado caballero de la tabla redonda y despojado de su nave espacial.

Mirémoslo por el lado positivo: mil seiscientos uno no es un año tan malo para vivir. En estos mismos instantes William Shakespeare está escribiendo Hamlet, y Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. En algún lugar del Véneto, Galileo Galilei está mirando las estrellas y rascándose la cabeza porque algo no termina de cuadrarle.

Pero Cruz no es capaz siquiera de forzar una sonrisa. La desolación que le seca el alma no admite brotes de humor. El vértigo por la infinita lejanía de todo lo que es importante

para el a convierte en un salto mortal cada uno de sus pasos.

Escombros. Madera quemada. Y entre miles de manchas negras, una adquiere significado ante sus ojos: es el retal de capa que arrancó al untador. Cruz se arrodila sobre él. Lo

estudia como un mapa, porque, lastimosamente, una parte de el a todavía vive en la ilusión del viaje, en la fantasía de tener una misión por cumplir.

Por eso no ha querido desprenderse del quinqué, aunque no contiene ninguna revelación que el a no haya visto con sus propios ojos.

Y por eso ahora se vuelve sobresaltada (pero lo estaba esperando) cuando escucha el sonido de unos cascos de caballo proveniente del fondo del valle. Un jinete se acerca al

galope por el camino del río. Incluso en la distancia se distingue su porte noble, su gorguera blanca y su jubón negro al viento.

Cruz sabe quién es, porque conoce los hechos.

Y en ese instante, como dos más dos son cuatro, comprende también cuál es su misión al í.

\*\*\*

Ni siquiera el malencarado médico de guardia tuvo coraje suficiente para negar a Gabino aquella inesperada petición. Habían pasado tres horas del ingreso de Cruz y su estado

no había mostrado el menor indicio de mejoría. Así que, antes de que nadie se atreviera a deslizar la palabra coma, Gabino lo diagnosticó de un alborotazo al resolver que su hija

debía ser llevada a la misma habitación que Marian, en la segunda planta. Inmediatamente.

Incluso Víctor lo entendió, aunque su opinión permaneció guardada en el cofrecito preocupado de su cabeza sin que nadie la reclamase. Los dos hombres circulaban por un

mismo desfiladero de nervios, tratando de no empujarse, ni siquiera rozarse.

Cuando Gabino y los enfermeros sacaron a Cruz de la habitación, postrada en su cama, Víctor siguió al grupo hasta el ascensor y después se escabuló para adelantarlos por las

escaleras, zaqueando. No había forma de que Gabino pudiera impedirle entrar en la habitación donde él (y solo él) había velado a Marian durante las últimas semanas. Un libro de



Paul Auster y unas zapatillas bajo la butaca de escay hacían las veces de estandarte territorial de Víctor Alix.

—Dejadnos solos, por favor —ordenó Gabino cuando la cama de su hija ya había sido anclada junto a la de Marian. Las separaba una mesita con flores de plástico y el soporte

cromado de los goteros: eso, y un abismo de inconsciencia.

La luz de un fluorescente empotrado en el cabecero de las camas aplanaba los rostros de las dos mujeres, dándoles un aspecto todavía más lívido. Madre e hija compartían una

misma edad indefinida.

—Marian —Gabino parado delante de su mujer, se diría que avergonzado—. Perdóname... Ha sido culpa mía... —lomó una muñeca lánguida, la frotó, como para despertar al

genio dormido.— Ojalá pudieras oírme...

Pero ella no le escuchaba. Las personas en un coma de Glasgow cinco no hablan ni escuchan. Los muertos no regresan de sus tumbas. No se puede cambiar el pasado.

Víctor observaba la curva cada vez más derrumbada de la espalda de Gabino, el ángulo que comenzaban a cerrar sus piernas.

Como buscando otro asidero, Gabino alargó su mano libre para coger la muñeca izquierda de Cruz, formando un puente con su propio cuerpo entre las dos mujeres.

Si quedaba alguna corriente de vida allí dentro, ahora podría fluir de un extremo al otro. O fulminarle a él.

—Lo siento... —Gabino cedió hasta dar con sus rodillas en el suelo. Ya no era un puente, sino una V hundida entre las dos camas.

Víctor no pudo soportarlo más. Se acercó por detrás.

—Gabino.

La palabra surtió un efecto instantáneo, como una clave de acceso. El hombre postrado tomó aire, enderezó la columna vertebral y se alzó sobre sus piernas: Darwin en un

segundo. Dejó las manos de las que se había apoyado para volverse hacia Víctor. Había una diferencia de altura, pero los ojos de Gabino ya no podían permitirse más derrotas ni lecciones: estaban

determinados a hacer algo más que lagrimear.

—Víctor. —Era la primera vez que le llamaba por su nombre.— Necesito tu ayuda.

—Claro. —El escritor hizo subir y bajar su nuca por el largo cuello, porque le daba un rato esperando algo, como un advenimiento, pero no sabía exactamente de qué—: Dime lo

que necesitas.

—Mi hija... Cruz me dijo que tú podías hablar con Marian. Que ella te escuchaba.

Al otro lado de la ventana, el amanecer comenzaba a romper contra los cristales de los coches aparcados. La luz, como la verdad, exigía un tributo al mundo para no pasar de

largo.

—Esto es un poco difícil de explicar, ¿sabes? —dijo esforzadamente Gabino—. Yo no soy la persona que... Que puede ayudar a Cruz ahora. Es Marian.

Víctor asintió; el significado real de aquella confesión se le escapaba, pero no su dolor. Trasladó su mirada del rostro de Gabino al de Cruz, después al de Marian.

Marian la soñadora.

Si nuestras cabezas fueran herméticas, lo que tenemos dentro permanecería puro.

Rafa el vigilante esperó a que la máquina terminase de escupir el segundo café y luego subió por las escaleras con los dos vasos de plástico. En la penumbra del largo corredor

se abría una cuña de luz frente a la puerta entornada de la sala MEB. Michi le evaba dos horas al día dentro, haciendo zumbir los motores del microscopio electrónico y enviando al

vigilante a hacer encargos estúpidos para que lo dejase tranquilo.

—No me has dicho si lo querías con leche. —Rafa aposentó su culo en el borde de la mesa del ordenador.

—No te sientes ahí.

El vigilante soltó una risita de párvulo y arrimó una silla para colocarse detrás de Michi. El tubo del microscopio se erguía ante él como una columna de Trajano vuelta del revés,

con los mensajes grabados por dentro, lentamente descifrados sobre las dos pantallas del ordenador.

Lo que ahora mostraban las imágenes no tenía mucho sentido para Rafa, sin embargo. Un magma cobrizo de bultos y filamentos.

—¿A cuánto lo has puesto? —preguntó. La potencia aumentadora del microscopio parecía su único interés.

—Veinte mil.

El vigilante soltó un juramento. Se removió excitado.

—No te lo cargarás, ¿no? Porque entonces sí que tendríamos problemas tú y yo, ¿sabes?

—Tranquilízate. Este cacharro puede llegar hasta los quinientos mil.

Otro juramento. Impresionar a aquel cerebro de mosquito era penosamente fácil.

—Y... ¿qué estás buscando ahora? Pensaba que ya tenías lo que querías.

—Hmm. —Michi empezó a idear un nuevo modo para librarse de él, pero justo entonces el vigilante alargó un brazo por encima de su hombro, hacia la pantál a izquierda.

—Coño, eso parece una nave de esas que fueron a la Luna.

—¿Qué? —Michi se concentraba en el otro monitor.

—Sí, hombre, el Apolo nose cuántos. Y hay un montón. Houston, tenemos un problema.

—¿Dónde estás...?

El aire se quedó cortado en el trayecto de los pulmones a la boca de Michi. Vio lo que señalaba Rafa. En efecto, parecían diminutos módulos lunares adheridos a la superficie de

un pequeño planeta arenoso.

Trasteó nerviosamente por el panel de mandos para dirigir el foco hacia aquel punto y darle más aumentos. Treinta mil. Las cabezas hexagonales de los virus adquirieron bordes

nítidos, así como su cuerpo estirado y sus patas de insecto aferradas a la piel de la célula. Oscilaban levemente en el plasma de la bacteria, estremecidos por la vida que robaban.

Pero no están bien sel adas. Tienen grietas, y por el as se nos meten cosas.

—La madre que te parió —dijo entonces, con la voz aflautada—. Los has encontrado.

—¿Qué? ¿Qué son?

Y eso nos contamina.

—Bacteriófagos... Los hijos de puta estaban ahí desde el principio, pero me paré al descubrir la Yersinia. Qué idiota.

—Ah —cacareó su risa de bobo—. ¿Y eso significa...?

Michi se volvió hacia él, los ojos abultados y la frente húmeda. Un iluminado.

—Conversión lisogénica —explicó a su audiencia imposible—. Como el ébola. Un bacteriófago que transforma las bacterias buenas en malas. Y que podría haberse quedado

dormido en el ADN de la familia durante cuatro siglos. ¿No lo entiendes? —Si el uniforme del vigilante hubiera tenido solapas, Michi se las habría agarrado. — Montenegro tenía razón,

es un virus, no una maldición.

Impresionante, sin duda. Pero Rafa no podía mirar otra cosa que la punta de la lengua de Michi, asomándose y escondiéndose por la hendidura de la boca como una ostra

temblorosa. Era repugnante.

\*\*\*

El hombre a caballo se acerca por el camino del río, primero al galope, luego a un paso cauto y sobrecogido mientras cruza el puente viejo. Su mirada se alza sobre el pueblo

quemado. No descabalgó. Dirige su montura por las estrechas calles empinadas, sorteando las vigas y los muros volcados.

Se detiene delante de la casa Uztároz, o lo que queda de ella.

Su casa.

Johan Uztároz recibió ayer la noticia en su palacete de Olite, por boca de un

roncalés enviado por el alcalde. Lortia había ardido. Nada se sabía del paradero de su hija Amaia ni

del médico francés. Quizá hayan huido al monte como el resto de aldeanos, dijo el emisario. Pero Johan Uztárroz conoce bien a su hija.

Por eso salta de su caballo y se adentra en los rescoldos de su casa derruida. Los muros principales permanecen en pie, incluso algunos muebles se han salvado de las llamas.

Johan Uztárroz se asoma por un agujero en el suelo para mirar hacia las porquerizas, donde se inflan los cuerpos tostados de media docena de gorrinos. ¿Qué habrá sido del miserable Antón?, parecen preguntarse sus ojos. Pero es una inquietud liviana, una sombra de nube en comparación con el abismo de dolor que amenaza con devorarlo y dejar

ciegos todos sus sentidos.

—¡Amaia! —grita inútilmente, sólo por quitarse el nombre de la boca.

Unas escaleras de piedra ascienden hasta la segunda planta pero allí tampoco hay suelo, ni techo. La mirada del visitante puede remontar las casas vecinas a través del hueco,

hasta la parte más alta de la calle, donde se yergue la más devastada de todas. La primera casa que dejó de humear porque fue allí donde más rápido atacó el fuego.

El hospital.

Johan Uztárroz siente sus ojos crepitar, pero sacude la cabeza y se dice que es por culpa del humo. Cuando sale de su casa y emprende la cuesta su caballo le sigue con la

cabeza gacha, como si también a él le pesara el aire fúnebre.

El hombre más rico de Lortia es ahora su único habitante. Avanza entre las ruinas. Toma un último respiro y atraviesa la puerta hecha cenizas del hospital.

No tiene que arriesgar muchos pasos en el interior.

Al í mismo, entre los primeros escombros, yacen dos cuerpos carbonizados.

Johan Uztárroz cae de rodillas, por fin. Se precipita en su abismo. Suelta un grito de dolor que planea por el valle durante varios segundos, quizás encontrando oídos furtivos entre

los árboles.

Amaia y Basile.

La razón por la que está seguro de que son ellos, dos cuerpos consumidos y negros ante sus ojos, es que están abrazados.

El fuego los capturó y modeló en un instante de inconcebible sufrimiento como una estatua dedicada al amor, aunque oscura y maldita.

Hace tanto daño verlos que Johan Uztárroz cree que él también va a morir. Se aprieta el puño contra su pecho, hunde la frente en las cenizas. ¿Cuánto tiempo así? ¿Qué señal

del cielo o del infierno debe aguardar un padre asesino para expiar su culpa?

Unos pasos a su espalda.

Johan Uztárroz levanta la cabeza y se vuelve.

Hay una mujer vestida de negro que ha surgido de ninguna parte. Es muy joven, su piel es blanca como la de un niño pero leva engastados dos ojos viejos, omniscientes. Y le

dice:

—Hay algo que aún no sabes.

Esa voz, qué extraña. Fría y perfecta, como hablarían los ángeles:

—Tu hija no se atrevió a contártelo.

La boca de él, desencajada:

—¿Qué?

—Acércate —dice el ángel negro. Cuando el viento le aparta el pelo asoma una pequeña herida en la mejilla. Adelanta sus manos blancas y entonces él se da cuenta de que trae

algo para ofrecerle—. Debes guardarlo.

Es un objeto cuadrado, envuelto en paño negro. Johan Uztárróz no sabe lo que es, pero algo en la textura de aquella tela le hace estremecer. Se incorpora y da un paso atrás.

—Cógelo —ordena la muchacha, levantando una esquina del paño—. No es más que un libro.

Entonces Uztárróz lo reconoce. Se trata del libro del cura. El registro de nacimientos y defunciones del padre Mayo. ¿Qué puede haber más inofensivo?

Luchando por no perder la compostura, el viejo cacique se acerca para coger el volumen. Quiere demostrar que no tiene miedo, sostenerle al menos la mirada, pero los ojos de

ellos serían capaces de aplastarle, vienen desde muy lejos cargados de secretos.

Sus manos desnudas acarician la tela envenenada del untador, desprevenidas. Se impregnan de su grasa.

—Abrelo —dice la extraña.

Y Johan lo abre. Sin dejar caer el retal, vuelve las cubiertas y busca la última página manuscrita.

«Pido a Dios que mi muerte sirva al menos para pagar la de otros tres inocentes. Pobre extranjero. Pobre Amaia. Pobre la criatura de su vientre.»

Mientras él lee con la dificultad de un hombre instruido a medias, a Cruz casi



le parece ver la enfermedad saltando sobre sus dedos desde la tela negra, las cápsulas del virus

atravesando su piel, sumergiéndose en el torrente sanguíneo, adormeciéndose en sus genes.

Johan Uztárróz ha sido infectado.

Pero él, que no lo sabe ni le importa, levanta al fin la vista de la página y menea la cabeza.

—No comprendo...

El ángel negro vuelve a hablar:

—Amaia esperaba un niño —sus palabras son transparentes y gélidas, cierran placas de hielo sobre el alma pantanosa del hombre—. Tu hija, tu nieto.

Uztárróz vuelve a leer. No quiere aceptarlo, pero la tinta le arroja una y otra vez el mismo mensaje a sus ojos.

Amaia esperaba un niño.

Éste es el instante en que pasado y futuro se tocan por error, y del roce de sus alas nace una leyenda. La paradoja es la siguiente: por la maldición llega el contagio, y por el

contagio, la cura que destruirá la maldición.

El hombre deja caer el quinqué y se aprieta el rostro con las manos, se clava las uñas, hace sangrar sus mejillas.

Lo demás es muy sencillo: la mujer sólo tiene que enunciar lo que sucederá, porque ya ha sucedido.

—Durante cuatrocientos años cada generación de tu familia traerá al mundo un niño muerto, como el de Amaia, y todos dirán que es por culpa de lo que tú hiciste. A tu propia

sangre.

Johan Uztárroz se desploma junto a los cuerpos abrazados, casi suplica por un rescoldo de fuego para entregarse a él y hacerse cenizas, como el os. Una paz que no está a su

alcance, aún.

Su condena empieza con el resto de sus días en este mundo.

Vivirá ochenta y cuatro años, el ángel lo sabe.

Ochenta y cuatro años de culpa y nietos muertos.

—Perdóname —mascul a desde el suelo, pero cuando se barre la sangre y las lágrimas de los párpados descubre que vuelve a estar solo.

La mujer ha desaparecido. Igual que surgió de la nada, se fue. En Lortia solo queda el humo de las casas, un cabal o cansado de un largo viaje y un hombre con capa y pantalones caros, ya cubiertos de polvo.

A sus pies, un libro abierto por la mitad sobre un trozo de tela negro.

Lo primero que le sobran son los zapatos. Cruz se quita el derecho con la puntera del izquierdo, luego al revés. Se saca los calcetines y los tira a un lado. En el instante en que

pone la planta de los pies sobre la tierra musgosa siente un poderoso alivio. Una sensación de orden, también.

Se quita el impermeable (suda, aunque no hace calor a la oril a del río) y lo deja caer como una piel de serpiente. El aire se mete por los pliegues de su camisa. Aquí abajo ya no

huele a ceniza, sino a vegetación y a brumas de verano.

Hace horas que Juan Uztárroz ha montado en su cabal o y se ha marchado por el camino con un trote rendido. No volverá jamás a Lortia. Nadie regresará hasta dentro de cien

años.

De vez en cuando, Cruz escucha los lamentos de algún aldeano perdido por el bosque. Algunos tratarán de huir por el norte, en busca de refugio, y la enfermedad se extenderá

por el Bearn francés durante un par de inviernos más. Pero se acabará, siempre se acaba.

Incluso para los Uztárroz.

Cruz se suelta el cinturón, que se desliza por sus piernas hasta el suelo. Levanta la vista como si pudiera elevarse al perder aquel lastre, pero permanece anclada al barro. Un

quebrantahuesos salta de un peñasco al í arriba, despliega sus enormes alas y planea sobre el desnivel. Seguramente la mira a el a, desde lo alto, y en esa mirada totalmente vacía

de extrañeza Cruz se siente acogida por el val e. Por el siglo.

Su misión al í ha terminado, pero le queda una vida entera.

Puede plantárselo como un juego e imaginarse lo que le espera en los próximos años. Lugares a los que ir, personas a las que conocer. Si transmite sus conocimientos a las

personas adecuadas, la medicina europea se revolucionará por completo, adelantándose a Jenner, a Pasteur, a Fleming. ¿Y por qué limitarse a la medicina? La sabiduría que transporta en su cabeza puede cambiar el mundo que tocan sus pies. Cambiar la Historia con mayúscula.

Si se tropieza con las personas equivocadas, sin embargo, ya sabe lo que le espera: el fuego.

Suponiendo que no muera de peste en las próximas horas, claro está.

Cruz se arrodila en una roca plana al borde del río, que baja helado porque nace en cavernas donde todavía se agazapa el invierno. Hace un cuenco con

las manos y se lava el

rostro. Bebe. Cierra los ojos y trata de hacerse un diagnóstico, de calcular el tiempo que le queda. Sólo está segura de su cansancio.

Estira su mano hacia el cinturón de medicinas. Les entregó a las mujeres Arnalt la mitad de sus antibióticos. Si ha contraído la enfermedad, y es casi seguro que lo ha hecho,

Cruz está casi convencida de que no le bastará con la última caja que al í le queda. La abre, saca un comprimido y lo sujeta entre los dedos.

Sus labios se separan. Pero no lo toma. ¿Qué sentido tendría? El a no quiere revolucionar la medicina del siglo XVI, ni conocer a Cervantes. Lo único que quiere es volver a

casa. O morir, si no es posible.

Alarga su mano sobre el agua cristalina del río. Está a punto de soltar la cápsula de tetraciclina, cuando una voz habla a su espalda:

—No hagas eso, Cruz.

El a se vuelve y está a punto de perder el equilibrio sobre la roca. Delante tiene a Marian. Vestida con su delantal de pintura, el pelo suelto, como si sólo hubiera abandonado un

instante su cuadro para venir hasta aquí. Le sostiene la mirada desde lo alto del ribazo, con unos ojos negros y bril antes que no pueden ser de quimera, ni de fantasma. Sonríe como

solo sabe sonreír mamá, la de verdad, la de carne y hueso.

Pero Cruz tiene demasiado miedo:

—Mamá... —Un declive de tierra húmeda las separa, nada más.— ¿Hemos muerto?

Marian mueve la cabeza. Dice:

—Claro que no. —Pero siente que su hija no la cree.— Si estuviera muerta no habría escuchado la voz de Víctor y de tu padre, diciéndome que necesitabas ayuda.

—¿Víctor? ¿Papá?

Y comienza a entender. Los dos metros entre el a y Marian se salvan con una escalera de revelaciones quebradizas.

Cruje el primer peldaño: era su madre de quien había heredado aquel don. Marian, la soñadora.

Cruje el segundo: el a es la figura borrosa que la acompaña en sus sueños, en sus recuerdos, la dueña de las manos que atrapan a Cruz cuando gatea escaleras arriba, en busca

de su padre. Mamá, siempre, en el lado efímero de la fotografía.

—¿Por qué no me lo dijiste? —el desplome de su voz le advierte, por si le interesa saberlo, de que ya está l orando; pero no hay nada que Cruz pueda hacer para remediarlo—.

Nunca... Nunca me contaste...

Marian estira una mano y le toca el rostro donde tiene la herida.

—No quería que te pasara nada malo —dice, como si fuera la cosa más simple del mundo. Tal vez lo es.

Madre e hija anudan sus cuerpos en un abrazo. El primero desde que Cruz pudo decidir a quién darlos.

El eco de un grito l ega rebotando como una bola de pinbal entre los árboles del bosque. Moribundos. Desterrados.

Marian se separa y coge la mano de Cruz.

—Vámonos de aquí —dice.

Pero Cruz se queda mirándola: ¿cómo van a irse? Balbucea:

—Ya no tengo mi cortina. Se rompió...

Es impensable que Marian pueda comprender de qué está hablando, y sin embargo asiente.

—No importa. Tú solo mira el río. Y no me sueltes.

Cruz hace lo que su madre le manda. Cabalga su vista en el carrusel de destellos que brinca sobre las rocas; es un río estrecho y apresurado porque es un río niño. Y como todos

los niños, cree en la magia.

—Ahora cierra los ojos —dice Marian. Y Cruz los cierra.

La mano de mamá aprieta la suya, como si fueran a saltar juntas de un trampolín. Pero Cruz nunca deja de sentir los pies descalzos sobre el suelo. No deja de oler a bosque ni de

oír el tintineo del arroyo. Pero es otro arroyo. Lo sabe incluso antes de escuchar las voces de los niños.

—Ya puedes mirar —dice mamá.

Lortia ha desaparecido. Las montañas han cambiado bajo un sol más naranja. El río que atraviesa este val e no lo hace cortando cañones ni gargantas, sino que se desliza ancho

y profundo por los pliegues de los prados y bajo los ángulos de los robles, como si pidiera permiso. Cruz y Marian siguen cogidas de la mano, entre los árboles vestidos de líquen,

compartiendo su respiración húmeda. Desde aquel lugar pueden ver la pequeña dehesa, la cabaña encastrada sobre un brazo de agua que ha sido escindido del río: el viejo molino.

Y risas.

Dos niños vienen corriendo por la ladera, un chico y una muchacha de unos ocho años. Se persiguen, se alcanzan, se derriban. Marian hace un gesto a Cruz para que la acompañe hasta la espalda de un grueso roble, porque no tienen cortina que les esconda de los niños y es importante, extraordinariamente importante no interrumpir este momento.

—¡Lorenzo! —grita la niña, intentando zafarse del muchacho—. ¡Ahora vas a ver!

El nombre hace reaccionar a Cruz, que mira a su madre.

Recuerdo haberla oído hablar de un Lorenzo. Un niño que murió ahogado en el río, cuando Marian era pequeña. Creo que eran muy amigos.

Cruz se estremece. De pronto reconoce el lugar, el paisaje que su madre dejó apenas esbozado en el lienzo de su estudio. Reconoce también las facciones de su madre en

aquel a niña de pelo castaño.

Aunque el muchacho no la ama Marian, sino Renacuajo:

—¡Cógeme si puedes, Renacuajo! —Y corre hasta el borde del río, donde el juego hace latir más deprisa el corazón: ninguno sabe nadar.

—¡Eso no vale! —protesta la niña, pero se acerca lentamente con las garras estiradas.

—Mamá —Cruz nota la tensión en la mano de su madre. La pantal a de lágrimas en sus ojos que se han olvidado de parpadear—. Mamá, vámonos —suplica, porque no soporta

la expresión de su madre. Hechizada. Hipnotizada por la visión de su propia imagen, tal como Michi había predicho.

Envolviéndoles, empiezan a caer las sombras sobre lo que parece haber sido un día brillante y templado, un adelanto de la primavera. Pero algo en la forma de susurrar de los

árboles predice más frío. Tormentas.

—¡Atención, damas y caballeros! —El chico comienza a cruzar el río por encima de una hilera de piedras salientes, demasiado resbaladizas. Imita un redoble de tambor con la

boca.

—¿Qué estás haciendo? —grita Renacuajo, en la orilla.

—¡Ante todos ustedes, el asombroso Lorenzini! —Con los brazos extendidos a ambos lados, el niño oscila sobre la cresta musgosa de las rocas, pero no vacila hasta alcanzar el

otro lado.— ¡Tachán!

Cruz reparte su mirada entre los niños y la esfinge en que se ha convertido su madre. Hasta los poros de su piel parecen haberse cubierto de arena.

—Mamá. Tenemos que volver.

—Es la última vez que bajé con él al molino —Marian habla con un hilo de voz—. Al día siguiente empezó a llover. Llovió durante una semana.

—Mamá...

—A Lorenzo no le importaba. Vino a mi casa después de la escuela para que bajáramos al molino, el viernes, como siempre. Pero mis padres no me dejaron.

Una piedra arrojada por Lorenzo salpica el vestido floreado de la pequeña Marian, en la otra orilla.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Te vas a enterar!

Los labios de cincuenta años dibujan simultáneamente las palabras pronunciadas por los labios de ocho años. Cruz se pregunta: ¿cuántas veces ha visto esta escena?



El chico bailotea en el lado opuesto del río.

—Ah, ¿sí? ¡Pues ven a cogeme si tienes narices, vamos!

La niña se aparta el flequillo del rostro y muestra sus dientes furiosos.

—¡Verás!

Se remanga la falda. Pone un pie sobre la punta de la roca más cercana.

—¿Qué va a hacer? —pregunta Cruz.

Su madre sonrío. Y no aparta su vista de la niña que cruza el río, temblando de miedo. En aquel recodo no cubrirá más de cuatro palmos, pero es suficiente para que una broma

deje de serlo.

—¿Qué haces? —protesta Lorenzo—. ¡Ten cuidado!

—Si me caigo tendrás que salvarme —advierte la niña. Un paso más. Casi resbala.

—Vuelve atrás —se impacienta el chico—. ¡No! Mejor sigue, ya has pasado la mitad. —Y un murmullo—: La madre que te parió.

—¡Te he oído, Lorenzo Hernando! Voy a decirle a tu...

—¡Cuidado!

El balanceo de una piedra ha hecho perder el equilibrio a Marian. Agita los brazos en el aire y se ve obligada a proyectarse hacia la orilla, soltando un grito.

Lorenzo la coge en sus brazos justo a tiempo, introduciendo un pie en el agua. Ella ni siquiera llega a rozar la superficie cristalina con la punta de sus sandalias.

Todos contienen el aliento: la niña, el niño, Cruz, Marian.

—Eres una tonta —dice al fin Lorenzo, verdaderamente enfadado.

—Entonces, ¿por qué no me sueltas?

El niño permanece unos segundos así, soportando el peso de Marian en sus brazos como una bendición, la corriente helada clavándole mil agujas en el pie sumergido. Luego da

un paso atrás y deja bajar a la niña, pero ella no se aparta, sigue tan pegada a él que sus alientos se confunden. Incluso desde la distancia, Cruz aprecia la indestructible seriedad que se acuña en sus sonrisas frágiles de niños, el momento que se congela y amenaza con dar marcha atrás, porque lo demás ya es historia trágica.

Por eso Marian no puede regresar. Aquel o que se repite ante sus ojos es la hora más luminosa, el brillo de una promesa que no se cumplirá, y la ciega de tal forma que Cruz

piensa: «Esto es morir. Esto es el cielo y el infierno. La memoria infinita y deslumbrada de un instante feliz».

Y piensa más cosas.

—Mamá —la obliga a mirarla con sus ojos enajenados—. Estás viva, no puedes quedarte aquí. Vuelve conmigo.

Su madre niega lentamente con la cabeza, aún sonriendo, como si le enterneciera la incapacidad de Cruz para comprender. Con la mano derecha vuelve a acariciarle el rostro, y

luego la desciende para separar sus dedos entrelazados. Cruz quiere resistirse, pero es inútil.

—Aquí estoy bien —dice serenamente—. Pero tú tienes que irte.

—No...

Desde el mismo instante en que suelta la mano de su madre, Cruz siente que algo comienza a suceder a su alrededor. El paisaje se disgrega. Un avión surca

el cielo. Los

perfiles de los niños se emborronan y podrían pertenecer a cualquier niño, a cualquier recuerdo. El mismo rostro de Marian se está transformando en una quimera: más joven. Marian y

Cruz tienen ahora exactamente la misma edad. Y Cruz abre la boca para exclamar qué extraño resulta todo, pero ya no puede.

Se está marchando.

Porque el a no pertenece a aquel instante, y porque ya tiene el único pasaporte que necesita para volar en sus safaris: dolor. El de ver a su madre al í atrapada, la mujer que la ha

rescatado de la muerte y a quien el a en cambio no puede salvar.

La última mirada es un molde en el que se fragua la mayor tristeza imaginable: la de ser arrancados de nuestra madre. Cruz descuelga la boca para decir algo significativo pero

solo le brota un grito. O un l anto, como el de nacer:

Aaaaaaaaaah.

Antes de que todo se vuelva negro, antes de que el molino y el río y el val e y los viajes se pongan a girar y girar y se apaguen como un giroscopio hundido en alquitrán, Cruz tiene

la impresión de que su madre está asintiéndole, desde al í lejos, diciendo que sí con la cabeza, que lo entiende todo, que lo perdona todo. Podría ser. Podría ser...

\*\*\*

La voz de Gabino:

—Está volviendo. ¡Cruz!

La voz de Víctor:

—¿Nos puedes ver, Cruz? —Y los vio: dos rostros masculinos como dos óvalos de preocupación recortados contra el cielo nocturno. ¿El cielo? Sí. Cruz se había caído de la

cama y ahora yacía con la espalda contra el frío suelo de la habitación, bajo una ventana abierta de par en par. Detrás de las cabezas de Víctor y papá se desplegaban las constelaciones que aún no se habían extinguido en los primeros instantes de la mañana:

Aguila, Cisne, Lira. En medio de su calor febril se preguntó si podría viajar hasta una de ellas. Explorar el universo en un safari infinito. Quedarse en algún bello planeta de helechos gigantes y civilizaciones ovíparas.

Lo deseó:

—Sí.

Papá se golpeó la frente.

—Gracias a Dios —gimoteó. Una enfermera entró a la carrera, pero dio un giro de ciento ochenta grados en cuanto descubrió la escena: se requerían galones.

—¿Cómo te encuentras? —el escritor, haciendo de médico—. ¿Te has dado algún golpe?

Ella negó, aturdida, jadeante. Miró la habitación, miró su propio cuerpo apenas cubierto por el batín de un hospital.

Entonces recordó a Marian. Recordó el río. Recordó sus ojos al despedirse.

—¡Mamá! —chilló, y se incorporó de golpe. Todos se volvieron hacia la cama donde se estiraba el cuerpo inmóvil de Marian. Demasiado inmóvil—. ¡No!

Víctor encajó la embestida de Cruz mientras Gabino daba un rodeo a la cama vacía para acudir junto a su mujer. Le tocó la mejilla, le tocó el cuello. Contó los segundos, todos

vacíos.

—¡Mamá! —Los brazos nervudos de Víctor sujetaron a Cruz hasta que la naturaleza de la tragedia se hizo insoportable... , a a Entonces él también soltó una voz:

## XI

Josian aprovechaba cada rato que los albañiles se detenían a comer un bocadillo o simplemente a descansar en el huerto para escaparse por las escaleras al piso de arriba y

trastear un poco con la guitarra acústica. Al principio pensó que se le haría duro pasar un mes entero sin su estudio de música, desmontado y arrumbado a la espera de que terminaran las obras, pero lo cierto es que lo estaba disfrutando. Disfrutaba trabajar con sus manos en algo tan gozosamente sucio como tirar y levantar muros; no dejaba de pensar

en animales excavando madrigueras, preparando un hueco para sus crías, porque eso era exactamente lo que estaba haciendo. Y disfrutaba también el contraste de esos ratos a

solas con la guitarra, su amante de voz clara, su contacto secreto con las divinidades.

Arreglar la casa con sus propias manos era importante. Quedarse era importante. Se acabaron las huidas. Aunque permanecía el miedo a fracasar — como músico, como

marido, como padre—, ya no se trataba de un miedo paralizante. Tampoco para el a.

Nerea se levantaba tarde y daba largos paseos por los bosques alrededor del pueblo. No conocía el terreno tan bien

—¿Qué le pasa? —fue hasta la cama, con Cruz.

—¡Apartad! —Gabino se los quitó de encima como un oso. Hizo volar la sábana que cubría a Marian y comenzó a practicarle un masaje cardíaco—. ¡Enfermera! —Manos

entrelazadas sobre el esternón, golpes secos y rotundos, la fuerza de un oso.—

¡Que traigan un DEA, por Dios! —Boca sobre boca, aire que viaja entre pulmones.

Pero qué labios tan fríos.

Víctor corrió como un demonio, lanzó gritos ahí fuera.

Gabino hundía el pecho de su mujer con tanta rabia como si quisiera partirla.

Y Cruz, agarrada al pie metálico de la cama para no derrumbarse, sabiendo que todo era inútil. Mamá no podía despertarse porque ya no se encontraba bajo aquel os huesos.

Estaba en otro lugar. El lugar que el a había elegido.

Pero no dijo nada. No se acercó a la espalda de su padre para tocarle el hombro y consolarlo, para apuntalarse el uno contra el otro y l orar juntos. Le gustaba demasiado verlo

así, volcado sobre mamá. Besándola con desesperación.

\*\*\*

como debería después de una vida en aquel val e, pero las rutas estaban bien señalizadas y ya casi no quedaban rincones sin arropar por la cobertura telefónica.

Las cosas iban mejorando. ¿Y qué pasa?, Josian desafiaba a su rostro reflejado en la caja bril ante de la guitarra, ¿es que no tenemos derecho a tener suerte por una vez?

Una parte de esa suerte se la debían por cierto a los médicos: Cruz, Michi, Gabino. Especialmente a el a.

Cruz...

El día que regresó a Lortia, después de acostarse con el a, Nerea le contó una historia muy extraña. Cruz había aparecido de forma súbita dentro de su casa y la había sacado de

la bañera, donde se desangraba por el corte abierto en su muñeca. Le había salvado la vida. Y después salvaría la vida de su hijo, tal como prometió. Fue el a quien convenció a

Nerea para someterse a varias pruebas en el hospital, bajo la dirección de Gabino Montenegro; padre e hija les hablaron de antibióticos y antivirales, de herencias genéticas.

Prescribieron un tratamiento. Dicen que en septiembre podrán conocer el sexo de su hijo. Y que nacerá sano.

Josian renunció a hacer preguntas que pudieran romper el hechizo. Por lo que a él atañía, Gabino y Cruz sabían todo lo que había que saber. Y Nerea estaba de acuerdo. Se

tomaba las píldoras con los ojos cerrados. Su cuerpo le decía que sí, que todo estaba bien. El cuerpo habitado de Nerea.

—¡Jefe! —l amó uno de los albañiles.

—¡Voy!

Josian dejó la guitarra en su estuche, lo cerró con mimo y emprendió el descenso a la planta baja, que estaba manga por hombro. El encargado de la cuadril a era un ucraniano

l amado Valentín, fibroso y duro hasta en la forma de mirar.

—Hemos encontrado algo —dijo con las manos en las caderas, e hizo un gesto hacia el suelo levantado de las antiguas porquerizas.

Nerea se sentó sobre un disminuido muro de piedras para quitarse las zapatillas. Había caminado durante tres horas y comenzaban a dolerle los pies.

Notaba el peso añadido en

su vientre aunque todavía no era mayor que el de un pomelo. Si se ponía la mano y aguantaba la respiración podía sentir el segundo corazón aleteando al í dentro, muy deprisa.



Desde aquel lugar veía algunas casas del pueblo, junto a la carretera, y el recodo donde el río se abría en una playa de piedrecitas blancas. Una pareja de turistas trataba de

bañarse allí, apenas chapoteando, porque el agua no pasaba de sus rodillas. Parecían muy jóvenes, pensó, y luego calculó que debían de tener los mismos años que ella.

Trepó su mirada por la ladera opuesta e inevitablemente acabó en la explanada del cementerio; una terraza de cruces y lápidas asomada sobre el bosque. Y alguien que se

deslizaba entre ellas. El cura, estaba casi segura. Pero, ¿qué hacía allí solo?

Un mes antes, Santiago Andueza había subido con ella al cementerio para colocar una lápida nueva en la cripta familiar, junto a la marcada con una estrella, que pertenecía a

Ekai. Unas letras en bronce decían:

Amaia Uztárroz

Basile Dubreuil e Hijo

(13-8-1601)

D.E.P.

Detrás no yacían huesos ni cenizas. En su lugar, un simple libro. Un manuscrito tan viejo y quebradizo que Nerea temió verlo desmigajarse en las manos del sacerdote al colocarlo

dentro. Allí dormía la historia de los dos amantes asesinados por sus propios vecinos, por la superstición y el miedo. Allí descansaría la culpa, por los siglos de los siglos. ¿Verdad?

Nerea sintió que la silueta de Andueza se había vuelto hacia ella y la miraba fijamente, desde la otra vertiente. ¿Por qué la miraba así? Tuvo la impresión de que no debía saludar.

En vez de eso bajó la vista a las piedras sobre las que se había parado a descansar, y entonces comprendió.

Estaba sentada en la vieja caseta de los pastores, o lo que quedaba de ella. El escondite secreto de Amaia y Basile.

Se estremeció al pensarlo. Quizá la tierra y las piedras también tenían memoria, y reconocían su piel, su aliento. Su sangre.

Una ráfaga de viento le echó el pelo sobre el rostro, como si quisiera emborronarlo. Como si el bosque quisiera imaginarse que ella era Amaia, al menos durante un instante.

Encerrado en su nuevo apartamento, Víctor terminó la nueva novela en menos de tres semanas, pero al leerla de principio a fin le pareció tan insoportablemente mala que en un

solo gesto arrastró el icono del documento a la papelera y ordenó su vaciado inmediato. Luego llamó a su agente y le dijo que tenía buenas y malas noticias: las malas eran que había

tirado a la basura su novela recién terminada, y ya no había forma de recuperarla; las buenas, que tenía una gran idea para otra historia. Trataría sobre una atractiva mujer pintora

cuyos cuadros cobraban vida. Su agente le dijo que Stephen King u otro similar ya había escrito un libro con aquel argumento, pero a Víctor no le importó lo más mínimo. Su protagonista se la llamaría Miriam, dijo, como si aquel o zanjara la discusión.

En el funeral, fue él quien recitó unas frases en recuerdo de Marian. Se quedó atascado a la mitad, con la boca entreabierta, pero nadie lo atosigó. Eran palabras muy bellas,

incluso troceadas.

Víctor sólo volvió a poner sus pies en casa de los Montenegro en una ocasión —para recoger sus cosas, ropa y libros que Gabino había mantenido intactos

como reliquias—,

pero prometió l amar a menudo y Cruz le creyó, porque confiaba en él. Víctor tenía el don de hacerse escuchar. Y lo más importante: no tenía nada de qué avergonzarse.

Marian solía decir: lo único que nos salva es el sacrificio. Pero aquel o sonaba demasiado católico a los oídos de Cruz, y no servía de consuelo. Mamá ya no estaba. ¿Alguien

puede reparar eso?

Cruz se sentó en el borde de la cama, su cama, y miró la pared que miraba al incorporarse todas las mañanas de su infancia. Ahora las farolas de la urbanización marcaban un

punto de fuga en el lienzo crepuscular de la ventana, y no se oía el bostezo del mundo desperezándose, como creía escucharlo entonces. La perspectiva era completamente nueva.

Desde que Marian se había ido, la casa se había convertido en el centro de un atolón desde el que Cruz podía ver toda su vida alrededor como un anil o perfecto, causas y

efectos tan previsibles que sonrojaba contemplarlos.

Cruz comenzó a vomitar a escondidas pocos meses después de que su padre se marchara de casa, en dos mil cinco. Fue el tiempo que tardó en quedar claro que él no pensaba pelear por la custodia de su hija. El a sabía que papá tenía múltiples razones, toda una falange de excusas muy complicadas o de extraordinaria simpleza; pero sencil amente

no era capaz de digerir aquel o. Lo que un hijo espera no tiene nada que ver con lo que es posible o imposible darle. La Luna. Un beso de buenas noches. Nunca dejar de abrazar a

mamá.

Pero la casa ya no era una isla desierta. Ahora estaba el a. Y estaba Gabino,

otra vez.

Oía su voz en la planta de abajo, discutiendo con Michi mientras preparaban entre los dos algo someramente amparable por la definición de «cena». Michi había cogido el hábito

de presentarse todos los viernes con algún paquete de fideos chinos o cualquier clase de semil as exóticas. Durante esas horas de cháchara científica, intolerable para otros oídos

que no fuesen los suyos, Cruz se veía formando parte de la familia más disfuncional de la historia, un pobre espejismo de hogar. Pero aquel o era mejor que nada.

Se las arreglaban para hablar de Nerea y de su tratamiento preventivo sin mencionar los safaris. Esta vez no era un silencio impuesto por nadie, sino una estrategia de defensa

común alrededor de su cordura. Sólo en una ocasión, a modo de vacuna contra futuras paranoias, Cruz se preguntó en voz alta si sus «intervenciones» no habrían causado alguna otra

fal a en el curso del tiempo que todavía no se hubiera manifestado, o que les hubiera pasado desapercibida. Aquel o disparó la lengua de Michi en una salva de teorías sobre la

existencia de universos paralelos, la física cuántica y la antimateria. Cruz se envalentonó, más espiritual:

—Quizá cada vez que tomamos una decisión, en realidad no elegimos, sino que tomamos las dos, pero nuestro punto de vista se mantiene sólo en una de ellas, mientras la otra

se desarrolla en una realidad paralela —había dicho, con los ojos girando de vértigo.

Justo cuando Michi iba a enlazar la teoría de Everett con el árbol sefirótico de los judíos, Gabino alzó las manos para hacerlos callar a ambos. Lo miraron

expectantes.

—Todo lo que estáis diciendo es muy interesante, chicos —proclamó gravemente—, pero en lo que respecta a esta dimensión, nos hemos quedado sin parmesano y alguien

tendrá que mover el culo para comprarlo antes de que cierren.

Cruz sonrió al recordarlo mientras bajaba a reunirse con sus dos hombres. Y se maravilló al comprobar lo fácil que se acostumbraba una a la rutina, por más que se empeñase en

jurar que no iba a durar, que se trataba de un pacto provisional, una prórroga concedida entre su padre y el a para rehabilitarse de algún vicio insidioso. Cruz se marcharía en octubre,

ya lo tenía decidido. Y esta vez sería un punto y aparte, un capítulo nuevo, no una corrección ortotipográfica de los primeros párrafos de su biografía. Aún no había reunido la templanza para contárselo a su padre, ni siquiera se lo había contado a Michi, porque anunciárselo sería tanto como despedirse antes de tiempo, abrir una dimensión paralela de sufrimiento que

rezumaría malestar sobre los días que aún le restaban a esta realidad beatífica (pero demasiado irreal) de discusiones sobre bacilos y cenas orientales.

Aquel a noche, al despedirse de Michi en el camino de entrada, Cruz cedió a un impulso largamente reprimido y de un veloz manotazo arrancó el gorro de la cabeza a su amigo.

—¡Eh! —protestó él, pero en realidad no hizo nada para protegerse. Ni siquiera cuando el a le pasó los dedos por su mata de pelo revuelto.

—Estás más guapo así.

Y continuando con el espíritu de transgresión, él replicó:

—Todavía estamos a tiempo de ganar el Nobel, ¿sabes?

—Sigues pensando en desenterrar huesos.

—Pulpa dental, ya te lo dije. Ahora ya sabemos cómo es el virus. Lo único que nos falta es una muestra de mil seiscientos uno que se pueda presentar en público.

—Tendría que ser una muestra buenísima. —Cruz volvió una mirada cauta hacia la casa; vio a su padre a través de la ventana, recogiendo la mesa del comedor.— Algo más que

un cacho de diente, y que se hubiera conservado perfectamente durante todo este tiempo. Olvídalo.

Michi gruñó. Su conato de declaración se había quedado en un: ¿qué tal si exhumamos juntos un par de esqueletos? La historia de su vida.

De una cosa él estaba segura. Tal vez no Gabino, ni Cruz Montenegro, pero Michel Arguilé terminaría ganando el premio Nobel de medicina algún día. Eso, o se convertiría en el

asesino en serie más retorcido y extremo de la historia. Saldría en los periódicos, en todo caso.

Mientras su padre fregaba los cacharros —manualmente, muy despacio, como si educara a sus manos en el arte del lavado con cada plato— Cruz subió las escaleras hasta el

cuarto de baño de la planta superior. Se encerró en él. Miró la taza, miró su rostro en el espejo y se tocó la mejil a donde ya casi no quedaba rastro del corte. Luego buscó una

perspectiva más amplia. Si se trataba de ser objetivos en la observación de este ejemplar humano, no se parecía a nadie; había muy poco material de Gabino y de Marian en aquel a

cara, y grandes cantidades de Cruz.

—Adiós, papá. Adiós, mamá.

Abrió el armario de las medicinas, sacó un bote y se metió dos píldoras en la boca: su propio tratamiento anti peste. Gabino le había obligado a seguirlo al

menos durante dos

meses, por su exposición directa en los safaris, aunque en realidad no había desarrollado ningún síntoma, y su sangre estaba limpia.

Limpia.

Salió del cuarto de baño y subió hasta el ático. Encendió la luz del trastero y se enfrentó al dédalo de cajas y estanterías que albergaban la memoria física de los Montenegro.

Este pensamiento ya lo tuvo la última vez: que aquel aparente caos no era tal, sino que seguía un orden preciso y significativo, aunque codificado y opaco a sus ojos torpes. El pensamiento provenía de otra idea matriz, todavía más poderosa: que Marian había elegido cabalmente el momento para realizar su último viaje, y que como buena madre obsesiva

se había ocupado antes de dejar todas las cosas en su lugar, de acuerdo con algún mapa propio.

El misterio se desentrañó tan rápido que Cruz se sintió casi imbécil.

Volvió a tropezar con el costurero que había dejado mal apartado la última vez. Era un mueblecito de unos sesenta centímetros de altura, con cuatro patas y dos tiradores para

desplegar los cajones hacia ambos lados, como una embellecida caja de herramientas.

Sintiendo el calor de la circulación sanguínea por el rostro y por las manos, Cruz se acercó al costurero de mamá y lo abrió.

La tierra descubierta por los obreros se veía negra e irregular. Olía a humedad antigua.

—Está ahí —dijo Valentín, y señaló un objeto custodiado por dos inmensos búlgaros, que no parecían muy entusiasmados de transferir su halazgo—. Apartad.

Se abrió paso e hizo un gesto a Josian para que le acompañara. Entonces éste pudo ver el cofre. Madera y metal. Tan viejo que ya era del mismo color que la tierra, pero aún

herméticamente cerrado.

—Lo encontré ahí —el obrero de espaldas más anchas señaló un hueco removido en el suelo.

—¡Yo lo he encontrado! —El obrero de mejil as más coloradas mantenía sus puños en las caderas.

Otros cuatro peones alrededor. Muy atentos. Poner ladrillos no era lo único que sabían hacer.

—¿Qué puede ser? —preguntó Valentín.

—No lo sé —admitió Josian.

—Está bien. —El capataz se acucliló ante el cofre.— Vamos a abrirlo y veremos lo que tenemos, ¿de acuerdo?

Hicieron falta un martillo y un cincel. Dos golpes secos.

El suelo de barro se quebró y la tapa del cofre se desprendió con un ruido de succión. Era la primera vez que aquel aire circulaba en mucho tiempo y una vaharada infecta les

golpeó en las fosas nasales.

—Ah —apartó el rostro Valentín. También Josian se echó hacia atrás. Pero regresaron la vista en seguida. Todos se arremolinaban para curiosear.

Al principio, no vieron nada. Porque esperaban el relampagueo de algún tesoro y allí dentro no había moneda ni joya alguna.

Sólo harapos negros.

—¿Qué es? —murmuró Josian.



Alguien maldijo. Nada valioso.

El capataz pensó en enfundarse los guantes que le evaba en el bolsillo o trasero del pantalón, por si acaso, pero su mano derecha se adelantó dentro del cofre, desnuda y ansiosa,

como si tuviera vida propia.

Palpó una tela de textura untuosa, embadurnada de alguna clase de cera, y se arrepintió al instante de no haberse puesto el guante. Al diablo. Agarró la prenda y la extendió a la

vista de todos.

—¿Ropa? —protestó una voz con fuerte acento por detrás de Josian—. ¿Para qué esconder un montón de ropa?

En efecto: no era más que una vieja túnica, basta y recia, sin ningún interés. ¿Y cómo podía extrañarle? Al fin y al cabo, Josian sabía que aquél había sido el lugar destinado a las

porquerizas en otro tiempo. Y nadie esconde tesoros con los cerdos.

Cabizbajos, los obreros volvieron a retomar sus herramientas. Por puro instinto, el jefe ucraniano latigueó:

—¡Venga, cada uno a lo suyo, que aún no son las siete!

Entonces Josian vio el segundo objeto dentro del cofre.

—Hay algo más —dijo, y se dobló sobre una rodilla para cogerlo.

Valentín examinaba con mohín de repugnancia el mantón negro, que acusaba un enorme desgarrón en uno de sus extremos, pero se olvidó de él en cuanto vio lo que Josian

sostenía en sus manos.

¿Qué es eso? —bufó—. Parece un disfraz de cuervo.

Josian dejó caer la máscara con un estremecimiento.

Al principio no encontró otra cosa que lo que había esperar: material de costura. Bobinas de hilo, tijeras, jaboncillos, dedales, metro, cajitas con botones de mil tamaños y colores.

Cruz venció su miedo atávico al pinchazo del alfiler y arriesgó una mano dentro del cajón inferior, el más grande. Entonces rozó una superficie sedosa, abultada por pequeñas costuras. Supo lo

que era antes de sacarla y extenderla ante sus ojos, con la respiración detenida.

La cortina de animales.

Sólo que no era una cortina, sino un fular hecho de retales dispares, liviano, extraño y hermoso, adornado con las siluetas que Cruz creía tan insobornablemente suyas: la tortuga, el jilguero, la estrella de mar, la mariposa, el caracol.

Su madre había tejido aquel a pieza cuando Cruz era una niña, tan pequeña que ni siquiera lo recordaba. ¿La había cosido para él? ¿O para protegerse a sí misma? Porque el

don de los safaris, ahora lo sabía, viajaba en la sangre de los Ruiz y no de los Montenegro. Mamá nunca le habló de él, no le explicó de dónde provenía ni cómo funcionaba. Pero le

entregó la cortina.

Al repasar la seda, el algodón y cada ínfimo escalón entre sus superficies, los dedos de Cruz empezaron a recordar. Un olor tenue y almizclado nacía del fular. Y no fue la memoria

de Cruz sino sus sentidos quienes confirmaron haber estado allí antes, en aquel aroma, en aquel tacto. Haberse sentido invulnerables bajo su crisálida.

Sin que nadie la adiestrara en el mecanismo, aquella niña asustada por sus recién descubiertos poderes había sabido retejer el pañuelo en su imaginación

y utilizarlo como

barrera protectora, como frontera leve pero absoluta entre mirar y estar. Porque estar al otro lado significaba casi siempre morir. Por eso mamá ya no viajaba, y por eso le había

prestado su cortina siendo niña; no se le puede decir a un niño que la magia es mala.

Cruz sostenía el paño en alto cuando una corriente de aire lo levantó de pronto. Apenas un aleteo. Y al otro lado estaba el monstruo.

—¡Ah! —jadeó.

Antón Arnaut, el untador, vestido de muerte y tapándose el vientre herido con las dos manos. Mirándola desde sus cuencas destelantes, parecía acusarla desde el rincón opuesto

de la habitación.

La cortina se precipitó al suelo y, por supuesto, al í detrás no había nada. Solo cajas y muebles amontonados.

Cruz se recompuso, latido a latido. Quiso dedicarle una sonrisa a su imaginación febril, pero le salió una mueca. A toda prisa dobló la cortina y volvió a colocarla en su lugar, en el

último cajón del costurero. Después cerró el mueble.

Revisó una nota mental, en la voz cálida de Margarita Uztárróz: «Al final cada uno recibe su propia maldición, quiera o no quiera».

Pero mamá supo vivir de espaldas a la suya, al menos hasta que la nostalgia la hizo volverse en un descuido. Cruz haría lo mismo. Pondría todo bajo llave, intentaría olvidarse de

que existía siquiera aquel a puerta, aquel costurero, aquel inofensivo pañuelo con cinco animales bordados.

Hasta que un día se descuidase, quizás. Entonces se acabaría su historia. Pero morir no tendría nada de especial. Y cómo detestaba Cruz sentirse especial.

—Échalo al fuego —ordenó Josian de inmediato.

—¿Qué? —Valentín miró la máscara en la tierra: los ojos de vidrio sobre un largo pico negro.

—Quémalo. Quémalo todo.

El capataz se encogió de hombros. En cualquier caso no había nada de provecho al í. Devolvió la capa y la máscara al cofre y lo alzó en brazos. Intercambió una última mirada

azulada con Josian, escupió a un lado y salió de la casa con su maloliente equipaje.

En el terreno de atrás ardía un bidón con trozos de madera y restos de escombros. Un gato gris pasó zumbando entre los pies del capataz, haciéndolo trastabil ar.

—¡Eh!

El felino se agazapó en un hueco del muro y lo espió desde lejos mientras el obrero arrojaba el cofre dentro de la hoguera. La columna de humo se atajó un instante, como si al

fuego le costase digerir aquel bocado, pero luego volvió a brotar más negra y espesa que antes.

Desde el umbral de la casa, Josian siguió con su mirada la nube ascendente, vio cómo planeaba sobre los tejados de Lortia, rozándolos, amagaba con echarse sobre el campanario y de pronto era empujada por el viento hacia la parte baja del río, donde la noche ya izaba su velamen de sombras.

Nota del autor

Ésta es una obra de ficción, pero existen retazos de verdad cosidos entre la mentira. Quien desee conocer el verdadero efecto de la peste en Navarra entre

los siglos XIV y XVI I

no encontrará mejor fuente que el libro de Peio J. Monteano titulado La ira de Dios. Los navarros en la Era de la Peste (Pamiela, 2002).

Fue el zoólogo Christopher Duncan, de la Universidad de Liverpool, quien planteó por primera vez la revolucionaria hipótesis de que la peste negra europea pudo no haber sido

producida por una bacteria sino por un virus, y quien sugirió la inquietante posibilidad de que este virus podría despertar en la actualidad de su sueño centenario. La inmunidad al VIH

de un significativo porcentaje de la población europea sería, de acuerdo con su explicación, una prueba del origen vírico de la peste.

Por último, está documentado el pánico hacia los untadores que se desató entre la población de Milán durante el brote de peste de 1628. Forasteros y personas de hábitos poco

comunes fueron falsamente acusados de propagar la enfermedad y en más de una ocasión acabaron linchados a manos de la multitud supersticiosa y atemorizada.